UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

AL PIE DEL RUIZ

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

☞ Nadie podrá reproducir en todo ni en parte esta obra, sin permiso del Editor. Queda hecho el depósito que ordena la ley. ☜

(Art. 12 de la Ley 32 de 1886.)

SAMUEL VELASQUEZ

Al pie del Ruiz.

MEDELLIN

LIBRERIA DE CARLOS A. MOLINA

TIPOGRAFIA DEL COMERCIO

1898

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO I.

POR las rendijas y rotos de una casa del Tablazo se metía el amanecer de un día de verano con sus auras de frío olorosas á salvia y el delgadito cantar de los gallos que, como músicos acordes, daban el mismo tono.

—¿Oyó, padre? Dijo dulcemente una mujer dentro de la casa—Yá cantó el saraviao.

—Sí, hija, hace rato que estoy despierto; y yá su madre se levantó; llame usté á los muchachos. Respondió con voz temblona un viejo.

—Guillermo!....Muchachos!.... ole, José!.... Levántense, que nos vamos.

—Arriba, compadre Sinforoso, que nos coge el día! Gritaron desde el camino.

—Yá vamos, compadre!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Pero afanen, porque allí vienen yá los de Aguabonita.

—Que vivan los novios! Interrumpieron aquéllos.

—Que vivan! Contestaron otros amigos que bajaban por las vueltas del alto de San Antonio.

El viento de la madrugada fué regando aquellas voces hasta desleírlas en los rumores del Chinchiná.

—Entren, pues, dijo el señor Sinforoso abriendo la puerta de su casa y limpiándose las lágrimas con el borde inferior de la camisa. ¿Están aquí todos?

—Nó, señor; pero vienen cerquita, óigalos

—Bonifacio tampoco ha llegado?

—Aquí estoy.

—Figure, terció uno de sus compañeros, si éste tardaría, con la gana que tiene de coger camino; en plomo derretido me trago el minuto que durmió.

—Y lo peor es que es cierto, no he pegado pestaña en toda la santa noche.

—No era para menos, hijo; la cosa es de pensarse mucho.

—Y aquélla?

—Por allá está en la alcoba; pero entren que aquí se engarrotan de frío, en estico nos vamos.

La sala se fué llenando de hombres y mujeres que habían sido convidados á la boda de Dolores

y Bonifacio. Una vela prendida con su mismo sebo á la pared alumbraba los dos departamentos de la casa, y apenas si aclaraba el rincón de la alcoba donde la novia se trajeaba llorando.

—Buenos días! Saludó la mujer del señor Sinforoso entrando á la sala.

—Se los dé Dios, ña Genoveva.

Como notasen que lloraba, todos guardaron silencio; ella, entre tanto, sacó de un baúl un atado de cigarros ordinarios y los repartió entre los que quisieron fumar.

—Aguarden, se levantó su marido, este frío de Judas nos tulle si no caloreamos el cuerpo con un trago.

Alcanzó de la tabla que por allí había á guisa de estante una botella llena de aguardiente, acompañada de una tacilla de loza. Tac! con la lengua en el paladar por aquí, saboreos por allá, el líquido picante bajó por aquellos estómagos en ardiente ola de vida produciendo estremecimientos de felicidad.

Una de las convidadas de nombre Chiquinquirá y á quien todos, por no perder tiempo, llamaban Chinca, salió de la alcoba sujetándose á la cintura las faldas con una cuerda de cabuya y dijo:—Allá los llama aquélla, ño Sinforoso; si ustedes no hacen fuerza, no salimos hoy, porque ahí está sentada en un baúl llorando que ni la Madalena.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Francisco Echeverri

Poco menos andaban el viejo y su esposa, los cuales se acercaron á su hija á echarle encima los brazos. Ahí se estuvieran sollozando y enlazados por el dolor si la oficiosa amiga no entrase á decirles:

—Bueno, pues, miren que nos mata el sol! Dolores, por la Virgen, hínquese, vea que ya aclareó.

—Yo no me caso nada! ¿cómo los dejo?

—Esta sí es boba, como si....qué cuentos!.... hínquese; cabalmente que se lleva un buen muchacho y que es á satisfaición de todos; el trance es duro ¿para qué es sino la verdad? por eso no me quise casar yo, pero yá usté está metida en el embeleco. Upa, upa, que esa maluquera de dejar á los taitas se le quita apenas coja camino, que es entualito.

La niña cayó de rodillas al pie del baúl y, llorando las palabras, mejor que diciéndolas, murmuró:

—La ben....dición....

La señora Genoveva, tapada la cara con el brazo izquierdo, levantó la otra mano y sollozó:

—Que....sea....la del....Padre....la del.... y no se le oyó más; salió precipitadamente de la estancia.

—Eso es! se metió Chinca; ahora usté, mano Sinforoso, pero con fundamento, porque lo que es ña Genoveva no salió con nada.

Trémulo el viejo levantó la mano, y aunque empezó con firmeza las sacramentales palabras, un aro invisible le fué estrechando la garganta, y, como quedase cortada su amante voz de padre, remató la bendición cayendo de rodillas y abrazando á su hija.

—Ahora sí, caminen. Finalizó el cuadro la testigo.

Los convidados en gran número esperaban ya en el camino conversando unos, silbando aquéllos, y tiritando todos de frío.

—Cuando nos fuimos! Cantó el novio.

—Mi Dios los lleve con bien! Así los despidió la señora Genoveva.—Cuidao, hijita con el miedo; bien formal ¿oye? Y no se vengan sin el padre y las señoras Garcías. No se dilaten, pues.

—Espérenos con un almuerzo bien bueno, eso sí, y haremos todo lo que quiera. Le respondió su marido perdiéndose en un recodo del camino.

Todo esto pasaba en un campo que, cuadras más ó menos, está á media legua distante de Manizales, formado por la agrupación de otros pequeños y dividido en dos por un camino que es su perenne alegría, porque lo transita hasta después de ido el sol un reguero de gente que va al Cauca vecino de ahí á un cuarto de jornada, ó que de allá viene, amén de toda la que en dicho campo tiene sus viviendas y trabajaderos, que no es poca.

UNIVERSIDAD EAFIT

La casa que traemos entre ojos, porque en ella empezó esta historia en el año de 1876, estuvo á la vera del mencionado camino separada de él por un cerco de palos trabados; por allí interrumpía la trabazón un portillo, puerta que llamaban los demás, hecha de dos estacones agujereados al través, por entre los cuales agujeros corrían seis guaduas. De aquí al corredor de la casa había dos pasos, y cuatro á la derecha para topar con la cocina que, como si tuviese vergüenza de mostrar las negruras de su interior, daba la espalda á los transeúntes.

A poco gritar desde esta morada respondía en la suya un vecino, más allá otro, y á lo último el sendero descrito venía á ser y es como la única calle de una aldea larga, larga.

Luego que los novios partieron dijo la señora Genoveva:—Caminen ustedes á rajar leña y á cargar agua, miren que hay mucho que hacer.

—Hoy sí, mamita, nos vamos á reventar á punta de corazones y patas de gallina!

Y los hijos pequeños de la señora salieron relinchando y moviéndose á brincos.

El viento frío y sutil con su incógnito cargamento de perfumes matinales soplaba por aquellos contornos, como si hubiera jurado barrer el suelo para que pasasen los novios, y comprometídose á hacer sonar todas las ramas igual que cítataras nupciales; las vacas que dormían al otro lado de los cercos del camino se levantaban, recogían los cuellos, encorvaban los cuerpos estirándolos después y aromatizando el aire con el chorro de vapor blanco que les inflaba las negras narices; saltando al rededor de sus nidos los músicos de alas preludiaban con voz de violín óperas extrañas entre las sombras verdosas del bosque.

El acompañamiento, indiferente á estos adornos de la mañana, avanzaba hacia Manizales en dos bandos, los hombres en éste, en el otro las mujeres, mudos todos y atentos únicamente á caminar. Nadie habría podido dar en lo cierto al señalar á la novia, ni decir seguramente cuál era el amante, que ni siquiera volvían los dos á mirarse ni á hacerse fineza alguna de pura vergüenza que tenían; por los vestidos, quizá, se hubiera podido colegir quiénes eran, por la expresión de sus rostros nó.

Tín!....tín, tán!....Era el toque del ángelus que desde la iglesia de la Aldea de María se alzaba en notas como una bandada de turpiales por entre el aire diáfano de la mañana. A una se detuvieron los del acompañamiento, los hombres se quitaron los sombreros, inclinaron la cabeza las mujeres, y el señor Sinforoso con voz serena de bajo profundo encabezó la salutación á la Virgen con el Ave María.

El sol que iba ganando la serranía de Aguacatal coronó todas las cimas con un brochazo color de limón verdoso, y el cementerio de la ciudad

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

surgió al frente de nuestros campesinos en la explanada de la Exponsión.

Y ya que toda aquella gente camina á plena luz, quedará bien echarle encima los ojos, principalmente á Dolores que bien lo merece. Lo primerito que se le nota es que la juventud y los aires del Tablazo le acolcharon el cuerpo de muelles blanduras, permitiéndole, eso si, que ondulara como una mata de maíz. Nada de abismos ardientes en sus ojos ni de vaguedades santas de arcángel meditabundo ¿para qué son esas invenciones? la pura verdad: los ojos de Dolores son unos ojos muy bonitos, y nada más, ahora, al menos, no se le ven por allí incendios ni ternuras; lo que sí aseguramos es que los tiene muy semejantes á los de un becerrillo.

¿Cómo hará para andar cuellierguida con esas trenzas? Es que allá van, de puro largas, jugando con el ruedo del traje.

Poco ha menester saber de modas y tela fina quien quiera decir cómo está vestida.

Un pañolón de lana azul profundo con un cuadro de listas rojas al borde y envuelto ó amarrado en la cintura; de ahí abajo un derramamiento de faldas de muselina amarilla con enredijos de bejucos verdes y uvas moradas; por la cabeza un moño de cinta roja antiartísticamente construído y asegurado con un gancho que llaman de nodriza.

Pendiente del cuello lleva un óvalo enorme cuyo vidrio se curva hacia afuera para dar cabida al Nacimiento con todo y pastores y reyes atentos.

Un pañuelo hecho una bola le entretiene las manos.

Los pies, como Dios se los dió: grandes, desnudos, blancos, dulcemente dibujados y allá por los talones una fresca media - tinta rosada como esas que hay entre el laberinto del caracol marino. Ahora, sí, no más.

Toques por acá ó por allá, van sus compañeras lo mismo; una que otra ostenta anillos de plata y y los cabellos con ciertos amagos á peinado de estatua.

Y otro más desocupado que describa á los hombres que van por allí; apenas si lo merece Bonifacio por ser el de mejor plantaje y el más lujoso, y esto del lujo no se tome hasta creer que con él vaya el mozo avergonzando á su prometida ¡qué ha de avergonzar! Ruana pastusa con revés de bayeta roja, camisa blanca de pechera flojilla, pantalones de dril, y allá por la cima sombrero de paja de hiraca y copa altísima.

Casi, casi que no, pero sí ostenta ya Bonifacio la media - tinta conque empieza el bozo de donde se puede deducir que, cuestión de meses, tendrá veinte años.

—Este cristiano sí se va á casar en agüitas! ¿no mano Sinforoso? Dijo Chinca.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Y aquélla, pues?

—Cuánto tiene ?

—Apuradamente está entrada en los diez y seis.

—Virgen santa, les va á saber á cobre el matrimonio ! ¿ Usté que dice Bonifacio?

—Eh ! ¿ que voy á decir ?

—Ahora viene á meternos que no le da miedo.

—Qué miedo ! para eso son los brazos.

—Nó, yo digo es de aburrirse.

—Sólo que ella.....

Todos miraron á Dolores que al punto se sonrojó. — ¿ Están de graciosos ? Dijo — Se armaron ! apuren, no sean pesaos.

—No deje sus remilgos desde ahora, tornó Chinca á meterse, y verá donde le da el agua después ; estese creyendo que casarse uno es sentarse á comer bizcochuelos calientes.

—Vea qué hora la que buscó usté para venir á hablar de penas. Remató Bonifacio mal encarado.

Llegaban á la ciudad. Entraron á la primera calle, de amargura para ellos, porque dieron en abrirse puertas y ventanas y en volar comentarios de acera á acera como si los campesinos fueran sordos é insensibles al buen parecer.—¿Has visto montañera más boba? Decía una comadre desmelenada secándose con mucha impavidez las manos en las faldas.— Va como si la llevasen á un suplicio.

—No es para menos, hija; arrastrada por las piedras debía ir, pero sí está demás de simplecita,

francamente; y es lástima, porque ¡ ah bonita que está !

—Ole, y el novio tampoco es feo.

—Lo que menos, ve que ojasos tan azules tiene.

—Mírenme aquella vieja ! Les cortó el diálogo una muchacha.

—Ah ¿ qué tiene ?

—No la ven embadurnada como un payaso, llena de boleros y con las medias caídas?

—Pues ¿ cómo no ? Pero miren qué tan querida aquella negrita de camisón morao y buen peinetón !

—Es que no han visto aquel viejito, lo derecho que va con tres botones de loza verde en la fuerza del cuello de la camisa. Ave María, mi hija, los negros sí que son escandalosos ! ¿ por qué les gustarán tánto los colores rechinantes ?

Y siguió así cada comentario de las mujeres; los hombres poco decían, pero con los ojos se expresaban en voz alta metiéndoselos á la novia hasta por donde ella no se imaginaba.

—Aquí es la casa de mi compadre Basilio. Dijo el señor Sinforoso parando junto á un portón.

—Sí, ahí es ! Se metió un muchacho callejero que con otros venía formando guardia á los campesinos. Comedido el rapaz de un salto se dió á tocar á la dicha puerta, pero de tan recio modo, que los transeúntes comenzaron á hacer círculo al rededor del grupo.

UNIVERSIDAD EAFIT

—¿Quién es? Preguntaron de adentro.

—Los novios! Respondió el muchacho.

Y Regina la menor de las hijas de de don Basilio abrió el portón. —Si ya están aquí! dijo, ¡cómo sería la madrugada!. Entren, entren pues; buenos días, señores ¿qué tal muchachas? Pero entren.

—Dios se lo pague, niña; ahí quedan las mujeres, nosotros vamos á hablar con el Padre, porque ya es medio día. Respondió el viejo Sinforoso.

—Caminen, pues, queridas. Les insinuó dulcemente Regina.

Humildosas y avergonzadas obedecieron ellas; los hombres se regaron unos por la "Calle real", otros por la plaza y el señor Sinforoso y Bonifacio á hablar con el Cura.

CAPITULO II.

PERO sí que vienes buena moza!

La hija de don Basilio le echó un brazo por el cuello á Dolores.

—Eh, niña, calle la boca, que traigo una vergüenza!

—Por qué, ah?

—Sí ¿le parece muy bueno que pongan á uno de burlete?

—Pero ¿qué ha sido?

—Esta gente que no hace sinó reírse de uno, como si fuera la primera que se va á casar! Podían coger oficio. Y después dicen que son muy educaos los que viven en pueblo!..... sí mucho! figure, ponerse á decir dizque mi padre parecía atravesao por una guadua, de puro tieso que venía; y á ño José le jalaron el pelo sin caridad.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Muy cierto ! se metió la vieja de las medias caídas; que agradezca una carelechuza que estaba ahí riéndose, que agradezca que había gente, que si no, le saco los ojos á esa condenada.

—Pues lo que es de mí, alternó Chinca, sí no se ríe ninguna mugrosa, porque le pongo el hocico como un riñón.

—No hagan caso, muchachas, caminen á descansar.

—Y mi madrina ? Preguntó Dolores calmada.

—Está acabando de vestirse.

—Jesús, dijo Luisa, hermana mayor de Regina, cuánta muchacha bonita !

Y salió al corredor.

—Muy bonitas, ave María, demás ! Respondió la vieja de las medias caídas. —Talvez éstas, porque yo.....

—Nó, todas.

—Pues muchas gracias, entonces.

—¿ Y qué hay Dolores ? ¿ Tienes miedo ?

—Ello no madrina, algo de escalofrío.

—No seas boba, éso se te quita, pero ven acá, para arreglarte algo. Suéltate esa cabuya que traes amarrada en la cintura.

Y procediendo Luisa, se quitó los zarcillos que eran muy valiosos y bonitos y los puso en las orejas de la novia.

—Tráeme la polvera, Regina.

—Ve, Luisa, no le pongas mucho; ella tiene un color tan hermoso !

Dulcemente corrió por aquella cara gloriosa de belleza el plumón blanco velando con polvo ídem los tonos fuertes de las mejillas y subiendo el perla enmorenecido de la garganta.

—Sí que te quedaría bien una flor en la cabeza! Insinuó la madrina mirando á Dolores por todas partes.

—Para qué, niña ? Yá .....hasta bobada será éso.

—Por qué ?

—Eso no es, pues, para cuando uno quiere pescar?

—Las compañeras de Dolores, con la boca abierta, miraban cómo su amiga se iba transformando en manos de la señorita, pues que ésta, como Dios le ayudó á manejar aquella pasmosa cabellera, le farfulló peinado á la moda; le puso luégo una gargantilla con cuentas de oro y anillo de esmeralda.

—Ve, no le pongas tántos perendengues, entró Regina; queda mejor sencilla; me gustaba más como llegó.

—Quíta, que siempre has de estar tú de simple. —Respondió Luisa alzándose en las puntas de los pies para colocarle un adorno en la cabeza á Dolores.

—Pues, hija, si yo peco por simple, tú llamas la atención por charra.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Servicio Patrimonio Documental

—Sí, mucho! ¿qué tiene de particular ponerle este gancho?

—Por lo pronto, que va á quedar como un sitial.

—Si ál; ánda á traer un escapulario que es lo que á ti te gusta.

—No lo traigo porque supongo que ella tiene.

—Nó, verdad, niña, les interrumpió la víctima; no me haga tánto, que ni para vergüenzas.

—No le creas, Dolores, á esta encogida; cualquier adornito le parece un escándalo.

—Yá está el Padre en la iglesia!

El viejo Sinforoso respiraba apresuradamente. —Caminen, á ver si salimos hoy. Las campesinas salieron atropellándose.

—Pero mi compadre Basilio dónde está?

Yá le mandamos á avisar; él irá á la iglesia por allá derecho, porque yá está vestido.

—Luisa salió con los del Tablazo, y su hermana se quedó ayudando á preparar el desayuno para obsequiar á los novios.

Qué vergüenza la de Dolores! Cuando el Cura le preguntó si quería á Bonifacio por marido, contestó tan suavemente y con tánto temblor, que el sacerdote la miró desconfiado, con las cejas encontradas. Qué epístola de San Pablo iba ella á oír! ni qué emociones extrañas y dulces sentir pudo! Lo único que tenía presente era un ruido sutil como de campanillas invisibles, ardores de medio día en las mejillas y frío de media noche en los

pies; su mano entre la de su marido parecía de muerto, yerta, sin sangre, no estrechaba, no latía, y eso que la del galán ..... parecía de cartón. Gracias á que la ceremonia se acabó tempranito. En un gran pañuelo de zaraza amarilla llevaba el mozo con qué pagar su matrimonio, y entregó real por real al Cura en la sacristía; luégo, uniendo súplicas á las de su suegro, lo convidó á la fiesta.

—Cuidadito, pues, señor, cómo nos deja esperando, le rogaba el viejo Sinforoso; vea que Genoveva no quiso venir al pueblo por quedarse haciendo el alguito para esperarlo á usté y á mi compadre Basilio y la familia.

—Sí, voy á ver si puedo.

—No, mi amo, diga que sí y le prometemos no probar ni pizca de aquellito.

—Eso por supuesto! Ojalá se vayan á emborrachar ahora.

—Conque ¿lo esperamos?

—Y qué remedio?

—A qué horas?

—Serán tarde las once?

—Nó, señor, júntese con mi compadre, y en un credo están allá, antes para que me aconseje al muchacho mayor que está tentao á casarse con una del Páramo y no hay quién lo aguante, figure un cristiano sin segunda muda; para eso que se ha vuelto tan malmodoso! Le aseguro, Padre, que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los hijos ..... son los que le abren á uno camino para la eternidá. Yá ve esta midaja de muchacha, yá con su cruz á cuestas.

—Bueno, que estén muy contentos, y mucho juicio.

—No se dilate, pues, señor.

En la casa del padrino se despojó Dolores de lo ajeno; tomaron todos chocolate muy realzado con filigranas de panadería y ¿alegría, para qué te queremos? Antes de salir de la ciudad ya había estallado en el aire una docena de cohetes. El que los quemaba dió un grito fino, largo, brillante, y remató diciendo:

—¡¡¡Que vivan los novios!!!

Tres perros grandes y uno chico volaron á una barranca y, á cuál se arrisca más, armaron una algarabía que, con los gritos de los muchachos, el ruido de la pólvora y un buey que desparramó la turba rabioso como el diablo corcoveando con una carga de tejas, volvieron aquella salida que, para cerrar los ojos y taparse los oídos, con todo y ser miel sobre hojuelas tal alboroto para los fiesteros los cuales iban yá por allí revueltos, queremos decir hombres y mujeres, aunque no con demasiada intimidad: Dolores y su marido dándose las manos, él la izquierda, la derecha ella, las llevaban en afanoso vaivén como empeñados en imitar un columpio, pero con tal afán, como si el Cura les hubiera impuesto de penitencia aquel ejercicio;

era que no encontraban qué decirse; sin embargo, la esposa yá se atrevía á reír con franqueza como quien ha salido ileso de peligroso salto mortal. De cuando en cuando decía él á media voz mirándose los pies: —Yá le digo que esto de casarse uno....

—Pues. Respondía ella.

A la subida del Tablazo no vimos en los bolsillos de nadie botellas de agurdiente, ni á espaldas de ninguno tiples ni bandolas; pues de todo eso hay ahora, y no para muestra, que aquellas andan pico abajo y los instrumentos músicos vueltos una alegría.

Haciendo volver atrás á los que venían Sanantonio arriba va el pelotón cantando á todo pecho enloquecido por el placer.

—Allá vienen, mama! Chilló un hermanito de la novia en la puerta de la cocina. —Pero, hijue pucha! vienen como veinti catorce mil.

Y dió dos vueltas en el patio como cosa de baile.

—Como trescientos mil millones. Respondió otro subiéndose apresuradamente á un naranjo para verlos mejor.

—Pobre hija de mi alma!

La señora Genoveva secándose las lágrimas, tiró lejos un capón que desplumaba; á modo de visera se puso en la frente una mano y desde el patio los miraba ondear en la falda.—Y vienen pocos!.... pues se quedó el pueblo solo.

—Adiós, señá Genoveva! Gritó uno de los que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

iban adelante.—Ahí vamos así, medio sabrosones!....ah bueno que es estar uno pintón! ¿no, señora?

—María Santísima, aquellos indinos vienen de cierto modo, y hoy es día en que me van á quemar la casa! ánimas que venga el Padre, porque si no va á haber las del demonio.

Y corrió por el camino á encontrarlos.

—¿Cómo te fué hijita querida?

—Más bien que ¡es decir! Respondió el borracho.—Yo estaba ahí cerquita, y no se movió.

—De miedo la infeliz!

Y se lanzó á abrazar á Dolores.

—Que viva esta buena señora! Dijo el borracho enternecido, llenos los ojos de lágrimas.—Tiene que tomarse un trago, eso sí.

—No lo permita mi Dios! Déjenme llorar.

—Yh....aunque no quiera, tiene que tomárselo.

—Por las llagas de Cristo, ahora me jalan, y yo con tánto qué hacer!

—Conque me desprecea ¿no? bueno; primera vez que me sucede.

—Recíbalo, mamita, le suplicó tiernamente Dolores; uno sólo no la trastorna, y ahora le ayudamos todos en la cocina.

—Sea por Dios!

La vieja cerró los ojos, hizo un puchero, estiró el pescuezo, y entre gorgoreos el trago pasó.

—Asina se hace! Articuló el borracho; entre la suya puso la boca de la botella, sonó aquello como en el gargüero de un caballo al cual se le echa por fuerza un remedio, se limpió los labios con una manga de la camisa y gritó:

—Ahora sí, María Santísima! Arriba muchachos con una pieza bien contenta!

Acto continuo los mozos se despojaron de las ruanas, las muchachas se metieron detrás de las puertas á darse una mano ligera en su tocado de baile, mirándose en espejillos tamaños como un huevo, y los músicos rompieron en una *guavina* chispeante y bulliciosa como un incendio. A poco salió Dolores con otro vestido, y con las manos en las caderas se cuadró en la entrada de la casa.

No es costumbre, porque es ley entre estas gentes, que el padrino rompa el jaleo con la novia; mas, como don Basilio no había llegado aún, lo reemplazó el señor Sinforoso, y allá va como en un vértigo la hermosa niña. Ahora sí que está bella! Ligeramente enrojecida por el sol, su tez tiene el moreno caliente de la canela.

Su padre, burlando el reposo de los años, la lleva para acá, para allá, mas sin perder el compás. No obstante lo picadito del paso, el quiebro de cadera en Dolores es primoroso, qué tal si se moviera con lentitud! Jamás hace ondulaciones tan sua-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salas de Patrimonio Documental

ves una culebra como cuando avanza reposadamente.

El zarandeo era en el patio de la casa. Los muchachos encaramados en las talanqueras llevaban el compás á palmadas riéndose de los malos bailarines; las viejas cruzaban por todas partes, ésta, llevando una taza de chocolate, raspa que raspa la otra una gallina de cuello azul y colgante. Todo el mundo hablaba, los que nó, andaban de trovadores; la botella de aguardiente, dejando atrás la ligereza de un relámpago, entraba y salía por aquellas bocas, sin cesar; por atajos y veredas asomaban gentes de todo pelaje que ¿no somos amigos? se iban metiendo al rebullicio con una confianza. La mañana, igual que Dolores, andaba de boda por esos cielos y no se dejaba poner las peras á cuarto en aquello de la alegría; yá había cambiado el vestido rosado con que suele madrugar por inmenso peplo de oro diáfano cuyas orlas iban pasando por la tierra; reverberaba la vida, las hierbas se erguían, el toro envuelto en una ola de polvo desafiaba al mundo entero, y al frente de la casa del delirio, entre sábanas azulosas, hacía brote el nevado del Ruiz como una perla enorme que se alza de entre una rebujina de gasa azul.

Las muchachas de la danza adormían ligeramente los ojos como para recoger en ellos tanta felicidad; los tiples y bandolas sonaban y sonaban em-

briagados de notas picantes y pasaban las horas fugaces que ni las golondrinas.

—Pero aquí quién almuerza! Virgen María. Dijo la señora Genoveva poniéndose las manos en la cabeza.—Se enloquecieron toditos!

—No se afane, déjelos! Le respondió su marido.

—Nó, pero á mi muchachita sí le voy á hacer tomar una taza de caldo.

—Ahora no, porque va á salir á vueltas.

—Con quién, por Dios, no sean injustos! Estará desmayada.

—Con ño Pablo.

—Me la matan, no hay remedio! Cómo será el fogaje de esa criatura!

—El Padre, mi amo Basilio y...cuántos...vean eso! Gritó un muchacho.

Llegó al patio la cabalgata anunciada; doña Celsa, la esposa de don Basilio, en una mula que, según la señora, era una santa, y eso que Valeriano el sirviente de la casa decía que era más dura que ver morir un hijo; Luisa muy jineta y adelgazada por el corsé, los demás, tal cual.

—¡Arribita, blancos! Berreó el borracho de marras.

—¿Qué hay hijos?

—Aquí muriéndonos de la pesadumbre, Padre.

—Ojalá estén dando qué hacer.

—Nosotros lo hacemos solos, señor.

—¿Como que han bebido mucho?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Estos, talvez; yo!....vea, yo le hago el número cua....cuatro, mi....mi padrecito!

Fué á hacerlo con las piernas y lo remató contra una talanquera dando en ella de cabeza.

—Qué cuatro has de hacer tú!—le dijo el Cura riendo—anda á acostarte.

--Y la señorita Regina? Preguntó Dolores con interés.

—Eh, contestó Luisa, ¿no sabes, pues, que ella es así? A ésa no la cogen en esto; no me faltó sino arrodillármele para que viniera y no hubo Dios posible.

—Qué lástima! tan contentos que estamos.

—Te mandó decir que después vendría á hacerte la visita.

—Desmonten, pues.

—Echele mano á Dolores! Padre. Refunfuñó á duras penas el borracho. Sí, sí! gritaron otros; una pieza para el Padre.

Y le dejaron libre la novia.

—El Señor me ampare y me favorezca! Dijo él haciéndose una cruz estómago abajo. Qué más se quisiera Satanás!

—Tome, pues, un caldito, señor! Le insinuó dulcemente la vieja Genoveva.

—Eso sí, eche acá, á ver.

Y prefirió un muslo de gallina á semejante peligro.

Por la mitad del cielo se andaría el sol y ya estaba la mitad de los convidados fuera de combate: dormidos unos sobre la grama á plena luz cenital, la boca abierta y sembradita la cara de moscas; pasando otros por las torturas del infierno, al querer echar de ellos aquello que tan fácilmente les entró; éste contando una simpleza sin hilación y sin oyentes, un amigo más allá empeñado en hacerle creer al otro que lo quería mucho; tiznado un majadero, lleno el sombrero de helechos, haciendo reír las mujeres que un tantico sudadas y bermejas de tez, cuchichaban bobaditas por lo bajo.

—Ah aguardiente fatal! Murmuraba angustiado el sacerdote. Miren como están estos cristianos; qué cosa tan vergonzosa!

Por la tarde hubo animación otra vez, y hubiera seguido si la noche no le cortara el paso. Los blancos se pusieron en camino muy agradecidos de los dueños de la casa, cariañusgado el Cura pensando en el sermón del domingo; los campesinos se fueron marchando uno á uno sin despedirse de nadie y refunfuñando contra el sacerdote que no les permitió seguir el jolgorio.

El suegro de Bonifacio se metió á la cama, su mujer la emprendió en la cocina á la luz de un candil mantecoso y la nueva pareja, sentados codo á codo en el quicio de la puerta, pensaban y pensaban, Dolores sobre todo, que tardaba en contestar á lo que le decía su marido como si se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

durmiera entre frase y frase; ambos tenían los ojos puestos en la salida de la luna.

—Dolores !.....

—¿ Ah ?

—¿ Tiene frío ?

—Yo.....nó.

—Por qué no habla, pues ?

—No tengo qué.

—Es que no me quiere.

—¿ Cómo no he de quererlo ? Imposible !

Pasó por el patio invisible ronda de esencias que venían de la cañada.

—Usté está llorando.

—¿ Quién ?

—Usté .

—Ello no ¿ por qué ?

—Porque ahí la oigo resollar grueso.

—¿ No puedo estar cansada ?

—Si quiere me voy y mañana vuelvo.

—Eh, Bonifacio, no sea caprichoso ! Es que tengo dolor de cabeza.

Como un lirio blanco que acaba de abrirse apareció la luna sobre el alto de Sanantonio — Y los esposos callaban — A poco rato :

—Usté sabe, mi tesoro, si mano Sinforoso va á comenzar la rocería esta semana ?

—¿ ?

—Que si usté sabe .....

—Ah, sí ..... como que sí .... Yo no me

acuerdo ..... digo, yo no sé.

—Es que hay que aprovechar el verano.

—Pues.

—¿ Para cuántos peones es capaz de cocinar usté ?

—¿ Para cuántos ?

—Sí.

—Para cuántos peones ?

—Ahí se mueren de frío cristianos. Les llamó la atención la señora Genoveva—Entren, que ya voy para que recemos el rosario. Dolores se puso de pie é inconcientemente miró al huerto donde los naranjos que había sembrado en la niñez, atropellados por el aire dejaban caer una lluvia de azahares.

A poco no se oía más que uno como secreto que el viento le confiaba al platanal, monólogo del agua en las cañadas, y caía sobre los techos esfumada procesión de sueños.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO III

—¡PUES, hijo, le decía doña Celsa á su esposo don Basilio en un rato de íntimo esparcimiento entre ellos, yo no sé si es que usted tiene cara de bobo ó que aquí no hay más sobre quién caer para ponerle oficio.

—¿No sería lo primero, hijita?

—Es que, francamente, ya no lo dejan ni comer con tranquilidad, porque eso es:—Que si aquí está don Basilio para que vaya á entender en aquello de la madera para el hospital?—Pues que aquí traigo esta nota para el señor.—¿Y eso qué contiene?—El nombramiento que le hizo la Junta para que encabece la recogida de limosnas para los pobres que dejó la inundación. Usted, hijito, es presidente de todas las asociaciones, el primero que plantan en las listas de los que tienen que dar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dinero para eso y lo de más allá; no hay cosa pública en que no esté metido.

—Y qué le parece Celsa que no me choca.

—Nó, malo no es que lo quieran tanto; pero sí lo embroman mucho.

—Afortunadamente, estoy....desocupado.

—Rico, sí, bien pueda decirlo, cabalmente que harto trabajo le ha costado, porque acuérdese como empezámos, ¡ah cristianos pobres! ¿no? Cada vez que me acuerdo me da risa: yo tenía por todo cuando nos casámos, una ternera, y usted....¿no era un caballito amarillo?

—Sí, la montura y veinticinco pesos. Contestó sonriendo con serenidad don Basilio.

—Ah tiempos aquéllos! Continuó la señora fumándose con regocijo un cigarro.—Tan triste que vivía yo con esa viajadera que cogió usted para el Chocó.

—Y eso fué lo que nos dió la mano.

—Ah sí, porque acuérdese qué tan bien se vendían aquí los medallones y las cadenas de oro que traía de por allá cambiados á las mercancías que llevaba.

—Bueno, pero también tengo que confesar que.....

—¿Yo le ayudé? Psh! no fué cosa! ¿Porque aplanchaba ajeno de día y de noche? ¿y cosía cuanto me llevaban? ¿y.....

—Engordaba marranos, criaba gallinas y no

gastaba un cuartillo mal gastado.

—Fué lo único que hice.

La señora volteó con mucha modestia á sacudirle la ceniza al cigarro.

—¿Y le parece poco? Eso fué lo que me levantó, porque el que quiere vivir en quiebra que se case con mujer perezosa y gastadora.

—Lástima que se me hubieran muerto mis diez muchachitos, qué tan sabroso verlos á todos grandes hoy que tenemos tántas comodidades.

—Si fué como castigo la muerte de tántos hijos, milagro que se hubieran escapado estos tres que tenemos.

—No le quede duda, hijo, de que ese maldecido número trece tuvo la culpa de la pérdida de los otros.

—No sea sencilla, Celsa, no se ponga á creer en esas bobadas.

—Ah, pues como algunos le tienen tánto miedo al tal número. Pacha me contó el otro día que desde la cena del Señor en que hubo la misma cantidad de comensales quedó maldito ese guarismo por culpa de Judas.

—¿Y ella qué sabe de eso?

—Dizque lo leyó en un libro.

—Bueno; ¿y las amarguras que nos está haciendo pasar Manuel también son efecto del trece?

—Eso si no sé yo; pero volvamos á la conver-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sación que teníamos, porque yá usted se está poniendo de mal humor apenas mentó á Manuel; ¡pobre hijo!

—No es mal humor Celsa, es tristeza.

—Se acuerda Basilio lo delgadita que era yo?

—Pues ¿cómo no? Y ver hoy! Lo menos doce arrobas de peso.

—No sea exagerado! Sí estoy muy gorda y cuando me río me tiembla todo como gelatina, pero no peso tánto como doce arrobas. Al revés de usted que es un viejo largo, reseco, colorado, recortado el bigote y con unos pelos tan largos en las cejas! y eso que yo no se los descuido cortándoselos á tijeras con mucho cuidado.

—Así he sido toda la vida.

—Pues sí, porque los pies se le hincharon después de viejo; afortunadamente el calzado le disimula. Pero lo más particular es que yo no haya podido acomodarme á estas modas de ahora: siento un fastidio cuando me pongo camisón de mangas y cuello. Dios me hizo para vivir con los brazos desnudos, ellos no serán bonitos, pero..... y el pecho, así con mi pañuelo de seda cruzado por delante y cogido con mi alfiler de oro queda bien; lo único que se me ve es el rosario, los escapularios y el rascaoídos, y eso no siempre. Yo soy lo mismo que usted, que no ha podido acomodarse al saco y que siempre está mejor con su ruana, cualquiera diría que es un pobre.

—Por falta de con qué no dejo de encachacarme, pero en cambio me gusta mucho que mis muchachas estén siempre bien vestidas.

—Y á mí me da un placer ver á mi hijo cachaco.

—Pero no luce, porque es el cristiano que se hace menos caso.

—Regina tampoco se alisa mucho que digamos.

—Pero ella siquiera es por modestia, que Manuel es por descuido y, si le digo, por desaseo.

—¡Ah Basilio! no pierde ocasión de.....

—No; no crea que es porque yo no quiero á nuestro hijo, lo quiero como á Luisa y Regina, pero no puedo conformarme con ese modo de ser y con esa vida.

—¿Y qué hacemos?

—¿Pues qué más?

—Talvez si se casara.....

—Peor; parece que usted no lo haya oído hablar del matrimonio.

—Estamos embromados con él. Y á mí se me propuso desde que estaba chiquito que á usted iba á mortificarlo mucho, porque yo le veía unas manías y unos caprichos muy diferentes de los demás muchachos. Mucha memoria ¡ave María! pero para los versos, y un aborrecimiento á los números.

—Y para remate, suspiró don Basilio, venir esta otra muchacha Regina con su novelería. Ya ve,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Celsa, no está en tener dinero para uno vivir tranquilo.

—Ah si; ¿y usté estaba creyendo otra cosa? ¡Eh! Sirve de mucho, eso sí, pero él solo no da la dicha; también digo que hay más riesgo de ser feliz con él que con la pobreza.

—¿Quién lo duda?

—Los pobres que se pasan diciendo que dizque los ricos son muy desgraciados, ellos son los únicos que sostienen que la plata no sirve.

—Lo que es en esta vez aciertan, hija; la prueba es que yo daría mucho porque Manuel fuera más juicioso.

—Peor fuera ser pobre y sufrir por otro lado; no me vengan con cuentos. Pues sí: aconsejando á aquel muchacho el otro día que se casara, á ver si se compone, me respondió:

No se afane mamá; tiempo hay de pensar en este asunto que bien serio es.

—Es decir, hijo, que usted no piensa vivir nunca como lo manda Dios, sino ser toda la vida la rémora y el coco de la sociedad? Bien pueda quedarse rezagado en el pecado, que yo le contaré un cuento después.

—Más tarde, señora, más tarde.

—Sí, harta gracia hará cuando yá no le sirva la mujer sino para ponerle cataplasmas y recortarle el pelo de las orejas.

—Pero, mamá, si por ahí tengo novia.

—Sí, pero por pasar el rato, no creo que la quiera de á mucho.

—Es que usted no sabe.

—Mira, hijo, que yá tienes veintinueve años.

—Sí, señora, estoy en pañales para pensar todavía en matrimonio.

—Yá usted sabe, Basilio, que con él no se puede hablar nada en serio, y fué saliendo.

—Si él se propusiera, se casaría muy bien, ¡figúrese, García Mejía, gente de la buena, y rico!

—Como no está en tener buenos apellidos y dinero para hacer feliz á una mujer.

—Tánto que quiero á este hijo!

Aquí remató el diálogo de los esposos.

Ahora, pongamos nosotros á Manuel un ratito en la punta de la pluma para ver de definirlo mejor, porque con todo y los detalles que sobre él han dado sus padres aún está vago como cualquiera que pasa por la calle. Será bueno cogerlo desde su niñez.

Antes de que le pardeara el bozo, sus padres, que lo adoraban, pensaron, á pesar de los caprichos y manías del muchacho, en hacer de él todo un hombre que le diera lustrecito á la familia y que no se quedara arisco como los pájaros del monte.

Pues que á Bogotá.

Mal principio, gruñía don Basilio, viendo á su mujer que metía y metía en los baúles de su hijo

ropa, y dijes, y comestibles y dinero, mal principio, sí, señora.

—Por qué?

—Porque apenas hay estudiante de posibles y barriga llena que salga sirviendo para algo; pero, en fin, no seré yo quien va escasearle nada, para que después....

—Yá está usted tirando cuentas; no señor, tampoco le aseguro que este niño vaya á ser un asombro, y, mucho menos, que no se aburra.

—Y yá usted las está tirando porque malicia el resultado de todo.

—No, señor, es que.....

—Sí, señora....es que usted lo mima demasiado. En fin, á Bogotá fué á dar el chico con su carga de baúles repletos de muchísimo más de lo que ha menester un estudiante.

Hizo primero todos los cursos de literatura, pero admirablemente; catedráticos y condiscípulos andaban deslumbrados, sobre todo al oírlo en las clases de Gramática, Retórica y Métrica castellanas; no sabían qué admirarle más si los versos ó la prosa que hacía. Sin embargo, el profesor de Aritmética se quejaba de los adelantos del joven. Así y todo, la fama de que era muy notable estudiante llegó hasta sus padres, y aquí el discutir:

—Yo quiero que sea abogado.

—¡ Usted sí es bobo, Basilio ! ¿ cómo se imagina que yo voy á consentir en casa á un ladrón?

no, señor, un médico, cabalmente que bien achacosos vivimos.

Al fin triunfó ella, y el estudiante recibió orden de emprenderla con la medicina. Pero nadita que le gustó el tal estudio. No tan mal mientras anduvo enredado con las ciencias naturales, pero, apenas llegó á aquello de hospitales y anfiteatros fué el decaimiento, y empezaron sus glorias de estudiante á bajar, á bajar.

Delante de la mesa de mármol en que se estaba descuartizado un muerto, sacaba el pañuelo de seda deliciosa, traspasado de purísima esencia y, á las narices, en vez de remangarse como sus compañeros y meter igual que ellos esas manos por las entrañas nauseabundas del cadáver. Si alguna vez instigado por la presencia del profesor resolvía tomar parte en algún análisis práctico, había de ser con unas pinzas y tales extremos de aseo que hasta pálido se ponía. — Nó, imposible; no puedo, prefiero tumbar monte toda la vida.

Cuando estudiaba en el cadáver de una mujer, no cortaba, pero sí se volvía ojos, no para buscar datos científicos, sino para hacer observaciones que cada día le alejaban más y más su alma de la realidad.

Viendo sus compañeros de vencer en él aquella antipatía á la materia le echaban al bolsillo pedazos de carne humana, cuidando, eso sí, de escurrir

los bultos, porque aquella inmundicia lo extremecía como una culebra.

—Así sería la alimentación que te dieron en tu casa! Le dijo una vez á un condiscípulo que ganó una apuesta echándose á la boca lo que él no podía soportar en el bolsillo.

—Con más remilgos empecé yo, querido, respondió el otro, y yá ves dónde voy; aquí debieras ir tú, pero parece que no me alcanzarás nunca con tanto melindre.

—Tienes razón, á perro no llegaré jamás.

—No, vas á rematar en lucero.

—No te importa.

En cambio, se resarcía por las noches siendo amigo mimado en los salones á donde le había dado entrada la belleza de sus versos y luégo su dinero. El fastidio que le producían enfermos y muertos se fué tornando al fin en horror invencible; milagrosamente asomaba la cara de cuando en cuando allá por el Hospital de San Juan de Dios.

—Qué lástima, le decía su acudiente, que usted con tánto talento se quiera tan poco.

—El talento, si es que lo tengo, respondía, me servirá para todo menos para hacer carrera de médico.

—Pierde usted mucho tiempo.

—Y yo tengo para mí que lo aprovecho.

—Sus padres allá en Manizales creen que ....

—Me estoy volviendo un Charcot? Eso es lo de menos, no necesitan de mis ganancias materiales, y en cuanto á honor, hay otro camino por donde se los puedo dar.

—Amigo, allá usted.

—Sí señor.

UNIVERSIDAD EAFIT

CAPITULO IV

Y se dejó ir al amor de sus antojos que, por más señas, no eran tres ó cuatro sino muchos, pues que, como todo estudiante inteligente que no sigue carrera alguna, se dió á entender de todo. El despuntó por todos los ramos del arte, pero sin profundizar ninguno; se las hubo hasta con el de las vejeces que yá estaban muy de moda. Al fin creyó que dizque se había hecho dueño de ese gusto que tienen los anticuarios para coger al vuelo el encanto de un vejestorio.

Y pasaron siete años sin que viese la familia; al cabo de ellos volvió á su tierra hablando de todo, menos de medicina, y eso que su madre desde el momento en que él llegó le pidió recetas para ella y un montón de amigas.—Entonces ¿para qué es

lo que ha aprendido, hijito, que ni siquiera receta para un dolor de estómago?

—Cómo quiere usted, que en siete años.....

—Ave María! ¿acaso le estoy diciendo que le corte la cabeza á un cristiano y que lo deje vivo?

—Ah, para frío en los pies y dolores de cabeza, son los yerbateros mamá. Mire, qué cosa tan linda este indiecito con su expresión melancólica.

Y le mostró una esfera de barro con ojos brotados, pero sin abrir y boca tamaña que casi le daba la vuelta.

—Qué tiene eso de lindo? un barrigón más inmoral!

Don Basilio muy contento de tener en la casa unos días á su hijo no paró mientes sino en atenderlo, mas no en lo que éste sabía, le bastaba que estuviese estudiando en Bogotá.

Allá volvió Manuel como al agua el pez. Eso sí, de medicina, que si quieres: no pasó más por la calle de San Juan de Dios donde está el hospital, y siguió en sus manías entre las cuales daba preferencia á la de la literatura. Amigo de todos los periodistas, á todos les daba versos, buenos casi siempre, para llenar con ellos huecos que no era posible tapar con noticias; él popularizaba las novelas extranjeras que llegaban á Bogotá, porque era el primero que las leía, lo mismo que la belleza de las mujeres que por ahí iban descollando; en las barras del Congreso había de estar Manuel in-

defectiblemente aplaudiendo hasta hacerse sangre en las manos ó aborreciendo exageradamente á éste ó aquél orador parlamentario. Pues que un paseo al Salto, que una gira á los alrededores de la ciudad y una subida á Monserrate &ª, imposible que faltase el hijo de don Basilio, aunque hubiese ido mil veces á todos esos puntos.

No sabemos si realmente sentía la placentera fruición que producen las bellezas de arte, ó si creía sentirlas nada mas, es lo cierto que se embelesaba delante del arma rudimentaria de un héroe del siglo pasado, de una pintura borrosa cuyo mérito había que suponerlo, junto á un libro de letras grandísimas empastado en pergamino ó contemplando antigua filigrana de oro. Por allí se andaba en amistades y discusiones con gentes de aquellas que se matan por hacerse á un marco de esos que, roto el cuadro que cercaban, arriman los dependientes de las iglesias á los rincones de las sacristías; gentes adoradoras del pasado que tienen el dón de encontrar, cuando menos se lo percatan, tradiciones poéticas, pongamos por caso en la borla de un cojín porque tiene apariencias de haber sido de uno de María Antonieta, que guardan momias con serias presunciones de que son de grandes personajes emparentados, cuando menos, con los reyes de Egipto, porque tienen envuelta en el cuerpo una faja de trapo á manera de vandeleta de papiro.

Manuel, si no se puso, lo creyó al menos, al tanto de esas sutilezas, y se metía con los artistas por tugurios y santuarios busca que buscará novedades viejas.

Para rematar su fama de hombre de gusto, resultó que era un buen catador de bebidas; con exquisita sensibilidad distinguía en sabores y edades los vinos rancios de las aguas teñidas con que, según él, estaban falsificando los deliciosos néctares que de antiguo guardaban en acolchados pellejos.

Mas le sucedía al joven que con ese antojo de probar bebidas, en compañía de amigos alegres examinaba aguardiente aquí, chicha más allá, mistelas de variado colorido luégo, y resultaba que, á lo último, de todo lo que más le gustaba era una taza de café y coger la cama con la cabeza tamañita.

En cuanto á mujeres, no hay más qué decir sino que las quería únicamente para embellecer una que otra hora de la juventud, mas nó para adornar su vida entera. Por atracción mutua era íntimo de aquellos que burla burlando se van metiendo tranquilamente á los desiertos de la vejez disponiendo siempre su matrimonio para cuando tengan la edad competente ó, bajando mucho, para el año entrante.

—Aquí siquiera se aguardan muchos hasta los cuarenta, decía él; pero en mi tierra ¡qué horror! á los veinte yá son maridos; la edad en que todavía se hace columpio; en ninguna otra parte es viejo para casarse uno que tenga los años que tenía Jesús cuando murió. En mi tierra, ah! en mi tierra el que pasa de treinta ha menester de Dios y su santa ayuda para casarse á gusto.

—Aquel muchacho sabrá yá hasta las letras coloradas, decía doña Celsa; qué le parece tánto tiempo estudiando.

—Si por el tiempo y el dinero que ha gastado, respondía don Basilio, vamos á medirle la sabiduría resulta que sabe demás; no vamos á tener dónde acomodar toda la ciencia que traiga.

—Y es que á usted, Basilio, le parece que Manuel gasta mucho? Pues á mi nó: el que algo quiere.....Curiosos quedaríamos nosotros cicateriándole al único hijo que tenemos! Para eso nos dió mi Dios con qué.

—Sí, señora, pero me corto la cabeza si en nosotros no se cumple aquello de "padre trabajador, hijo caballero y nieto pordiosero."

—Sólo que la esté botando á puñados.

—Eso es lo que usted no sabe.

—No me dijo usted que dizque le había disminuído mucho la pensión en estos últimos días?

—Y pienso seguir hasta que lo obligue á atenderse á sí mismo.

Esto le dijeron á la señora para entregarse ella á las economías, le sisó á la cocinera, á la despen-

sa, al leñador &ª, &ª y todo iba á poder de su hijo sin que lo supiera don Basilio.

Entre tanto, el estudiante no hablaba de vuelta á la casa; doce años de estudio, y en sus cartas no se veía por parte alguna la palabra grado, la gloriosa palabra. Si no hubiera sido porque á la señora se le metió la idea de que iba á morirse sin verlo, allá se estuviera él. "Venga, hijito", le escribía ella, "siquiera para abrazarlo por última vez; si me ve no me conoce".

Cuando el mozo regresó al hogar encontró á su madre tan lozana como la había dejado, pero no quiso regatearle la precipitud con que lo hizo volver, porque lo recibió con tánto amor.

—A ver, hijo, decía ella viéndole abrir los baúles á la mañana siguiente de su llegada, muéstrenos el.....ese papel que les dan á los doctores ¿cómo se llama?

—Diploma, mamá.

—Eso es, muéstremelo.

—Qué, señora! si estaba al recibirlo cuando llegó la carta de usted.

--Ah injusticia! ¿Pero eso no se necesita, no es cierto?

—Y mucho, señora; por eso, en cuanto esté usted buena....

—¿Se vuelve? No siga, hijo, no siga, porque yo no me vuelvo á separar.

Don Basilio muy cariñoso con él, eso sí, pero

sin mentarle las palabras grado y doctor con todo y los doce años transcurridos en estudios.—Será bueno, le dijo un día con mucho disimulo, que abra una botica, porque médico que no la tiene está embromado.

—De veras, hijo, saltó doña Celsa; ¿no ve que él y el boticario cogen un juegito que es chorro de plata parejo?

—Nó, señores, yo pienso en irme á buscar un teatro más amplio para quien tánto se ha quemado las pestañas; aquí no me cogen recetando.

—¿Es decir que lo vamos á perder otra vez? le interrumpió lloriqueando su madre; nó, señor, yo no paso por esa; se queda aquí, no recete si no le da la gana, pero no nos abandone, mire que estamos muy viejos.

Al fin se conmovió el joven con las lágrimas de doña Celsa y, como en Bogotá al amor de los sueños, se dejó ir en su patria al arrullo de aquellos y del cariño de su madre.

Los padres discutían á solas sobre el resultado de tántos esfuerzos, y siempre remataban el alegato de esta ó parecida manera:

—Pues, sí, señora, es lo que se llama un paranada.

—Pues eso dice usted, que yo aseguro otra cosa.

—¿Para qué sirve?

—Pero, hombre de Cristo, para qué sirven todos los que saben de libros?

—Es que no sabe de libros ni de nada.

—Usté qué va á saber de eso! Manuel es muy instruído ¿ó le parece que para probarlo tiene necesidad de pararse en la puerta de la calle á gritar á todo pecho lo que aprendió?

—Bueno, que coja oficio, pues, si no le gusta la medicina.

—Eso es otra cosa; y, si vamos á cuentas, ni necesidad tiene.

—De veras, no debe trabajar, porque ahora sigue la segunda parte del pronóstico mío: "hijo caballero".

—Es que usted es muy necio, Basilio.

—Y usted muy inocente.

Puestos en tela de juicio andaban en la ciudad los conocimientos científicos de Manuel, mas como era rico, nadie fué á pedirle cuenta de ellos, y allá se guardó el mozo, los de medicina al menos, en los archivos de su memoria. Al fin le sucedió á todo el que viene de tierras mejores, se le acabaron el brillo y las arrugas de la ropa y las finezas extrañas en su patria; exteriormente fué igual á todo el mundo, aunque puertas de su cuarto adentro, se reía y se olvidaba de todos entregado á los libros cuya belleza se escapaba á las gentes vulgares. —No me comprenden, no me comprenden! Decía en momentos de hondo fastidio, y para olvidar uno como rencor que sentía contra su padre y sus paisanos, bebía aguardiente á solas.

Un día entró á la casa de visita una joven en quien halló Manuel bastantes cosas bellas; empezó á galantearla, ella le hizo caso y esa fué su novia.

—Cásate con ella, hijo, le aconsejaba doña Celsa, ve que yá les estás echando diente á los treinta.

—Veremos, mamá, veremos.

A este modo y á esta vida era á lo que se refería don Basilio cuando le decía á su mujer: —"¿Y las amarguras que nos está haciendo pasar Manuel también son efecto del trece?"

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

BIBLIOTECA "EL GLOBO"
MEDELLIN

CAPITULO V

NO solamente este chico turbó en casa de sus padres la calma de agua dormida que hasta entonces habían traído, sino que otra pena dió en atarazarlos y en quitarles el sosiego, especialmente á don Basilio; bien es verdad que las dos hermanas Luisa y Regina mullían con su ternura las asperezas que aparecían en el hogar. Dentro de poco diremos qué punzón era aquél, conozcamos primero á las dos jóvenes:

Luisa era fea, pero ¡con un garabato, mi amo! como decía doña Celsa, que maldita la falta que le hacía ser bella; al revés de su hermana que era un milagro de hermosura, no diremos muda, porque sería un fuerte vocablo, silenciosa más bien. Oyendo hablar á la una y mirando á la otra, trabajo tendría quien quisiera escoger.

UNIVERSIDAD EAFIT

Regina no hacía caso de su belleza como si fuera la cosa más natural, pongamos por caso, tener la piel del color de la pulpa del coco y vérsele la boca en aquel rostro bendito de limpieza igual que una gota de sangre caída sobre un pedazo de mármol.

Yo no he visto muchachas más diferentes, exclamaba con regocijo materno doña Celsa entre sus amigas: Luisa vive enamorada de su cabellera, ella le unta pomadas, se la riza, le pone flores, cintas, ganchos y cuanto embeleco viene para el pelo; la otra nó: con agua pura se alisa la suya con la simpleza de un pájaro que se soba las alas con el pico; en trapos anda esta muchacha tan atrás de la moda que jamás sabe qué se usa, al revés de Luisa que no pierde moño ni perendengue de cuantos van inventando los que dan la muestra; humilde y serenita Regina no despega los labios sino para decir lo necesario y á veces menos, en cambio la hermana habla hasta por los codos, pero es tan sabroso oírla, porque, aunque no tiene sustancia en la conversación, es tan alegre y tan ocurrente; antojada como ninguna, formalota, ligera para sus cosas ¡valiente criatura! ..... si ella pudiera sacar chispas de todo lo que toca; si no fuera porque Regina no le hace caso, vivirían agarradas, figúrense que á la una le gusta engalanarse que da gusto y á la otra

no se le conoce más adorno que una crucecita de oro colgada del cuello con una cinta negra.

El otro día estábamos las tres sentadas detrás de una celosía de la ventana cuando pasó un atrevido, metió el hocico por entre los barrotes y le dijo á Regina:

—Uy, qué ojos tan lindos!

Y ella es tan aparte de los hombres, que se largó á temblar como si la hubieran insultado; entonces Luisa estiró el cuello y dijo:

—Bueno, señor ¿y los míos?

—Pues no dejan de tener su garabato, pero me gustan más los de la otra. Respondió el zambo.

—Eso se llama claridad. Dijo aquella muchacha muy seria rascándose detrás de una oreja. Ahí estarás tú, dirigiéndose á Regina, bañada en esencia de violetas, porque te dijeron que tenías buenos ojos, no lo niegues ¿no es cierto que, aunque una sea fea, siempre le gusta que la digan bonita?

—Es que de la calumnia queda la duda.

—Deja esas bobadas, que él fué á ti á quien se refirió.

—Eh, hija, ni con tirabuzón le pude sacar el galanteo.

Tenía razón doña Celsa al hablar así de sus hijas eran diferentes en todo, por ejemplo:

Una mañana entró la señora de la calle, y dijo:

Aquí están estos dos cortes de gasa, para que hagan trajes igualitos ustedes dos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¡Ay, qué lindos! éste es el mío, saltó Luisa. Y la otra, mirándolos de lejos:

—Nó, mamá, nó; eso está muy escandaloso.

—Pero ¿qué es lo que quieres, pues?

—Nada, pero si me trae que sea uno apagadito.

—Mujer, por Jesús Nazareno ¿qué tiene esto de chillón?

—Casi nada!....míreles esas listas.

—Pues entonces, voy á traerte uno de fula.

—Más bien.

Y doña Celsa salió colorada, hecha un huracán de trapos, según le sonaba la aplanchada faldamenta.

—Esta sí es la monja más maluca, gruñó Luisa tirando las telas con displicencia sobre una cama; como le den comer ladrillo en la iglesia, y vivir hecha una limosnera.

—¿Pero, Luisa, por qué te metes tú en esto?

¿Quién te impide á ti hacer lo que te da la gana? Por eso, déjame, no me mortifiques más; cada uno es como Dios lo hizo. Allí están los cortes, llévatelos ambos y ponte cuanto quieras, que no haya miedo que yo te contradiga.

—Porque algunos boquiabiertos le han dicho bonita, está usted querida que la aguantará el que sepa de aguas.

—Me importa un bledo ser esto ó lo otro, y, aunque se maten, no me pongo eso, ni nada del montón de novelerías que mamá se pasa trayendo.

—De manera que tampoco vas á teatro?

—¡Dios me libre!

—Pero ¿por qué?

—Porque es pecado y porque no me gusta.

—Dizque pecado!

—Sí, porque el cura lo dijo; y aunque no fuera, tampoco iría.

—¿De manera que yo también voy á quedarme?

—¿Y tú por qué? Eres muy libre de hacerlo.

—Es seguro que me llevan á mí sola!

—Sí la llevan, no se afane!

A esto entró don Basilio y les interrumpió con olímpica satisfacción.

—Bueno, yá está conseguido el palco, porque yo por ustedes ..... no digo eso.

—Pero, papá .....

—¿Que va á decir? á ver: no salga con que no, porque entonces no irá ninguno.

—Pues, señor, yo no voy. Y agachó la cabeza Regina.

—Conque nó? ¡Después del trabajo que me costó el demonio del palco!

—Yo no le dije que lo consiguiera.

—Pero, mujer, qué es lo que tienes? ¿Qué te gusta, pues?

—No tengo nada.

—Nada! Y ella no sale á parte ninguna, ni recibe lo que se le trae; no le gusta lo que á las otras, todo le parece un horror, mantiene unas miserias

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

de camisones que, ni la vergüenza que á mí me da, porque dirán que es cicatería mía; nó, nó, si no se puede aguantar! Y está embromada, mi hija, porque aunqne llore lágrimas de sangre le quito el embeleco de irse de hermana; así, pues, más cuenta le trae que no pierda su tiempo.

—Usted le responderá á Dios.

—Pero, dime una cosa: ¿quién te ha metido á ti en esa empresa? Y don Basilio cruzando los brazos se colocó por delante de su hija.

Ella, agachada limpiándose una uña, contestó:

—Nadie.

—¿Cómo nadie?

—Pues nadie.

—¡Esa sí es mejor! Es decir que por tu propia cuenta has resuelto abandonarnos, así, no más, como si eso fuera la cosa más fácil del mundo? Con seguridad que á ella también le ha dado por entrar en la moda, porque como en esta maldita tierra no está quedando perro ni gato que no se largue ó no tenga gana de hacerlo! ..... partida de noveleras! .....

—Ave María, papá! no diga eso.

—Pues sí, la verdad, repuso Luisa; y venido á ver que de cien, á cincuenta les agradece Dios el sacrificio, porque las otras toman la resolución cuando yá los hombres han tomado la de dejarlas ir.

—Supongo que no lo dirás por mí; afortunadamente, tengo diez y ocho años nada más, y no me

has visto nunca pelándomelas por ellos; siempre me has oído decir que mi única ambición es la de .....

—Abandonarnos! Remató don Basilio conmovido.

—Pero en cambio voy .....

—¿A qué? ¿á ver?

—A buscar á Dios.

—Como si se le hubiera perdido!

—Nó, yo creo que El está aquí, pero quiero alcanzarlo por el camino del dolor.

—Ola, mírele las aleluyas, y después dice que no la han sonsacado. Pero, corriente, si es eso lo que quieres, aquí también está ese camino.

Regina meneó lentamente la cabeza. Es cierto, dijo, pero casi no tiene espinas.

—Que nó! Yá verás, yá verás; y si es que quieres desgarrar de veras tu cuerpo en ellas y te parecen pocas, yo te enseñaré á crearlas, yo mismo ¿oyes? Haz de nuestra casa un hospital, si te place; yo iré contigo á recoger leprosos; mi cama será para ellos, pero no pienses en abandonarnos. Ah, hija, en cualquier lugar donde uno esté puede ser bueno; ó crees que la caridad .....

Don Basilio no pudo decir más; coloçó la frente en una mano y se agacho á sollozar.

—Yá está el almuerzo, caminen. Entró diciendo doña Celsa, mas al ver la expresión y actitud de todos le preguntó á Luisa con un gesto qué era

UNIVERSIDAD EAFIT

aquello. Esta sin hablar estiró los labios y con ellos señaló á Regina que seguía agachada limpiándose las uñas unas contra otras.

—Siéntese, Celsa. Le insinuó su marido.

—María!

—Mi señora.

—Venga, llévese otra vez la sopa para la cocina, porque se enfría.

—Jesús credo, con la gente ! También y todo, y asina quieren quiuno no se aburra, será porque no hay qui hacer.

—Qué hambre tendrá mi almuerzo ! Arriba con él, mamá. Cantó Manuel en el corredor; mas, al topar en los suyos con tan extraña expresión se detuvo. ¿Y ésto? Preguntó. Nadie le dió respuesta.

—Sí, hija, prosiguió don Basilio; la caridad no tiene domicilio fijo, donde quiera que uno pone los ojos encuentra desgraciados ¿por qué no se dedica á los que hay en Manizales?

—Ah, yá apareció aquello ! Respondió Manuel encendiendo un cigarrillo ¿Y es que tú sigues con tu novelería?

—Sí, Manuel, sigo con ella. Contestó muy seria Regina

—Pues lo siento, porque te creía más inteligente.

—De veras que es una tontería dedicarme á Dios.

—Sí, señora, cuando para ello deja de cumplir deberes que El impuso como Mandamientos.

—Según eso ¿crees tú hermano, que el cuarto, " honrar padre y madre ", hay qué entenderlo por vivir al lado de ellos toda la vida? ¿No podría honrarlos en otra parte siendo buena como deseo serlo?

—Y por qué no has de honrarlos aquí á la vez que podrás ayudarles y servirles y, por último cerrar esos ojos á los cuales les debes la luz de los tuyos. Créeme, Regina, tienes que empezar tu carrera de bondades por ser agradecida ó andarás lejos del deber.

—Nó, eso nó, les interrumpió don Basilio; yo no quiero que se quede á cancelar cuentas conmigo; nada me debe, cabalmente que ella no me pidió la vida que tiene, esa se la debe á Dios, quiero que no se vaya porque lo contrario me duele, me aflije, me mata, porque mis ojos la necesitan, porque no sé lo que haría sin ella. Esto se llamará egoísmo ó quién sabe qué, pero es lo cierto que apenas mientan esta cuestión se me oprime la garganta y me entra una angustia mortal.

—Papá, si voy á buscar una congregación es porque el orden se necesita hasta para hacer el bien.

Saltó Manuel : — Nadie te dice que lo hagas aquí desordenadamente. Te hace falta conocer el cuadro de Murillo, Santa Isabel de Hungría, don-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

de en su mismo palacio está la excelsa reina lavando entre fuentes de plata y jarras de oro y con sus propias manos divinas la asquerosa cabeza de un tiñoso; y por allí no se le ven hábitos reglamentarios de tál ó cuál orden ó congregación ni nada de apéndices místicos, á ella no se le ve sino la ternura que irradia en su rostro opacando todo, y el explendor de su corona de oro. Ahora, porque no llevase aquellos distintivos de las camándulas, la toca blanca &: ¿crees que fué menos grande su obra ?

—Según tu teoría, Manuel, Luisa no podrá casarse sino cuando hayan muerto nuestros padres, porque ella les debe lo mismo que yo.

—Puede hacerlo antes sin que nadie vaya á pedirle rendición de esa cuenta; boca santa ha dicho: "Dejarás á tu padre y á tu madre por seguir á tu marido".

—Por eso precisamente, me voy, porque he elegido por esposo á Jesucristo. Y si una de las dos tiene que responder es la que los abandona por seguir á un hombre, yo, siquiera, me voy detrás de nuestro Dios. Afortunadamente, hoy por hoy, ellos no necesitan de mí porque no están inválidos, y si me siento á esperar á que les llegue ese estado, mientras tanto, el hambre, el frío, el vicio se llevarán en otra parte mil víctimas que, quizá, podré salvar.

—Hablas como si no los amaras.

—Que me pidan la vida para dárselas.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Y me alegro mucho de adorarlos tánto para que mi sacrificio tenga verdadero valor á los ojos de mi Dios. Valiente gracia sería dejarlos si me fueran indiferentes ! ¿ Sabes ? en ese caso me quedaría para hacer el esfuerzo de soportarlos.

—Has pensado bien, en tu capricho, Regina ?

—He pensado suficientemente en mi destino, Manuel.

—No te hago el agravio de creer que la moda te ha sugestionado.

—Con perdón, no soy tan necia.

—Si te lo digo es porque aunque menudean las vírgenes de la mariposa blanca en la cabeza, no hay qué pensar en que todas andan derrochando tesoros de santo amor.

—Claro que nó, tienen que gastarlos con tino.

—Y las que no lo tienen ? Porque, Regina, no todo el monte es orégano, que, aunque es cierto que son manantiales de bondad las Hermanas, hay algunas entre ellas que brotan en hilos muy delgados, y, Dios sabe cuántos habrá secos; tú no lograrás hacerme creer que lo mismo cumplen su misión consoladora dos mujeres que han llegado al Noviciado empujadas por motivos diferentes.

—Déjate de sutilezas, hermano, la Orden las iguala á todas.

—Pero no les empareja el sentimiento; cómo, si

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

hay unas á quienes les traza Dios el giro antes de darles la envoltura carnal y traen del Cielo el alma abrasada en luz de piedad, y existen otras que después de hacer de su corazón abrevadero de amor donde muchos apagan la sed, resuelven llevar á los desgraciados la hez turbia del manantial.

—Y qué debo deducir de ahí ?

—Que la primera al entrar en la florecencia de la vida dice: Amo á los desgraciados, me voy tras ellos. Y que la otra al abandanar su juventud exclama: Odio á los hombres, ahí los dejo. Ahora, yo digo que como esos desgraciados á quienes ama aquélla son los hombres á quienes ésta aborrece, allá viene á resultar la cuenta. La primera va al Noviciado guiada por el amor, su tesoro de pasión intacto; la otra, empujada por el despecho con sus valores espirituales en quiebra; la una es un chorro de agua limpia que va á romper por entre la roca, la otra una esponja que ha absorbido muchos licores y que jamás destilará de esa agua aunque la empapen en ella.

—Tengo qué decirte, Manuel, en defensa de éstas y recordando algo de lo que he leído, que el corazón se abona como la tierra y que no es imposible hacerlo cubrir de flores místicas, aunque no haya producido hasta entonces sino malezas que no son otra cosa los amores de los hombres. Y oye: no te creía tan simple que vinieras á poner en danza el manoseado y repetido despecho de muchas

de las Hermanas. Necedades que vosotros inventáis. Quién sabe si muchas de las que colocáis en ese número son las de mejor valor puesto que aprendieron á conoceros y huiros.

A cada una de estas salidas de Regina don Basilio miraba á Manuel como diciéndole: atúrdela, aplástala, confúndela á razones.

—Resumen, querida hermana: Cuando á una niña le dice su padre: vete á llorar con los que lloran y lleva mi bendición, nadie puede hacer otra cosa que tenderle á esa virgen flores al paso, pero cuando ese padre anciano ruega, implora: hija del alma no te vayas ¿ por qué principias tu misión haciéndome desgraciado? Ah, Regina, entonces el corazón sensible se contrae en sí mismo y no encuentra una sola palabra de aliento para esa hija.

—Eso digo yo. Se metió don Basilio. —Sí, hijita, quédese, aunque sea recogiendo todas las mañanas en el jardín las flores que ponemos en el vaso que está al pie de la virgen amada de la familia, ese esfuerzo yo también se lo pagaré con lágrimas de gratitud, y disponga de todo lo mío para que se lo dé á los pobres. ¿ Qué gana usted con ponerse el vestido de las Hermanas? ¿ que la vean ? En la Imitación de Cristo, que usted misma me lee por la noche, dice: "Porque te alaben no serás más santo, ni más vil porque te desprecien".

—Sí, hermana, remató Manuel botando la cola

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

del cigarrillo, cierra con mano piadosa y trémula de cariño los ojos que tántas veces lloraron al vaivén del columpio de tu cuna y vete después á ser madre de infelices.

Regina no contestó, con la cara entre las manos lloraba.

—Mi señora, gritó la cocinera, no sián tan enteramente que tengo mucho oficio, caminen á almorzar.

—Allá vamos, sírvalo.

Cuando iban por el corredor Manuel cogió á Regina por la barba y alzándosela le dijo:

—Vé, chiquita, si lo que quieres es conocer mundo dile al viejo que te dé con qué, y yo te llevo hasta donde no hayan ido las Hermanas. A propósito: conocí en Bogotá una tan asombrosamente linda que si el moreno aquél cuando le dió por tentar á San Antonio la hubiese tenido á mano, se habría salido con su antojo de hacer babear al viejito.

—¿No ves, no ves la manera que tienes tú para hablar de los santos? Ah, ah, quítate de aquí, que no me gustan esas charlas.

Luisa sonrió tratando de hacerse un bucle en la extremidad de una de sus trenzas. Y entraron al comedor.

Cuando yá estuvo cada uno en su puesto empezó don Basilio:

—Cuidado, pues, cómo á las siete salimos con

que falta esto y aquello, será á la tarde cuando mandamos los asientos. Dicen que la función va á estar muy buena.

—Vas tú? Preguntó Manuel á su hermana menor.

—Por supuesto, se apresuró su padre; ella me va á dar gusto en todo, y yo me comprometo á llevarla á Cartago y, si quiere, á Buga para que conozca el Valle del Cauca y pasée y se anime, á ver si vuelve á coger ese color tan sabroso que tenía, que yá no parece sino que le hubiera hablado un ánima.

—Si es eso lo que quiere usted, papá, déjela formar con las hijas de San Vicente que, no sé por qué, tienen casi todas las mejillas como las de Dolores la hija de sus compadres del Tablazo, que se casó el otro día.

—Deje las bromas, hombre. ¿Tiene, hijita buen traje para ir al teatro?

La voz de don Basilio destilaba ternura.

—Y siempre me hace ir?

—Yh ..... demás.

—Vea, señor, es que .....

—No me alegue, porque de todas maneras va, está libre de que yo la deje. ¿Qué le falta?

—Ella, respondió doña Celsa, tiene uno de lana oscurito que yá es un andrajo, como no ha querido hacer ese moradito tan lindo que le traje hace días.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—No merece más la representación, replicó Manuel; los cómicos bien malos y los espectadores más charros, me reí anoche de esta partida de animales!

—De qué no se reirá usted hijito; le parece que porque fué á Bogotá y volvió es perfecto.

—Es que, francamente, mamá, no puede haber cursilería igual á que coma en el palco una señora.

—¿Y comían, de veras?

—Sí, señora, con maña y disimulo, pero comían, galletitas, es cierto, pero las pasaban.

—Bueno ¿y eso qué? Valientes aspavientos, Jesús credo! No he visto gente más melindrosa que la de ahora ¡y ver en mi tiempo! que comíamos hasta dulce de papaya.

—Y fumaban tabaco ¿no es cierto?

—De eso sí no me acuerdo.

—Cómo no mamá! Yo le he oído á usté que dizque iban á un palco treinta personas que se acomodaban una sobre otra, tal así como gusanos de cosecha.

—¿Cuándo te he contado yo eso?

CAPITULO VI

¡CARAMBA! aquí sí almuerzan á lo rico ¡bien tarde! Les interrumpió la voz argentina de una mujer desde la puerta del zaguán.

—Miren á Isabel! Y Luisa salió precipitadamente del comedor, tumbando un taburete.

La forastera se sonrosó al ver á Manuel que salió en seguida con un vaso de agua y un cepillo de dientes en las manos. Hizo á la recién llegada una cortesía, y ella le contestó á media voz:

—Para servir á usted, Manuel.

—¿Qué hay Isabelita?

—Nada, don Basilio.

—¿Qué milagro, niña?

—¿Por qué doña Celsa?

—Parecía que le hubiéramos quemado cacho, mi hijita.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

—Camina, ole, á sentarte ¿ traes costura?

—Esta Luisa sí es boba! ¿ Cuándo has visto que mi mamá nos deje salir sin qué hacer?

—Muy bien hecho, niña.

—Eh, doña Celsa; será porque en la casa no trabajamos!

—No le hace negrita; Dios me libre de gente mano sobre mano. Estas muchachas mías llevan oficio á las visitas ó no salen. Siéntese, pues, que voy á sacar los despachos para la comida, yá vuelvo.

—A ver, muéstra qué costura traes.

—Una camisa más perezosa! pero, antes dime, —y aquí bajó la voz— ¿ Yá se fué Manuel?

—Luisa que estaba al tanto de los amores entre la amiga y su hermano se asomó á la puerta del *costurero.*

—Nó, allá está en su cuarto.

—¡ Por Dios! ¿ qué hago yo?

—Y estás que te las pelás por que se venga para acá.

—¡ Con lo fea que estoy, sin una harina de polvo!

—Estás muy buena; allá viene.

Isabel volvió á sonrojarse y empezó á buscar un carrete de hilo que tenía en la mano.

—¿ Cómo están en su casa, Isabel?

—Bien, Manuel, muchas gracias.

Y siguió agachada.

—¿ Un cigarrillo ..... ?

—No se moleste, yo no fumo.

Nuevo incendio de colores con esta mentira, pues, como casi todas las muchachas de su tierra, fumaba y no cigarrillos tomados con pinzas de oro, sino cigarros y á dedo limpio.

Manuel sonreía reclinado al marco de la puerta.

—¿ Por qué me gustarán á mí tánto los ojos verdes? Dijo.

Otra llamarada en las mejillas y caída del carrete que rodó por el suelo desenvolviendo el hilo.

—Tendrá muy mal gusto.

—Y me gustan más si la que los lleva tiene el pelo negro.

—Ahora si!

—Y es morena, colorada, con una que otra pequilla igual que un mango maduro; y el cuerpo.....

—¿ Y sigue, Manuel?

En esta vez levantó Isabel sus brillantes ojos verdes que parecían recortados de una hoja de limonero.

—No le hagas caso á este sangreperro, dijo Luisa.

—Y Regina dónde está?

—Leyendo ¿ no sabes que no hace sino averiguar dónde hay pobres y leer á cuantos frailes y monjas hayan escrito? Me parece que á Santa Teresa se la sabe de cabo á rabo ¡ si le vieras el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

tercio de libros ! te aseguro que si aprovecha todo lo que lee, va á llegar un tiempo en que escriba más lindo que todos esos santos.

—Yo ya he oído decir que dizque escribe admirablemente.

—¿ De manera que me echan ?

—Sí; lárgate.

—Nó, nó, Manuel, respondió alarmada Isabel, ¿ por qué ? Si no le hablo es porque yo soy muy boba, y no encuentro qué decir.

Clavó en su amante una mirada amplia y clara en el fondo de la cual se copiaron las columnas del corredor, un pino del jardín y un pedazo de cielo.

—Hasta luégo.

—¿ Se va ?

—Si no me hablan una palabra.....

—¿ Qué hago yo para no ser tan simple ?

—Y esta boba se pone á hacerle caso !.....No le hables nada á este plomo.

—Bromas, Isabel, y nada más ; me voy porque me comprometí con Luis Pérez á ir con él á "Solferino"; hasta luégo ¿ verdad ?

—Que lo pase muy bien, Manuel.

Y salió el mozo.

—¿ No ves ? Siempre que me hablan me embobo ¿ Qué será eso, ah ?

—Eso yo sí sé cómo se llama, pero no digo.

—Ah, estás de graciosa ! Dime : ¿ qué clase de muchacho es ese Luis amigo de Manuel ?

—¿ No lo conoces ?

—Así, de vista.

—Pues, sabrás que es un feíto muy simpático. El hombre que más se ríe, para eso le dió Dios la más bella dentadura que he visto.

—¿ Bien vestido ?

—¿ Así ..... de ruana una que otra vez, pero siempre de botines.

—¿ Y qué hace ?

—Maneja bueyes y en ellos hace traer cosas de Honda. Tiene también á su cargo allá en la tierra fría la hacienda de su padre.

—¿Y tiene relaciones con ustedes ?

—Sí; aquí viene mucho; nos encantamos oyéndole hablar porque ¡es más listo para las respuestas ! ..... No dizque es instruído, pero Manuel dice que tiene mucho talento y que todo lo coge al vuelo ; á mí, francamente, me parece bobón y y eso que será más pícaro; preguntón como no habrá otro, generoso, rasgado y ..... un cuarto espléndido. Manuel lo adora, es el único con quien tiene intimidad.

—Y desde cuándo son amigos ?

—No sé; creo que un día solicitaba mi hermano una bestia para ir en ella al Páramo, lo oyó Luis y de la manera más fina le ofreció un caballo que tiene. Desde entonces no se apartan. Aunque no se ponga levita, dice Manuel, es el cachaco más rasgado que conozco.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Un rato después se les unieron á las dos amigas Regina y doña Celsa. Hablando, hablando, llegaron á lo del teatro.

—Tienes que ir con nosotras.

—Ah bueno si me dejaran en casa, ole Luisa.

—No se le dé nada, mi hija, que yo hablo con su mamá esta tarde.

—Bueno, mi sia Celsa querida; pero, métasele de alguna manera; me muero, me muero con la gana que tengo de ir. Hasta me reviento si no me dejan!

—Ah bueno una pluma! Declamó Luisa mirando á su madre.

—¿Y eso para qué?

—Para la cabeza, mamá; no diga que nó; es una sola, Regina va de liso.

—Esos son embelecos.

—No sea montañera, mamá! Usted lo que quiere es que nos aparezcamos allá como si fuéramos de "Morrogacho". Mentiras, mi viejita hermosa; mánda por las plumas de Carlos que son tan bellas.

—Ah mujer novelera! ..... ello dirá. Valeriano!

—Mi señora. Respondió el paje.

—Venga en un momento.

—Bueno, señora; á ver qué es.

—Anda donde Carlitos y dile que si me hace el favor de prestarme las plumas, y que á cómo son.

—¿Cómo se llama?

—Carlos, aquel de la esquina.

—Ese ques asina que ni.....

—Válgame Dios, allá donde te compré el sombrero.

—Ah, don Carlitos Soto! Si desde antes me hubiera dicho usté el apelativo yá había vuelto.

A poco estuvo de regreso, y dijo:

Que valen á seis riales y que no se las manosién mucho porque.....

—Porque se las vamos á dañar! le atajó Luisa arrebatándolas; baboso que más me choca ¿no lo ven tan parecido á un mico?....Porquería!

—Cálla la boca, mujer, le interrumpió la hermana; no seas tan lengüilarga.

—La pura verdad, me choca mucho.

—Pues no parece.

—Ahora sí! Y Luisa disimuló una ola de calor que le apareció en el rostro, rebujando las plumas.

—Verdá, ese niño si ques florión, dijo Valeriano á media voz: allá estuvo escarmenándome de esta niña; y para qué es sino la verdad: él no dijo que no se las manosiaran mucho sino que la que más le gustaba á él era esa celestre.

—Nadie se lo estaba preguntando, metido. Miren ésta qué tan primorosa, volvió á decir Luisa.

—Nó, nó, aquélla; miren qué crespura! Replicó Isabel.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Eso está muy encendido; esta apagadita es mejor.

—Valiente gusto el de Regina! Esa parece de pájaro anémico. Como ésta no hay.

—Tan escandalosa, ninguna, efectivamente; muy buena para ti. Respondió Regina con disimulo.

—Aunque te pese, querida, con ésta me quedo.

—Pues es, precisamente la más fea, terció la señora; esa verde es la que más me gusta.

—Uy, peor! Usted no hable mamá.

—Vé esta repelente; escóge la que te dé la gana, que como te den parecerte á las negras!....

—Es que le parece, mamá; pero, en fin, me quedo con ésta, pues.

—Yo bien estaba, se metió con sorna Valeriano, que se quedaba con la celestre de aquel niño.

—Luisa, por Dios; eso está muy extravagante, volvió á interrumpirla angustiada su hermana; vé esta morada pálida.

—Lo dicho, ésta, ésta y....se acabó. Elige una para ti, Isabel.

—Nó, gracias; puede que no me dejen ir y entonces ¿para qué?

—Tóma, pues, Valeriano, remató doña Celsa; y dile que dejamos una y que no le mando más de cinco reales y medio, que no sea tan carero, y ve ..... por ahí derecho .....

—Hijue el demóscaro, si se les ocurre harto!

Ahora no, yo todavía tengo que traer pasto para el caballo del niño Manuel.

—Bueno, véte.

A poco se despidió Isabel encareciendo mucho á doña Celsa la petición ante su madre: Allá se lo haya señora, no me vaya á dejar metida.

—No tenga cuidado, niña; de aquí á un rato voy á hablar con ella.

A la hora de la comida don Basilio muy afeitado les dijo:

Cuidado con no estar listas á las siete.

—Ven, Manuel, que yo tengo qué decirte una cosa

—A ver, Reginita, di.

—No seas injusto; no sigas embobando á Isabel; está muy enamorada y tú no tienes intención de casarte con ella; eso es una picardía.

—Quién lo impide!

—¿Qué? ¿Casarte? Ese modo tan feo que tienes para hablar del matrimonio. Y, óye: sábe que es pecado burlarse así de una criatura.

—Cálla la boca, monjita, que tú estás en el cristus de estas cosas.

—Con todo, voy á decirle que no te haga caso.

—No harás tal, porque peleamos.

--Vé que mi Dios te pide cuenta de eso.

—Anda á alumbrar tus santos, y no friegues, Sor Simplecilla.

—Hasta mañanita, pues. Se despidió el paje

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Unidad de Patrimonio Documental

que dormía siempre en casa de su hermana Chinca, aquella convidada á la boda de Dolores.

—Hasta mañana, Valeriano; madrúga.

—Antes de irme dígame una cosa, señora ¿para dónde es que se van las niñas esta noche?

—Para el teatro.

—Ave María Purísima! Están tentadas?

—Ah, ¿qué es?

—¿Pues usté no ha oído, pues, al Padrecito?

—¿Y qué dice?

—Casi nada! ..... que le retira la ausulución al que vaya á eso. Calcule cuando mi padrino Saturdino nos contó en la casa la otra noche dizque salen las cómicas en pelota á insultar á nuestro Señor. Conque vea bien, mi señora, lo que va hacer; yo de usté ..... primero me desgañotan.

—Los cuentos tuyos! ¿Tú crees que si eso fuera así, yo llevaría las muchachas?

—Pues ahí verá.

—Es que hablan mucho.

—Pues si ¿no? Y hasta mentiras de mi padrino será todo.

—Verdad no es, eso sí te lo aseguro.

—Y hasta bien bueno que será eso ¿no, señora?

—No es malo, nó.

—Yo si no fuera porque.....

—¿Quieres ir?

—Si ustedes me llevan, tal vez.

—Quédate.

—Qué diablos! Una probadita más ó menos, no afeutará en nada á nuestro Señor.

Y se quedó tan fresco.

Valeriano era un chico revejido y enteco que tenía diez y seis años y que no mostraba sino diez por la figura. Veinticinco le habría cedido cualquiera por su malicia y alcance. Huérfano de padres no tenía sino una hermana que cuidara de él, mas ella no poseía cien ojos que se necesitaban para atisbar tánta travesura; por eso, desde muy niño lo había metido á una casa á que sirviese en lo de mandados y aseo de patios; mas, no pudieron soportarle las mentiras y los hurtos los nuevos amos, y prontito lo hicieron tomar la calle. De casa en casa fué creciendo sin parar en ninguna lo suficiente para que se encariñasen con él, hasta que dió con la de don Basilio donde lo soportaban y querían, especialmente Manuel que se reía como un idiota oyéndole los cuentos y viéndole las picardías. El día que te lleves algo de aquí te entrego al Alcalde. Lo prevenía frecuentemente el hijo de don Basilio.

—No crea, blanco; un cuartillo me jalé una vez, porque creí que era una guayaba.

Con doña Celsa se entendía admirablemente Valeriano, y eso que las más veces la llevaban al estricote por mandona ella y perecida, según él; por solapado y bribón decía la otra. Pero muy expansivos los dos á la hora del esparcimiento.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

En todo lo de la casa entendía Valeriano, hasta en lo de los novios de Luisa, pues que, á espaldas de los señores mayores, era correo amoroso de su señorita, la cual entre si es no es disgustada le oía cuantas razones le mandaban sus amartelados ó cuantas él inventaba, que eso hacía cuando necesitaba un real.

Sus ocupaciones consistían en hacer mandados, cuidar las bestias, barrer los patios y servir la mesa; por lo demás, tiempo le sobraba para enredar á todo el mundo, negociar en cometas con todos los muchachos de la población, jugar al trompo, asistir á los entierros, ayudar á llevar los borrachos á la cárcel, abrir todos los bultos de mercancías que les llegaban á los comerciantes y ponerles música á todas las damas de colorete. Por la noche se iba á casa de su hermana Chinca á la Cuchilla, donde dormía.

Poco después de la conversación que tuvo con doña Celsa salió á la calle y le dijo á un amigo:

Qué te parece que la vieja de la casa donde estoy es tan animal que lice crer que no había ido jamás á teatro, cuando nué perdido ni al arangatángano que trajieron el otro día; como si no fuera yo el que entra siempre los bolillos del trombón y el clarinete del maestro Pineda! y eso que casi siempre me quedo por allá derecho, porque yo enciendo las candilejas, y si no, esta noche verés.

Ya se ve: esta noche me voy con ellos á palco á ver que tan bueno es.

Yá casi de noche se puso Regina á peinar á su hermana.

—Ave María, quedas con esa pluma como un payaso! Dijo la madre.

—¡Y si se usa!

—Pues se usará, yo no digo que nó, pero ¡caramba con la moda! Se parece á las de mi tiempo, cuando todas las muchachas usábamos unos racimos de crespos así .....

—Por sobre las orejas mamá; ahí está su retrato: iluminado, con anillos en todos los dedos, camisón á cuadros de media vara, zarcillos de á cuarta y zapatos amarrados con cordones de lana amarilla.

—Ah, ladina; te quisieras los zapatos de raso blanco que yo tenía cuando me conoció tu padre.

—Sí, señora; usted era un modelo de elegancia.

—Por lo menos no me refregaba la cara con esos ungüentos de hoy.

—En ese tiempo se sacaban colores con una ruana pastusa ó con hojas de pringamosa.

—Ay, ay! Cabalmente que bien colorada fuí. Pero, ver hoy: una partida de ánimas espiritadas, metidas en unas chuspas de camisones que parecen paraguas cerrados.

—De veras, mamá; y á usted si que le habrá hecho impresión esto de los trajes angostos, por que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vea que eran anchitas en su tiempo; su retrato, por lo menos, llena de faldas todo el cuadro de borde á borde. Se parece á la virgen de la Cueva Santa.

—Habla bocona todo lo que quieras.

—Regina!

—Señor!

—¿Yá está arreglada mi hija?

—Yo sí, papá.

—Así me gusta, que sea complaciente.

Y verle el arreglo! Peinada de liso y un trajecito clarucho de muselina oscura.

—Bueno, miren que son las siete y media.

—Ahí está su ropa en la cama; yo le busqué el saco con que se casó y el chaleco de terciopelo.

—No siga, Celsa, no siga, porque no me pongo esos vejestorios.

—Y se va así? ¡Qué tiene de particular que se encachaque, cristiano!

—Usted sí está distraída!

—Yo no veo, pues, que todos los señores principales se ponen su ropa buena!

—Eso serán ellos.

—Tome, pues, una camisa.

—Ay, yo si que estoy horrible! decía Luisa delante del espejo; quién sabe cómo irán las Palomares esta noche; tan mal gusto que tienen esas criaturas.

—Idéntica á la Chata Domínguez! Le respondió Manuel asomándose al espejo por detrás de su hermana.

—¿De veras, ole?

—Vaciada.

—¿Qué hago yo? Nó, no me dañes la rosa, quíta de aquí flechudo!

—¿Nos vamos?

—Aguárdese un momentico, papá ¿Dónde me pusieron el serenero?

—¿Por qué está llorando Regina? Preguntó doña Celsa amarrándose una media.

—Porque se va á condenar. Respondió Manuel.

—¿Yá cerraron las puertas de la cocina y la despensa?

—Nó; Valeriano, mi amor, córre y ciérralas en un momento.

—Las ocho! No les dije?

—Yá vamos, señor.

No había quién arrancara á Luisa del espejo; por fin dió el último pase de un dedo babeado por encima de las cejas. Caminen, pues, dijo.

—¿Dónde está la llave del portón?

—Yo no sé.

—¿Quién la cogió?

—¿Qué?

—La llave.

—Ahí tienen!

—Ahora sí.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—¿Qué hacemos?

—Pero, dónde la pusieron?

—Ave María!

—Aquí está. Regina sabía de ella.

A esto el viento paseaba por la ciudad golpes vagos de tambor, y uno que otro chillido de clarinete.

—¿Conque no hubo ni riesgo que dejaran ir á la ojos de mar? Dijo Manuel dirigiéndose á su madre.

—Si con Pacha no hay para qué!

—Maldita sea la vieja tan fanática.

—¿Y qué dijo?

—Que el marido no dizque estaba aquí y que, sobre todo, ella no dizque iba á aguantarle la cantaleta al Cura.

—Muy bien hecho. Remató resueltamente Regina.

—Calle usted la boca, madre priora.

—Pues sí, yo hubiera hecho lo mismo; como tú eres un hereje que no cree en nada.

—Aguarda que voy á tomar por cierto lo que dicen los fanáticos.

—Peor para ti.

—Vea usted que es atraso, pero del legítimo, esto de creer que ir al teatro, sin averiguar si es buena ó mala la representación, es pecar mortalmente; vamos en el año de 1876 y estamos, sin embargo, como principiando el siglo. Afortunadamente, en algunas de nuestras poblaciones colombianas va calando la idea de que no es el león como lo pintan; por de contado que en Bogotá, Medellín y dos ó tres más caló hace tiempo, y eso que en dichas ciudades no siempre les representan candideces como *El puñal del seductor* y la *Flor de un día*, que es á lo más que arriesgan los cómicos que nos hacen el honor á los pueblеños.

—Yo tengo para mí, le interrumpió Regina, que por buena que sea una cosa de éstas, el alma no sale como entró.

—Claro, muchas veces sale mejorada.

—Sí, señor, una por mil que sale torcida.

—Pues míra hija, vale más que se la tuerza á uno un hombre de talento que un chismoso.

—¿Cómo así?

—Viniendo al teatro, y por consiguiente, á gozar y no madrugando como hacen las que se quedan en sus casas á averiguar qué hubo malo, equívocos, vestidos y todo. Resulta de esto, que si realmente se presentó algo indigno lo saben las preguntonas aumentado; pero cómo! figúrate tú el asunto narrado por mujeres. ¿O tú crees que lo importante es no ver eso que los actores dicen? Convéncete, Regina, á veces es mejor ver y oír las cosas malas que oírlas contar, porque en esto de escándalos nadie dice la verdad y porque la curiosidad no apaga su lámpara hasta que no tenga que reconciliar, y si he dicho escándalo al

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

hablar del teatro , es porque así le llamas tú, que en cuanto á mí, lo tengo como cátedra de moral.

—Vé, hijo, le interrumpió doña Celsa; no hables tan recio que te está oyendo toda esta gente.

Y llegaron al teatro.

Luisa y su madre se colocaron en la delantera del palco, atrás los otros, menos Valeriano que muy humildosito al parecer se quedó recostado por allá á una pared, lo cual no impidió que poco á poco y con disimulo, de mentiras, como quien dice, se les fuese arrimando á sus amos hasta que se colocó inmediatamente detrás de los taburetes. Manuel á poco se fué al patio con su amigo Luis á pasar revista, que ellos decían.

—Vean á las Vargas qué tan horribles! Esa vieja del medio está, como quien no quiere la cosa, medio descotada. Quién la metería ! desde aquí se le pueden contar los huesos.

—Por Dios, Luisa! Interrumpió Regina.

—Ave María, es seguro que me oyen! No, aquel traje sí está muy bonito francamente.

—Quién es ésa?

—Pues Carmelita Ruiz; qué lástima que esté tan pintada.

—¿Qué es lo que dice allá en el telón? Preguntó don Basilio calándose los anteojos y estirando el cuello.

La .... crí .... tica .... fácil, el ar .. te .... di .... fí .... cil.

—Míra, Regina, allí está Caremico echando ojo.

—Hace rato que lo ví, pero no primero que tú.

—Te aseguro que acabo de verlo ¡Tan feo! ¿no?

—¿Te parece?

—Y tan desconsolado y tan aburridor.

—Vuelves á lo de hoy?

—Sí, porque me choca mucho.

—Y sin embargo .....

—Y sin embargo ¿qué?

—Lo columbraste entre tánta gente primero que nosotros.

—Sí, porque siempre que una tiene un dedo enfermo, en él tropieza.

—Enfermo el pecho diría yo.

—Dígame, niña, les interrumpió Valeriano, preguntándole á Regina ¿dónde es la pelotera?

—Allá detrás del telón.

—Pero asina nos quedamos en las mismas.

—No seas bribón, sonrió don Basilio, que tú no has faltado á esto nunca.

—Sí, pero con señoras y á palco no había llegado á venir, yo creía que los blancos divisaban todo diferente desde aquí.

—Callen la boca, oigan! Y doña Celsa se puso una mano en forma de pabellón sobre una oreja y escuchó.

Tilín, tilín, tilín, sonó entre bastidores una campanilla sorda como estribo de cobre rajado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Entre tanto, las gentes de ruana y sombrero de paja hormigueaban en el patio haciendo cada comentario; las damas de escaleras abajo y alegre vida se veían en su gradería debajo de los palcos como un muestrario de colores; ¡tan satisfechas! De mano en mano corrían botelladas de aguardiente con que sus galanes las obsequiaban.

Los músicos separados del pueblo por una rejilla de guadua hacían estremecer la estancia á golpes de trombón y berridos de cornetín.

Las luces en lámparas de lata se ladeaban para acá, para allá, formando toldos de humo.

Allá, por delante del telón, un muchacho desarrapado, ruana muy grande y sombrero de alas flojas, se presentaba á atizar una luz que con fastidioso pestañeo se apagaba y no; decimos que el chico tenía que entrarse al escenario corriendo porque los demás daban en gritarle:

Verso! verso!

Tilín, tilín. Y se alzó el telón.

—Echenle, pues, que ya amanece! Dijo Valeriano poniéndose de pie.

Los actores eran unos aficionados de un pueblo vecino, vestidos de percales chillones y mucho papel dorado. En un tonito lánguido representaban un dramón romántico de esos engolillados, con cruzadillos de espadas y damas vueltas un desmadejamiento, y en cinco actos.

La actriz que por ahí andaba no podemos decir si era ó no hermosa, porque á fuerza de albayalde, tizne y bermellón se había puesto que, ni que estuviera loca; tan escurridilla iba de cuerpo que parecía una rana parada en las patas traseras.

—Vean, hijas, el modo de echar espada ese cristiano! Dijo don Basilio entusiasmado.

Valeriano se dió á aplaudir á patadas en el suelo.

—Ah hombre malo, replicaba doña Celsa; dále duro, eso es, demonio, tóma para que no vuelvas. Ave María purísima, qué cosa tan patente.

—No ven? dijo el paje: Yá sesmayó linfeliz; mesmamente ai ta muertecita, y ese otro blanco que tai tumbao casi jiede á dijunto.

Más tarde cayó el telón.

—Ay, qué delicia es el teatro! Concluyó Luisa lanzando un hondo suspiro.

—¿Qué le ha parecido, mi hija? Le preguntó tiernamente don Basilio á Regina.

—Así .....

—¿Cómo así?

La niña hizo un gesto de displicencia. Es que no le veo gracia ninguna, continuó, ojalá se acabe pronto.

Don Basilio se quedó silencioso mirando el letrero del telón, después de dar un suspiro desde lo más íntimo del alma escapado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Los negros sí que son alimales! articuló Valeriano; vea que no venir á esto tan güeno por tase en la cocina contando mentiras y encenizando plátanos guineos.

Después del último acto, es decir, las dos de la madrugada, no había vecino que salir quisiera, de puro contentos, y eso que les encimaron petipieza sembrada de chistes y con aderezo de saltos.

Por la calle iba la familia de don Basilio tristona y cariacontecida por motivos distintos: doña Celsa, porque aún no se le salía del cuerpo la muerte de tánta gente; Luisa por el convencimiento que tenía de que no la llevarían á otra representación; su padre disgustado con la displicencia y calladera de Regina que fué y volvió como el vestido que llevaba, sin alegría, sin pena. Sólo Valeriano tornó dichoso; colocándose las manos en la cintura ó en el pecho al igual que los cómicos y puesto por delante de una ventana le hacía una venia.—"Aquí me tienes, paloma adorada"....; ¡hijue el diablo, los blancos sí que son los que se la pasan bueno!

Poco después hubo silencio.

Al otro día por la mañana, entre el lecho todavía, le dijo don Basilio á su mujer:

—Aquel muchacho Manuel no vino anoche, estuve despierto casi hasta el amanecer y no lo oí.

—¿No puede haber entrado en puntillas?

—Qué puntillas! ..... siempre ha de estar usted tapándole las impertinencias. ¿Sabe? Usted pertenece á esas madres que, si vamos á cuentas, con sus muchas demostraciones de cariño le hacen más mal á los hijos que la sincera gravedad del padre.

—Ah ¿quiere que me vuelva un erizo con él?

—No tánto, pero sí que no le autorice con sus mimos y contemplaciones tánta vagamundería.

—Caramba, Basilio; habla usted de él que ni que fuera Pedro Rimales.

—No digo que haya bajado tánto, pero lo que es rodar, rodando va. Estamos armados de hijo! Y si no, dígame usted para qué sirve Manuel, vamos á ver ¿para qué sirve?

—Mientras no haya matado á nadie .....

—No le digo, Celsa, que con usted no se puede hablar! Qué le parece, dizque sirve porque todavía no ha matado á nadie! Pues, para que usted lo sepa, se está matando él mismo. Ha resuelto entrar en la moda de los jóvenes tristes, esos que se aburren porque otros badulaques de la extranjería se han aburrido; es de los que aborrecen á Dios á cuenta de que un fulano que tenía mucho talento dijo que eso era un embeleco de las beatas, compañero de los que se pasan inventando tristezas para ahogarlas en aguardiente, de los que se enamoran de todas las mujeres honradas para poder vivir suspirando por ellas, nerviosos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Fernando Echeverri

como una dama y creo que hasta histéricos. Fíjese en el modito de este muchacho, á ver si usted conoce otro así: el cuello del saco levantado siempre hasta las orejas, el sombrero sobre los ojos, un gesto de desdén para todo lo que no haya venido del otro lado del mar: la gente vulgarísima, las costumbres pueblerías, los escritores antioqueños y colombianos requetemalos, milagro es que no use anteojos aunque tiene la vista buena; pero lo más curioso es esa pereza al trabajo, Señor!.... Es notable la pereza que les entra á estos señoritos particulares! Jamás encuentran destinos aparentes para ellos:—Pues que una hacienda.—Uf! qué fastidio tener qué entenderse con montañeros y oír las bestialidades de la cocinera.—Que de comerciante, pues.—Vea que pararse todo el día detrás de un mostrador á esperar una vieja para hurtarle un cuartillo! Así responden todos. Acuérdese del otro día que fué Manuel conmigo á la finca del Cauca, cómo vino de aburrido: que los mosquitos, que el calor, que el sancocho y el pantano ¡ni para los trabajos que pasó la infeliz negra para darle de comer! Extendido en una hamaca se estuvo tres días. Cuando salíamos yá para venirnos oí que dijo la cocinera: "Tarmao miamo Basilio con la virgencita. Pero, eso sí, pal ron y pal aguardiente sí no es virgencita; ai lo ví jinchir en esa hamaca hasta que se ponía como una uchuva, por más señas que también pasé mis hebras, porque, eso sí, jormal sí es como él solo".

Y tenía razón la cocinera, prosigió don Basilio levantándose; muy endebles para todo, menos para el billar, el licor y otras cositas que yo me sé. Convénzase, Celsa, no salimos con nada; nuestro hijo es de aquellos que no son capaces de conservar siquiera un año una fortuna aunque se les entregue saneadita y redonda. Yo lo que quería era un hombre, pero todo un hombre, tan capaz de hablar de libros como de rocerías, de vestirse de paño como de manta. Es que, mire: para trabajar hay veces en que no se necesita coger el calabozo, ni la soga, ni alzar fardos, ni hacer nada con las manos; basta ordenar y ser juicioso como pudiera hacerlo este muchacho, porque tiene dinero. Y si no hubiera cogido tantos vicios, talvez pasaría su ineptitud, porque no todo el mundo tiene obligación de hacer las murallas de Cartagena; de lo que tienen obligación todos es de ser buenos; nada me importaría que se pasara leyendo y volviéndose un sabio bobo para que al fin y al cabo lo tajen con todas sus chilindrinas como á los indios, cabalmente es rico, pero los extravíos no se los perdono, porque con ellos vuela lo que con tánto trabajo hemos conseguido y porque nos deshonra. Yo no sé: estos cristianos de los versos bonitos y los desengaños, y el alma podrida viche y que detestan el matrimonio, estarán muy bue-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

nos para tierras donde yá no hay oficio, monte qué tumbar, caminos qué abrir, puentes qué tender y donde el aire es humo, turbia el agua y de seda la ropa y donde yá los escritores no tengan más qué decir, porque lo dijeron todo, ni la gente en qué gozar, porque los placeres conocidos son una vejez; pero ¡para Colombia!.....No, hija, esta tierra necesita gente sana que no se haga la tísica, afortunadamente hay mucha y con unos brazos que dan gusto por duros y gruesos como eran los míos. Y si es que Manuel y los de su laya tratan de introducir una novedad, no les arriendo las ganancias mientras haya montes y ríos que se mandan solos y gentes francotas y trabajadoras.

¡Ah imitación...! Y venido á ver que lo que allá lejos es mucha cosa, talvez, aquí viene á ser lo más ridículo: se chusa alguno en Europa con un alfiler de corbata, allá te van unos versos lamentando el suceso, se rompe otro aquí la figura con un gancho de guadua de este tamaño y también quiere decirlo cantadito; sí, Celsa, en tierras tan nuevecitas no hay tiempo para que el cristiano se detenga á hacerle décimas á toda culebra con que topa, aunque sea un rollete con una boca como un dragón. Aconséjele á ese muchacho que se ponga á trabajar, si no quiere acabar comido de piojos y petardeando tragos á los amigos, porque si hoy por hoy tiene dinero, le durará eso lo que un bizcochuelo en la puerta de una escuela.

Y usted deje de celebrarle tánta majadería y de correr á traerle café cuando llega como acostumbra, y de tolerarle todo; allá verá en lo que va á acabar, usted se acordará de mí.

—Pero, Basilio, usted no puede negar que Manuel hace versos muy bonitos.

—No sé si son feos ó bonitos, ni me opongo á que los haga; lo que sí digo es que si para hacerlos necesita emborracharse, se va su poesía á los infiernos.

—Pero, hijo, si esas son cosas de Dios. El manda los cristianos con antojos diferentes como las caras, y echa locos y echa santos.

—Y majaderos también echa. Remató don Basilio poniéndose la ruana.

—Ah, pues enmiéndele usted la plana.

—No hay qué enmendarle, porque si les da esos caprichos también les da la razón para que sepan qué es bueno y qué es malo.

—Es verdad, mucha que tienen los locos.

—Por lo mismo que no la tienen, se les perdona todo á ellos, señora; y no me extrañaría que usted para defender el hijo quisiera hacerlo pasar ante mí como loco.

—Pues no estará de remate, pero un tornillo le falta.

—Esa es la disculpa de todos los vagamundos.

—Pero yo he oído decir que esos son los que han hecho grandes cosas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

—Quiénes, ¿los vagamundos?

—Nó, los locos.

—Por eso, se les disimulan sus extravagancias; pero, mire usted que es un bonito papel ser loco y bobo como le va sucediendo á Manuel, porque, lo que es hasta ahora, no le conozco más gracia que la de los versos.

—Pues es una gracia, aunque á usted no le parezca, á otros les parecerá; y si cree que es tan fácil haga unos. Yo estoy convencida de que es una injusticia culpar á un hombre de un defecto que vino con él desde el Cielo, es como silbar á un sordo; nadie le va á decir á Dios "hágame así". Desde que estaba chiquito este niño le notaba yo cierta cosa diferente de las de los otros.

—Sí, como la desaplicación en los colegios. Respondió con sorna don Basilio.

—Nó, eso fué una travesura como las de tantos; lo que yo quiero decir es la manera como aprendía versos, y eso de estarse noches enteras bregando por imitar con cera negra los santos de la iglesia, si él había de ponerse un vestido como los de los demás, más bien no se lo ponía, y así en todo. Le repito, Basilio: lo más que se puede hacer con un hombre como Manuel es disculparlo, pero no echarle en cara lo que Dios le dió. Yo no sé de qué pasta será este niño ni por dónde le vendrá ese modo de ser, lo que sí digo es que nadie me probará que tiene mal corazón mi muchacho.

—Si la bondad consiste en darlo todo, bueno es de sobra, pero para sí mismo es malo, porque no cuida de su dignidad ni de su salud.

—¡A ver cómo nó!..... "el que su buen salto tira á sus pies se atiene", y eso á los demás no les importa. Y que venga el que quiera á preguntarme por qué es Manuel así, para yo responderle: —Porque á Dios le da la gana, y, ahora, vaya á preguntarle á El por qué le da; y eso mismo debían responder todos los ..... aunque se ría, mijito, todos los poetas borrachos.

—María Santísima! respondió con cara de angustia don Basilio saliendo al corredor; si es que hasta Celsa sabe yá de poetas; ahora sí que nos acabó de llevar el demonio! Váyase con ese manto á misa y estése creyendo que Manuel la va á hacer inmortal á usted.

—Bien sabe que no he sido ninguna bachillera, pero hablando el otro día con el doctor sobre los caprichos de este muchacho, me dijo que había muchos genios así y, aunque, francamente, yo no sé bien lo que es un genio, con eso tengo para disculparlo.

—Y para perderlo de remate.

A esto entró Manuel.

—A qué horas vino usted anoche? Le preguntó don Basilio. Estuve despierto hasta muy tarde y no lo sentí entrar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Jaime Pardo Leal Presidente

—No supe qué horas eran, papá. Respondió el otro si es no es apenado.

—Esto no va bien, Manuel! Yá que usted perdió el tiempo en Bogotá y no hizo cosa de provecho, es justo que no me mortifique ahora de otra manera. No quiero que me diga dónde pasa las noches, ni que me dé cuenta del dinero que gasta, lo único que le digo es que se fije un poco más en su comportamiento; aquí le saben á todo el mundo su vida y milagros; no esté creyendo que ignoran lo que hace.

—Y qué ropa sucia me sacan al sol? Veamos.

—Eso sí es verdad, Manuel, se metió humildemente doña Celsa; nos estás matando, tu padre tiene razón, y si él no te lo dice clarito, yo no me lo trago: sabemos que estás bebiendo aguardiente, pero mucho!

—Efectivamente, mamá, una copita antes del almuerzo y otra.....

—Qué cuento, hijo! si fuera eso no más, yo no te haría el reclamo; yo me fijo en todo, no diré que andas tambaleando á todas horas, pero se te nota á leguas. No quería decírtelo por no armar las de Dios es Cristo.

Como tuviesen razón los padres de Manuel, éste optó por la broma que era el aire en que se expresaba casi siempre.—Viejitos más escandalosos, dijo; les voy á quitar los nervios amarrándoles un día de éstos una perrita así....chiquita....

faldera apenas, para que después ellos mismos consigan una terranova.

—Nada de chanzas, amigo, le interrumpió muy serio su padre; estoy poco satisfecho de usted, por no decir nada, y creo que tengo derecho de exigirle otro comportamiento.

Y salió.

—Ah veterano carebayoneta, se quedó el joven diciendo cuando hubo desaparecido don Basilio; y esta abuela melindrosa si no mete su cucharada, revienta.

Y la abrazó.

—No, de veras, hijito, por los clavos del Señor, no bebas tánto, que eso te mata.

—Pero, mamá ¿cuándo me ha visto usted borracho?

—Vé: la otra noche amaneció el cuarto de la vista de los perros, la vela metida entre el plato con dulce que te dejámos en la mesita, la cama vuelta un nido de gallinas, pero sin que la hubieras destendido para acostarte, y, sobre todo, por allí estaban unos recibos vergonzosos.

—La bilis, Celsita, la bilis.

—Sí, demás, ven con tus cuentos.

—A ver, viejita, la pura verdad: ¿de qué hablaban cuando yo entré?

—¿Pues de qué, sino de tus cosas? Estaba yo empeñada en hacerle creer á tu padre que á ti te faltaba un tornillo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

—¿A mí?

—Sí, pero yo sé que no te falta nada.

—Es que creo que me sobran, mamá.

—Es que yá no encuentro modo de disculparte con Basilio.

—Y me estaba haciendo pasar por loco!

—Pero de los buenos.

—¿Y cuáles son los buenos, señora?

—Pues esos.

—¿Pero, cuáles?

—Esos como Bolívar y Colón.

Doña Celsa se puso colorada al verse metida en estos arquitraves tan ajenos á la escoba, á la plancha y al puchero.

—Bien, mamá, ¿y usted está creyendo que Bolívar y Colón y todos los genios han sido locos?

—Como lo dicen.....

—Sabe, señora? esos son los únicos que han tenido razón, los locos somos los demás, los que no sobresalimos una cuarta en la llanura de los hombres; si tal no fuera, ser cuerdo era ser bruto. Trabajos le mando al que quiera hacerme creer que la basílica de San Pedro antes de ser piedra no fué trazos y medidas y matemáticas en la cabeza de Miguel Angel; probablemente Napoleón no sabía lo que se pescaba para su caída en aquella de Waterloo! y si no que lo diga la tristeza con que lo sorprendió la noche de aquel día.

Doña Celsa, aunque no entendía gran cosa, escuchaba á Manuel con la boca abierta por el embeleso.

—Ahora, le aconsejo, señora, que abandone el disparate de sostenerle á mi padre que yo soy un genio deschavetado; muy cuerdo que soy, pero resulta que me aburro y que no encuentro sosiego en la tierra y que creo que estoy solo y que me esperan no sé dónde seres que no son como los que conozco. Manuel iba palideciendo. Quítenme, continuó, esto tan doloroso que no sé cómo llamar, tristeza, talvez; bórrenme este deseo de fundirme en la niebla, en la luz, en el éter y formaré con todos, me comprometo á no aspirar al astro para ser marrano.

—Y después dice que no está loco! Remató doña Celsa cariacontecida.

—Ay, mamá; los hombres no sabemos qué cosa es la locura, no me explico por qué anda en uso esta palabra. Dios sabe entre un congreso y un manicomio cuál está en lo cierto.

Se subió Manuel la solapa del saco, bajó el sombrero hasta las cejas, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y salió.—Ah, dijo, volviéndose, le prometo, señora, que procuraré ser lo más bruto posible para no mortificarlos tánto.

—Loco ó cuerdo, este muchacho tiene mucho talento. Respondió la madre á media voz.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Jaime Pardo Leal

La vida continuaba igual y Manuel no dejaba de sacrificar en los altares de Baco seguido y parejo, mas tenía la propiedad de disimularlo durante el día manteniéndose en un tonillo de grata embriaguez que bien podía tomarse por constante buen humor; sus amigos que lo comprendían no se lo echaban en cara, porque era un calavera ¡tan simpático y tan generoso! especialmente para estos ángeles, como decía él, que llevan el alma tiritando de frío y la carne envuelta en seda.

Qué lástima, se decían unos á otros los paisanos entendidos del joven, que mozo de tánto talento esté echado á perder. Se ve tánto de esto! más le valiera ser menos inteligente y más juicioso: la excesiva capacidad intelectual no puede ser cota ferrada que escude los extravíos de nadie, nó, que antes lo hace más imperdonable.

CAPITULO VII

CUATRO meses después de casada, á las dos de la tarde iba Dolores por un rastrojo abajo en compañía de un hermanito.

Para defenderse de los rayos del sol llevaba el delantal doblado sobre la cabeza, á manera de aquellas italianas que acá nos llegan exportadas en oleografías. Al hombro cargaba un tarro de guadua lleno de mazamorra, y pendiente de una mano, una olla repleta de fríjoles.

El chiquitín conducía arepas de maíz entre un canasto.

¡Cómo ha cambiado aquélla que conocimos apocada y humilde virgencita! Está más alta y más turgente, tiene más llenuras en el cuerpo; yá tomaron sus caderas la forma exacta de una lira, figura con que soñaron los griegos para la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

belleza de sus mujeres; es una belleza, si adorable, agreste que va luciendo por debajo de los yarumos y carrizos, sin fastidio ni apreturas como dicen que andan las náyades. Con su hermosura y todo hay alrededor de sus ojos una ligera dulce tinta azulosa; en sus mejillas no se ven yá los tonos lujuriosos de rosa encendida que llevó soltera; nó, que apenas se le nota un tímido baño de carmín, como en la fruta que empieza á madurar.

—Descansemos un poquito. Dijo.

—Esta sí que se ha vuelto haragana!

Sonríe ella, pone de punta el tarro en el suelo, lo recuesta á una rodilla y coloca la olla en un plancito. Después, con íntima blandura pasa la mano al derredor del talle y murmura silenciosa y dulcemente:

¡Qué vergüenza!

Luégo se queda mirando con fijeza una hormiguilla que va subiendo....subiendo por el tallo de un árbol, y mascando distraídamente una pajilla piensa y piensa Dolores. ¿Qué verá en ese soñar despierta? ¿Qué buscará en ese viaje por el infinito?

Vista la figura de ella, no hay necesidad de pasarse de listo para responder:

De entre las sombras del vacío surgió en su memoria algo blanco como ave nívea que vista á distancia no se sabe si es garsa ó paloma; ese algo subiendo, subiendo como la hormiga por el

tallo del árbol, se definía, se dibujaba en cabellos rubios, boca risueña, ojos que la miraban fijamente, alas temblorosas á la espalda, dos brazos hoyuelados tendidos hacia ella....y—Ay, Dios mío, dijo sacudiendo la cabeza, vamonós, que allá abajo estarán desmayados.

—Vé un nidito, gritó el hermano; le voy á sacar los pichones!

—¡Dios te libre! ¿Qué haría la madre?

—De allá para acá se los saco.

—Si yo te dejara!

Al pie de la falda del rastrojo salía blanco girón de humo y se oía el chirrido monótono y parejo de un trapiche. Allí era la estancia donde trabajaba el señor Sinforoso con parte de la familia, y cuyo cañaveral se extendía por toda la vega de una corriente.

—Buenas tardes! ¿Mucho hambre? Dijo Dolores.

—Ello más bien siempre, hijita. Respondió su padre metiendo una caña por entre las dos mazas de guayacán.

—Arre, mayaleras del demonio! Gritaba el muchacho que arreaba las bestias, y güipe! guape! por las patas de dos yeguas motilonas que andaban en círculo al derredor del trapiche mareando con sus vueltas incesantes.

—Aguárdese, niña Dolores, que la cocean; detené esas rangas, tuntuniento! Berreó el peón re-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

cibidor del bagazo que por la parte opuesta á la del señor Sinforoso iba echando el trapiche como cosa inútil.

—Y Bonifacio?

—Se fué á traer un tercio de caña, yá viene. Descargue y vaya donde el hornero á que le dé un poquito de guarapo porque éste de la canoa está muy puerco. Virgen santa, qué manos! Y el viejo Sinforoso se levantó sacudiéndose briznas de bagazo que desde la cabeza hasta los pies andaban por allá entre cuero y ropa, pegadas con el sudor.

Qué sombra tan grata la que había entre aquel gigante paraguas de paja abierto que remata allá arriba en una olla boca abajo, y que se llama bohío.

En el aire se mecía un olor delicioso que las calderas de barro exhalaban reventando en burbujas aquí y allá; susurraba el cañadulzal como danza en que se gasta raso; y el río pegadito á la estancia se cubría de espejos temblorosos que formaban cabrilleos con el sol.

Las yeguas se durmieron; el chorro de guarapo, como no tuviese fuente en ese momento, se adelgazó; las calderas hervían embalsamando los aires con suavísimo perfume; reverberaba el calor y chillaban fino y delgadito las chicharras.

—Yá llegó! Camine mijito á comer; estará que ni perro en tramojo. Dijo alegremente Dolores. Y apareció Bonifacio con zamarros de piel de *tabra*, camisa de lienzo desabrochada, y un sombrerazo cogida el ala por delante con una aguja.

—Yá usté está aquí? Dijo.

—Cuánto hace! Llámese los piones.

Bonifacio tocó un cuerno y su voz estridente y profunda formó eco largo y triste en las colinas cercanas. Poco después llegaron dos muchachos de idéntico pelaje al del marido de Dolores.

Esta les sirvió cariñosamente la comida que consistía en lo yá dicho, y, mientras la despachaban, fué á lavarse la cara á la orilla del río.

El hornero comió en su puesto, el plato en una mano, y atiza que atiza con la otra.

—Bueno, hasta luégo; no se dejen coger de la noche. Dijo Dolores echándose los trastos de comer á la espalda.

—Hoy subimos tempranito porque hay que desgranar maiz, le respondió el marido.

—Uy, qué pereza le tengo á esta falda!

—Pues no se vaya, y á la oracioncita nos vamos.

—Eh, me está esperando mi madrecita para remendar, y éste tiene qué pilar medio almú. Y partió.

La casa, mas dos cuadras de sabana, el rastrojo y dos bestias eran la fortuna del señor Sinforoso. La estancia se la había tomado en arrendamiento á un rico de aquellos contornos; y esto le daba con qué salir vencedor en la lucha por la vida. Los sábados al alba enjalmaba las liendrosas, co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

mo él decía, y cargándolas de panela, plátanos y yucas iba á la ciudad. Antes de las doce del día había vendido todo "siquiera para la salecita y tirarle encima una mecha á la familia".

La señora Genoveva, por su parte, trabajaba que era un gusto. En el corredor de la casa que daba al camino tenía una tabla colgada donde colocaba á la venta pan de queso, panelas de leche, cigarros y aguardiente. A su derredor no andaba nadie de ocioso y remolón; los chicos tenían qué cargar la leña para la cocina, surtirla de agua é ir á una escuelita que cerca de allí regentaba una tullida; el muchacho mayor trabajaba en lo de estancia, sementeras y rocerías. Regañona y carianusgada la señora Genoveva no podía tolerar á nadie de balde; cuando Dolores, echaba de talanquera á talanquera un ratico de palique con las vecinas yá estaba su madre rezongando:

—No tendrán oficio estas enredadoras, que vienen á sonsacar la muchacha! Ah, ah, Dolores, camine que se le queman las arepas

Nó, no son para contados los trabajos que pasó la niña para ponerse al tanto con Bonifacio en eso de te quiero y me quieres.

—¿Qué es lo que ronda ese descolorido por aquí? le dijo un día la señora; vé, si sé que le abrís gola á ese atembao te exprimo, no faltaba más!

—No, señor, le dijo otro día que los encontró conversando del patio al camino; coja destino que

la muchacha tiene qué hacer paque busté la esté embolatando.

"Esta boca es mía" no respondió el galán.

Pobres! Gracias á que la tullida en obsequio de ellos y por medio real escurría la vena amorosa y poética, haciendo menudear entre los dos las cartas que casi siempre remataban con un corazón cruzado de espadas, y con cada gota de sangre que ni una mora de Castilla, madura.

Estas misivas las guardaba la doncella en un baúl que al abrirlo soltaba campesino vaho de albahaca y vainilla de que estaban impregnadas las ropas que allí había, amén de un espejillo, sortijas de coco, zarcillos orlados de tilindajos, una cajilla con cintas, botella de agua de Florida, una virgencica del Rosario y la runfla de damas pintadas con mucho escote y altos sombreros, pegadas en el interior de la tapa del baúl.

Por fin el mancebo de Playarrica, que por esos lados tenía su trabajadero, se atrevió á hablar con "mano Sinforoso" y aunque la vieja barajustó y alegó que esa muchacha era todavía una nadita para agarrar el estado, la boda se concertó.

Yá hemos visto cómo se llevó á cabo.

Esa tarde en que fué Dolores á llevar comida á la estancia, poco antes de ponerse el sol venían cuesta arriba los trabajadores cargados de plátanos y panelas. En el rastrojo por donde habían de pasar estaba Dolores cortando leña cuando los vió.

UNIVERSIDAD EAFIT

Todos siguieron de largo, menos Bonifacio que descargó el tercio, se sentó sobre él, y se dió á sacar candela con un eslabón; la piedra soltó al fin una chispa invisible que prendió en la yesca y aquí el regocijo del montañero chupando su cigarro.

—¿Ha cortado mucha? Dijo.

—Eh, cuatro palitos, no más; con lo floja que me he vuelto!

—Qué será? Y una sonrisa maliciosa andaba por sus labios.

—¿Está de gracioso? Camine, ayúdeme es lo que ha de hacer.

—Présteme el calabozo.

Pronto estuvo recogido enorme haz de leña, Bonifacio lo sacó á lo limpio que era la sabana, y lo mismo hizo con el tercio que traía de la estancia.

—No nos vamos todavía, le acarició dulcemente su mujer; sentémonos un ratico.

Los fardos en el suelo; ella descansando sobre uno, y él extendido boca abajo sobre la grama húmeda con el rocío del crepúsculo, la cara entre las manos, mirando á su mujer con la fijeza extática con que están embobaditos dos serafines al pié de la Madona de San Sixto, pintada por Rafael.

—¿No me ha visto?

—¿Qué le hace que la vea?

—No señor: voltése para allá, que usté es muy fisgón. ¿Cuándo me va á comenzar la casa?

—Yá la paja está cortada pero la guadua nó, porque tenemos qué esperar la menguante; no ve que si se corta ahora se la embute el comején!

—Sí que me gusta que me la haga cerquita de mi madre, porque así no es más que gritar.

—Pes quién sabe si la guerra nos da tiempo.

—No permita mi Dios que siga la revolución!

Y se quedaron en silencio.

Reinaba una calma profunda.

El sol, lo mismo que un guerrero vencedor que se acuesta glorioso entre su tienda de colores, como si hubiese librado excelsa batalla en los cielos, había dejado girones sangrientos, como inútil botín, esparcidos al derredor de su tienda de occidente. Cómo estaba el cielo! Si alguien hubiese logrado reproducirlo en aquel momento, viendo la copia al día siguiente, le hubieran dicho exagerado y soñador.

Allá, por esos lados donde se acuesta el sol era un fondo color de naranja madura donde se estaban quietos lampos de nubes negras, como tiznes largos hechos por un loco en regia tela de oro; más acá, siguiendo el filo duro y caprichoso de salvaje cordillera, se veían brumas blancas que imitaban cocodrilos de alabastro, erizado el lomo con sierras de luz y botado medio cuerpo al vacío. Aquel fondo dorado de occidente se desvanecía en otros colores cercanos y formaba los secundarios dulces y románticos; el malva que semejaba ama-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

sijo de nieve y violetas, prevalecía subiendo insensiblemente hasta perderse en el hondo azul que, á su vez, por el norte iba bajando hasta ponerse casi negro allá donde se besaba con los mares. Al mirar al oriente se entristecían los ojos topando con la cordillera central donde se alza la enorme burbuja blanca del Páramo del Ruiz, que á esta hora estaba velado por enorme telón de nieblas grises como si detrás fuera á representar una tragedia el invierno. Los fulgores del crepúsculo moribundo yá no alcanzaban á dar calor á aquel espectáculo hecho para embelesar las almas que se encariñan con los sueños tristes. Ah, pero corriendo un poco la vista empezaban las claridades hasta llegar al muestrario de colores que andaba por el ocaso: nubes rojas, verdes otras, cuales blancas, se veían en aquel oceano de lumbre como dizque se ven las góndolas vestidas de flores sobre las aguas de Venecia en un día de carnaval.

Las aves semejaban silencioso tiroteo de flechas negras pasando y volviendo á pasar delante de los esposos que seguían mirándose callados. Allá lejos, muy lejos, se alzaba desde una cabaña un listón de humo azul que se fundía lentamente con las sombras de la noche. Dolores se bajó del haz de leña, sentándose junto á su marido.

El viento les oreaba los semblantes suavemente.

De repente volvió ella la cabeza con susto, y vió al hermanito que la acompañó á la estancia.

—¿A dónde vas?

—A robarme el nidito.

—No lo intentés porque te destripo, Caifás! Vé qué muchacho tan dañino! Salí de aquí.

—A vos qué timporta, entrigante!

—¿Qué es? Preguntó Bonifacio.

—Este zarrapastroso que no puede ver un nidito, porque yá está tirándole sombrerazos.

—Pero será ahora que los está cuidando porque usté ha sido muy amiga de coger pájaros chiquitos.

—Sí, pero éstos no los dejo matar. ¿Oítes, Barrabás? Rumbá para la casa.

—Estás fría! mañana los alcanzo, lambida.

Y salió corriendo.

—Y por qué está usté cuidando tánto esos pichones? De qué son, pues?

—Eh, de pinche, pobrecitos! Cuánto trabajo le costaría á la pájara hacer su casita y cómo quedrá á sus hijitos.

—Así como usté va á querer .....á....

—Nadie se lo estaba preguntando, conversón. Y le tapó la boca al marido con una mano.

Casi era noche.

Los ruidos se callaban; las montañas se desvanecían; la magia de occidente, como alumbrada por luz de magnesio, hacía una desaparición fantasmagórica; al otro lado de la cañada fulguraban los fogones de los campesinos, un grito de cami-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

nante rasgaba el silencio, y Dolores pasa que pasa los dedos de la mano en forma de tenedor por entre los cabellos de Bonifacio que seguía acostado sobre su regazo de cara al cielo, mirando al vacío. De repente alzó éste los brazos y enlazándolos al derredor del cuello de su mujer le fué inclinando la cabeza hasta que los labios se encontraron.

Sonó un beso y el lucero de la tarde brotó blanco y tembloroso del fondo de la noche.

—Usté sí que es! Dijo ella sin alzar la cabeza.

—¿Y eso qué?

—No ve que nos ven!

Mas dejó la cabeza siempre inclinada, y no en balde, porque con exquisito amor fué trazando una corona de besos al derredor de la cara de Bonifacio que cerró los ojos embriagado de felicidad.

—Doloooooores!!!

—Señooooooora!!!

—Se murieron, ó qué?

—Allá vamos.

—Ave María. Todavía no se han cansado de curucutiar estos cristianos. Camine á moler el chocolate.

—Mi mamá sí que es! No puede ver maganciar á uno ni aun de noche.

Cada uno alzó su tercio.

CAPITULO VIII

CUANDO llegaron á la casa había en ella gran animación: los muchachos tenían sabrosa algazara jugando con los de la vecindad á "El diablo y el ángel"; unos marranos con cada gruesa de pitos en el gargüero metían los hocicos por una puerta de trancas pidiendo la merienda, hambrientos que no había quién les soportara la chillería; el perro por el otro lado de la puerta tomaba parte en el concierto con unos gemidos largos y encaminados al cielo. El señor Sinforoso recostado á la pared del corredor en una silla conversaba con los peones; la señora Genoveva picaba la piedra de moler, y las gallinas....nó, esas dormían yá, después de mucho picoteo y probar de puestos en el gallinero.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Jorge Roa Martínez

Poco después se recogía toda la gente en la cocina; sentados en bancos de madera al derredor del fogón departían íntimamente desgranando maíz, luégo que cada cual hubo tomado una taza de chocolate clarucho. La llama del hogar en su vaivén alargaba las sombras de las personas hasta el ridículo haciéndolas danzar en los encañados de los bahareques, formaba relámpagos en platos y calderas chisporroteando contenta como si ella sola se llevase la atención de todos. El perro con la cabeza apoyada en las manos se veía por allí muy lujoso, pues que la llama abrillantándole la piel lo tenía como vestido de raso.

—Quién cuenta un cuento? Dijo un muchacho.

—Mano Bonifacio. Respondió otro.

—Parecen bobos! Yo no sé; ahí está mano Sinforoso que sabe muchos.

—Ni aun cuando estaba muchacho! Gruñó éste.

—Bonifacio!, Bonifacio! -Dijeron todos-No se pudo defender.

—Pero cuál les cuento? ¿O quieren, más bien, uno así como á moda de ejemplo?

—Bueno, bueno; callarse todos!

Silencio.

Tos primero, después:

—"Este dizque era"....

—Buenas noches! Gritaron desde el camino.

—Muy buenas! Prosiga. Respondió la señora Genoveva.

—Dios se lo pague.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Cartago.

—Entre pues. ¿De dónde viene?

—De aquí del pueblo.

—Qué hay por allá?

—Pues por allá eso siempre muy embochinchao con la guerra.

—No diga!

Toda la familia, inclusive el perro, voló al patio.

—Cómo así? Volvió á preguntar Dolores alarmada.

—Dizque sigue.

—Pero quién dijo?

—Eso está corruto en el pueblo.

—Qué tal, por Dios! Pero, éntre.

—Me dan posada?

—¿Cómo no? Vea, ponga el atejo en aquella tarima y cuente, á ver. Era la última que nos faltaba.

—Pues, sí, señores, como les iba diciendo: allá hay runrunes y hasta me dijeron que yá estaban reclutando.

—Oigan por Dios! interrumpió Dolores angustiada ¿y á cuenta de qué es la guerra, señor?

—Pues yo no sé; dicen que este gobierno liberal es muy ladrón y que los conservadores le van á guerriar. Por la Buenaventura dizque vienen dos batallones que estaban en la Costa y que yá

UNIVERSIDAD EAFIT

entraron al Valle á órdenes de un melitar caucano; de Medellín viene otro general muy mentao con no sé cuánta gente. Estos pueblos de por acá yá están todos pronunciaos y ahí en Manizales hay una colmena que jierve desoldaos.

—Bueno, señor, volvió á preguntar Dolores en el colmo de la aflicción ¿y han cogido muchos?

—Eso sí, y están despachando piquetes para todas partes á llevar montañeros. Yo siquiera traigo mi pasaporte.

—Ahora mismo se van todos ustedes á dormir á la estancia.

Temblaba la voz de la joven.

No entraron los hombres en discusión, todo el mundo se quedó mudo.

Tirando almohadas al suelo, halando de esta sábana, doblando aquella manta, hija y madre hacían un lío de lo que necesitaban sus hombres para dormir en el trapiche, pero con tal precipitación, que no atinaron á ver cómo andaba la vela que caída á los pies de la Virgen del Carmen se volvía líquido puro haciéndole caricias nadita frías á la orla de la sagrada faldamenta.

—Tomen pues; por la mañana yo iré á llevarles el desayuno y á contarles lo que se sepa pero no se demoren, y cuidao con la bulla.

—¡¡¡Miren aquello!!!

Todos volvieron la cabeza.

Una como tromba de llamas había repuntado por el techo de la casa, meciéndose en el viento igual que la cimera de plumas rojas de un casco guerrero.

Nadie habló; todos se miraron unos á otros y bastante bien, porque el campo á tres cuadras en redondo se iluminó.

—Reina de los ángeles, no me dejés quemar mi casa! Gritó la señora Genoveva con las manos en la cabeza. Socorro! socorro!

Y el eco repitió "socorro!"

—La escalera!!!

Se desagruparon á buscarla. La escalera no parecía.

El señor Sinforoso trepó rápidamente á un naranjo y de ahí saltó al techo.—Agua! agua! Gritó.

Entre tanto la llama agazapada por el viento se tendía por el haz del empajado con una voluptuosidad suprema, abarcando con delicia aquel combustible que le había preparado el verano; parecía un avaro que, topando de repente con un tesoro, extiende brazos por todas partes.

—La ropa!

Y Dolores fué á entrar en la sala, pero, á eso, una viga de fuego desprendida de una de sus extremidades dejóla caer con estrépito sobre una cama.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La cuerda que iba de pared á pared donde se colgaba la ropa del domingo, vino al suelo silenciosamente con su carga de trapos incendiados.

—Nó, qué cosa tan horrible! Gritó la joven y volvió hacia atrás cegada por el humo.

El señor Sinforoso de pie en la mitad del caballete parecía el genio de la destrucción, dando hachazos en el maderamen de la casa como poseído de un vértigo extraño; jamás los pintores cristianos tuvieron tonos más ardientes ni expresión más severa para copiar á Satanás en la plenitud de su belleza que los del viejo dominando el incendio; desgraciadamente, las llamas lo hacían retroceder quemándole la barba bíblica más blanca que el plumón de un cisne.

—Madre de los desamparados, hermosa mía, queridita, no me la dejés, no me la dejés quemar, nó, nó! Lloraba la señora alzándole un balde lleno de agua á su hija que estaba yá encima del empaje de la cocina circundada de resplandores como un arcángel, atajando las llamas con una sábana mojada. Llorando los chicos corrían al pozo con calabazas y ellas rezando lo primero que encontraban, el "Señor mío Jesucristo". Los vecinos llegaban y decían: —Qué es ésto, por Dios? Brínquese, ño Sinforoso, que se arde!

—Quítese, Dolores, quítese!

Una de sus trenzas ardía, y ella encorvada hacia atrás le daba bofetones para apagarla.

—Qué te he hecho yo, Madre Santísima, para que así me castigués! Sollozaba la señora Genoveva con la cara entre las manos; ay, qué haremos! Su marido dió un salto al patio, y las gentes corrieron á apagarle la camisa.

—Por aquí, Dolores, por aquí! Gritaba Bonifacio recibiéndola en los brazos.

La cocina estaba prendida.

—Nó, yo no dejo quemar mi baúl!

—Que se queme hasta el diablo, ¡condenada suerte! Respondió Bonifacio.

—Ay, querido de mi corazón, ¿qué hacemos?

—Largarnos para los infiernos!

Zumbaba la candela como celebrando su triunfo con un placer salvaje; la casa del señor Sinforoso era indefenso cordero entre las garras de un tigre; las gallinas deslumbradas en su sueño volaban al gramal y seguían andando como borrachas; la puerta de la sala se veía vuelta una rompiente de gloria infernal; los bahareques inflamados interiormente exhalaban humo por todos sus poros; "que se cumpla, Señor, tu santa voluntad!" murmuraba el viejo Sinforoso.

Los vecinos viendo lo imposible que era salvar algo parecían espectros desde el camino mirando el desastre. —Pero esto ¿cómo fué? decían; parece un castigo!

Los niños lloraban. Dolores se debatía en brazos de su marido por entrar á salvar el baúl; la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

madre le preguntaba á Dios qué haría ella al día siguiente; su esposo cruzado de brazos se apoyó en una talanquera á mirar allá lejos las frías negruras de la noche.

Traqueando por aquí, por allá, se apagaban las llamas é iba destacándose una trabazón de varas de oro en el fondo sombrío de los cielos indiferentes y mudos. Yá se podía ver dentro de lo que había sido la sala:

La imagen de la Virgen del Carmen, apareció del pecho arriba sobre un andamiaje de tizones, vuelta la cara un panal de burbujas negras; el baúl de los íntimos amores echaba los recuerdos queridos en listas de humo que tomaban el camino del cielo, la llama que los consumía asomaba plana por todas las rendijas.

Siguió un silencio profundo, los sollozos de la familia lo interrumpían apenas.

—Para dónde cogemos ahora? Preguntó la joven esposa con ojos extraviados.

—Yo qué sé! Le respondió su marido.

—Para mi casa, caminen!

--Nó, vecino, en su casa no cabemos.

—Cómo que nó! Aunque sea en el corredor.

Más tarde uno tras otro fueron desfilando en silencio sin volver á mirar atrás.

Y el sancta sanctorum de la familia honrada había desaparecido; las brazas que aún le quedaban parecían ojos enrojecidos por el llanto que

miraban al cielo preguntándole el por qué de aquel hundimiento.

Después, después todo igual que antes: los rumores que subían de la cañada y que no cambiaron de tono, el cielo que seguía mirando hacia abajo con sus pupilas de estrellas frías, y la noche que remendó al instante su manto de sombras, un momento agujereado por el incendio.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO IX

AL otro día por la tarde iban de paseo Manuel y su amigo Luis Pérez por la vía de La Exposición que conduce al cementerio de la ciudad.

—De veras, preguntó Luis ¿vas á meterte en la guerra?

—Es mi intención; mañana estaré de ayudante de campo.

—¿Y qué dice á eso Isabel?

—¿Isabel? Ah, pobre!

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

—Y ¿qué?

—Lo de siempre: lágrimas.

—Que no te conmueven ¿no es cierto?

—Sí, hombre, sí; siento mucho verla llorar por mí.

—Nada, hijo; tú no la quieres.

—No la quiero más, porque es imposible.

—La prueba la has dado no casándote con ella.

—Por lo mismo, sí, señor.

—¿Conque no te has casado con ella porque la quieres mucho?

—Cabal, por eso.

—Quedo enterado como de que dos y tres son cuatro.

—Esto no lo comprenderás tú hasta que me comprendas á mí y te hagas cargo de que los hombres no somos iguales.

—Eso último sí lo sé, la prueba es que hay unos más extravagantes que otros; fuera de esa extravagancia ¿qué tienes tú distinto á lo de los demás?

—Tengo una profundidad á la cual no te has asomado tú.

—Caramba! ni que fueras el Hoyo del viento. No hay tal, veo en ti un hombre lleno de manías y caprichos, que fué á Bogotá y que volvió, que á todo le pone peros y que se está volviendo un solterón. Yá acabé.

Luis lanzó amistosa carcajada dándole á su compañero una palmadita en el hombro.

—Acabaste conmigo, efectivamente.

—Es que tienes unas cosas!

—Vé, Luisito, cuando uno no entiende sino de mulas, gusaneras de vacas, costales y sobrecar-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

gas, no debe meterse á hablar de cosas que le quedan anchas. Yo también acabé.

—Pero no conmigo, porque te he de moler hasta que me expliques ese modo de ser tuyo y todos esos misterios. Dáme un tabaco.

—Qué has de darte cuenta de lo que te voy á decir cuando noto que hoy estás más cerrado de mollera que lo que naturalmente te hizo Dios.

—Ahí tienes que en lo de mi brutalidad sí estamos de acuerdo, pero me comprometo á poner mis cinco sentidos si me haces el favor de hablar claro.

—¿Claro sobre qué?

—Hombre, sobre el matrimonio que fué el origen de esta conversación, pero limpiecito, no me pongas á dar saltos mortales con el entendimiento, párte del principio de que yo soy bastante estúpido.

—Y bien ¿cómo hago para hacerte creer que el matrimonio es un peñasco enorme colgado de una ala del amor?

—Aprieta, infierno, con la entrada! De....una ala....del....a....mor? ¿Cómo así?

—¿Lo ves? Yo barruntaba que á la primera frase ibas á quedarte á la luna de Valencia.

—Uy! la cosa se enreda ¿qué es eso de la luna de Valencia? Tampoco lo entiendo. Manuel, Manolito, habla como cristiano, de modo que te pueda responder, ¿qué trabajo te cuesta? Perdóname

si soy tan bruto, yo no tengo la culpa, y vé que lo confieso francamente. Yo para alzar un tercio á las costillas de un buey, para no dejarme poner el agua de los peones, me mando solo y te digo á la carrera cuánto vale una marrana con sus puerquitos y todo; para dar una trompada tampoco estoy manco, pero de letras y cosas altas sí no entiendo ni tánto así.

—Pues no eres tan ignorante como lo aseguras, porque siquiera confiesas que no sabes nada. Respondió Manuel riéndose. Yo tampoco estoy más adelantado, pero sí tengo razones para sostener mi teoría.

—No me metas en teorías y echa en palabras conocidas el motivo que tienes para quedarte soltero.

—A eso voy, pero dime antes: ¿Se les hace muy raro aquí mi soltería?

—Pues demás: las muchachas te llaman el viejo y las madres te tienen miedo.

—E Isabel?

—Ella te quiere mucho, bien lo sabes, pero sus padres no te pueden ver, por eso no la dejaron ir al teatro la otra noche con tu familia.

—Así lo maliciaba yo, viejos vulgares! Viven con las enjundias calientes, porque no les he pedido la hija.

—Permíteme, no es por eso; he oído decir que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sistema de Patrimonio Documental

tu manera de hablar sobre el matrimonio y tus costumbres.....

—Se le ha propuesto, Luis, á todo el mundo aquí, que yo debo seguir la corriente general. Partida de animales que madrugan á casarse y, por consiguiente á llenarse de buchones, como si únicamente para eso no más hubiéramos nacido. Solamente aquí se ven viejos de veinticuatro años, desmedrados y pálidos con un rimero de mocosos que les llora detrás. Nó, hijo, salí ileso del naufragio de los veinte y no quiero arriesgarme otra vez en mares tan peligrosos; he leído y visto bastante. No me importan los cuchicheos de los demás cuando mi conciencia está callada y mis aficiones contentas de no verse sacrificadas ante una vulgaridad.

—Cuidado con los chorros, Manolito; más bajo, más á mi alcance, yá ves que para ignorante, me ganará ¿quién?

—Me río de todos; dentro de poco me iré de aquí y se acabará el coco.

—Corriente ¿y por qué es que no te casas? porque lo que es hasta ahora....estoy en las mismas.

—No sé cómo empezar....en fin, voy á materializar mis razones en cuanto sea posible para que no te quejes de sutilezas mías.

—No me gusta la palabra sutilezas.

—Míra que eres necio ó tonto. Bien: ¿conoces á Isabel?

—¿Y esa pregunta?

—Quiero decir que si te has fijado bien en su belleza.

—Tánto, que soy de opinión que si la belleza doliera, Isabel estaría de llevarle el cura.

—Qué linda es! ¿nó?

—Caramba, que yo me vuelvo bizco siempre que la encuentro!

—Y hay por qué, dijo Manuel sonriendo; esa boca lo atrae á uno como fragante copa de vino.

—Este sí que compara sabroso! Si á mí me toca, digo que parece una totumada de chicha ¡con lo bruto que soy!

—No sigamos describiéndola, yá que hemos convenido los dos en que es divina. Ahora dime, dónde irá á dar esa belleza después de que Isabel se case.

—¿Y para qué necesita una mujer ser hermosa después de casada? Con tal de que sea buena, lo demás no vale un pito.

—Ola, ola, no eres tan estúpido como venías diciendo. Oye: la mujer debe agradar siempre, especialmente al marido y mucho más si éste es partidario de la belleza.

—Pero, amigo, ninguna tiene la culpa de haberse vuelto fea, y sobre todo, si perdieron su hermosura en poder nuéstro tienen derecho á que se les siga amando lo mismo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Noto que vas subiendo en el estilo, y me alegro porque malicio que vas á entenderme. ¿Qué te parece á ti el desencanto que sentirá un hombre libre, enamorado de todo lo bello, soñador, al verse unido á una esposa que á poco de casada se volvió un espanto?

—Me sostengo en lo dicho: con tal de que sea buena.....

—Yá me figuro á Isabel en ese estado; debe ser atroz: llena su hermosa piel de manchas como cuervos que cayeron sobre alba oveja.

—Entre paréntesis, Manuel, déja tántas comparaciones, para entenderte mejor.

—¿Sí? pues va otra: el seno que, si no fuera porque yá lo dijeron lo diría yo, son dos escándalos de nieve, principiaría á bajar, precisamente como nieve que se deshace.

—De modo, Manuel, que los encantos de la mujer están en lo que se le ve?

—Aquí está el intríngulis del cuento: para mí, sí señor.

—Yo creía que los soñadores no hacían caso de la materia.

—¿Que nó? Cuentos que nos levantan, no hay gente más enamorada de la forma que los poetas.

—Esto se está poniendo peliagudo, yá tú vas á empezar á volar; volvamos á la conversación de cristianos que traíamos, sencilla. Ibas analizando á tu novia después de casada.

—Exacto: los ojos.....

—A ver si yo soy capaz de decirte cómo se le pondrían.

Luis se agachó á pensar, sonriendo maliciosamente. —Ah, dijo de pronto, yá sé: pues los ojos debajo de unas pestañas estiradas y escasas se le verían como, es apenas una suposición, como.... allá va: como dos pobres acurrucados debajo del alero de una casa ruinosa; está mala?

—Hombre, con razón dice Luisa mi hermana, que tú eres el zumbón más grande del mundo.

Ambos lanzaron una carcajada.

—Qué te parece, Manuel, que no he podido tomar en serio lo que me vas diciendo, porque parecen cosas de loco; pero, en fin, sigue.

—¿Quieres más?

—Por supuesto.

—Se le tornarían lacios y cenizos esos cabellos que hoy fotografían el sol en cada onda.

—Te falta el talle.

—Ni lo mientes: la cinturilla que un día onduló tan dulcemente, atropellada por la maternidad.....encendamos un cigarro.

—Sí, señor, decías que.....

—Te parece poco lo dicho? Pero si quieres más realidades.....

—Echalas, querido, échalas, porque todavía no sé á dónde vas á parar, y yo soy demasiado bruto para imaginármelo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—En vez de las violetas que suele llevar en el pecho, un mazo de llaves colgado á la cintura ó unas disciplinas de largos ramales.

—Ah, de modo que para una mujer poder encantar á un marido de buen gusto no debe tener orden en la casa manejando ella misma sus llaves y reprendiendo á los muchachos.

—No me he explicado.

—Sí, sí, y te he entendido; encuentras eso vulgar, pero tiene remedio: metes tu mujer debajo de una bomba de vidrio. Yo creía que no tenía nada de particular ver una madre lavándole al chiquito sus.....

—Cállate que estás diciendo una gansada.

—Bueno, me callo, pero se me ocurre otra cosa: siempre que te gusta de esa manera lo bonito, allí están todas las indormias que saben las mujeres para disimular sus defectos.

—Buen consuelo! El marido es quien tiene qué hacer el gasto de velutina para que ella le parezca blanca á los demás; ayudarle á apretarse el corsé para que vaya por esas calles á lucir adelgazado hasta lo milagroso un talle que por la mañana parecía un barril; para el que los está viendo, se acaba la gracia de unos pies que temprano andaban en babuchas que lo mismo dá zuela que capellada, aunque al medio día se los pongan por delante presos en zapatillas blancas con altos relieves de seda y medias primorosamente caladas.

—No tienes orilla, Manuel! Resulta que para ti el marido de una mujer lujosa ó bien vestida es un titiretero.

—Por qué?

—Claro, porque él maneja las cuerdas entre la casa, y ella es el muñeco que baila en la calle. Debes decirme, pues, como ha de ser la que te guste.

—A mí me gustan todas.

—Para esposa quiero decir.

—Cuando la encuentre te digo.

—En todo caso, no es una fea, ¿verdad?

—Nó.

—Ni una bella á quien después de casada le diera por seguir siéndolo á fuerza de arte.

—Nó, porque esos primores no serían para mí sino para los demás.

—Entendido ahora sí. No habrá para qué mentarte cuestiones de modestia, piedad, honradez, sumisión al marido, ternura, porque eso es obra muerta, verdad?

—De eso tenemos qué echar una parrafada.

—Mientras tanto, Manuel, estoy sorprendido de las cosas tan extrañas que enseñan los libros, y puede ser que tengas razón en aprenderlas.

—Es que tú no tienes idea de la libertad del alma y de los goces íntimos que proporciona la belleza al que la siente y la busca, y el matrimonio será conveniente y cuanto se quiera, pero bello no es; y soy capaz de pasar sobre él, como lo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

han hecho otros, por correr detrás de mi ideal aunque me hunda antes de alcanzarlo.

—Cálmate, Manuel, cálmate, que nadie te va á casar á la fuerza.

—Tú por qué me estás tomando en broma esta tarde?

—Como te gustan tánto las chanzas; esa es tu manera, pero si quieres que gastemos seriedad...

—En ella estoy.

—Perdona entonces. Iba á preguntarte que si el matrimonio no tenía nada, nada bello para ti.

—Uno que otro toque, los demás hay qué esconderlos.

—A mí que me parece tan bonita una chusma de hermanitos que al ponerlos en fila se vean como un capador.

—Caramillo, otra vez que se te ofrezca.

—Ah, sí, perdona; caramillo.

—No le encuentro gracia á la fila esa que, si tiene la forma del caramillo no tiene los sonidos.

—Eso sí nó, llorones son como ellos solos.

—Cabal ¿y por qué ha de condenarse uno á oírlos, teniendo el arte cosas más bellas para los oídos?

—Los padres dicen que no los molesta el llanto de los chiquitos, y hay quienes aseguren que les suena como canción de pájaros por la mañana.

—¿Qué otra cosa han de decir si los tienen qué aguantar? Anda tú á creerte de lo que digan todos los casados. Cosa más rara no se verá: sin ponerse de acuerdo todos ellos aprenden á mentir, y por sus bocas no salen sino claveles y jazmines al hablar de esa institución á la cual llaman áncora, faro, puerto dizque del mar de la vida; prenden madreselvas en las paredes de sus casas, plantan ángeles del Cielo á guardarles las puertas, sientan muy oronda la felicidad en un sillón de la sala, aunque no tengan tal sillón, y esta vida pasa por sus labios con la dulcedumbre de una balsa sobre río sereno, eso sí, todo ésto cuando hablan en la calle, que de puertas adentro, el desengaño se está repantigado en el sillón de marras, alacranes andan por las paredes y el refrán de "no es el león como lo pintan", lo preside todo.

—Y tú cómo sabes esto?

—No faltan maridos cándidos que, en busca de consuelo, le espeten inconscientemente sus desdichas al primero que encuentran; otros, en furioso desahogo, echan por esa boca sapos y culebras. Créeme, Luis; de la felicidad del matrimonio hay qué fingir las noventa y nueve partes.

—Todo se podría olvidar con tal de que la parte que de las cien queda fuera el amor de una mujer dulce.

—¿Y si no era dulce? ¿y si tenía mal carácter? Que si ellas se dejaran conocer solteras no tan mal, porque así el engaño sería á ciencia y paciencia de nosotros; pero, es el caso que todo aparece

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

cuando no hay remedio, y bonita les resulta la vida á dos cuyos caracteres viven tendidos el uno hacia el otro como dos escopetas cargadas!

—El esposo puede y debe educar á su compañera.

—No lo creas, esta es una lucha en que uno de los dos cede por días nada más, nunca para siempre, porque condición y figura .....

—Resumen: ¿el matrimonio es una calamidad?

—No tánto; hay maridos felices, y son ellos unos buenos señores que ven en su mujer una hembra á quien mandan ó que de ella se dejan mandar. Vé, Luisito, tengo tánto qué decirte en contra de ese sacramento que si á ello me pusiera sería el cuento de nunca acabar; es que hasta lo bueno, si es que lo tiene, es amargo, prueba al canto: los hijos.

—Ahí te quería, Manuel; los hijos! A ver cómo me presentas un placer de solterón aunque sepa, como tú, conversar con las estrellas y los pajaritos, un placer más noble, más santo y más grande que el de un padre que tiene un hijo bueno y honrado, trabajador, sanote, aunque no sepa de nubes.

—¿Y los trabajos y los sinsabores que le costó ponerlo en ese estado?

—Eso se olvida.

—Por otra parte: apenas ese hijo está de empezar á cubrirle la deuda á su progenitor se casa ó se larga, y queda el otro arreglado.

—Pero satisfecho de haber cumplido con su deber.

—Y herido también, aunque no lo confiese.

—Ah, entonces los poetas no son otra cosa que unos zánganos que se pasan la vida sacándole el cuerpo al dolor; unos se largan á beber para olvidar penas, otros, no cogen oficio ni á palos y los demás se matan. Pues, señor, me atengo á las gentes que á duras penas se firman aunque no sirvan sino para aguantar los dolores que Dios manda. En fin, yo no puedo discutir contigo, porque soy de poca palabra, pero te aseguro que tengo respuestas buenas así, así, por montones. Cómo fuera la boca que abriera Isabel si llegase á oírte.

—Y sinembargo, la quiero.

— Pero no te casarás con ella ¿verdad?

—Nó.

—Corriente, no olvides lo que me has dicho esta tarde.

—Qué he de olvidarlo, si todo lo tengo clavado aquí!

—Cuidado, pues, cómo rematas lo mismo que la mayor parte de los que detestan el matrimonio.

—¿Cómo?

—Hombre, babeándote por una muchacha que se ríe de ti y que te llama el viejito alebrestado, ó mandado al derecho y al revés por una vieja que cree haberte hecho gran honor casándose contigo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

Al fin y al cabo caen todos, pero de una manera tan ridícula que más les valiera haber caído bonito desde el principio, es decir, con una muchacha igual á ellos; en fin, formando una pareja á codal y escuadra; allá verás que te embarcas como cualquier prójimo, feo, viejo, pero te embarcas, y voy á ser tu padrino.

—Sería preciso que la naturaleza verificara en mí un cambio que es imposible.

—Volvámonos, yá es tarde.

A poco se separaron pensando así cada cual:

Luis: La madre que lo tiene muy mimado por una parte, su riqueza por otra, y en fin, los libros de ahora que son tan particulares y dicen unas cosas tan raras y él que no tiene pisca de juicio. Póngamele todas estas cosas al revés y yo se los daré casado, no hay tales cuentos! ¿pues cómo puede un hombre que ha perdido la familia vivir sin una mujer? Y aunque no la haya perdido. Lo raro es que los que peor hablan del matrimonio son los más enamorados; este Manuel se contradice en sus palabras y sus hechos, porque no conozco un cristiano que tenga más amigas de las que no hacen mucho honor.

—Este Luis, pensaba Manuel, es un verdadero talento, de esos incultos que tánto abundan en mi tierra, ¡qué tal si hubiera estudiado! Tan modesto, que cree que es una bestia. Risa da ver cómo se sonroja delante de una mujer. Tan bueno,

tan franco y tan inteligente; aunque me pese confesarlo, estos son los hombres que sirven. Dios sabe si habiéndolo enviado fuera de aquí á estudiar se habría echado á perder aprendiendo lo que yo sé. Por de contado que, porque no me llamase pedante, no lo confundí á razones y que lo dejé hablar y discutir como quiso porque me gusta oírlo; necedad mía era también meterme á convencer á un hacendado de que el matrimonio es un peñasco enorme colgado de una ala del amor.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO X

CUANDO Manuel entró á la casa le dijo su madre:

No sabes hijo! se le quemó anoche la casa á Sinforoso y quedaron limpiecitos como Lázaro cuando se sentó en la piedra.

—De veras, mamá! ¿Cómo lo supieron aquí?

—Hoy vino uno de los muchachitos de allá á decírnoslo. Basilio y Regina se fueron á llevarles dos cobijas y algo de plata. Ella lo que quería era cargar hasta con mi pañolón. En esto vuelven porque se fueron desde temprano.

—Pobrecitos! ¿Y qué causó el incendio?

—El muchachito no nos lo dijo bien; creo que se le prendió el vestido á una virgen, después el nicho en que estaba ésta, que era de trapo, y, por último, la llama subió al techo. Ah, y lo peor es

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

que, según dijo el chiquito, Genoveva está muy enferma, pero mucho, en casa de una vecina.

Mientras tanto, Luis aprovechando lo poco que le faltaba al día para acabarse, tuvo el antojo de pasar por frente á la casa de Isabel en cuya ventana estaban ella y Luisa.

—Míra, míra dijo ésta; allí viene el amigo de mi hermano.

—A ver cómo es el tal Luis; voy á verlo bien. Y las dos le pusieron encima los ojos antes de que pasase frente á la ventana.

El mirando, mirando á Isabel las saludó encogidillo y pasó mirándola siempre.

—¿Y eso? Dijo Luisa.

—¿Qué?

—Pues ese pespunte.

—A ti ¿no viste pues?

—¿A mí? Cómo no! á ti.

—Aunque lo niegues! Afirmó Isabel.

—¿Y por qué tienes tánto interés en ocultarlo, si eso no tiene nada de particular? Ih....míra, si allá va echando ojo.

—Pues no es á mí! Volvió á decir enfadada Isabel; y si fuera, está frío. Curiosa quedaba yo.

—¿Y por qué?

—Porque sí. No sabrá ese patas de palomo que....

—¿Hay riesgo de que seamos parientas?

—Pues no eso, precisamente, pero sí muy parecido.

—El sí sabe, pero bueno es probar fortuna. Quién quita que.....

—Yo le hago caso ¿verdad? ¿Te parezco muy coqueta?

—Esta sí que es aspavientera, replicó alarmada Luisa; quería decir que todos los hombres pueden vivir hurgando; y así lo hacen, á ver dónde está blandito.

—Sí? Pues que vaya á hacer sus ensayos á la porra; de pensar, nada más, que yo llegase á ser la novia de ese camisetas me pongo colorada. A fe que al verdadero señor no se le ocurre aparecerse por aquí. Y estiró el cuello á mirar por toda la calle buscando con los ojos á Manuel.

Luis se detuvo un momento en la esquina cercana á la casa de Isabel, luégo dobló á la derecha y frotándose las manos decía:

Pues, señor, ya que mi amigo no tiene intención de casarse con este trozo, yo voy á ver cómo le pongo el agua. Qué tal que me hiciera caso! es decir, me moría.

Seguida por Carlos á una cuadra de distancia, volvió Luisa á la casa.

—Qué te parece, le dijo á su hermano: allá ví á tu amigo, muy sí señor, hecho un cupido con Isabel.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

—El la estima mucho, porque sabe que la quiero.

—Conque, por eso! No seas animal: fué una mirada babosa la que le echó!....¿dije una?....mil. A mí sí me come don Luisito.

—Si es un inocente, no seas boba! Esta tarde la hemos pasado hablando de ella; aconsejábame él que no me casara!

—Sea por Dios! Vé, á ti te sirve el talento para ser bruto. Me dejo sacar los ojos si tu amigo no está arrastrándole el ala á Isabel; allá verás; y mientras tanto tú hecho el simplón dejándote querer. Abúsa, bien puedes abusar, que otra como Isabel siempre encuentras. Y ella tan boba! enamorada de un almártaga que no se mueve y que se contenta con decir: muy bonita. Vé, yo en pellejo de ella, te había mandado á pasear hacía mucho tiempo. Bien puedes disimularte, seguir recogiendo indios de barro, mariposas, y sobre todo.....

Luisa hizo aquí con la mano el movimiento del que va á tomarse un trago.

—Te va á pasar una! continuó; es que no sabes, sí sabes porque te lo hemos dicho mucho, qué clase de mujer es Isabel en lo fundamentosa y querida; tan enamorada que está esa boba de este.....

—¿Yá acabaste?

—¿Yá acabaste? Cuidadito pues.

—Mañana voy á lavar esa ofensa con sangre cambiando con Luis unas cuántas estocadas.

—Ríete cuanto quieras, pero si no te faltara vergüenza otro gallo te cantaría.

Don Basilio y Regina entraron á esto bastante fatigados por el cansancio del camino.

—Ay, mamá: no se figure cosa más lastimosa que aquella familia! Dijo la joven limpiándose el sudor.

—¿Sí, hija?

—Pregúntele á mi papá. Ay! traigo una gana de llorar!....tengo como una bola de lágrimas en la garganta y trabajo para respirar.

—Pero, cuenten, á ver.

—¿Pues, qué? respondió don Basilio; se quedaron en la calle y sin más á dónde volver los ojos que á Dios. Están en poder de lo encapillado, la tierrita y dos yeguas; allá me propuso compra de eso Sinforoso y mañana habrá que mandarle algo á cuenta de su valor; porque no hay más remedio que comprárselo. Lo peor es que con esta guerra ¿qué se puede hacer por esos cristianos?

—Ay, qué cuadro tan triste mamá!

—Si usted lo viera! dijo Regina escondiendo á llorar la cara entre las manos; se me partió el corazón.

Bonifacio y Pedro el hijo mayor del señor Sinforoso, andan huyendo desde esta mañana, porque había por allá un destacamento que rondó

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—El la estima mucho, porque sabe que la quiero.

—Conque, por eso! No seas animal: fué una mirada babosa la que le echó!....¿dije una?....mil. A mí sí me come don Luisito.

—Si es un inocente, no seas boba! Esta tarde la hemos pasado hablando de ella; aconsejábame él que no me casara!

—Sea por Dios! Vé, á ti te sirve el talento para ser bruto. Me dejo sacar los ojos si tu amigo no está arrastrándole el ala á Isabel; allá verás; y mientras tanto tú hecho el simplón dejándote querer. Abúsa, bien puedes abusar, que otra como Isabel siempre encuentras. Y ella tan boba! enamorada de un almártaga que no se mueve y que se contenta con decir: muy bonita. Vé, yo en pellejo de ella, te había mandado á pasear hacía mucho tiempo. Bien puedes disimularte, seguir recogiendo indios de barro, mariposas, y sobre todo.....

Luisa hizo aquí con la mano el movimiento del que va á tomarse un trago.

—Te va á pasar una! continuó; es que no sabes, sí sabes porque te lo hemos dicho mucho, qué clase de mujer es Isabel en lo fundamentosa y querida; tan enamorada que está esa boba de este.....

—¿Yá acabaste?

—¿Yá acabaste? Cuidadito pues.

—Mañana voy á lavar esa ofensa con sangre cambiando con Luis unas cuántas estocadas.

—Ríete cuanto quieras, pero si no te faltara vergüenza otro gallo te cantaría.

Don Basilio y Regina entraron á esto bastante fatigados por el cansancio del camino.

—Ay, mamá: no se figure cosa más lastimosa que aquella familia! Dijo la joven limpiándose el sudor.

—¿Sí, hija?

—Pregúntele á mi papá. Ay! traigo una gana de llorar!....tengo como una bola de lágrimas en la garganta y trabajo para respirar.

—Pero, cuenten, á ver.

—¿Pues, qué? respondió don Basilio; se quedaron en la calle y sin más á dónde volver los ojos que á Dios. Están en poder de lo encapillado, la tierrita y dos yeguas; allá me propuso compra de eso Sinforoso y mañana habrá que mandarle algo á cuenta de su valor; porque no hay más remedio que comprárselo. Lo peor es que con esta guerra ¿qué se puede hacer por esos cristianos?

—Ay, qué cuadro tan triste mamá!

—Si usted lo viera! dijo Regina escondiendo á llorar la cara entre las manos; se me partió el corazón.

Bonifacio y Pedro el hijo mayor del señor Sinforoso, andan huyendo desde esta mañana, porque había por allá un destacamento que rondó

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas Documentos

—El la estima mucho, porque sabe que la quiero.

—Conque, por eso! No seas animal: fué una mirada babosa la que le echó!....¿dije una?....mil. A mí sí me come don Luisito.

—Si es un inocente, no seas boba! Esta tarde la hemos pasado hablando de ella; aconsejábame él que no me casara!

—Sea por Dios! Vé, á ti te sirve el talento para ser bruto. Me dejo sacar los ojos si tu amigo no está arrastrándole el ala á Isabel; allá verás; y mientras tanto tú hecho el simplón dejándote querer. Abúsa, bien puedes abusar, que otra como Isabel siempre encuentras. Y ella tan boba! enamorada de un almártaga que no se mueve y que se contenta con decir: muy bonita. Vé, yo en pellejo de ella, te había mandado á pasear hacía mucho tiempo. Bien puedes disimularte, seguir recogiendo indios de barro, mariposas, y sobre todo.....

Luisa hizo aquí con la mano el movimiento del que va á tomarse un trago.

—Te va á pasar una! continuó; es que no sabes, sí sabes porque te lo hemos dicho mucho, qué clase de mujer es Isabel en lo fundamentosa y querida; tan enamorada que está esa boba de este.....

—¿Yá acabaste?

—¿Yá acabaste? Cuidadito pues.

—Mañana voy á lavar esa ofensa con sangre cambiando con Luis unas cuántas estocadas.

—Ríete cuanto quieras, pero si no te faltara vergüenza otro gallo te cantaría.

Don Basilio y Regina entraron á esto bastante fatigados por el cansancio del camino.

—Ay, mamá: no se figure cosa más lastimosa que aquella familia! Dijo la joven limpiándose el sudor.

—¿Sí, hija?

—Pregúntele á mi papá. Ay! traigo una gana de llorar!....tengo como una bola de lágrimas en la garganta y trabajo para respirar.

—Pero, cuenten, á ver.

—¿Pues, qué? respondió don Basilio; se quedaron en la calle y sin más á dónde volver los ojos que á Dios. Están en poder de lo encapillado, la tierrita y dos yeguas; allá me propuso compra de eso Sinforoso y mañana habrá que mandarle algo á cuenta de su valor; porque no hay más remedio que comprárselo. Lo peor es que con esta guerra ¿qué se puede hacer por esos cristianos?

—Ay, qué cuadro tan triste mamá!

—Si usted lo viera! dijo Regina escondiendo á llorar la cara entre las manos; se me partió el corazón.

Bonifacio y Pedro el hijo mayor del señor Sinforoso, andan huyendo desde esta mañana, porque había por allá un destacamento que rondó

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sede de Patrimonio Documental

por todas partes; hoy traían una partida de infelices amarrados. Cuando llegámos estaba el viejito tirado en una tarima y con la cara tapada; los muchachitos parados en la puerta de la cocina velándoles á unos perros el zuero que bebían en una canoa; Dolores cortando leña en el monte para venir á vender al pueblo, y la señora Genoveva... ay, ésa fué la que más hondo me llegó! tirada en una camita de puros palos sin abrigo y tan enferma que casi no puede hablar. Poco después llegó Dolores con un tercio tan grande que no lo alza un hombre; cuando lo descargó se quedó recostada á él, porque no tuvo aliento para moverse, ahí sentada vomitó hasta que se bañó en sudor.

Los vecinos donde están son unos infelices que no tienen ni lo necesario para ellos; el dueño de la estancia madrugó á quitársela alarmado con la quemada de la casa. Hágame el favor de decirme, pues, si ha visto situación igual. Creo que mi padre debía mandarles el médico por la mañana.

A Dolores le dí toda la ropa interior que llevé puesta; vea como vengo.

—Voy á hablar con el doctor esta noche para que vaya mañana. Remató don Basilio.

Al otro día al entrar Valeriano por la mañana le dijo doña Celsa:

—Bueno, queridito; tienes que irte para el Tablazo.

—¿Al Tablazo, á qué?

—¿No sabes? se le quemó antenoche la casa á Sinforoso.

— No salga, señora!

—Como lo oyes.

—¿Quién trajo la razón?

—Un muchachito.

—Pero, usté no me había contao!

—No se supo hasta ayer tarde.

—¿Y á qué voy yo?

—A llevarles unas cositas; dizque quedaron como Dios quiere sus almas!

—Limpiecitos! Bueno, pero y el oficio?

—Yo te espero, antes de las nueve estás aquí.

—Entonces, en esto vengo, voy á desayunarme.

Un momento después despachaban las señoras á Valeriano dándole muchos recados para la familia infeliz y entregándole un gran atado de ropa y un canasto de comestibles.

Cuando yá iba á tomar otra calle lo llamó Regina. Vé, le dijo: tóma este traje y dile á Dolores que yo se lo mando; no se lo vayas á decir á mi mamá.

—Y este no es un traje bueno?

—Nó, me queda otro.

—Ahí tiene que les convino la quema: pues dónde se ha visto aquella con una junda asina y una chaqueta tan querida!

—Bien, no te demores!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

—Lo que me tardaré yo con la pateperro que Dios me dió!

Conversando con todo el mundo, averiguando aquí, espetando un enredo más allá, va Valeriano por el camino á paso menudito y ligero. Al llegar al alto de Sanantonio, desde donde se ven todos los campos del Tablazo y, por ende, el lugar donde estuvo la casa del señor Sinforoso, se detuvo y poniéndose una mano encima de los ojos para ver mejor la mancha negra que dejara el incendio, exclamó:

Pero caramba! no quedaron sino pelos, güesos y jediondez! Se les quemó hasta el apellido; quién sabe en qué función estarían que dejaron volver la casa asina. Tan bueno que estuvimos allá el día que se casó Dolores.

Sóplame este ojo; y llegó Valeriano al Tablazo.

Muy compungido y con mil zalamerías entregó todo. En el recado enredó por su cuenta mil embustes hiperbólicos y hasta les habló de resignación con todo y bálsamo.

Se quedaba él sin entrar al cuarto donde estaba la enferma!

—Pues no ve! le dijo; venir á rendirse usté á esta hora. Es que un mal no viene solo. ¿Y qué es lo que tiene?

—Yo no sé, pero me estoy muriendo!

—Eso es tabardillo ¿usté cree, con la peste que hay ahora? Que le den los tres granos de la ma-

nesia, y verá cómo coge mejoría. Yo acaso les tengo fe, ni Chinca tampoco, á esos menjurges de los dotores. Si quiere, ahora que gane, ahí de pasaíta le hablo á ña Juana para que venga á verla: esa sí, pues, ave María! Con decirle que ha levantao gente que no se podía mover de la disipela.

—Yo también quiero que ella me vea. Articuló penosamente la enferma.

—Muy bien hecho. Tantee con lo sabida que es.

—Ay! yo tengo una opresión que casi no me deja hablar; estoy muy mala del pecho ó del corazón.

—¿Y no siente como un chiflido á lo que va á resollar?

—También.

—Ah, entonces está fría y le rumban moscas! Figure con esas señales! Ahora voy á mandar á ña Juana, pero corriendo, antes de que el mal se le aferre con más furia.

Y salió Valeriano.

Cuando se hubo despedido de uno por uno y por sus nombres, —Niña, le dijo á Dolores, usté como que....cuidaíto pues; mire que si no se cuida mi Dios se lo toma en cuenta; haga gracias, no coma y estése ahí llorando que después..... el angelito es el que la paga.

Como fué Valeriano al Tablazo volvió: ligerito; realmente, parecía un perro, pero en todo: el perro huele aquí, huzmea allá, Valeriano pre-

guntaba á aquél, le contaba á éste y tenía qué hacer con todo el que encontraba.

En menos que para decirlo tardamos puso al corriente á la médica de la enfermedad de la otra, y sin darle tiempo ni de almorzar la empuntó Sanantonio abajo y volvió á casa de don Basilio.

—¿Cómo sigue Genoveva? Le preguntó doña Celsa.

—No me figuré, señora, compasión más grande! En esta hecha entrega ña Genoveva los aniseros ó cabras no dan leche.

—Oiga Basilio! Vaya á ver si puede mandar al doctor ó vaya usted con él.

Aquel accedió y á las doce se fueron para el Tablazo.

Cuando iban llegando á la casa donde estaba la infortunada familia, los vió una vecina y corrió á avisarlo.

—Escondan todo, dijo la médica, los blancos son muy soperos y entremetidos.

Y volando guardaron un montón de hierbas y unturas que estaba recogiendo la Juana.

—Cuénteme, señora, le dijo el doctor á la enferma, cómo le principió el mal.

Y le tomó el pulso que llegaba á ciento veinte pulsaciones por minuto.

Muy despacio y con voz penosa y largos intermedios de silencio respondió ella:

Ay! yo estaba muy acalorada la noche del incendio, y al ir á alzarle á ésta un cantarao de agua me la derramé encima. Después me mudé aquí pero quedé con mucho frío. A un rato me dió una fiebre espantosa y una sed que me moría y dolor de cabeza. Hoy amanecí con opresión en el pecho y picadas en los costaos; toso mucho y esgarro mucha sangre.

En esto le dió á la señora un violento ataque de tos á golpes cortos pero continuos; el rostro se le puso rojo y brillante y cayó en seguida sobre la almohada sin alientos.

El doctor le examinó la lengua é hizo la auscultación correspondiente en el pecho. Corriente, dijo; por ahora no le den sino agua de azúcar, templada ó no, como la quiera; harán que se esté quieta y que sude cuanto sea posible, pero sin abrigarla demasiado. Tengan cuidado, de que no hable mucho. Yo les mandaré dentro de poco los remedios. Lo que tiene la señora es pulmonía, debida al baño de agua helada que se dió la otra noche. Que se venga un niño con nosotros para que traiga los remedios.

Entre tanto don Basilio entregó al señor Sinforoso parte del valor de la hacienda de éste.—Dios se lo pague mis blancos, dijo tendiéndoles la mano.

La médica, que no había perdido palabra del facultativo, ellos que salen y que se desata:

UNIVERSIDAD EAFIT

—Izque pulmonía! Parecen bobos ; como si á yo no me hubieran salido los dientes curandueso. Qué le parece ! Cuando lo que tiene ña Ginoveva es calor alto ; y diai le sacan al probe hasta las agallas estos ladrones. Que manden sus medecinas; ni á los perros se las damos porque se mueren. Saberá luarto ese pánfilo cuando no siá podido curel mesmo el tuntún ! No lo ven que paece un espetro toíto mascao é las vacas.

Y quizque agua mera pa comer! No digo? ¿Pes cómo simagina ese langaruto que un cristiano pueda tase asina sin prebar naite sustancia.

Y agora verán : va á mandar polvos y porquerías que, con voltialos á ver tiene uno pa morise.

—Siempre es bueno, le interrumpió el señor Sinforoso, esperar á que venga el muchachito del pueblo para hacerle algo á Genoveva de lo que diga el médico.

—Si ? Pes antonces me voy, porque yo no soy suplefaltas de naide! Qué le parece ! Pordebajiame á yo ! Será porque no tengo quiacer ! Ai ta su enjerma y páguemen la venida ; pa qué me jueron á sacar de mi casa.

—Eso sí es cierto, padre, dijo Dolores; es mejor hacerle á mi madrecita lo que diga ña Juana.

—Por supuesto ! Respondieron más vecinas, y todos lo mismo.

—Es que les parece, gruñía la médica terciándose el pañolón, que yo soy burlesco? Que me saquen el cuero si esos lambidos no la matan.

—Nó, respondió con humildad el viejo; yo es si usté quiere, ña Juana; qué cuento de irse.... Bien pueda comenzar.

—Eso es otra cosa! Respondió la yerbatera calmada. Güeno, en primeramente aconseja la cencia hacele en las plantas de los pies dos cruces de sebo en nombre de mi padre san Roque. En después y asigún y conjorme le damos cinco baños diajenjo, apio, paico, altamiza, ruda, manzanilla, hinojo, mostaza, bretónica, hojas de naranjo y frutas de culantro; ¿no? Güeno. Enseguidamente ordena lesperencia que le demos una bebida de una cucharada de manteca, tres dedos de sal y un cuarto e dulce requemao. Mi Dios ta con losotros, eso sí ! De contino le aplicamos al estómago un emplasto de los hijos de la colmena y rai de arracacha blanca y ai mesmo unas....

Un golpe de tos de la enferma no nos dejó oír lo que dijo la Juana, y continuó:

—De un mazo de tabaco molido, el zumo de una penque cabuya y tres ajises machucaos; que si consiguiéramos el cogote de lombriz siempre era mejor; lástima haber dejao en casa los polvos del cacho del venao. Por supuestamente que le damos una fleta de cadera á cadera con una camisa de muchacho chiquito. Y, antes que se me olvide, le ponemos unas plantillas de rai de rasca-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Selva de Pachano Luis Echeverri

dera y pólvora de las tres efes, y una venda de dos riales de canela, un chimbo de cominos y un cuartillo de jamaica, y hacerle envertir el sentido en una cosa jutura; y darle de comida el pecho del chamón regao con el polvo de la no es moscada; y tener cuidao de no tar la puerta abierta y que naide dentre y colgarle en el pecho un colmillo de perro negro con una cinta de muchache quince años.*

Un rato después el chico que había ido al pueblo llegó con los remedios del doctor y un papel.

—Eso, vociferó la Juana, pa que se lo jarte la tierra! Lea alguno á ver qué diciai.

Nadie pudo. Vamos donde la tullida. Ella les leyó la fórmula del médico.

—No se los dije? ¡toíto misterios! Caminen á acabar de conseguir lo que necesita esta boba.

Se regaron aquellas gentes por todo el Tablazo en busca de los efectos consabidos, y las copitas del doctor volvieron al seno de la madre tierra.

---

* Es auténtica.

CAPITULO XI

ENTRE tanto, pasaban por el camino pequeños piquetes que iban á los campos á reclutar labradores, los cuales se les iban de las manos escurridizos como pescados.

Bonifacio y su cuñado Pedro remolones y ariscos se andaban por los claros de un bosque cercano al Tablazo pisando blandito igual que gatos en cacería y aguzando el oído como los conejos. Las horas muertas se las pasaban entre los matorrales espantando moscas y "oyendo el silencio"—así dijo Víctor Hugo.

Súbitamente palidecían y poniéndose de pie apartaban con maña infinita las hojas, y atisba que atisba por todas partes:

—Nada, hombre!

—Hijue el susto!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Era que pasaba cerquita de ellos una mula vieja alfombrada de cadillos ramoneando hojuelas de batatilla y chafando cogollos de hiraca.

—Esta no es vida! sin comer nada, sin un tabaco y mi madre muriéndose.

—Y lo peor es que si salimos nos pinchan, respondía Bonifacio; acordate que Dolores nos dijo que mientras hubieran soldaos por aquí mantendría un trapo en una vara y velo allá está; á la nochecita vamos á la casa con disimulo; esperemos.

Un pájaro con las alas enredadas en un bejuquero les hizo volver rápidamente la cabeza. Luégo, á sus pies pasaba sin afán, como quien está lejos del peligro, una culebra que haciendo quiebros con el cuerpo se iba metiendo por entre la hojarasca. En derredor de ellos caían chamizos y hojas amarillas que rodaban de fronda en fronda produciendo un gran ruido entre el hondo silencio; el viento se oía encima como muy alto, susurrar suavemente entre las copas de los árboles; de repente llegaban claros rumores del Chinchiná y se alejaban otra vez como si el río dejase de correr.

Y las horas pasaban.

Bonifacio por último hizo almohada de los brazos, se tendió boca arriba y se durmió. Pedro se entretenía en labrar un palillo.

Así habían dejado correr otra hora, cuando:

—¡¡¡Alto!!!

Al que labraba se le cayó la navaja de las manos.

El otro abrió las ojos y, creyendo que soñaba, tornó á cerrarlos.

Súbito fulguró herido por oblicuo rayo de sol el cañón de un fusil que salía de vecina enramada implacable y terrible.

Pedro lanzó un profundo suspiro y en él estas dos palabras:

—¡¡¡Nos cogieron!!!

Y se quedó mirando la boca del arma como un abismo de que no podía desprenderse.

—¿Qué? Pregunto el marido de Dolores sentado yá y frotándose los ojos. Pedro no respondió; seguía colgado de la extremidad del fusil entreabiertos los labios, caídos los brazos, angustiosa la mirada, suspensa la respiración.

—Sigan! Gritó un soldado detrás del cual aparecieron once más. No respondieron una palabra los campesinos, con la mansedumbre de los mártires se dejaron atar las manos por detrás de la espalda.

—Hijue el diablo! gruñó un soldado; estos montañeros sí se entierran como gurres.

—Bien hecho, respondió otro; acaso los llevan á vestirlos de raso ni á que coman pavos y gallinas.

Los sacaron al camino y unidos á otros infelices

que llevaban de Aguabonita, El Naranjo y Playarrica, los metieron etre dos filas de soldados. Humildes y cabizbajos tomaron el camino.

Un muchacho que los había visto entrar á la arboleda se lo había dicho á los militares.

Cuando llegaban á la casa hospitalaria que acogiera á la familia infeliz, Dolores desmelenada se plantó en la mitad del sendero y grito alzando los brazos:

—Nó ! primero me matan á mí que llevárselo á él! Mi amor cómo te dejastes coger !....qué injusticia ! un hombre que no se mete con nadie. Suéltemenlo, queriditos, por la Virgen, y mi Dios se los pagará. Vea, señor, y arrodillada le abrazó las piernas al soldado que iba adelante, lárguemelo y lo encomiendo á Dios en todas mis oraciones ; sí, hermoso, sí, largámelo !

Y daba besos en las manos del feroz soldadote : feroz porque lanzó una patada y allá fué á dar Dolores contra un barranco cogiéndose á dos manos el estómago.

—Dejen pues, yo les doy alguito, continuó, porque están sin desayunarse los queridos de mi corazón !

Y tendiendo los brazos para detenerlos iba á entrar á la casa.

—Que vayan á comer á los infiernos, estos sinvergüenzas, respondió el jefe de la cuadrilla ; sigan !

Aquí voló el ángel cariñoso de las montañas y apareció la campesina rústica.

—Vé, maldito, saltó Dolores dirigiéndose al jefe : Dios permita que en la primer pelea te den un balazo y que yo esté ahí para tener el gusto de escupirte cuando me pidás agua, so bandido, canalla ! No te se dé nada.

—¡ Silencio !

—Vé, este cobarde !.. andá hacé callar á tu madre.

—¡ Cojan esa mujer !

—Aquí estoy ! ¿ Te parece que me da miedo ? Porquería ! Mirá : me voy á ir detrás para meterte un cuchillo hasta las cachas y partirte las entrañas, ladrón !

—Camína, hermosa, así me servirás para todo.

—Para servirte está muy buena tu madre que así será cuando te crió á vos tan aborrecido.

El militar siguió riéndose.

Las vecinas se agruparon al derredor de Dolores que, con los brazos en jarra, parecía una diosa enfurecida desafiando todas las potencias del cielo y de la tierra.

—Váyasen, señores, dijo una mujer, que nosotras la dentramos á la casa.

La cuadrilla siguió y Dolores cayó en mitad del camino llorando.

—Dios mío, Dios mío, qué va ser de nosotros ! Yo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

me voy á enloquecer! Quién se fuera con ellos; pero y ¿cómo dejar á mi madrecita moribunda?

Con la salida de las lágrimas se desató en su pecho la ternura congelada por un momento de furor ante el rudo militar.—Qué pena me da, decía; sí que soy malcriada; haberle dicho tántas cosas aquel señor; fué que me respondió tan feo y me dió una cosa tan maluca; ahora se las paga Bonifacio.

Y la voz de la bella labradora yá era dulce como las mieles de su estancia: el monstruo ebrio de furor se desvanecía dejando su puesto al ángel.

Cuando la familia de don Basilio supo la prisión de los muchachos del Tablazo, se acongojó. El fué á hablar con los superiores del ejército, mas no le atendieron, porque el enemigo los tenía constantemente á vela prendida, que dijera Valeriano.

De ayudante de campo se había recibido Manuel que tampoco logró nada en favor de los reclutas: eran dos mozos demasiado á propósito para llevar al hombro el fusil! Miren ustedes si los largarán como á cualquier patojo. Y qué desairados que quedaron con la chaqueta y el gorro militares! Bien es verdad que aunque hubiesen sido dos Apolos mal podrían haberlos llevado con gallardía si para entregárselos los tomaron de un montón de vestidos, así, á palo de ciego.

Aquellas manos encallecidas en el trabajo no encontraban por dónde agarrar el rémington y la bayoneta. Cómo hubieran lucido esos símbolos de muerte si hubiesen podido manejarlos con la misma elegante franqueza con que se echaban al hombro el calabozo y el azadón que hacen tan marcial al peón que los lleva.

Y allí los tienen ustedes en el cuartel todos los días aprendiendo á marchar tan torpemente como anda una gallina á oscuras; poniéndose al tanto de los toques de corneta, deslumbrados con aquel vocabulario que, si no les era desconocido, no podían ponerlo en uso así tan de repente.

—Dígame, cuñao ¿á quién es que vamos á defender nosotros? Preguntaba Pedro.

—¿Yo qué voy á saber? Quién sabe quién irá á subir. ¿No dicen pues que los herejes vienen por el Cauca degollando curas sin caridá?

—Virgen santa! ¿Y los herejes quiénes son?

—Pues los liberales.

—Ah, de manera que nosotros semos conservadores.

—Eso dicen aquí, yo no tengo seguridá.

Pasaban los días, y la señora Genoveva, á pesar de la Juana, iba acabando su existencia tan rápidamente, que al sexto, al amanecer, dijo con voz desfallecida.

—Yo quiero confesarme, tréigamen el Padre.

Voló un chico á la ciudad, dió cuenta en casa de don Basilio del estado de su madre y suplicó que le ayudaran á conseguir un sacerdote. Hallado que fué, doña Celsa y Regina movidas por el inmenso cariño que profesaban á sus amigos del Tablazo se fueron allá en son de paseo, á ver de arreglarles algo la casa para recibir el Santísimo. Valeriano las acompañó.

Diligentes y en compañía de algunas vecinas barrieron un pedazo de camino frente á la morada que iba á ser bendita con la presencia del Señor. Colgaron una cortinilla que llevó Regina en la puerta de entrada, lavaron lo que lavar se pudo; después, á una mesa cercana á la moribunda y tendida de blanco, le amarraron de esquina á esquina arcos de carrizo adornados con flores de ruda y le colocaron encima un crucifijo, dos velas encendidas, un vaso de agua, una cuchara y macetas de rosas húmedas.

La señora Genoveva quedó de limpio, mientras llegaba la Magestad, Regina con ternura infinita al borde del lecho le leía en un libro de oraciones.

Mirándola dulcemente la señora Genoveva le dijo á media voz:

Tan linda y tan muchachita! se parece á la Santísima Virgen que mestá llamando; mi comadre Celsa no sabe lo que tiene.

Entre tanto, salía el Cura de la ciudad caballero en una bestia de don Basilio; cubierto con una

ruana, solamente por el cuello dejaba ver la blancura de un paño cuyas extremidades caían por delante de él en la cabeza de la montura: El niño que lo había llamado iba cerca, el sombrero en una mano y en la otra una farola con luz adentro; un muchacho comedido, cuatro varas adelante, tocaba una campanilla.

Las gentes caían de rodillas y se quedaban en la misma posición hasta que el sacerdote doblaba una esquina.

Dejó las calles y entró al camino.

Nuestro Amo! Gritan los niños que juegan en el sendero y se arrodillan; las madres vuelan á las puertas arrojando puñados de flores al camino y doblan la cabeza. Un hombre que arrea sus bueyes cargados de leña interrumpe una maldición que había principiado, y sigue: Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.

Tilín! tilín! Suena la campanilla; el chico del farol no se cansa de correr, el sacerdote inclinado va rezando, rezando. Una mirla desde el alambre del telégrafo pone los ojos de plano y rompe después en un himno salvaje. En este momento el sol descorre las nieblas de la mañana y sobre un pedestal de montañas azules, en la cordillera central aparece alto, blanco, magnífico y silencioso el nevado del Ruiz presentando al Santo de los Santos su insólita blancura.

La música del río sube al camino; el sol es el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cirio que tiende su luz ante Aquel que le dió tánta; de los hogares se alzan, como oraciones azules, cendales de humo que el viento desparrama á su antojo; el gallo erguido en un bardal desata su finísimo flautín; las vacas que entregaban en chorros de vida la nieve de sus ubres, al caer la lechera de rodillas, vuelven la cabeza y con ojos humildes miran y miran, remascando siempre, pasar al que va en busca de una alma dolorida.

A la derecha la cordillera de los Andes en el fondo luminoso y transparente del cielo destaca su sinuosa crestería como una serie de castillos negros; más acá el Cauca tendido en una llanura verde brilla como un camino de plata cincelada. El Páramo del Ruiz sigue descubierto. El sol lo baña por el flanco derecho y apenas un rayo suave, tibio pasa por delante de él tocándolo dulcemente como larga tangente de oro que va á quebrarse en el Nevadito de Santa Isabel, colocado á la izquierda del gigante; un poco más acá el cráter de antiguo volcán se levanta con sus paredes negras chorreadas de madejas, blancas, semejantes á la barba de la estatua de Moisés; aquella boca silenciosa abierta en cuadro parece el capricho de un dios que hubiese dado cuatro sablazos uniformes al derredor del cono, y luégo hubiera botado lejos de ahí el picacho que formaba el remate; ahí se ve, en vez de la antigua cimera de fuego, uno como bocado de nieve que la roca no

ha podido triturar: al monstruo que un día hizo temblar la tierra lo ahogaron los siglos derrumbándole bloques de agua por aquella garganta de piedras.

Al pie de las dos alturas se ve una sabana azul profundo salpicada de carámbanos que en el invierno llegan hasta muy cerca de acá donde principian el movimiento y la vida, acá donde las plantas se desentumecen y extienden los brazos dejando caer la túnica de musgo que llevan sus raquíticas compañeras allá en la altura, donde se andan rastreros y enclenques el frailejón, la estrella de la reina y el espino de oro como una familia de esquimales, muy cobijados, eso sí, con unas como capas de terciopelo.

Yá el sol baña en luz toda la montaña y suaviza con ligero tinte de oro pálido aquel deslumbramiento de blancura que fastidiaba los ojos. Oh, mole inmaculada que das vértigos al condor y que haces doler en los hombres la conciencia de infinita pequeñez....oh! eres muy baja! Valiente altura! Gran estruendo es el vuelo de una mariposa! Sí, muy baja eres ahora que pasa por delante de ti el que de un soplo puede desparramarte en granizos; con toda tu majestad, el alma abrasada de mística ilusión cree verte girar, como un esclavo de rodillas, siguiendo el curso que lleva tu Señor; mientras El pase no echarás sobre tus hombros el nebuloso manto de armiño. .....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Y allí está como la virginidad de las montañas, desafiando con su excelso blancor á todas las negruras del espíritu.

La campanilla seguía sonando. Cuando la oyeron en la casa de la enferma puñados de rosas deshojadas cayeron al camino frontero á la puerta en cuyo quicio tendieron una esterilla de esparto. A ser fácil, brocados hubieran tendido aquellas gentes humildes y regado de perlas orientales toda la vía que recorriera Dios.

Después.... Silencio!.... Es una alma que se desnuda para lavarse en las aguas del dolor.....

Cuando llegó el momento de la comunión entraron todos á la alcoba y se arrodillaron; el señor Sinforoso tomó una vela encendida y Regina el vaso de agua.

—Yo quiero, murmuró blandamente la moribunda, arrodillarme para recibir al Señor.

Su hija la sostuvo en el regazo mientras el sacerdote con mano temblorosa y llena de respeto colocaba la Forma Santa en la lengua que, quizá, iba á enmudecer para siempre.

Terminada la ceremonia el Cura se hincó delante del crucifijo á orar, cuando se levantó oyeron que decía:

"El que te sigue no camina entre tinieblas."

Y volvió á la ciudad con Valeriano y el muchacho campanero.

CAPITULO XII

Regina, como un sér inmaterial que conociese la senda del Paraíso, le hablaba de ella á la moribunda leyéndole las oraciones que son el tren del alma creyente que se va! Dolores sollozaba inclinada con la cabeza sobre la de su madre; el señor Sinforoso, sereno en su dolor, miraba á su esposa en silencio y devolvía las lágrimas al corazón otra vez; los niños de pie al derredor del lecho miraban con curiosidad aquella escena.

Caído el sol tras la serranía de occidente la moribunda abrió los ojos, miró un momento á su marido, luégo al derredor contemplando sus hijos y exclamó:

¿Me perdona Sinforoso las faltas que le he cometido?

UNIVERSIDAD EAFIT

—Querida, usté no me ha ofendido jamás.

—Es que yá me voy.

El anciano le estrechó con una suya una mano y con la otra se tapó la cara.

—Señora! gritó Dolores, reina querida, nos va á dejar! ¿Pero, cómo se va? ¿Y sus hijos?

—Para dónde se va mamita? Dijo uno de los niños.

—Hínquense! Respondió con una señal la madre.

Todos se arrodillaron.

La mano no tuvo fuerza, pero el corazón los bendijo. Y con voz sorda como de secreto iba diciendo:

—A....Pe....dro....que....desde a....quí le .... mando....mi bendición y que....sea hombre ...de bien....y....fun....da.... men.... toso.

Y mirando, mirando á su marido fué volteando los ojos que quedaron abiertos y en blanco. No respiró más.

—Te fuistes tesoro de mi corazón! Volvió á gritar Dolores besándola en una mejilla.

—Adiós mujer santa, lloraba el señor Sinforoso; mi Dios te pague lo buena que fuites conmigo.

—Mama, mama, le decían los niños tirándola de una mano; vea, vea, respóndanos.

—El Señor te abra de par en par las puertas del

Cielo, oh alma cristiana! murmuraba Regina sollozando de rodillas.

—Pero, por qué nos la quitates, Dios mío! Se expresaba Dolores cerrándole los ojos. Huérfanos!....no!....qué horrible. Señorita Regina, ella no se ha muerto! Vea: mama! mama!.... Qués esto! Virgen Santísima, favoreceme. Muchachos, yá no tenemos madre, véanla muerta, véanla, yá no responde; yo me voy á enloquecer! No izque nos quería tánto? Por qué se va, pues? ¿Qué le hemos hecho, queridita, hermosa? perdónenos. ¿Qué será de sus huerfanitos? Yá que te la llevates, Señor, colocámela bien bonita ahí junto á vos.

Las vecinas arrancaron por fuerza á Dolores del cadáver; el señor Sinforoso besaba las manos yertas de su leal compañera; los niños no convencidos aún de su desgracia le abrían los ojos á su madre muerta.

Al momento, siguiendo la costumbre, colocaron en la cama una vasija con agua y al lado una vela encendida.

—Si yo lo decía, que desta no escapaba Genoveva, lloriqueó la Juana; figure con la partida de achaques que le cayeron á esta criatura!....antes duró mucho: un causón que no había pa qué, un sudor como si se lloviera la casa y un tercio de ladrillo en el celebro. Jesús credo! si yo creo quiasta se le zafaron las rétulas, porquera un frío

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Vasco Uribe

entriculao en los cañutos de las canillas! Asina ¿paqué vida? Bien hizo mi Dios en llevásela. Y muy güena mujer que jué, pa ques si no la verdá. Esta no se chambuscó un cabello; tan bonito que murió; se jué quedando quini un pollito. Y ver algotros que es haciendo morisquetas y pelando los dientes, y es á lo que ven al Diablo; ésta nó, jué cerrando los ojitos hasta que boquió. Me queda el consuelo de que la asestí por cariño, figure qué paga había yo de desejir de ella con lo güena amiga que jué. Y ¿no se fijaron qué tan lindo puso las manitos asina, á lo que iba á boquiar? Yá siquiera escansó; probes de losotros que los quedamos en este vallelágrimas.

Y aquel verdugo de la señora Genoveva siguió haciéndole una biografía á su modo, recargada de encomios y exageraciones, algodón sobre quemaduras, ni más ni menos.

Y no era para tánto: nadie iba á pedirle cuenta de aquella muerte; qué habían de pedirle si esos inocentes labriegos creían en la Juana y adoraban á Dios. Poco después el señor Sinforoso tuvo qué tomar el camino de la ciudad en busca de lo que se necesitaba para velar á su mujer.

Vueltas á la casa las señoras Garcías lloraban con el corazón cuando aquél les decía:

Cómo se me fué mi viejita! Ya ven.

El marido de doña Celsa consiguió el ataúd; entre tanto, Luisa y su madre, corta por aquí,

bastea por allá, á puntadas largas zurcieron de merino café un hábito de la Virgen del Carmen. Esto con una mantilla, velas, talego con chocolate y bizcochos, y mil palabras de consuelo fué entregado al anciano que, mientras todo se recogía, anduvo avisando á su hijo y á Bonifacio la tremenda desgracia.

—Eche acá, yo le ayudo á llevar, dijo Valeriano que, aunque tarde yá, aún no se había ido para su casa; cabalmente que para eso semos los amigos; oyen, mis señoras: Yo me voy al velorio y mañana gano con la dijunta. ¿No la traen de madrugada, mano Sinforoso?

Y fué saliendo el paje con un lío debajo del brazo.

El viudo cargado con la negra caja, frecuentemente daba tropezones en el camino, porque yá era noche cerrada; su compañero viendo esto le dijo:

Eh, si usté está para que lo metan ahí, eche, yo le ayudo, que á estas horas no ven sino las brujas.

—Ay! es que no puedo. Le contestó el otro apretándose el pecho.

—Po lo mismo, pobrecito; figure cómo sería eso! ¿Y boquió mucho?

—Yo casi ni la ví.

—No haber estao yo allá, malaya sea!... ..para haberle rezao una oración tan patente que sé y que espanta los espíritus malos.

UNIVERSIDAD EAFIT biblioteca Sede del Patrimonio Documental

Todo esto lo decía Valeriano cruzándose por el pecho lazos que servían de cargadores del ataúd y al pie de un barranco.

—Ahora, sí: á la mano de Dios y eche adelante.

El viejo siguió silencioso sin curarse mucho de lo que el otro decía, que, por más señas, no era poco, hasta que llegaron á la casa á eso del toque de ánimas que sonó en la Aldea de María.

Yá los amigos tenían la muerta á medio vestir, lavada y, cuan larga era, tendida en una tarima con cuatro velas al lado colocadas en naranjas agrias que de candeleros hacían.

Vecinos y extraños rezaban produciendo el rumor de un maizal seco mecido por el viento.

Así como lleva cada abeja su contingente de miel y unida á sus compañeras zumba, zumba labrando la colmena, aquellos campesimos bordaban de oraciones inocentes el rosario que les dejaba dulcedumbre en el alma como la deja en los labios el panal.

Vestida la muerta con el traje carmelita y acostada que fué en el ataúd, se arrimó á ella Valeriano y moqueando le dijo:

Ya ven lo que semos! Y haber por ahí tánto fullero que no pisa!....y venido á ver que el gusano lo mismo ruñe en el probe que en el rico; por eso me gusta la muerte, porque no es lambona. Vos, queridita, yá siquiera estás comiendo gloria; tan bonita que está!...mismamente parece dormida. Pobrecitos Pedro y Bonifacio que no pudieron cerrarle los ojitos.

Dolores en una cama y envuelta en un pañolón daba de cuando en cuando profundísimos ayes; á su lado una amiga hablábale, á su modo, de los bienaventurados que yá habían sacudido el fardo de la vida y dormídose en el seno del Señor.

El viejo Sinforoso con los dos hijos pequeños en otra cama pensaba en lo que haría de ahí en adelante.

Al filo de media noche se convino en dar de comer á los que velaban que no eran pocos, para ello borbotaba en el fogón una olla repleta de yucas y dos gallinas.

Sin escrúpulos, ni cosa que se les pareciese, cenaron todos al derredor de la muerta, filosofando al modo de ellos y contando cada cual algún pasaje de la vida de la señora Genoveva.

—Siempre será bueno que le cantemos alabaos. Dijo uno.

Y sin pruebas de voz ni mentarse por ahí tiples, sopranos ni nada semejante, empezaron en coro los dichos alabados, y luégo los versos del trisagio, ceñidos á una tonada melancólica y serena.

Todos cantaban con la simplicidad absoluta de una fuente que murmura y sin pensar en que sus voces deleitaban ó afligían. Como no había más ruidos aquel coro funeral se adueñaba del aire

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

turbando con notas lúgubres y extrañas la calma de la noche. El eco sorprendido en la cañada respondía con voz soñolienta santo....santo....santo.

Había momentos en que, por efecto de la titilación de las luces, parecía que la muerta respiraba, viéndose claramente subir y bajar su pecho; luégo, mirada de cerca, venía la desilusión: allí estaba el cuerpo inmóvil, frío, tal así como un incensario abandonado y roto de donde yá no subiría al cielo otra ráfaga de incienso.

Al amanecer se oyeron golpes de calabozo dados en una guadua: era que el señor Sinforoso en compañía de dos viejos amigos recortaba los barrotes de donde precisaba colgar el ataúd para conducirlo á la ciudad en hombros.

Al tercer canto del gallo se pusieron todos en marcha. Como los mozos que no estaban en el cuartel anduviesen poco menos que fieras por esos montes, hubo el viejo de cargar á su mujer en compañía de Valeriano y otros dos viejos, temblón el uno y cojo el otro; las amigas también ayudaron; Dolores, con todo y su estado penoso, metió el hombro, lúgubremente bella.

Cada dos ó tres cuadras uno del convoy mortuorio gritaba:

Socorro!!!

Solamente las mujeres venían á ayudarles.

Antes de entrar á la ciudad algunos extraños se ofrecieron piadosos á cargar, y pudieron las campesinas desatarse las faldas que con cabuyas traían á la cintura sin rubor, porque allí donde principia una pierna hermosa á la hora del dolor no se ve sino el tobillo.

Cuando llegaron los del entierro á la ciudad, con su madre y su hermana estaba Regina en la iglesia esperándolos.

Salido que hubo de ahí, tomó el acompañamiento la vía de La Exposición, camino del cementerio, en la cual vía estaba un batallón de reclutas amaestrándose en lo de "armas al hombro en tres movimientos" y á órdenes de un señor Capitán que gritaba á más y mejor blandiendo una espada nuevecita, así parecía de puro que brillaba.

Pedro y su cuñado, codo á codo, estaban silenciosos, enrojecidos los ojos, presentando el arma y calando la bayoneta como muñecos chinos, automáticamente y sin decir ay! por los planazos que el jefe les suministraba para que no fueran bestias, cuando asomó el cadáver.

A Pedro se le cayó el arma. A Bonifacio le saltaron rápidamente dos lágrimas á los ojos.

Ambos se quedaron fascinados mirando el cortejo.

—¡¡¡Destápenla, yo la veo por última vez!!! Gritó el hijo de la señora Genoveva arrodillándose.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Qué es eso? Vociferó el Capitán levantando la espada.

—¡¡¡Mi madre, señor!!!

El superior sintió eléctrico sacudimiento. —Coja el arma y no abandone su puesto. Dijo.

Pedro, los ojos brotados, miraba avanzar el cadáver, los brazos tendidos hacia él y ahogado por una serie de sollozos continuos y bruscos. Al fin no pudo más.

—Dios mí....mí....o!!! Tomó el rémington por el extremo del cañón y arrastrándole por tierra la culata salió corriendo.

El señor Sinforoso lo recibió en los brazos.

El Capitán bajó la espada.

El batallón lloraba.

—Bonifacio! Gritó Dolores.

—Querida! Respondió él. Y se abrazaron. Entre los dos quedó el arma.

—Muéstrenmela!

Y Pedro se abrazó al ataúd.

—Muéstrenmela! Yo quiero darle un beso, uno no más.

—Pedro, le dijo el jefe, es preciso tener valor ¿todo un soldado en estos extremos de cobardía?

—Como si los calientes fueran hijos de perra! replicó Valeriano en voz baja, y no hubiera melitares querendones! con seguridad que él es algún robacustodias que no tiene pizca de concencia cuando no quiere que el otro llore á su mama.

—Sigan, sigan, ordenó el Capitán cogiendo á Pedro por los molledos, el cual al desprenderse del cajón volteó con calma de héroe y dijo:

Capitán, mándeme fusilar.

—Qué fusilar, hombre, ni qué aspavientos! Tenga valor, yá no hay remedio.

Sombrío y hosco volvió el soldado á su puesto. No faltará quién me mate! Dijo.

El viejo Cecilio, que hace veinticinco años es el sepulturero de la ciudad, estaba metido entre un hoyo sacando tierra cuando llegaron los del Tablazo.

—Allí está otro, que se le fué el mundo, dijo; arrímenlo pa cá.

—Buenos días, ño Cecilio.

—Muy buenos, señores; aguárdemen un momento, yo acabo de ahondar éste que dejé comenzado ayer tarde. Válgame Dios, que no le dan á uno tiempo de nada! No dura nadita una sepultura vacía; ayer sembré dos, y quién sabe cuántos hoy.

Los campesinos le ayudaron en su trabajo.

El viejo no preguntó á quién iban á enterrar, ni qué papel desempeñara en el mundo; ni siquiera se le ocurrió mirar el cadáver. Mientras los demás cavaban él hacía, vecino al hoyo, el trazo de otro.

—Ahora sí, alcen.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Jorge Robledo Ortiz

—Espérense un poquito, dijo Valeriano; pues cómo la vaciamos sin quemarle un dedo.

Surgió un fósforo, alzaron un pie de la señora Genoveva y le metieron fuego al dedo gordo. Primero se puso negro con el tizne de la llama, después chirrió despidiendo un olor nauseabundo; mientras tanto, los espectadores miraban con atención el rostro del cadáver que permaneció rígido y grave como si fuera de piedra.

Con esta operación no les quedó escrúpulo alguno de que la mujer del señor Sinforoso conservase aun el más ligero rayo de vida.

Acto continuo metió el viejo Cecilio á la fosa una palanca en declive, por encima de la cual el ataúd bajó rodando de punta; luégo la fueron sacando suavemente, y la caja quedó extendida llenando con exactitud el cuadrilátero.

Todos de rodillas menos el sepulturero que, entre tanto, encendía un cigarro.

El señor Sinforoso encabezó un rezo dejando caer el primer terrón que rebotó en la tapa del ataúd, produciendo un ruido fúnebre que, á su vez, rebotó en el corazón de los circunstantes.

Dolores, el cuerpo inclinado hacia abajo, las manos en oración, miraba aquel abismo sin fondo que se tragaba á su madre querida.

La tierra comenzó á caer produciendo un rumor sordo; á medida que iba cayendo se le oscurecía el sol á Dolores. Yá no quedaba descubierto sino

un pequeño parche de madera negra que á los ojos de la hija se resistía á dejarse tapar; parecía la última mirada de la anciana que luchaba por no apagarse. Al fin se fué velando....y se apagó.

La tierra volvía á la tierra.

Al levantar Dolores la cabeza quedó sorprendida de ver que todo estuviese lo mismo que antes: el sol no se había detenido ni cambiado de color; las montañas estaban azules, los terneros bramaban llamando á sus madres, conversaban las gentes y se arrullaban dos pájaros sobre una cruz.

Lleno y pisado el recinto del eterno sueño los dolientes voltearon en silencio.

El viejo Cecilio en busca del almuerzo se echó al hombro la azada y el regatón, impávido como piloto viejo que suelta y suelta las amarras de los bajeles en que se van metiendo las gentes agua afuera por los mares de la Eternidad.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XIII

OCHO días después, al salir de misa, se encontraron en la puerta de la iglesia Luisa é Isabel. Esta tenía los grandes, verdes ojos opacos y al derredor de cada uno un círculo azul, por donde se podía suponer el insomnio en la noche anterior.

—¿ Qué es eso ? Le dijo su amiga.

—¿ Qué ?

—Esa cara tan angustiada. Estás muy fea.

—Yo qué pierdo ! Así como así....

—A ver ¿ qué te ha sucedido ?

—Nó, nada.

—Entonces, qué es ese despecho ?

—Ello no.

Y se le llenaron los ojos de lágrimas que caían sobre el libro de oraciones.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Esta boba! replicó Luisa tomándola del brazo; yá sé qué es; camína para casa, tomarás chocolate y conversamos.

—Nó, dirá que me estoy muriendo.

—Si él no está allá; con la marcha del Ejército para el Cauca anda ocupadísimo; ni á comer va.

—Y ustedes, Luisa, por Dios, andan tan disimulados viendo que se va á pelear!

—Y qué hacemos! No sabes cuánto hemos llorado ni cómo le ha suplicado mamá que se quede; él no hace sino reírse y decir que solamente á nosotras se nos ocurre hacerlo correr á la hora del peligro. ¿A ti no te ha dicho nada de esas cosas de ustedes?

—Eh!

—Nada, nada?

—Te lo juro.

—Ni pizca de aquello?

—Ni una palabra; convéncete, ole, Manuel no me quiere; yo no he sido para él otra cosa que un pasatiempo; no niego que ha habido momentos en que me ha hecho creer lo contrario. No le entiendo ese modo: ayer tarde me propuse darle celos abriéndole gola á Luis el arriero cuando pasaron juntos por casa, pues no se dió por notificado, siguieron mirando los dos como si yo fuera negocio de mancomún.

Es un misterio tu hermano. El día que no le parezco bonita arma pelea conmigo por cualquier

cosa; en cambio, cuando le gusto exagera tánto su amor que me pone á dudar de él.

Y muy caprichoso.

La otra noche me dijo: Vea, no use ese peinado que llevan todas; es más artística una cabellera desmelenada y á medio coger. ¿Por qué las mujeres de ahora se parecen tan poco á las del siglo pasado, que eran tan mujeres?

—Vé, qué animal! dijo Luisa; por qué no le respondiste que te consiguiera mitones y peluquín! Ese es el hombre más extravagante; si le vieras el cuarto!

Luisa no olvidaba la mañana en que por meterse á oficiosa sacudiendo toda la casa, había tenido qué salir corriendo á la vista de tánta realidad, pues que por las paredes se andaban en láminas unas mujeres que se llamaban "Venus naciendo de la espuma del mar", "Estudio del natural", "Ensueño"; sobre una repisa se estaba un busto de Ceres muy bueno, según la joven, para darle con un palo, amén de otras cosas fuertes, que ella decía, como un cuadrito en que dos frailes con la mano en la frente atisban desde una ventana del convento no sabemos qué escena callejera.

Las dos amigas llegaron á casa de doña Celsa y se metieron al *costurero*.

—¿Y qué es lo que tiene el cuarto de Manuel, ole? Preguntó Isabel.

—Después te digo; cálla la boca, que allí está.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Ola, cuánto bueno por acá! Corroboró el militar apareciendo muy donairoso con su chaqueta cruzada de cordones y llena por los hombros de chorreras de cobre agusanado. Buenos días, Isabel.

—Qué, ¿de viaje yá?

—Nó, mañana.

—¿A pelear?

—Creo que sí, porque, según noticias, encontraremos pronto al enemigo que está yá bastante cerca de Tuluá.

—Manuel, por Dios!.....

Y la novia llorando se tapó la cara.

—Bah! ¿por qué se alarma usted Isabel? Lo único que puede suceder es que yo deje un hueco desocupado en el mundo.

—Qué cosas las suyas, Manuel.

—Ah, sí ¿cree, usted, que yo espero seguir viviendo en alguno después de muerto?

Luisa apenada con el giro que su hermano le iba dando á este diálogo, salió. —Mamá, le dijo á doña Celsa en la cocina, este hombre es muy maluco; si oyera las extravagancias que le está diciendo á Isabel; ah mujer boba! dizque aguantar á este tártaro.

—Dígale á esa muchacha, respondió la señora, que no cuente con éste, si éste no.

—Cómo así? Preguntaba Isabel procurando entender aquello de vivir en otro después de que hemos muerto.

—Lo dicho, que "á muertos y á idos espaldas vueltas".

—Por qué, por qué, Manuel?

—Ay, Isabel, no iré yo por San Francisco cuando.....

—Ah, yá entiendo. Pues no es mal medio para despedir á una mujer el de decirle coqueta, y muy digno, sobre todo, de un caballero.

No se supo cuál de los dos se sonrojó más. Isabel se levantó.

—Oigame una palabra, vea, no se vaya.

—Yá no tenemos más de que hablar usted y yo, caballero.

—Siéntese un momento ¿me negará usted, Isabel, que ayer le hizo caso á Luis?

—No lo niego.

—¿Entonces?

—Tiene usted razón, señor.

—¿Por darme celos?

—Celos! ja! ja! Es usted, pues, algún rey? ó qué?

—No tánto, apenas un simple mortal que,.... en fin,....cómo no ha de merecer....

—¿Que lo quieran?

—Usted lo dice.

—Si? pues no seré yo quien pague la pena.

Y le iban saliendo á la joven con tánto disimulo las palabras y tan naturalmente que el otro se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

quedó con la boca abierta y en forma de o como cosa de mascarón sorprendido.

Isabel con éstas! pensó volviendo en sí mismo; "á otro perro"....á mí nó. Espérate, chica, que voy á "agacharte el moño", y á obligarte á que llores tu ironía.

Poniéndose el militar una mano sobre una rodilla y echando el cuerpo hacia adelante se alistaba á aturdir á Isabel con un atropellamiento de razones cuando entró doña Celsa. —¿Qué, hijitos? Preguntó.

—Nada, señora; aquí charlando con Manuel que es tan ocurrente. Y sonreía la hermosa como si no mintiera. —Me voy, continuó; hasta luégo.

Despedido que se hubo de todos tomó la calle, mas no supo cómo llegó á su casa.

Se tiró á una cama y apretándose el pecho comenzó á sollozar hasta que dió un grito y soltó el llanto.

Su madre corrió asustada.

—Qué es esto, por Dios, Isabel, qué es?

—Ay, que se va!

—¿Quién?

—Pues, quién!

—¿Y por eso te largas á chillar como un perro con hambre? Animal! Vean qué modito de querer!....vé si lo mando llamar para que venga á verte de esa figura. Upa, alarma la vecindad. Qué le parece como si no hubiera más hombres!....y

venido á ver: todito por un descreído, inmoral que no da forma de nada y que no tiene más destino que beber aguardiente y andar....Ave María, Isabel, cálla la boca; dirán que te estamos matando.

—Mejor fuera eso que quererlo tánto.

—Pero, mujer, por Jesucristo, ¿no hay un montón para escoger? ¿por qué no te entresacas al que más te guste, ya que te ha dado con berreadera la gana de casarte? Por qué ha de ser con ése que no ha hecho otra cosa que empanturrarte el tiempo? Vé: Luisito Pérez lo he visto.....

—Jártense sus pretendientes! Ya que él se va.....no necesito á nadie.

—Sí, muy malo que es Luisito! Pero, si no te gusta, vé, yo te hago la cuenta de todos los que hay.

Y la señora iba á comenzarla en los dedos.

—Ah, ah; no siga! Cásese usted con todos ellos; montón de montañeros con la camisa por fuera. Me voy de monja más bien; sí, sí, lo quiero con toda mi alma y voy á esperarlo hasta que me muera.

—Eso es si Dios no resuelve otra cosa.

—Sí, yá sé que usted lo que quiere es que lo maten en la guerra, pero, se ha de quedar con el antojo porque me voy á prender de todos los santos. Y vayan usted y mi padre á traer á su don Luisito que me estregan cada rato en los hocicos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

para yo tener el gusto de estregarlo á él contra la puerta.

Entró el señor padre de la joven.

—¿Qué ha sido? Preguntó.

—Moños de ésta. Respondió la señora.

Isabel volvió la cara hacia el rincón de la cama.

—¿Pero, qué ha sucedido? Volvió á insistir él saliendo con la señora al corredor.

—¿Pues, qué? lo de siempre: aquel solterón de Celsa que le tiene á esta muchacha el corazón vuelto un pateadero de gallinas.

—Ah ¿pero, no dizque se va?

—Por lo mismo está así.

—Déjela que se reviente de llorar. Pueda ser que.....

—No diga eso; pobre Celsa ¡cómo fuera aquello!

—Aguárdese; lo que yo iba á decir era que ojalá se quedara por allá.

Pero, sabe Dios cómo: bocarriba.

—Nó, no crea que yo tengo tan mal corazón.

—Pues no lo tendrá mi viejo, pero es usted muy exagerado.

Manuel se quedó en la casa limpiando un florete que pensaba en llevar por esos campos de muerte y diciéndose para sus adentros:

—Sinembargo, nada hay perdido; esta noche, Dios mediando, todo se arreglará,....pero, cómo? A ver: proponiéndole matrimonio? Aquí está el

intríngulis del arreglo y eso es más difícil de lo que parece....en fin, aguardemos. Por de contado que ella me habrá llamado baboso y, quién sabe qué más; psh! eso no vale nada y menos dicho en medio de profundo despecho; porque aquello de la risa no fué otra cosa que doloroso suspiro en forma de carcajada.

Y, francamente, volvía á pensar Manuel, yo debiera casarme con esta muchacha tan bella y tan noble, digo, si no me matan ahora, porque después qué hago?

¿Volver á la misma vida?

No hay remedio.

Sería crueldad abandonar á mis viejos, que si no los tuviera, en el mundo hay teatros donde cada uno hace un sayo de su capa como le da la gana. Sin ir muy lejos ahí está Bogotá donde un hombre de cuarenta años se disputa una novia con uno de veintidós, sin que éste le lleve muchas ventajas.

Lo peor es que en esta tierra las muchachas le tienen horror al que pasa de treinta.

¿Pero, qué hemos de hacernos? Yo no siento eso que, supongo, es necesario sentir para meterse por los campos del matrimonio; hay otras ocupaciones que me gustan más, mis libros, mis bichejos, correrías etc. Pero ¿y la vejez? Don Basilio y su mujer no son inmortales; Luisa se casará

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Gabriel Poveda Ospina

y Regina....ah, ésa se larga en busca de piojosos y muertos de hambre.

Y bien visto el asunto, hay que convenir en que es más la música que nos ponen á los solterones en esta tierra que la que legítimamente merecemos, porque vamos á ver: ¿qué mal hago yo? Sí, señor ¿qué mal?

¿Qué me corro mis vidrios?

Si esto es un mal, es mío y peor para el que se meta á sudar calenturas ajenas.

Por otra parte, no porque sea solterón hago esto, nó, bebo por eso mismo que beben tantos casados. ¿O, consistirá mi chocancia en haberle hecho creer á Isabel que la quería?

Pues no es mentira, la quiero.

¿Y hay obligación de probárselo con el matrimonio?

Señor, cuántas veces tuvieran entonces, que desposarse muchos que lo hicieron una vez! Porque bien sabía lo que se pescaba aquel que dijo: "No desear la mujer de tu prójimo".

Y cómo sacan partido de todo para ridiculizarnos! Bien recuerdo aquella tontería que, si no me hace fuerza para tomar otro camino, al menos, mucha gracia.

Y por la memoria de Manuel, que soba que sobarás el florete, fué pasando esto que le había oído á una amiga en Bogotá:

La casa era hermosísima y de un lujo deslumbrador, el cual lujo no se notaba á primera vista, porque había por sobre todo él un velo de polvo que opacaba fulgores y relumbrones de molduras y jarros de Sajonia y otro montón de adornos. Allí no brillaba nada, todo era tristón y frío porque en aquella mansión no habitaba mujer alguna.

—Hombre, le decían los amigos al dueño de tal vivienda, cásate; tu casa parece un cofre de reina donde no hay sino una piedra falsa que eres tú; tráe, tráe una perla que te alegre este fondo de terciopelo turquí; maldita la gracia que haces tú viviendo solo en tan blando nido que clama por una mujer como porque no lo estropees.

—"El buey suelto bien se lame." Respondió el otro.

—O los perros le ayudan, si él no puede ¿no es cierto?

Un sirviente viejo, marrullero y muy listo que vivía con este sujeto le decía con frecuencia:

Cásese su mercé, mire que yo yá estoy muy abuelo y que el día menos pensado arreglo petacas y á la otra orilla, y no le queda á su mercé quién lo cuide. Traiga una niña bien bonita y verá cómo sale el sol en este cementerio de casa; ni para el gusto que me diera verla entrar y que se abrieran todas las puertas como cuando mi señora su madre, que el Señor la tenga en los cielos, pasaba tan frondosa y querida por estos corredores. Entonces sí que era bien buena la vida aquí;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pero, ahora! Virgen, una chillería de ranas en el patio, una oscuridad en esos cuartos y un polvero de Judas. Para eso que mi amo es tan trabajoso para todo; no me vale tener buena conducta y correr á hacerle todo porque no hay quién le dé gusto.

—Cálla, simplón y no te metas tú en cosas que no te incumben.

—Yo se lo digo es porque.... bueno no se case si no quiere, pero, los viejos sentimos crecer la yerba y sabemos dónde pone la garza. Y es que, nó, verdad, yo yá estoy muy revenido y apenas pele el ojo vendrá otro ladrón, digo, un pícaro que lo deje en la calle. Y es que á mí se me ha metido entre ceja y ceja que si su mercé se casara se le acabaría esa murria que mantiene.

—¿Qué cosa es murria, hombre?

—Ah, ah, pues ese fastidio.

—Bueno, bueno, vete.

Una noche entró el solterón á su casa á eso de las dos de la mañana y procedió á acostarse.

Se desnudó colocando sobre una poltrona que tenía frente á la cama las piezas del vestido, así:

La levita extendida de alto abajo en el respaldo del mueble y con las mangas colgando aplomo y simétricamente; encima de ella el chaleco y, por sobre los dos, la camisa.

Extendidos los pantalones tocaban con la faja la pechera de la camisa y con las extremidades inferiores los zapatos, que quedaron á una cuarta de distancia uno de otro y sobre la alfombra del pavimento. Allá por el cuello de la levita, botada con desgaire la corbata, y, por encima de todo, el sombrero.

El señor de la casa puso la lámpara sobre una mesilla de noche y, encariñado con las blanduras de los almohadones y el calorcillo de las mantas, se tendió de cara al cielo á formar coronas con el humo de un cigarrillo.

Terminado el fumar colocó los brazos al derredor de la cabeza y se sumergió en eso que no es sueño ni vigilia sino como un crepúsculo de los dos.

Yá empezaba á triunfar el sueño cuando la llama de la lámpara emprendió un subir y bajar rápido y fastidioso alargando las sombras de las cosas y como estregándolas en las paredes.

No pudiendo el señor soportar aquel parpadeo de la luz fué á apagarla y se sentó; tomó la lámpara y exhaló un suspiro inmenso.—¡¡¡ Quién está ahí!!! Dijo.

La luz seguía sus intermitencias aleteando como una mariposa cogida por el rabo del cuerpecillo y no dejaba á nuestro hombre ver nada con seguridad.

—¿Quién es usted? Volvió á preguntar con la luz en alto, y tragando un poco de saliva.

Nadie contestó, y eso, que allí en la poltrona

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

hallábase muellemente hundido como un borracho de piernas lacias, brazos colgantes y desmadejados; la cabeza metida toda entre el sombrero el cual estaba medio coquetón puesto con cierta elegancia, así de medio lado; lo demás andaba en delicioso descuido, sin hacer caso de ojales y botones.

Menos de diez segundos habían trascurrido y el señor no sabía á qué atenerse porque el miedo lo paralizó.

—Yo te haré hablar, ladrón! Dijo por fin con el pelo erizado.

Y se lanzó de la cama.

Tropezando aquí y allá, porque la luz me muero, revivo, no daba tiempo de ver nada, cogió un bastón.

La llama se apagó.

Y sonó el bastonazo.

Nadie se quejó.

Pero sí oyó un ruido de vocecillas delgadas, tal así como si á la vez chillasen todos los pollos de un nido.

El agresor poco menos que desnudo se lanzó al corredor y llamó á gritos al sirviente que tenía su cuartucho escaleras abajo.

—Allá voy mi amo, allá voy!

De cuatro zancadas ganó el piso alto.

—¿Qué fué, señor? ¿qué fué? ¿algún mal?

—Nó, un pícaro que está ahí sentado en la poltrona.

—Virgen Santísima! ¿y lo hirió?

—Tráe una luz.

El criado bajó por esas escaleras tirando los pies á donde cayeran.

—Reina de los Angeles, decía ¿qué hago yo? Favorecénos...socorro!...es lo mejor, socorro!!!

—No grites, cobarde, le interrumpió su amo; tráe un fósforo.

—Aquí está, señor.

Para encender uno fueron las lidias: volaban cabezas de fósforos por todas partes como cosa de fuego pirotécnico. Al fin uno hizo llama.

—Asómate! Dijo el amo.

—¿Y si me zambulle un cuchillo?

—Qué cuchillo, hombre; si yo lo dejé sin movimiento.

Con cautela fueron estirando los dos el pescuezo hasta que metieron la cabeza entre el cuarto.

La realidad se presentó istantáneamente á los ojos del trasnochado señor, y, antes de que el sirviente cayera en la cuenta de ella, se volvió á él y le dijo:

Véte á dormir que yo solo arreglo este asunto.

—Demás que yo me iba ahora que hay peligro! ¿Atenido á qué? ¿A que este vagamundo le deje á sumercé en el puesto?

Y sin aguardar réplica se metió de rondón á la estancia.

—Hazme caso! véte de aquí.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Y lo cogió por los molledos para sacarlo.

Mas el criado desobediente, como Dios le ayudó prendió otro fósforo con rapidez, vió, supuso lo que había pasado, desató furibunda carcajada y salió.

Corrido el amo pensó en volverlo todo una broma y encendió la lámpara.

—Bueno, señor, hasta mañana.

—No te vayas, ven acá.

Y ambos reían.

Lo cual animó al sirviente para arrimarse al ladrón que ahí se estaba como más borracho, como más meditabundo, como más aburrido, y eso que tenía la cabeza metida poco menos que entre el estómago.

—Ola, musiú, le dijo el criado; valiente desgonce! á ver, enderecémonos.... uy qué desmadejamiento; andandito, pues; caminando, que la Virgen le va ayudando.

Al cogerlo por los brazos se quedó con la levita en las manos, y, como el chaleco quedase mal agarrado cayó. Chis.... sonó en los bolsillos.

—¿Y esto qué es? Volvió á decir el paje dejando de reír. Alzó la prenda y á caer tornaron en pedazos diminutos los gemelos cuyos aros de oro se quedaron colgando de una cadenilla.

—Y el reloj! Declamó el dueño de todo esto poniéndose serio y dándose á rebuscar en el chaleco.

Allí estaba lo que había sido un reloj, es decir, dos tapas de oro abolladas, con un lleno de tornillos, aristas de vidrio, pelos y sutilezas.

Esta sí que estuvo!.... lo volví añicos!.... maldita sea mi suerte.

—¿Lo ve, mi amo? Si se casara.....

—Si se casara! Nadie te está pidiendo moralejas; sal de aquí!

—Bueno, señor, bueno; que su merced pase buena noche.

—Nada, no te vayas todavía; me ha entrado curiosidad de saber qué tiene de ver el matrimonio con este lance.

—Válgame Dios! No ve, mi amo, que yo le he servido á toda clase de señores y me he fijado en que solamente los solteros, sobretodamente los que yá van de largo como su mercé, ponen tánta curia para que no se les arrugue la ropa cuando se van á acostar; no ve que extienden una pieza, encima la otra y así hasta que forman un cristiano que se ve patente. Un casado, nó señor: entra, donde primero puede deja el sombrero y corre á darle un beso á la señora; donde la encuentra deja, por lo menos, la corbata y los zapatos, porque se pone chinelas; y así va regando cosas; cuántos he visto que se quitan la levita y la extienden encima de la cuna del hijito que duerme bien sabroso mientras que la madre pedasea

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

medias á un ladito oyendo llover ó resando la novena de algún santo.

Y no hay cuidado de que al otro día tenga qué barajustar el señor porque la señora que es la misma pulcritud madruga y recoge todo para que él no tenga qué buscarlo. Eso era lo que yo quería decirle á su mercé, ahora sí, me voy.

—Hombre, un poco arrastrada vino la moraleja y nadita fuerte, pero te la admito en obsequio de tus argucias. En todo caso, óye: cuidado con contarle á nadie esto que me sucedió.

—No, señor, y eso que una equivocación cualquiera la tiene.

—Y así cada embuste que nos levantan á los solterones, dijo Manuel cuando acabó este soliloquio sonriendo.

Yá el estoque brillaba como un rayo.

CAPITULO XIV

A la sazón andaba la ciudad vuelta un hervidero de soldados reclutas, la mayor parte cazados, queda mejor decir que cogidos, en campos y pueblos vecinos.

La "Calle real" parecía á todas horas un racimo de *corozos* maduros con tánta gente vestida de rojo. De los cuarteles salía un ruido atronador producido por el aprendizaje de corneta y el ensayar de las bandas marciales; los muchachos callejeros tampoco estaban mudos, pues que tocaban dianas por donde quiera que iban en varas de navidad.

Mareaba el vaivén de soldados y oficiales; las vendedoras de comida pasaban brazo á la cintura y una olla llevada en la cabeza con equilibrio de acróbatas y sobre un rodete de trapo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

Qué pocos que no fueran militares asomaban por ahí las cabezas! cuando más uno que otro viejo, los cojos y los curas.

El dios de la guerra se cernía por encima de la ciudad; en los pechos hervía el entusiasmo y en los ojos relampagueaban la fiereza y el valor.

Otro día semejaba un caos la plaza principal de la ciudad.

Un batallón disperso doblaba tiendas de campaña aquí, hacía tercios de armas más allá, enjalmaban bueyes los otros y no se les oía sino:

—¡ Allá va la sobrecarga, eche la encomienda!

—¡ Ponga de sobornal la cama del sargento!

—Amárreme este miquito ahí encima.

—¡ Yo no dejo mi lora!

—¡ Tóma Napoleón! chuí, chuí!

—Aparten!.... échele, demonio!.... ah, maldito, dále!....

Y allá va un buey poco amigo de complacencias botando de cada salto rifles por todas partes; al fin se pára con la enjalma en la barriga y la cabeza levantada como en un dasafío. Los muchachos gritan, los jefes mandan, lloran las mujeres y nadie oye claro.

Por ahí anda Valeriano llevando del ronzal la bestia en que párte Manuel y equipado como quien se va lleno de bríos y fe á salvar la patria, aunque, por lo pronto, no densempeña más papel que el de ordenanza del hijo de don Basilio.

Como la mayor parte de los soldados, el mozo hizo poner en la cinta del sombrero una frase; la de Valeriano decía: "Con la Virgen de Lourdes son boberías."

Al fin, muy tarde salió la tropa camino del Cauca.

Dolores iba al lado de Bonifacio haciéndole las últimas recomendaciones:

—Vea, mi amor, no se vaya á meter mucho; cuidao con quitarse el santico del pecho y no se canse de rezar; póngale atención á Pedro que ese es muy atolondrao y está como muy aburrido. Por mí no tenga pensión, yo voy á quedarme donde las señoras Garcías. Ya sabe que mi padre se fué adelante á esperarlos por allá; los dos muchachos chiquitos se vinieron también del Tablazo; el uno está de paje en una casa y el otro sirviéndole á un militar. No me voy detrás porque usté no quiere, pero, vea si me deja, que todavía hay remedio.

—Pues ¿cómo se va así? ni estando alentada.

—Bueno, entonces yá no haré sino rezar; yá le tengo mandada una promesa al Milagroso de Buga para que me lo salve; no se vaya á dejar matar, por Dios!

Y la esposa rompió á llorar.

—Bueno, vuélvase de aquí. Le respondió Bonifacio.

El batallón siguió, y ella se quedó á la salida de la ciudad sentada en una barranca gimiendo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

—Ole, lindura ¿por qué lloras? Camína conmigo. Le dijo un militar.

Ella no se dignó voltear á verlo.

—Vean ustedes que es lástima ver una zamba tan cuadrada llorando y no poder consolarla. Prosiguió aquél.

—No necesito consuelos de nadie.

Los compañeros del asombrado militar paraban haciendo aspavientos por la belleza de Dolores y diciéndole sandeces.

—¡Con quinientos mil de á caballo, valiente rancho!

—Por quién llorará esta nada, María Santísima! Por algún cuero, con seguridad.

—O no sea, á usté no le importa.

—Cómo hiciera para ser bonita! decía otro; si se marchara conmigo no se me daría un pito porque nos derrotaran; Jesús, hombre, si puede derretir el Ruiz con los ojos!

Ella seria y hechicera se puso de pies atisbando el batallón cuya cola desaparecía detrás del alto de Sanantonio. Cuando se perdió el último soldado volteó y dijo:

—Con su permiso.

Mas, como en ellos subiesen de punto la osadía y los dichos vulgares, acabó por enrojecerse como si estuviese entre un círculo de llamas, que no otra cosa eran los ojos de los muchachos que iban por ese camino tan despabilados y contentos,

como si únicamente se tratare de holganza y jolgorio.

—Dame un beso y te dejo pasar.

Dolores, como una vaca brava, agachó la cabeza y rompió por entre los militares.

—Atrevidos! ¿Les parece que yo soy qué? y dizque van á defender la religión.

—Linda!

—Encanto!

—Primor!

Le gritaron á la vez todos riéndose.

—Horrorosos, antipáticos. Respondió ella y tomó el camino de la ciudad. A poco topó con Manuel.

—Niño, por Dios; allá se lo haya: téngame cuidao con los muchachos, queridito; no me los vaya á dejar matar.

Y suplicando pasaba una mano por entre las crines del caballo.

El hijo de don Basilio se quedó pasmado de tánta belleza. El la había visto la última vez una campesinilla graciosa, pero bobita, y ahora se encontraba con una real hembra que se atrevía á mirarlo de frente.

—Sí que te has puesto bella, Dolores!

—Nó, niño, no sea como los que van adelante.

—Realmente, estás divina.

—Vea, niño, no siga, que yo no estoy sino por llorar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—¿Y si estuvieras contenta?

—Tampoco haría caso.

Los ojos de Manuel los sentía Dolores cuerpo arriba y cuerpo abajo como si le corrieran por él hojas de pringamosa.

—Vé, Doloritas, yo tengo que decirte una cosa.

—Dígala, señor; si es algún encargo cuente que se lo cumplo y usté me atisba á las muchachos.

—Nó, no es encargo.

—Entonces, váyase, que lo quedan.

—Es que me gustas mucho.

—¿Y eso á estas horas?

—Cualquier hora es buena para decirte que te quiero con toda mi alma.

—Dios se lo pague, señor; en su casa han sido todos tan buenos conmigo. Vea, póngase este escapulario de la Virgen para que no le vayan á hacer nada, yá está bendito; á los muchachos también les puse.

—Bueno, pero contéstame.

—¿Qué le contesto?

Manuel se puso de codos en la nuca del caballo.

Dolores se apartó.

—¡Váyase; cuándo los alcanzará!

—No me voy hasta que me digas por qué me miras tan mal.

—Como á todo el mundo ¿Cómo quiere, pues?

—Precisamente, que no sea como á todo el mundo.

—De verdá, niño; vea que Bonifacio no vaya á pasar hambre.

—¿Te dejó dinero?

—Yo no necesito.

—¿Cómo, que nó?

Y Manuel sacó la cartera.

—Tóma, guarda esto para lo que se te pueda ocurrir.

—Ah, ah; guarde su plata; no faltaba más sino que viniera á recibirle á usté.

—Vé, Doloritas, que puedes necesitarla.

—Ahí está mi Dios que no desampara á nadie; váyase que yá la gente irá por el Tablazo.

—¿Dónde vas á quedarte?

—En su casa.

—¿Hasta que volvamos?

—Sí, señor.

—Ahí quedas muy bien; no te vayas á otra parte.

Dolores no respondió.

—Adiós! Pero, dame la mano.

Ella se la tendió con miedo y la retiró al momento asustada con el apretón que en ella le dió el militar el cual partió á galope mirándola, mirándola.

Se quedó ensimismada la mujer de Bonifacio, y viéndolo ir decía:

¿Qué será esto? Todos son iguales, hasta el hijo de mi sia Celsa que lo creía yo un santo. A

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

su cas a sí me voy!.... demás, allá lo espero. Aunque me muera de hambre me voy á la Cuchilla donde Chinca. Ay, qué topante! Malditos sean los hombres; las vergüenzas que hoy me han hecho pasar! ¿De qué tendré yo cara, que todos me van diciendo lo que se les antoja? Y yo tan sola ¿qué voy á hacer?.... psh! ahí está la Virgen, ella sabrá.

Y tomó una calleja que conduce al barrio de "La Cuchilla" en busca de su amiga, la hermana de Veleriano.

—¿Solita? Le dijo aquélla al verla entrar.

—Yá ves, sin más á donde arrimarme que á tu casa.

—Muy bien hecho que te hubieras venido para acá, ahí partimos la cucharada de frisoles y el grano de mazamorra. Dónde tenés la ropa?

—Donde mi sia Celsa; voy á traerla.

—Pero no te dilatés, que aquí en casa, por lo menos, estás segura y es con voluntá. No llorés, no seás boba, que á Bonifacio no le sucede nada; ¡era él el más bobo para ir á poner el pecho como si fuera de fierro! Yo los ví ir y sí que iban contentos y con hartas devisas y letreros bien bonitos; por ahí decía en la cinta de uno de ellos izque:

"Detente, balas, que el corazón de Jesús está conmigo." ¿En la de Bonifacio qué decia?

—Nada; yo me voy, yá vuelvo.

—Corré, pues.

—¿Qué es la cosa? ¿que te vas? Le dijo doña Celsa á Dolores viéndola hacer un lío de ropa.

—Sí, mi señora; me da mucha pena quedarme aquí de estorbo; más bien, he resuelto irme donde Chinca á hacer ajiaco y empanadas para venderles á los soldados que se quedaron.

—Pero, eso es una locura, mujer; pudiendo hacer eso aquí; y si es que te da pena nos ayudas en la cocina; déja ese capricho.

—Sí, querida, interrumpió dulcemente Regina; quédate hasta que venga Bonifacio; aquí no te faltará nada; ¿por qué ha sido esa resolución?

—Es que yo soy cabecidura, niña.

—Sí que siento que te vayas! Yo que estaba tan contenta de tenerte en casa unos días.

—Dios se lo pague, pero.... nó, no hay ni riesgo de que me quede.

Y recogiendo la ropa siguió diciendo á media voz:

Vuelve aquel hombre, me encuentra aquí, y después determina que yo le pague quién sabe cómo la caridá. Si hoy he visto unas cosas! Estas señoras tan queridas no saben la clase de tigre que tienen en la casa; malo será pensarlo, pero se me ha propuesto que me le va á hacer algún mal á Bonifacio; Dios me perdone, pero yo le ví unos ojos muy espantosos; si aquello parecía como cuando está haciendo sol y le pone á uno en la cara el relampaguceo de un espejo.

UNIVERSIDAD EAFIT

—¿Conque te vas? Volvió á decirle doña Celsa.

—Sí, mi señora; yo estoy viniendo por aquí para que me cuenten lo que vayan sabiendo de la gente.

—Pues, cuando quieras, ya sabes que ésta es tu casa.

—Dios se lo pague y le dé el Cielo; hasta lueguito, pues.

—Bueno, Dolores.

Mala espina le metió á la señora la resolución ésta. Quién sabe, decía; esta muchacha está muy buena moza, y la veo como muy avispada. ¡Ah, guerra! cuando hasta esta criatura que ha sido tan santa ha resuelto parar la cola. Ello dirá.

—No diga nada, mamá, le atajó Regina ¿quién le ha dicho que á ella realmente no le da pena quedarse aquí?

—Pueda ser, pero nadita que me gusta la compañía!

—Eso es, bien pueda juzgar.

—Y yo qué estoy diciendo?

—No le faltaba sino ser cobarde! Les interrumpió Luisa quitándose de la ventana.

—¿Quién? Preguntó la señora.

—Aquel boquiabierto de..... ese Carlos Soto, que pasó por aquí voleando la llave de la tienda, cuando los demás andan en carreras.

—No le daría su gana de hacerse matar.

—Pues ha debido darle, porque es muy feo y muy.....

—Querido ¿no es cierto? Remató Regina muy seria.

—¿Quién te lo dijo?

—El modo que tienes para nombrarlo.

—A ti no te importa.

—Nada; y todo te lo perdono teniendo en cuenta una cosa.

—¿A ver, qué?

—Que todo lo malo ó ridículo que digas de ese señor te sale, vé, de aquí.

Y estiró los labios Regina.

—Nó, señora; lo digo porque lo siento.

Pero Luisa se sonrojó.

—¡Qué vas á sentir! Con esa habladera que mantienes en su contra estás probando que te interesa. Acuérdate de aquella vez que trajo Valeriano unas plumas del almacén de ese señor.

—Sí me acuerdo ¿y qué?

—¡Cuánto hablaste!

—Sí hablé ¿y qué?

—Que, después de todo, le coqueteaste por la noche.

—¡No faltaba más!

—Y después muchas veces, es decir, siempre que te lo encuentras, para hablar más claro. Y si no ¿qué estabas haciendo en la ventana?

—De manera que una no puede asomarse?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Sí puede, pero ¿por qué ha de ser á la misma hora todos los días? Nada, hija, que sales puntual como el sol á hacerle la parada cuando él pasa á almorzar y á comer, pues que, aunque el hotel no es por esta calle, para él son callejones tapados todas las otras, no tiene más caminadero.

—No es cierto, y si fuera.....

—Nada me importaría, yá lo sé; y eres muy libre de quererlo, pero no de volverlo un trapo cocinero con la lengua.

—Los escrúpulos de esta gata!

—¡Las hipocrecías tuyas! como si la fueran á matar; no lo niegues.

—Bueno, ¿y quién lo está negando?

—Así me gusta, que lo confieses; ahora, con tu pan te lo comas y no aleguemos más.

—Ave María! ni unas revendedoras, terció doña Celsa; olvidan enteramente que mi pobre hijo anda en busca de la muerte.

—Es, mamá, que esta Regina!

—Es que Luisa, mamá.

—Callen la boca.

—Sí, no discutamos más, finalizó Regina; camína á ayudarme á mover esta cama para sacudir por debajo de ella.

Cuando la señora hubo salido, Luisa con mucha melosidad se arrimó á su hermana y echándole un brazo por el hombro le preguntó:

—Ole ¿mi papá sabe?

—¿Sabe qué?

—Pues, eso.

—¿Tus cosas?

—.....Sí.

—¡Pu!....

—¡No digas! ¿y le chocan?

—El no ha dicho nada. La otra noche le oí en el comedor que ese sujeto dizque tenía cara de ser muy bueno, no más. Y, de veras ¿sí estás enamorada?

—Después te aviso.

Y salió corriendo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XV

ALLA va la tropa por esos caminos en un embolismo desesperante y á paso arrastrado, porque los tardíos bueyes, como si supieran que á cuestas llevan la muerte, no quieren afanar á presentársela á nadie.

Gentes partidarias de la causa que al ejército movía, se unían á éste en los pueblos del tránsito y seguían resueltamente con él.

Al fin, después de ocho días, se metieron antioqueños y caucanos por aquel valle espléndido que, con todo y su incomparable belleza, iba á ser teatro de una hecatombe pavorosa.

El ejército enemigo, aquel de que habló el caminante que presenciara el incendio de la casa del señor Sinforoso, había salido realmente de Popayán y estaba acampado una legua, más ó menos,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

distante de Tuluá en la llanura de "Los Chancos", que dió su nombre á la batalla sangrienta que allí se libró y de la cual apenas vamos á decir lo absolutamente necesario para que el lector sepa la suerte que cupo á nuestros amigos que en ella estuvieron.

Los conservadores, que eran los que iban de Antioquia, por disposición militar, no entraron todos de frente á la después clásica llanura, sino que la mayor parte de ellos tomaron camino á la izquierda de los liberales que allí los esperaban; ganaron una colina que por ahí se anda interrumpiendo el nivel de aquella tierra, como una pieza de ajedrez la tersura del tablero, y, minutos más, minutos menos, á las siete de la mañana aparecieron en la cima.

Las banderas de colores purísimos, recortes del Iris, querían volarse tendiendo al viento en desgaire glorioso sus alas brillantes y susurrando como un himno de guerra; las cornetas formaban relámpagos de oro, luces plateadas despedían los cañones, y en trágico silencio empezó á derramarse falda abajo la tropa antioqueña.

Caladas las bayonetas brillaban con titilación de estrellas perdidas en la maleza; la cuesta de la sierra parecía retoñada de rayos y, con el rojo de los vestidos y el verde amarilloso de la yerba, presentaba el más hermoso capricho de un kaleidoscopio.

Había mucha luz. El sol, como si quisiese dar al espectáculo colorido de incendio, la derramaba en profusión singular. Mucha belleza en torno; el lugar mismo donde los gladiadores iban á encontrarse más parecía palenque de justas y torneos que campo de muerte.

Los liberales al pie de la colina se alistaban.

Entre tanto, silencio atronador, el primer tiro no había sonado.

Los conservadores remataron la bajada y tornaron á subir otra ligera ondulación de tierra; en este punto se vieron demasiado cerca los dos ejércitos. Si en este momento la llanura se hubiese sacudido en espantoso temblor, nadie le habría hecho caso, hubieran tornado á ponerse en pie, listo el ojo, suspensa la respiración y el rifle tendido.

La muerte que acababa de afilar su guadaña se enderezó, y sonó una explosión.

Respondieron mil y el humo virgen decoró la llanura con enormes ampollas blancas detrás de las cuales quedaban escondidos los combatientes. El aire perdió su diafanidad, cada cual hacía fuego como al través de un cristal rojo; una música marcial á compases de fuego los empujaba esponjándoles de gloria el corazón de donde se borraron Dios, la amada, los hijos y la madre.

Los oídos iban á reventar como si oyesen repicar de cerca en una campana gigante; todo el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

cuadro estaba envuelto en las sombras blancas del humazo.

Yá los conservadores que no subieran á la colina habían atacado por el flanco izquierdo al enemigo.

A poco, un ligero clamor empezó á levantarse de entre aquel prolongado estampido y comenzaron á vibrar en el aire órdenes, gritos, ayes y maldiciones.

Un soldado antioqueño de mirada torva, como si tuviese gran prisa de morir avanzaba hacia el enemigo, alto el pecho, horizontal la mirada, fiera la expresión. —Seguidlo, cobardes! Gritó un general señalando al intrépido mozo que de repente abrió los brazos, tambaleó y se fué boca abajo. —Madre, dijo, voy á verte!

Era el hijo de la señora Genoveva.

Su padre corrió á alzarlo.

—Agua! agua!

—No hay, hijo de mi alma, voy á buscarla.

—No se...va...ya. Deme...su..bendición.... Adiiiiiós! El alma de Pedro se escapó.

Valeriano comiéndose un pedazo de dulce, de pie sobre un cañón gritaba, reía y alzaba los brazos. —¿Esta gente como que quiere molestarse? O es que parece. Decía. Con regia impavidez veía caer amigos á su lado despidiendo á cada uno para la eternidad con alguna chanzoneta. —Así como así, él siempre tenía que desmontarse....Le dijo á

un general á quien apearon del caballo con un balazo.

Voces dolientes ¡Dios mío! ¡Me muero! ¡Por favor! salían de los lindes de la llanura, se encontraban en el aire y formaban un himno de dolor que subía, subía con las alas de la plegaria. Los heridos se arrastraban; rasgaban vendas los cirujanos; aquéllos traían vasijas de agua cogida allá lejos en el confín del retostado Valle; las mujeres colocaban en el regazo las cabezas de sus muertos adorados, se las salpicaban de besos con una embriaguez espantosa, y los cañones seguían tronando y los hombres muriendo.

—A todas éstas ¿dónde estará don Manuel? Decía Valeriano mirando hacia atrás. Véanlo allá está sentao debajo de un palo con un papel sobre las rodillas ¡qué horas pa estar poetiando! Acaso lo trujieron para que hiciera versos sino para que echara bala, ¡cómo cuidan el pellejo los ricos! y ver esta partida de pobres, el afán con que se hacen matar, ni que estuvieran sacando á montones el oro de un entierro. A mí lo que me va á pasar, si me quedo aquí, es que me encajan una bolita en el cuerpo, quedo cargao como un rifle y después no puedo arrimármele á Chinca mi hermana, voy á ver qué tan lindo se está portando Bonifacio.

Y saltó del cañón.

Los caballos se retorcían sosteniéndose en las patas traseras y agitando las otras en el aire

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cubiertos de espuma, la nariz inflada, desmelenados, la cerviz en arco, en blanco los ojos mirando hacia abajo por donde andaba la hoz de la muerte.

El sol se dejaba mirar de frente, suavizada su luz con un velo sanguíneo. Y corrían las horas. El desorden y la confusión lo presiden todo en el ejército antioqueño, hasta el punto de que él mismo se destroza: uno de sus batallones la emprende con amiga caballería, equivocación que abre en ambos espantosa brecha, perdiendo inútilmente un gran número de vidas.

—A Bonifacio se lo comieron los liberales, decía Valeriano andando por aquí, por allá; no he podido verlo ¡ah zambo caliente! con seguridad que se les metió tánto á esos malditos herejes, que le echaron mano. Y se lo comen....ih....como son ellos! vea que no creer en los curas...Me alegraría mucho de que les metiéramos un susto, lo malo es que.....

Valeriano rascándose la cabeza miró para todas partes. —Pararse que va á traquiar! Le gritó á un jefe que desplomado en gloriosa caída mortal se fué á tierra.

Y corrió al lugar donde estaba Manuel. —¿Qué es? le dijo ¿usté como que está echando sangre? ¿y le abriron algún ojal en el cuerpo? Lo celebro mucho, porque no me gusta naíta que la gente vuelva sana á la casa, y mucho menos, derrotada. ¿Está herido?

—Sí, hombre, en el brazo derecho.

—Camine, pues, ¿qué espera? fíjese. Esto.... yá....ni con papada de sapo.

—Qué hago con él? Decía el señor Sinforoso arrodillado y mirando al cielo. Aquí te vas á quedar, hijo de mi vida, para que se coman tu cuerpo los gallinazos!....nó, imposible!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano alzó al hombro al cadáver de su hijo.

—¿A dónde va, buen hombre? Le gritó al anciano un jefe que pasaba junto á él con la velocidad de un halcón.

—A ver si lo puedo enterrar; si lo dejo, me lo comen los perros.

—No sea inocente! Aquí no se entierra á nadie; córra y escapará usted el bulto.

—¿Y lo dejo?

—Quédese, pues; mire qué hora de estar pensando en exequias fúnebres!

—Pues no lo dejo! Respondía el viejo cayendo aquí, cayendo allá; el muerto, entre tanto, llevaba el compás de los pasos y caídas dándole al señor Sinforoso con la cabeza en las espaldas y con los pies en el estómago. Al saltar por sobre un caño se fué de bruces el dolorido padre y cayó debajo del cadáver.

—Venga, le gritó un vencido que volaba; monte á ancas, pero pronto, que nos matan.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El anciano no repondió ocupado en sacar de entre el légamo del caño la cabeza de Pedro.

—Hombre, por Dios, corra, que lo matan!

Densamente pálido montó á grupas el señor Sinforoso mirando, mirando al caño donde se le quedaba un pedazo del corazón. Era tiempo: un soldado vencedor, fiero más que un demonio, lanzó de punta el arma, alcanzando á rasgar el anca del caballo que partió como una saeta. El héroe del Tablazo se quedó ahí abonando la tierra como una carretada de podredumbre; su nombre se acabó, la Historia no se engalanó con él. Murió sin saber qué defendía.

Vencidos los conservadores, minutos más, segundos menos, retrocedían á las tres de la tarde. Era la hora del frío á pesar del incendio del día, era el terror. Los soldados antioqueños tan ardientes en la acometida, tienen alas en los pies para huir; quien hubiese querido detenerlos habría necesitado más valor que fué preciso para derrotarlos; aquello era un "sálvese quien pueda!" donde se quedaba atrás la ligereza del gamo. Y pasaban como sombras desparramadas por la llanura, la muerte los perseguía, pero no andaba tan aprisa como ellos.

El humo se fué y la tierra apareció sosteniendo sobre su seno un enjambre de muertos y heridos cuya sangre se iba tornando negra con el calor.

Y el cielo en paz allá arriba sereno y azul como los ojos de un arcángel.

Al saltar Valeriano por sobre el cadáver de Pedro se agachó y alzándole de sobre la frente los cabellos le dijo: —Te portaste como un valiente lo mismo que casi todos tus compañeros; nos derrotaron porque.....porque.....preguntáselo á Dios allá arriba. Este Pedro que vivo era tan feo, está bonito así, francamente; la prueba es que siento que la camisa esté buena porque lo desnudan.

Un poco adelante encontró otro muerto cuyo sombrero estaba al lado. —Venga acá, dijo; y me queda bueno. ¿Qué dice aquí?

Se dió á traducir un letrero que había en la cinta: "Con la....yuda de ...la Virgen que.... de volver á casa."

—Conque ¿con la ayuda de la Virgen? Sonrió encasquetándose el sombrero. Talvez volverá, querido, porque la Virgen lo puede todo, pero no parece. En fin, si va, allá nos vemos.

Y siguió corriendo.

Otro, muerto por la espalda, había caído con las manos y la cabeza entre una mata de piñuelas, Valeriano que lo ve: —Compañero, coja para juntos, porque está fuerte el calor.

Al llegar á Cartago, el señor Sinforoso le dijo al acompañante:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salas de Patrimonio Documental

Aquí me quedo, señor, voy enfermo, si siguiera me moriría.

En una callejuela se bajó del caballo cuyo dueño siguió bebiéndose los vientos y burlando distancias como una visión mitológica; así andaban sus copartidarios. El río La Vieja, con todo y no admitir que le anden por el asiento, sintió que le andaban por ahí y por todas partes.

La negra noche que siguió á aquel día de sangre se derramó sobre la llánura solitaria borrando piadosa los fúnebres perfiles de los muertos. He aquí terminada la tarea que me impusieron los hombres, dijo la muerte retirándose; ahora que venga el ángel bíblico con su trompeta de oro á resucitarlos, si quiere, no me importa, yá los tengo babeados.

Y prosiguió su marcha incansable.

Entre tanto, en la ciudad de donde había salido el ejército humillado se hacían comentarios y se esperaba una noticia con afán. A los dos días de pasada la batalla hubo quién la diera: la senda que fué recorrida en ocho fué desandada en dos.

Las gentes volaban al camino á recibir á los vencidos; las madres abrazaban á sus hijos; las esposas se colgaban al cuello de sus maridos y todos hablaban á la vez; nadie entendía.

Allá daba en tierra una mujer á quien, como si le descargasen un garrotazo, le soltaban tamaña noticia con la mayor frescura.

—¡Quién le hubiera cerrado los ojos! Decía una madre mirando al través de las lágrimas la lejana cordillera detrás de la cual principia el Valle.

—Qué será de tus hijos! clamaba una viuda retorciéndose en el colmo del dolor.

—No me trajeron nada tuyo! Respondía otra.

—Don Manuel, don Manuel! gritó Valeriano; vea dónde venimos á encontrarnos; desde la molestia aquella de Los Chancos no lo había vuelto á ver. ¿Cómo le fué? A usté no lo mataron? No se lo dije quera mucha lagua que íbamos á beber? yo por eso me estuve sobre un cañón comiendo dulce. Siquiera nos juntamos aquí aunque sea para entrar al pueblo.

Dolores, teñido el rostro de fúnebre palidez, miraba y remiraba en silencio sin preguntar nada á nadie; ojos se volvía repasándolos con ellos á todos.

—¡Aquel es!....nó, como que nó: Bonifacio es más alto. Decía en voz baja.

¡Pero, qué es que no llega! Virgen del Carmen, traémelo.

—Su marido....Comenzó á decirle un soldado.

—No siga, por Dios! Le interrumpió ella tapándose los oídos.

—Nó, le dijo recio el otro; me parece que no murió; su hermano sí.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Pedro, Pedro!....se hizo matar. Y á Bonifacio, por María Santísima ¿quién lo ha visto?

—Hombre, de veras, replicó otro, yo no lo ví en el camino.

—Yo tampoco.

—Entonces me lo mataron! Gritó Dolores.

—Entre los muertos no estaba.

—Pero ¿qué se hizo, pues?

—No sabemos. Respondían los soldados que se iban agrupando al derredor de ella.

—Murió, no me lo nieguen!

—Pues, nó, porque nadie lo vió caer.

—Herido, talvez.....

—Tampoco.

—Pero ¿qué es esto?

—Hombre, apuesto á que Bonifacio fué de los que desertaron la víspera de la pelea.

Los ojos de Dolores se iluminaron de alegría; no estaba animada con la heroica sangre de las espartanas, que corrían á dar gracias á los dioses cuando sus hombres morían en las batallas.

Por ahí andaba la hermana de Valeriano vuelta un rehilete atajándolos á todos y preguntando sin cesar:

—¡Cómo sería aquello! ¿no?

—Ave María, replicaba su hermano; caían como desgranando maíz.

—Pobrecito el dijunto Heliodoro!

—Si hubieras visto! Le rebrujaron con una ba-

yoneta las entrañas, y eso que tenía en el sombrero una divisa lo más bonita.

—Hijue pucha! Pues no ves que ellos iban devisaos desde aquí; el vizco de ña Leocadia que decís vos que le pusieron los güesos de plancho se plantó en la gorra antes de irse dizque: "Hasta ahí cuchifarrias con María Santísima". Pero, contá bien cómo fué eso, ¿quién dió el primer remintonazo?

—Ole, sería el Diablo, porque aquello no parecían cristianos.

—¿Y dizque chiflaba la bala?

—Hacé cuenta chicharras; pues se escureció el sol! aquello era una cama de municiones negrita.

—Ahora que decís negrita, dizque viene detrás una gallinazada de negros de por ahí del Bolo y todo eso?

--Callá la boca: eso es una partida de diablos refregaos de hollín con manteca, los dientes mismamente cal, las motas como ñolí y casi desnudos esos insolentes.

—Figure, le interrumpió Chinca; echar blancos tan preciosos á peliar con esos demonios! Pero, no te he preguntao por "Pico de lombriz".

—A ese lo pusieron á contar estrellas; tanteá que le volaron los ojos y le quedaron como dos albóndigas crudas.

—No seas puerco!

—Cocinadas, pues.

Doña Celsa y su marido volaron á la calle á abrazar á su hijo.—Bendito sea Jesús Nazareno, que me lo trae vivo! dijo aquélla; pero está herido?

—Un rasguño, mamá; mire.

CAPITULO XVI

Y Bonifacio? Preguntó don Basilio.

—No sé de él, papá.

—¿Lo matarían?

—Creo que no.

—Murieron muchos? ¿hubo muchos heridos? Interrogó Regina abrazando á su hermano.

—Ah, sí; qué espectáculo tan lastimoso.

—¿Y quién les atendía, Manuel?

—Allí no era posible atender á nadie.

—Quién hubiera estado allá para haberlos recogido y consolado con el alma, respondió la niña transfigurada en un éxtasis de amor divino; yo no les habría tenido miedo á las balas, si alguna me hubiese alcanzado, la hubiera recibido con resignación, porque moría cumpliendo mi deber. Cuántos infelices morirían abandonados sin que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

una mano cariñosa les señalara el camino de la Eternidad; oh, los que llamarían á su madre pidiendo agua sin que cayese una gota en sus labios resecos!

—¡De veras! Interrumpió doña Celsa limpiándose las lágrimas con una punta del pañuelo que al pecho llevaba.

—Y sin embargo, ustedes se oponen á que yo me vaya de Hermana y que sea compañera de esas adorables mujeres que tienen las manos benditas á fuerza de los besos que el dolor ha estampado en ellas.

—¿Y esto? Interrumpió asustado don Basilio ¿De dónde lo sacó? Porque esto no es suyo, hijita.

—Sí, señor, es mío y de usted también, porque es una reflexión que bien puede hacérsela cualquier alma noble como la suya, pues que no creo que un hombre tan honrado como usted niegue los méritos de tan excelsa institución.

—Claro que nó, niña; nadie le dice que la obra de San Vicente no es buena por lo más alto y lo más hondo; le repito que es más, es una bendición, no venga á desquiciarme el asunto; lo que yo quiero es que, á pesar de toda esa grandeza, no me abandone; no hay para qué entrar en explicaciones y lágrimas, hartas le he dado. ¿Vinieron heridos, Manuel?

—Un montón, señor.

—Ahora mismo, hija, nos vamos á traerlos á casa y usted á dedicarse á ellos como una madre, tome la llave de mi caja para que gaste en ellos lo que encuentre. Lo del hábito á que aspira para hacer bien es lo de menos, camine.

—Pero la comida está servida, Basilio. Dijo doña Celsa.

—Vamos, pues, á la mesa y en seguida veremos lo que se puede hacer por esos infelices.

Allí llovieron las preguntas sobre Manuel, quien refería con pormenores y todo, marcha, batalla y derrota.

Valeriano de pie á la entrada del comedor corroboraba cuanto el otro decía, repitiendo por su cuenta la mímica y gestos del narrador. De repente se encaraba con la cocinera que andaba por allí escuchando y le decía:

Qué tal que hubieras visto! Y después te fruncís toitica para matar un pollo.

—¿Y Dolores? Preguntó Manuel.

—Allá está en casa, niño, se metió el criado; Chinca me dijo. Y, ahora que estamos solos ¿usté vió si le pararon los tarros á Bonifacio? Yo reparé todos los dijuntos y no lo pude topar.

—No sé de él, desde la víspera de la batalla no lo veo. ¿Y por qué se fué Dolores de aquí, mamá?

—Pues que se le antojó hacer balance con mi hermana. Volvió á meterse Valeriano.

—No pudimos que se quedara. Replicó doña Celsa.

—Bien, ¿y por aquí qué ha habido de nuevo en estos días?

—Más cosas! Le respondió Luisa sin mirarlo.

—A ver, échalas.

—Después.

—¿Ahora por qué no?

—Porque nó.

—Qué misteriosa estás! Se me pone que se trata de.....

—Sí, sí, después hablamos.

Y le hizo á Manuel una guiñada señalándole disimuladamente á don Basilio.

Terminada la comida se quedaron los dos hermanos en el comedor.

—Bueno ¿qué fué? Preguntó él con afán.

—Pues que creo que Isabel te echó á lavar.

—¿De veras?

—Como lo oyes. No dizque te ha mentado para nada, ni ha vuelto á casa; yá veías que no salía de aquí. ¿No lo sientes?

—Que si no lo siento! Y mucho, porque la quiero.

—El querer tuyo! Un querer de á cuartillo. Yá ves: te la dejaste escamotear como un boquiabierto.

—¿Y quién es el prestidigitador?

—Luisito, tu amigo ¡Qué pregunta!

—Si así es, no necesita muchas triquiñuelas y habilidad para llevársela, teniendo, como tiene, un calanchín tan bueno que es su suegro el cual me aborrece sin medida. Por otra parte, yo no voy á entrar en competencia con nadie, ni que se tratase de una duquesa, y menos hoy cuando he resuelto viajar, porque sabrás que me voy en cuanto termine la guerra. Conque si no tenías más noticia fresca qué darme.....ésta te resultó medio trasnochada.

—Ah hombre hipócrita, Dios mío!.. en el temblor de la voz te conozco la pena que tienes.

—Nó, hija; tú estás creyendo que, como un personaje dramático, voy á tirarme por los suelos á arrancarme las barbas, y te equivocas.

—Eso es, querido: resuélla por la herida ¿No querías tanto á Luisito? ¿No lo buscabas siempre de candelero? ¡Tóma! te salió candelero de yesca; bien merecido, si la vela era de piedra. Uno de los dos tenía que arder, porque con una mujer tan hermosa como Isabel no se puede hacer muchas gracias; y, aunque te duela, se armó tu amigo, porque ella vale lo que pesa.

—Y lo quiere mucho?

—No sé, pero lo querrá porque la gota cala la piedra.

—Ojalá así sea, que en cuanto á mí, la bola me hará el juego. ¿Qué hubiera hecho yo viviendo con

una mujer que es capaz de enamorarse de cualquier remendón de enjalmas?

—Patadas de ahogado, Manuelito; yá no hay más remedio que tener paciencia.

—Hablas punto menos que un loro, sin saber por dónde va el agua al molino y, como todo el mundo, vas á quedarte creyendo que el cambio de Isabel va á dejarme quemaduras en el alma; no seas tonta: si hasta me parece natural lo que ha sucedido, dado que para el padre de Isabel no soy yo capaz de coger un muleto por las orejas y echarlo á tierra, ni de estarme tres horas sentado en un jarrete pasando de una mano á la otra las vueltas de una soga, discutiendo por un cuartillo que más ó menos valga una vaca. Créeme: yo no soy el marido que necesita Isabel, así como no fué creada ella para mí; á mí no me es indispensable, Luis es preciso para ella, porque reúne muchas condiciones que lo acreditan de yerno querido ante un suegro tan bruto; lo dicho no se opone á que Isabel me parezca muy bella; y, con tu permiso, me voy al cuartel; estamos organizando nuevamente las fuerzas.

Y salió.

Mas se quedó á la puerta porque vió á Dolores que entraba.

—Señor, le dijo ella á don Basilio, mi taita izque se está muriendo en el Cauca; averiguando he

sabido que cayó en manos de la caridad, y he resuelto ir á asistirlo.

—Por supuesto, hija; yo le debo á tu padre todavía noventa fuertes de las cositas que me vendió, aquí están; haces muy bien en irte ¡pobre Sinforoso! ¿y con quién te vas?

—Sola, señor.

—Cómo ha de ser eso! estando los caminos llenos de soldados y tú en esa situación.

Dolores se sonrojó.

—Pero ¿qué hago, pues?

—Consigue una persona que te acompañe, un muchachito, por ejemplo.

—¿Y á pie? Preguntó Manuel que entró poco después.

—Sí, señor, á pie; yo no sé montar.

Al día siguiente salía la hija del señor Sinforoso en compañía de un chico de la vecindad. Al tomar el camino encontró un soldado que tenía por las bridas una bestia ensillada con montura de mujer.

—¿Usted es Dolores? Preguntó.

—Sí, señor, ¿qué quería?

—Don Manuel García me dijo que le entregara á usted este caballo para que haga el viaje.

—¿Cómo así? Nó, para mí no es.

Y fué pasando con el ceño añusgado.

—Vea que sí, y el soldado se le puso delante; el me dió las señas: una mujer alta, colorada, los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ojos muy grandes, el pelo muy largo y la boca muy chiquita.

—Sí? Pues ésa no soy yo.

—¿Para qué lo niega?

—Y aunque sea, dígale que no la necesito y que muchas gracias. ¿A cuenta de qué se mete él á mandarme esto? Se armó! Dígale que yo no sé montar.

—Pues usted sabrá qué hace; ahí lo dejo.

—Haga lo que quiera, pero no lo recibo.

El muchacho largó el animal, que fué volteando á comer de la grama que bordaba la vera del camino.

Dolores siguió hacia adelante, el militar al contrario; mas, como á alguna distancia viese que la otra iba de largo, volvió por la cabalgadura.

Cuántos trabajos pasó Dolores para hacer ese viaje!

Saliendo tarde de las posadas y llegando á ellas temprano las jornadas le resultaban cortas, no podía alargarlas porque su cuerpo había perdido la ligereza de otros días; trepando cualquier repecho tenía que sentarse muchas veces; en otro tiempo apostaba con sus compañeras á la que primero ganase á la carrera un pedazo de camino empinado, y siempre coronaba ella antes que las demás la cima, sin que su corazón palpitase con más violencia ni palidecieran sus mejillas.

Las gentes viéndola pasar se admiraban de su

belleza sin confundirla jamás con aquellos serafines desplumados que en toda guerra hacen su agosto.

Al fin llegó á Cartago y se dió á preguntar por su padre hasta que topó con él, pero ¡en qué situación! En una casucha de mala muerte, tirado en el suelo sobre una estera y tan malo, que no la conoció.

—Padre, le dijo llorando é inclinándose sobre él, mire, soy yo, Dolores ¿no me conoce?

—No me lo dejaron enterrar. Respondió confusamente el anciano.

Unas mujeres dueñas de la casa y que habían mirado al viejo poco menos que como á un perro al ver aquella mujer tan linda que se entraba como un ángel extraviado en su camino por esas puertas diciéndole padre, y que, á juzgar por la ligereza con que empezó á solicitar un médico y modo de ablandar aquel lecho, traía posibles, decimos que al ver esto corrían por aquí, por allá proporcionándole todo. Pobrecito! se quejaban, hemos hecho por él cuanto era posible; antecitos de usted llegar habíamos llamado al doctor, quién sabe qué será que no viene; yá estábamos haciendo la novena de Santiago de Pasto.

Al momento estuvo el enfermo de blanco, en una cama muelle, pero sin darse por notificado del cambio. El doctor lo vió; al salir de la estancia le dijo á una vecina:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salazar Pantanoso Documental

—Me llamaron demasiado tarde; no hay sujeto, se muere; lo que tiene es una fiebre palúdica. ¿Y esa mujer tan bella dicen ustedes que es su hija?

—Sí, señor.

—No tan mal, entonces, para él: al cielo va á dar el que se muera mirando los ojos de tan asombrosa criatura.

El señor Sinforoso seguía hablando de un muchacho ahogado en un caño, de la muerte que nadaba entre un baño inmenso de olas de sangre, de una peña altísima de donde brincaba cristalino chorro de agua donde Pedro apagaba la sed de la agonía, de calaveras etc. Pero, torciendo la opinión del facultativo amaneció con vida y claridad en el entendimiento, porque al alba abrió los ojos y mirando á Dolores que lo tenía recostado á su pecho, balbuceó:

—Hija!

—Señor!

—Estoy tan mal!

—Ello no, padre, yá va de mejoría.

Y lavaba con lágrimas la frente del anciano.

—¿Por qué llora, pues, tánto?

—Yo que soy así, pero yá está muy mejorcito; ahora viene el dotor y me lo acaba de aliviar.

Cuando éste llegó se admiró de encontrar al enfermo relativamente restablecido y, ahora que la enfermedad presenta un flaco, vamos á cargarle por allí, tomó á pechos la curacion del viejo con

tan buen suceso, que á los cinco días éste era hombre de sentarse solo á tomar sus tazadas de caldo.

Mas, como Dolores no era de piedra ó cosa parecida, se rindió al fin á tal serie de emociones y cogió la cama. Por sabido se calla que el médico hizo prodigios de su ciencia en obsequio de aquélla, logrando que á los seis días se levantara, pero tan pálida que más parecía un capricho de la luna que humana persona.

Su padre entró en la convalecencia, triste y boquicerrado; la proximidad de la muerte no había borrado de su memoria la de la señora Genoveva y menos la de su hijo.

Los días andando, recuperaron ambos la salud y pensaron en volverse á su tierra, porque el dinero que Dolores había llevado iba quedando reducido á lo que se le debía al médico. Cuando le pidieron la cuenta, Dios sabe, respondió, el poco interés que tenía en ganarles honorario alguno; guarden eso para el viaje ¿no han dicho que se van?

—Sí, señor.

—Pues lo que iban á darme les sirve para el camino.

El anciano se quitó el sombrero. La Reina de los ángeles se lo pague. Dijo.

Dolores le tendió la mano.

—Yo no sé qué decirle.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—No me diga nada.

Indudablemente, pensaba el médico, la belleza es un pasaporte para el mundo entero; los enormes ojazos de esta mujer le han cancelado la cuenta que conmigo tenía pendiente.

—Usted no debía irse. Dirigiéndose á Dolores cariñosamente.

—Por qué, señor?

—Sería exponerse y exponer.....

—Nos vamos despacio, y cuente con que le voy á rezar mucho á la Virgen por usté.

Paso á paso, aquí nos entramos, sentémonos allí, hacemos noche allá, van los dos y el chico compañero por esos caminos, sin afán. Al llegar á la ciudad se fueron directamente á casa de Chinca.

CAPITULO XVII

CONTINUABA la guerra.

La familia de Isabel había resuelto, mientras tanto, retirarse al campo por disposición del jefe de ella que quería á todo trance evitar que su hija volviese á ver á Manuel. Esta, por su parte, se cerró en hondo silencio. En el camino viendo doña Pacha, la madre de la joven, que ésta se espontaneara con ella en eso de amores le dijo:

Pues, si: puedes regodearte como te dé la gana; déja ese embarrador y no vuelvas á pensar más en él; yo no digo que le hagas caso á Luis si no quieres, pero, que merece la pena, la merece, y esto no es porque yo esté terciada á su lado, porque si á ti no te gusta....pero, más completo que ése, es trabajoso. ¿Qué dices?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Biblioteca Patrimonial Documental

—Nada.

—¿Estás muda, pues? déja esa calladera que me traes hasta aquí....No parece sino que aquel vagamundo te hubiera dado algún bebedizo que te ha embobado; para eso que cuando una mujer mete la cabeza ó sale ó se lleva medio lienzo de talanquera; pero, hija, estás machacando en fierro frío, porque tu padre dice que primero quién sabe qué, que dejarte casar con ése.

—Imposible que me deje si Manuel no ha venido á proponérmelo; así hubiera dicho algo, á ver.

—Ay, ay! Aunque no lo creas lo habíamos mandado con su música á otra parte. Lo feliz que hubieras sido! Te parece que no es más que ir volteando con el primero que viene y les pone el corazón como una madeja de hilo enredada por un gato; no seas inocente, que el matrimonio no es todo besos y melindres; el estómago es muy ejecutivo y llega un día en que él está primero que todo, á no ser que la gente quiera morirse aferrada al amor como toche furioso que se muere prendido del ala.

—Probablemente Manuel iba á dejarme morir de hambre! Respondió Isabel bostezando.

—Al paso que va, no lo dudes! ..... figure un hombre con esos desagües y sin hacer nada; porque no creas que Basilio le va á servir de mayordomo toda la vida, nadie tiene escritura de quedarse para reliquia; vé: y muerto él coge su

hijo lo que le toque y "lo que nada nos cuesta volvámoslo fiesta". Allá lo vas á ver; si ése no tiene cara de nada, tu padre lo vive diciendo.

Otro bostezo de Isabel y esto:

—Sin perjuicio de que le hubieran dicho que sí si él hubiera resuelto.....

—¿Venir donde nosotros á pedirte?

—Eso es.

—Pero vean esta moñona cómo está creyendo que nosotros le aborrecemos eso porque no ha venido á proponerle! Ah injuria! Vé: no te lo queremos porque es un vagamundo que no sabe hacer nada más que beber aguardiente.

—Pero, con su plata ¿no es cierto?

—¡Cómo se ha vuelto la damita de garañona con su madre! Hábla lo que te dé la gana, desagradecida.

A poco más llegaron á la hacienda.

Fueron pasando los días y aunque Luis rondaba constantemente al derredor de la morada de Isabel no se había atrevido á acercársele. El dueño de ella lo encontraba frecuentemente en las vecinas dehesas dizque buscando un buey ladrón que no podía retener en las propias ó con cualquier otro motivo.

—Hombre ¿por qué no arrima usted á casa? charlaremos muchos ratos.

—No he tenido tiempo, señor; pero iré, cuente con ello.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonio Documental

—Vaya, amigo, vaya, jugamos tute y se divierte de cuando en cuando.

—Ay, decía Luis al separarse de aquel que quería fuese su suegro; si la hija tuviera la misma blandura de corazón que el viejo, no andaría yo por las orillas de los rastrojos espantando moscas como res asoleada y abriendo á todas horas ojos de muchacho velón; es una calamidad ser tan montuno! Yo que les charlo á todas con la facilidad más grande, para hablar con Isabel se me enreda la lengua y me enfrío como si estuviera en El Páramo. A este paso no estoy haciendo otra cosa que dándole de qué reír, pero es más fácil que yo aguarde diez á mano limpia que hablar con ella; es tan seria!

Cuando Manuel y su rival se encontraban decía aquél:

—Ola ¿cómo va aquéllo? ¿Cuándo nos bebemos ese caldo? Porque supongo que me harás padrino.

—Que, hombre, si no me va lo negro de la uña! Eso para ti que la tienes como un bledo; por lo que veo me quedaré metido.

—Echate el viejo al bolsillo y yo te respondo de lo demás; si tienes cincuenta bueyes dile que son ciento; deslúmbralo con tu fuerza, y yá vendrá lo demás.

—Harto gano con eso, si ella se manda! es que yo creo que hasta me aborrece; le da por comer limón desde que me ve, y tengo ganas de dejar

esto. ¿Por qué le dará Dios tánto bizcocho al que no tiene con qué mascar?

—¿Y lo dices?

—Por nada: te quiere á ti que no has pensado en casarte con ella, y no me puede ver á mí que le tiendo la ruana para que pase.

—Eso no vale nada, Luisito, yo me voy dentro de poco, y quedarás dueño del patio; la torre vendrá al suelo, porque "ausencia engendra olvido".

—No lo creas, que también dice el refrán: "La ausencia es aire que apaga el fuego chico y enciende el grande".

—No temas, tu suegro le echará agua al incendio.

—Bien, entre tanto, supongo que no estarás resentido conmigo.

—Phs! si te gusta ella, bien hiciste aprovechando la confesión que te hice de que no me casaría; hay que ser justos.

—Sí, porque si nada me hubieras dicho, nada habría hecho yo.

Y se separaban tan amigos como antes.

El hijo de don Basilio si no quitó del corazón á Isabel, al menos le arrimó á Dolores, y se dió á admirar á la hija del señor Sinforoso la cual se volvía loca pensando en la suerte que corriera Bonifacio que, como si se hubiese evaporado, no daba señales de existencia. Pero, ¿qué camino

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Centro de Patrimonio Documental

pudo coger? decía Dolores; estará en alguna montaña, pero, ¿por qué no me da cuenta?

A veces atravezaba por su mente una idea espantosa: Quién sabe, decía, si.... tal vez.... entre algún matorral donde nadie lo vió; no lo permita mi Dios!

Su padre, Chinca y Valeriano trataban de darle consuelos, mas perdían tiempo, porque ella como si encontrase el consuelo en vivir triste, no los admitía.

Y trabajaba como un peón. De mañana á tarde mantenía con Chinca un brete de arepas, ajiaco y chocolate que ésta iba á vender á los cuarteles; se acostaba rendida de cansancio, ¡y si durmiera! pero ahí se estaba voltea para acá, ahora para allá rezando por su marido y pensando en él.

A media noche, oyéndola moverse en la cama, solía su amiga decirle:

No seas boba niña! ¿Peor no fuera que te lo trajeran y lo desbarataran á palos? No pensés más y dormite; bien bueno que estará él por ahí quién sabe dónde y tal vez con su arrinquín, figure los hombres!....y vos aquí volviéndote un guaral, espiritada como una ánima del purgatorio. Ya te digo: no le des más vueltas á la cosa y dormite; por eso no me quise casar yo, cabalmente que hartos me salieron; ¡qué molienda de aguantar hombres que el día menos pensado se largan y dejan á uno de cualquier modo! Eh, si los hombres son buenos, pero de lejitos. Hacéte la que no tenés pensamiento y verés cómo te agarra el sueño.

Pocas noches después dió á luz Dolores una niña tan robusta y lozana á pesar de la vida fatigosa de la madre, que la recién nacida fué asombro de la vecindad.

—María Santísima, decía una mujer tanteándole el peso, si esto es un muán!

Otra arrebatándola:

—Y sí que se parece á Bonifacio!

—Ello no, á Dolores.

—No sean bobas, entraba la tercera, al dijunto Pedro. Pero mírenle la boquita qué cosa tan chirringa.

—Y como que es zarca?

—¡Qué zarca! Tiene los ojos chocolatos.

—Y es ñatica ¿no es cierto?

—Pues cómo va á ser!....cosita más afilada....

La madre sonreía con dulcísimo placer oyendo estos análisis; el tronquito de carne rosada, amago de persona mirando vagamente se dejaba manosear como un muñeco sin decir no me molestéis.

Chinca llevó la noticia muy temprano á las señoras Garcías.

—Si vieran la brizna tan querida con que se apareció aquélla, mismamente un Niño Dios. Ahí le mandó decir á la niña Regina que ya sabía que

ella y mano Sinforoso tenían que sacársela de pila; está muy alentaíta, para que no la dejen mora muchos días.

Acto continuo se puso la madrina á fabricar unas camisas del tamaño de un guante cada una, descotada aquélla, con mangas ésta y de distintos colores; mandó moler dos libras de cacao y preparar un peso de bizcochuelos. Recogido que fué todo á la tarde, en son de una caminada á "La Cuchilla" con doña Celsa y Valeriano llevó este obsequio de rigor en tales casos á la comadre.

—Pues ¿no ve? le dijo ésta al verla entrar, cómo le voy á meter el petardo del compadrazgo, niña?

—Con tánto gusto que voy á cargar la muchachita, Dolores; á ver, muéstra con qué saliste.

—Eh, si está muy feíta; eso tan colorao!

Y diciendo tal sacaba de junto á su seno el juguete con vida que salió á la luz cariañusgado y torciendo el hocico como protestando contra el frío y la curiosidad.

—Cómo dices que es fea! Replicó Regina tomándola; más buena moza!

—Yá ves, se metió Chinca; y vos dale que le das con lo fea de la niña; puede castigarte mi Dios volviéndotela un coméme. ¿No es cierto, ole, Valeriano, que está muy lindita?

—Eh! á mí se me parecen todos los muchachos

chiquitos á un cucarrón boca arriba, que no se cansa de mover las patas.

—El parecido sos vos, so burro.

—Cuídese mucho niña, le decía doña Celsa á Dolores; mire que una dieta mal cuidada....que le traigan sus comiditas bien tapadas y no se deje dar viento frío.

Y la monísima personita volvió al nido tibio cercado por el regazo materno, y con gran satisfacción porque al momento cerró los ojuelos como para dormir.

—Conque, quedamos en que mañana, si hace buen día, Chinca y mi padre van á su casa con el avechucho para que me lo haga cristianar, ¿no le parece?

—Sí, ole; bien puedes mandarla, que yo te la arreglo allá.

—Cuándo dejarán de ser buenas conmigo!

—Jesús, no te vas á morir de la pena.

—Y usted, Sinforoso, estará chochando con la nieta ¿no? Dijo doña Celsa.

—Ay, mi señora; no me gusta ni voltearla á ver, porque se me representan Genoveva y Pedro. Cómo estuviera ella de culeca con esta criatura.

—Tantée, terció Chinca; cuando un muchacho chiquito es el dolatre de los abuelos.

Se despidieron las señoras con mucho cariño y Dolores se quedó ocupadísima, según ella, en esos pequeños é íntimos detalles en que entran las ma-

dres con tánto interés, pongamos por caso, para volver el hijo un cigarro de puro apretado con la cobija y diciéndole:

Camine, mi señora, yo la envuelvo, porque se me muere de frío; su mercé se va á poner muy buena moza para esperar á su taita, ¡véle el torcido de la jeta á esta zamba!....¿quién te mete á vos en esas, so bandida? Las manos de algunos!

Y Dolores se las cogía con los dientes á mordérselas con blandura, luégo la alzaba, se la metía debajo de la barba, le escarbaba las orejas, le sobaba con cebo las narices y le daba besos por todas partes.

—Tánto que pesa! volvía á decir; nó, si no la puedo manejar; nó, señora, mañana madruga á hacer oficio, porque usté yá es una mujerona!.... mentiras, mi bien, si son chanzas, aquí está tu madre que te va á cuidar como una reina, melindrosa querida. Ahora sí, á dormir y cuidaíto como en esto yá está pidiendo qué jartar, que no hay quién la llene; así es el taita, más tragón!

En seguida se dió la tal reina una hartada de leche y se quedó dormida.

No era Dolores dama de hacerle saques al viento ni de muchos escrúpulos en eso de cuidos. Al octavo día de ser madre andaba chapoteando por los charcos del patio de la casa y encarrilada en sus quehaceres como si tal cosa no hubiera sucedido. A la niña le pusieron por nombre Genoveva

y vivía poco menos que en brazos del abuelo, el cual andaba tan estropeado por los dolores morales y las fiebres pasadas, que no le era fácil coger oficio, él que poco antes había sido el movimiento perpetuo y la diligencia misma; á todo lo cual se agregaba la edad, que no era corta, no sino que antes había llegado el tiempo en que la naturaleza pide quietud; no obstante, el señor Sinforoso no podía resignarse á estar de balde. No hay nada más perezoso que pereciar tánto, decía.

—¡Qué cuento! replicaba su hija; usté estese quieto que para eso trabajo yo; mientras Dios me dé vida y salú nada le faltará; rece, es lo que ha de hacer, pidiéndole á mi Dios que me depare á Bonifacio porque si no, sí se nos pone muy maluca la vida.

Lo que merecía verse en ese entonces era la belleza de la mujer de Bonifacio.

En toda la plenitud del desarrollo quedó su cuerpo después del alumbràmiento, acentuadas y corregidas todas sus líneas por la maternidad; como si la sangre que había puesto para la encarnación de su hija le sobrase, tenía las mejillas igual que antes; pasmaba la pureza del colorido de aquella cara, la garganta parecía un hacinamiento de pétalos de rosa te. Milagro que se sostuviera la gracia en una figura donde no ponía mano el arte, diestro satinador de la belleza femenil; este alcahuete mágico tenía olvidada á Dolores, quizá

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

porque élla podía enseñarle á él á ser bello. Por increíble rareza, no había la campesina entendido todavía en aquello de la indumentaria, por lo cual no tenía seguridad de si lo que se untaban las damas de jolgorio era albayalde ó cal.

A haber sido coqueta Dolores, bien se le hubiera podido comparar, por su fisonomía, con aquella virgen mundanamente celestial que llaman de la silla y que carga á su chiquitín con tal estudio de cargarlo con gracia, que más parece una madre de la tierra, joven y amiga de agradar; pero, nó, la mujer de Bonifacio no se cuidaba de satisfacer la vista de nadie; si parecía bella, no entraba esto en su pensamiento, como no entra la intención en una palma de deslumbrar á nadie con su gallardía; porque Dolores, por falta de talento, no sabía que era reina; ella creía que la soberanía de una mujer estaba en ser capaz de cocinar para treinta peones; sabía que era bella, eso lo sabe todo el que lo es, pero no tenía la destreza necesaria ni poca tampoco para manejar esa belleza, y andaba tan sencilla de peinado y de vestido que provocaba ponerle flores en aquél y llenarle estos de cintas.

—Caramba! decía doña Celsa cuando la veía; poniéndole á esta muchacha un traje adornado y peinándola bien, quedarían las señoras entre un cacho; ¡cómo se viera con un vestido negro lleno de pasamanerías y una mantilla con franja bien

ancha! Ah lástima que le tengo! trabajos le mando para lidiar á los hombres: si á las mujeres nos gusta ¿que será á ellos? Francamente, no debía abusar andando tan sola por esas calles, y eso que es más honestica! Tánto gusto que me da cuando le hablan porque se pone colorada, no parece que tuviera un hijo.

Cuando salía Dolores á quehaceres callejeros, porque su compañera anduviese en otros de la casa, los hombres viéndola tan seria y recatada se limitaban á decirle primores en voz baja; mas sucedió que un día un militar creyendo que era fácil tomar aquel corazón como una plaza sin soldados, le descargó una esquela, tercer granada que caía en el recinto guardado por la fidelidad, las dos primeras habían sido despedidas por Manuel, una en forma de dinero que Dolores rechazó el día que partió su marido para la guerra y otra disimulada por una bestia de viaje.

Por el momento creyó la joven que la carta era de su marido y metiéndosela en el seno corrió á leerla con su padre, ó, mejor, á buscar quién se la leyese á los dos, porque en eso de letras no se les alcanzaba ni el cristus. Una amiga se consiguió para ello, la cual empezó en voz alta:

"Ermosísima Lola:

Ella pestañeó y su padre volvió á mirar á la lectora con honda sorpresa.

UNIVERSIDAD EAFIT

"Permíteme que te diga lo que siento ó voy á reventar como en una explosión."

—¿Qué, qué? Interrumpió el señor Sinforoso. Eso no es para Dolores. ¿Quién escribió eso?

Y poniendo á su nieta á patalear en el suelo se levantó alarmado.

La lectora buscó la firma.

—"Alfredo Quintana." Dijo.

—¿Quién es Alfredo Quintana? Y ese por qué te escribe á vos? á ver, contestame ó te mato.

Y se cuadró el anciano por delante de su hija con las manos crispadas como para un bofetón.

—Yo no sé, señor; yo no conozco á ese hombre. Respondió Dolores con la cara hecha un incendio.

—Entonces, ¿por qué te cartea?

—Yo no sé.

—Es decir, te desnuco á palos, demonio! Eche acá.

Arrebató el papel y lo volvió añicos.

La lectora sonreía mirando á Dolores con curiosidad.

—¿Qué es la cosa? Preguntó Chinca entrando con un plátano verde á medio pelar en la mano.

—¡Qué le parece, cartas de amores!

—Quién á quién? á ver, cuenten.

El viejo se arrepintió en seguida de su indiscreción.—Eh, ni se sabe. Respondió.

Tan boba que era la hermana de Valeriano para darse por satisfecha.

—¿Cómo ni se sabe? Entonces por qué estaba usté gritando? Ahí lo veo hecho un judío.

—Es que me chocan esas cosas.

—Por algo le chocan.

Y mirando á Dolores que permanecía agachada: —Ah, ah, dijo, yá sé qué es ¿y eso qué tiene de particular? Más es el alboroto. Caminá, olita, dirigiéndose á la lectora, ayudáme á bajar una olla que se me está quemando.

Salieron las dos.

—Hijita de mi corazón, volvió á decir el señor Sinforoso cuando estuvo solo con Dolores, yo no creo que usté ande en estas ¿no es cierto? Qué tal, por Dios!....hasta ahí durabas; mirá te mataba aunque me llevaran al presidio.

—¿Qué quiere que haga para convencerlo?

—Jurámelo.

—¡Por esta Santa Cruz!

Y cruzó los dedos índices.

—Hincáte para creerte.

—Vea, aquí estoy.

—¿Por el alma de Genoveva?

—Sí, señor.

—Gracias á mi Dios! Levantáte y ahora mismo mandás al don Alfredito para los infiernos. ¿Quién es ese arrastrao?

Dolores se puso á llorar.

Entre tanto, esto era el diálogo en la cocina.

—Bueno, y quién trujo la carta?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—No sé, yo estaba haciendo tabacos en la puerta cuando pasó ella y me llamó para que viniera á leérsela.

—Y cómo era que decía?

—Dizque Lolita de mi corazón, querida de mi alma, por qué pasaste hoy tan seria; si vieras el regalo tan querido que te tengo; te espero á tal hora, no sé dónde, y otro montón de cosas que el viejo no me dejó ver porque me la arrebató.

—¿Conque, todo eso? Vé la mosca muerta!.... yá te cogimos las cabuyas. ¡Y quien la ve tan recogida y disimulada! ¿Y el sujeto quién es?

—Pues aquel militar tan pispo que tiene el bozo mono y la boca tan colorada, que viene á caminar por aquí todas las tardes.

—¿Uno que es echando ojo para acá como si quisiera sacarnos de la cocina?

—El mismo.

—Y que es lo más abizcochao, lleno de cordones por aquí así y una guasca que le suena como una administración?

—Eso es.

—Con razón miraba tánto, si la otra yá tenía el pecho corruto; cuánto hará eso, María Santísima! y uno vuelto la pura inocencia. Con seguridá que, yo que volteo para la calle, y él que se me cuela á la casa. ¿Y este viejo dementao no habrá visto, ó será que le consiente? Véles los papeles pa que yo no los eche de casa.

—Que es una cualquier cosa, ih!....dijo la lectora; me dejo quemar este dedo.

—Pes demás, alternó Chinca exaltándose por grados; y ¿dónde tendrá esta bribona toíta la plata que le ha sacao? Podrá vestir al taita que anda en añicos y engalanarse ella. ¿No te lo digo? Vos creéte de las que no quiebran un plato. Pobre Bonifacio, no sabe el macho rucio que le cayó al infeliz encima; con seguridá que por eso anda remontao; de razón: con una puerca de esta moda ¿quién vive? ni teniendo cuatro ojos; pero ahora sí no hace más zurco conmigo, que se largue para la quinta con su melitar, que yo no soy tapadera de nadie.

En esto entró Dolores á la cocina.

—Pues, sí, siguió Chinca dirigiéndose á la otra; calláte la boca, no vas á decir nada vos, porque la gente es muy levanta testimonios y después dirán en la calle que ésta es una no sé qué y sí sé cuando.

—Queridas, por la sangre de Cristo, dijo la pobre madre, juntando las manos en ademán de súplica, no hablen más de eso, que tengo una vergüenza!

—Nó, era que estábamos diciendo aquí que quién sabe cuántos sabrán yá la cosa.

—¿Cómo así? ¿cuál cosa?

—Pues lo de la carta y toíto lo que decía.

—Pero ¿quién va á saberlo, olitas?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Eh, y el melitar no tiene boca? Ahora nos va á echar la culpa á nosotros de todo el enredo. Yo qué!....Yo estoy en mi cocina sosegada sin meterme con nadie y en mi oficio; usté verá cómo sale de la hondura en que se zampó; pero, eso sí, cuente que esta es la hora en que Bonifacio lo sabe, y quién sabe cuántos más; qué le parece, con lo ligero que andan las noticias, y más de esta calidá!

Dolores, á medida que hablaba Chinca iba abriendo los ojos y sentía que el miedo se apoderaba de todo su sér. —Nó, qué horror, dijo; si yo soy honrada! cállense la boca. Yo voy á buscar quién me conteste esa carta insultando á ese atrevido.

Y salió.

—¿No te digo, ole? véle las aleluyas. ¡Ah gata, no te conociéramos!

La hija del señor Sinforoso se tiró en una cama á llorar. —Bonifacio, Bonifacio, por qué no venís? Decía.

—¿A qué? ¿A servirte de mampara? Respondía con sorna Chinca en la cocina.

—Ay, Dios mío, vos sabés cómo está mi conciencia ¿por qué permitís esto?

—Por lo mismo, porque está como un muladar. Gruñía la otra.

—Ay, ay! Qué horrible es la vida!

—Llorá, hipocritona, que siempre te cremos. Y

le estoy cogiendo tirria. Si siquiera fuera tan bonita como dicen, pero ¡qué! cuando ni botines se pone. Animas que venga Valeriano!

Dolores tomó su niña y colocándola en el regazo se puso á mirarla dejándole caer lágrimas en la frente; cada vez que Chinca entraba á la sala, la madre la miraba con aire suplicante y humilde como diciéndole: Por mi hija, cállate. La otra pasaba estirando media vara de jeta, cual si tuviese mucho que ver en la perdición de su amiga. El señor Sinforoso dió por terminado el asunto cuando se convenció de la inocencia de su hija, y se estaba sin oír los truenos de la tempestad que se fraguaba, conversando muy tranquilo con un transeúnte y de esparcimiento con él. Dolores veía todo el aparato satánico de nubes que corrían aprestándose para inundarla y, como si Chinca fuese el dios que manejaba la tormenta, clavaba en ella miradas de oveja maniatada.

No se le cocían las habas á la hermana de Valeriano: le dió una caminadera como de mico, yendo y viniendo de la cocina á la calle, y al revés, atisba que atisba á su hermano.

Al fin apareció éste por la tarde.

Dolores con los ojos enrojecidos le miró como á otro juez inexorable y no tuvo valor para hablarle.

—¿Qué es esa cara? Preguntó él.

—Es que la niña está algo enferma.

—¿Y por eso ha berriao usté asina?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Valeriano! Dijeron desde el patio.

—¿Qué?

—Caminá, ayudáme á subir estas gallinas al gallinero.

—Allá voy.

—Reina del Cielo! ¿qué le irá á decir! murmuró Dolores; nó, yo me voy detrás. Pero no tuvo valor para levantarse: ahí se quedó fría como un reo que aguarda poco menos que sentencia de muerte.

Un rato después pasó Valeriano por la sala tosiendo con ironía y mirando á Dolores así de chiquitita.

CAPITULO XVIII

Y cogió la calle, le parecía muy tarde el día siguiente para llevar la noticia á casa de don Basilio. —Lo malo es, decía rascándose por detrás de una oreja, que no sé cómo he de echarles el cuento que me entiendan y no me entiendan; allá como son tan escrupulosos! Pues el otro día no me iban á despachar dizque por conversón y amigo de meterme en lo que no me importa! —Vé, Valeriano, decía la vieja, ó te estás callado en tu oficio ó te largas para tu casa; vé que es una calamidad esto de tener que aguantarte á vos atisbándolo todo, metiendo tu cucharada á toda hora y enredando á todo el mundo.

Yo prometí no volver á abrir el pico sino para comer, pero lo que es este negocio de Dolores sí no se me queda adentro ni á garrote. ¿No les gus-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

ta tánto atenderla y contemplarla como si fuera una señora? Sí, tomen su señora!

Me voy á hacer así el bobón como quien no quiere contar nada, por supuestamente dando puntadas saltonas hasta que les haga abrir la gana, ¡con lo curiosas que son las mujeres! Con tal que no esté ahí la santica, le ensarto el cuento á las otras dos; es que con esa niña Regina sí no hay para qué, ni habla ni deja hablar de nadie delante de ella; siempre está defendiendo á todo el mundo, y ésa es, cabalmente, la que más quiere á Dolores. Lo primero que voy á hacer es decirles que con su permiso que voy por un lazo que se me quedó, y busca por aquí, busca por allí voy soltando cabos hasta que los suelte todos. Es que yo tengo cierta tirria contra Dolores, porque se quiere hacer la mucha cosa siendo una montañera del Tablazo; se pasa regañando á Chinca dizque porque admite visitas de negros, hablando de señoras, mi siá no sé qué, y mi siá no me acuerdo, y don tampoco me acuerdo. ¿Porque tiene el colorcito claro? Maldito sea!

Y llegó á casa de doña Celsa.

—Que con su permiso, entró diciendo, que vengo á buscar un lazo que se me quedó.

—¿Y éste qué anda haciendo por aquí tan tarde? Preguntóle distraídamente la señora.

—¿No le digo? Buscando un lazo; milagro que me hubiera acordao ah! como estaba eso en casa!

—Hay algún enfermo? Preguntó Regina con interés.

—Ello nó, niña; ojalá fuera eso y no esa moda de escándalos.

La joven se puso colorada con esta respuesta, y á doña Celsa se le abrió la gana, que dijera Valeriano, el cual se metió como muy preocupado á la caballeriza. —Pues nada, salió diciendo á poco rato, no parece; eso será lo de menos.

—Qué es lo que te tiene tan pensativo? Interrogó la señora.

—Las repelencias de aquélla; pero, déjeme ir que voy á ver en qué paró todo.

—Sí, se metió apresuradamente Regina, déjelo ir, mamá, que él tendrá mucho qué hacer.

—Mucho qué hacer nó: no es sino á ver qué hubo de la bulla con la tal Dolores que yá nos tiene hasta aquí.

—¿Cuál Dolores?

—¿Pues cuál? La Doloritas, pues; la hija de mano Sinforoso. ¿Dónde estará mi lazo? Yo que tenía gana de madrugar con las vacas.

—Pero, qué es lo que dices?

—Mamá! Le llamó la atención á la señora, muy seria Regina.

—Que Dolores, mi señora, se ha vuelto como tan yo no sé cómo.

—Es muy buena! ¿No es cierto Valeriano? De-

clamó dulcemente la joven que adivinó rápidamente el fin á donde iba el criado.

—Aténgase y no corra, niña; usté no sabe las afugias en que se ha visto mi pobre hermana tapando cosas.

—Mentira! mentira! Gritó ella tapándose los oídos. Mamá ¿cómo le admite usté á este hombre semejante conversación? Nó, nó, salga de aquí.

—¿Para qué se ponen á preguntarme? Yo entré callao á buscar mi lazo.

—Corriente, váyase.

—Ojalá usted supiera, niña!

—Y sigue? Virgen María cómo permites que destrocen así la honra de una criatura? Bien, querido, bien, váyase, por Dios! váyase, upa!

—Si yá me voy; déjenme buscar mi lazo, cabalmente que á mí tampoco me gustan naíta las cosas de aquélla.

—Bueno, cállese, no diga más.

—Por supuesto que me callo, pero que aquélla es una cualquier cosa...hijue pucha si es! Yá me voy, el demontres del lazo como que se lo mascaron las vacas esta mañana.

—Salga! Le ordenó doña Celsa más por complacer á su hija que por no oírlo. Regina se entró á una alcoba.

—Ahora que estamos solos, mi señora, créame; yo no es por hacerle el mal á aquélla.

—Sí, sí, lárgate.

—Yá voy, señora; si usted conociera al tal melitar!....un mono que tiene los mostachos como barba de chócolo y que se corrió en los Chancos, porque yo lo ví á la carrera como alma que llevan los diablos.

—Valeriano, no seas ladrón!

—Qué le he robao?

—A mí nada, á Dolores le estás robando la reputación.

—Mamá, por Dios, mamá, éntrese.

Salió Regina de su escondite suplicando. —Valeriano, usté es un caballero, usté tiene muy buen corazón ¿no es verdad que todo ha sido una broma? Si viera lo que me reí allí adentro ¡las cosas de éste! Y déjate de esos embustes, porque te castiga mi Dios; vé que da mucho trabajo para que él perdone una calumnia.

—Pues no dice usté niña que son bromas mías?

—Bromas ó verdades no las digas.

—Sobretodamente, niña, yo no venía á contarle á usté sino á mi siá Celsa y á la otra señora, digo, nó, á ninguna; como se largan á preguntarme.... Y hay otra cosa: acaso lo que les iba á decir es tan feo como usté cree; no era sino que esta tardecita cuando llegué á casa encontré aquello lleno de polecías que habían ido á traérsela por escandalosa, yo los ví con estos ojos que se ha de comer la tierra. Y la pobre Chinca ataja al uno, ataja al otro, logró quitárselas, pero ¡en cuáles se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

vió! Eso era un enredo con una partida de oficiales.

Esto lo iba diciendo Valeriano caminando de para atrás y seguido por Regina la cual cogió las alas del portón cuando el criado llegó al quicio y lo hubiera matado con ellas si éste no hubiese saltado rápidamente. Sonó el portonazo.

A poco doña Celsa mirando al suelo y rascándose un oído con un dedo meñique decía á media voz:

Antes había durado mucho; ahora caigo en lo del balance con Chinca; ah hombres! vea que ir á alebrestar á una criatura tan buenecita; pero ella tiene la culpa: una mujer tan linda calle arriba y calle abajo. Es que la que no se quiere cuidar está descuidada aunque le pongan al lado una gruesa de dragones.

—Apuesto, mamá, á que usted está creyendo lo que dijo aquel muchacho.

—Nó, yo no creo ni niego nada, lo que sí te aseguro es que voy á averiguar bien la cosa; mientras tanto, á casa que no vuelva, porque la despacho. Acuérdate de lo que yo te decía: esta muchacha tan bonita.....

—Yo me atrevería á jurarle, señora, que Dolores es buena y que todo ha sido una invención de Valeriano.

—Ojalá, pero lo veo difícil.

Luisa que estaba de paseo en casa de una amiga entró en este punto y al momento quedó informada de lo sucedido, pero á medias porque ninguna de las dos se atrevió á contarle detalles, así, á grandes rasgos le hicieron saber la una la maldad de Dolores, la otra, la de Valeriano.

A la cuadra topó éste con Manuel. —Venga, niño, venga deme un consejo; allá lo fuí á buscar á su casa, pero lo que sucedió fué que las señoras se pusieron bravas cuando comencé á contarles.

—Ola, hombre ¿de qué se trata?

—De casi nada: primeramente un nidao de noticias, después un consejo.

—¿Noticias?

—Pues ¿cómo no? Tocantes á la Lolita. Yá le habrán contao á U. ¿no? Y las señoras, que lo habían de saber, se nojaron porque yo les fuí á decir tal como sucedió, antes de que otro conversón se los fuera á contar aumentao.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido?

—No sabe nada? Particular, porque es público; yo....por eso....se lo cuento, que si no, no había riesgo que usté me sacara tanto así.

Y mostró la punta de un dedo índice.

—Sí, sí, tú eres muy recatado; écha, pues.

Aquí que nadie me estorba ni anda con melindres, ni se tapa los oídos, se dijo Valeriano. Y puso á Dolores muy buena para echarla entre un pozo y dejarle caer una piedra encima; pero, Manuel no le creyó ni jota ¡qué iba á creerle! si á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

alguno le constaba la honradez de la mujer de Bonifacio era á él. —Apuesto á que todo eso es un enredo! Dijo cuando el otro acabó su cuento poco menos que sudando.

—Eh, niño; si esto lo sabía yo desde que el diablo estaba en camisa.

—Eso no puede ser, porque el viejo Sinforoso.....

—¿Ño Sinforoso? le atajó el criado; calle la boca, que ella le echó hace tiempo bozal con la pretina de las naguas. Ah viejo zorro!....como si no viera; y yá ve usté que está que ni cabuya de puro viejo, que podía hacerse respetar. Conque vaya viendo la clase de víbora que fueron á apadrinar en su casa. Hasta mañana, pues.

—Aguárdate ¿no me pedías un consejo? Es para que veas que tú no tenías sino gana de meterme el enredo.

—Y qué consejo! como veo que usté la está defendiendo..... Pero siempre la rumbamos de casa esta noche.

—Déjate de aspavientos, hombre.

—Y la dejamos allá? Nó, señor, porque se le acaban las buenas relaciones á Chinca; qué le parece con lo trabajosa que es ella para eso!

—Con seguridad que tú le has puesto por montones tiza al asunto.

—De modo que cree que son invenciones mías?

—Francamente, sí.

—¿Y por qué la defiende usté?

—Porque no es de caballeros estrellarse contra una mujer.

—Ah blanco! por eso no es; diga, diga, que aunque me esté mal el decirlo, no hay otro más callao que yo.

—Eso se te nota, hijo.

—Bien pueda decir, que no es por alabarme, pero yo para guardar un secreto.....

—¿Qué? lo que tengo de decirte es que ni tú ni tu hermana le mentéis nada á Dolores de estas alarmas y que la dejéis en la casa.

—Buenos tiempos hacía que yo había barruntao, niño; y con razón: una mujer tan preciosa y recogidita.

—¿Recogidita? Pues no acabas de decir que es esto y lo demás allá.

—Y se pone á creer! Yo no era sino por ver qué cara ponía usté ¡qué le parece con lo que yo la quiero! y Chinca, con lo amamantada que está á la niña, ni riesgo que la dejara salir de la casa.

—Por eso, cállate y procura que tu hermana también.

—Y con más razón ahora que....usté se ha interesado por ella.

—Como lo hiciera por cualquiera otra.

—Cuente conmigo, niño, y no crea que es por interés, sino por que me dita el ayudarle.

—¿Ayudarme á qué?

—A....es decir....á....no, verdad es porque le tengo voluntad.

—Cuidado, pues, con la indiscreción.

—Pierda cuidao, y no crea que es porque yo me quede esperando de usté paga ninguna.

—Gracias; sin embargo, si te manejas bien....

—Procuraré hacerlo, niño. ¿Se vuelve de aquí?

—Sí; cuidado con la lengua.

—Ni que yo fuera el primer enredista.

Dolores, entre tanto, hacía dormir á su hija rezando en vez de cantar como lo hacen todas las madres al llamar el sueño de sus serafines. Al entrar Valeriano volvió hacia él la cabeza procurando leerle algo en los ojos, y cuál no sería su asombro al oírle:

—Ay, ole, vengo más cansao!

—¿De dónde?

—Adivináme.

—Nó, ni riesgo.

—De mandarle á hacer un flux á tu muchareja ¿ó estás pensando que yo creí lo de hoy? Ah, boba! yo conozco mucho la gente: de una nigua hace un alifante.

La mujer de Bonifacio se sintió ligera de espíritu como de cuerpo el reo á quien le quitan las seis arrobas de cadena que arrastraba. Se levantó y le echó encima los brazos á Valeriano. —El Señor te dé la Gloria, querido! Le dijo.

—Eh, no hay por qué.

Y se escurrió mañosamente de aquellos brazos hermosos como si le quemaran el cuello; voló después á la cocina.

—Yá sabés, ole Chinca, que Dolores es muy honrada.

—Honrada sí ¿cómo no?

—Verdad, donde misiá Celsa dijeron que todo dizque era mentira.

—¿Y porque ellas lo hayan dicho?

—Los blancos saben más, y atendé una cosa: allá la quieren mucho, sobre todo ese.....digo, pues.....ese cuento está muy feo; es mejor que no nos metamos; ¿no ves que hasta nos puede convenir?

—Ah, bueno; entonces sigamos como en antes y no le volvamos á decir nada.

—Por supuesto; lo único que te digo es que no nos pesa; yo te cuento después. Hacele buena cara.

Los dos hermanos entraron á la sala muy melosos y habladores. Valeriano despertó á la niña babeándola á besos y diciéndole majaderías. Chinca se le arrimó al señor Sinforoso. —Qué es la tristeza, papacito? le dijo; ah, ah, camine, bailemos unas vueltas.

Y le tiraba de una mano.

Dolores desde el fondo del corazón alzaba un himno de gratitud al que hizo los pobres de espíritu. —Si éstos son muy buenos, decía; tengo que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

pedirles perdón, porque creí que me iban á descuerar.

—Hay que buscar un paje para mañana. Le dijeron á la vez Regina y su madre á Manuel cuando entró á la casa por la noche.

—¿Por qué, ah?

—Porque aquel muchacho se ha vuelto muy enredador, muy entrometido y muy antipático.

—¿Para qué le admiten sus cosas?

—Y si cuando uno menos lo piensa las echa.

—No le hagan caso, que otro tan bueno y tan rápido para hacer sus cosas no se consigue.

—Eso sí es cierto, decía doña Celsa; éste es el indio que tiene alas en los pies y que hace todo más bien.

—Sí, mamá, pero ese muchacho no debe estar en casa yá, respondía Regina; ha cogido demasiada confianza. Usted y Manuel tienen la culpa de ello, usted, porque le ande ligero, le disimula todo y Manuel que con sus risas lo ha vuelto un payaso.

—Déjese de boberías, remató el joven; si Valeriano se va de aquí ¿saben lo que sucede? se les cae la casa. Es un sirviente admirable y sobre todo, mi caballo no se deja coger sino de él, y eso que no tiene ni qué cogerlo, basta que se le ponga por delante para que lo vaya siguiendo como un perro; no obstante, mañana le haré las advertencias que ustedes quieran.

Oh noche feliz la de Dolores! la alegría le duraba aún en sueños: Bonifacio dizque había vuelto rico, muy rico, y que una noche blanca de luna se habían ido los esposos abrazados por el camino del Tablazo; que de allá dizque venía la señora Genoveva á encontrarlos trayendo por la mano á la niña andariega y habladora yá, la ensortijada cabellera prendida de jazmines que á la luz de la luna brillaban como una corona de estrellas. Ah, nó, era que estaba soñando! despertó diciendo la joven; qué tan bueno que eso fuera cierto! Bonifacio, Bonifacio ¿dónde estás? Santa Ana hermosa, me comprometo á trabajar día y noche hasta que junte con qué comprarte de bulto, y me lo traes, sí, me comprometo á comenzar desde hoy echando cuartillos en una alcancía. Allá se te lo haya, queridita, cuento con vos.

Se levantó, y mano al trabajo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

CAPITULO XIX

Al medio día teniendo que salir á la calle resolvió darse un filito, que las mujeres dicen, pero, que no consistió sino en ponerse de limpio; y allá va tan hechicera llenando la calle como si pasasen por ahí con un rosal florecido y arrancado por la mañana. La gente no podía acostumbrarse á dejar pasar aquella delicia sin abrir la boca. —Hoy sí que va la Doloritas que revienta cables, decían; esta condenada amanece más bella todos los días.

Al volver Dolores una esquina se encontró con un militar de manos á boca, el cual militar enmelotado de mieles el pico y porque lo oyese un grupo de desocupados que ahí se alelaba mirándola á ella, le dijo dándole la acera:

UNIVERSIDAD EAFIT

—¿Recibiste mi carta, Lolilla?

—Sí, respondió palideciendo; tome, yo se la contesto:

Botó una escupa.

Los testigos soltaron una carcajada y Alfredo Quintana se quedó mirándola, mirándola. Colorada que ni un ají maduro, siguió su camino.

Dolores andaba como por el aire, sin ver por dónde iba, de pura vergüenza que le acometió; afortunadamente llegó á casa de don Basilio, al oasis, como quien dice; al menos, como tal tenía ella aquella morada donde con tánto cariño la recibían. —Ay, qué casa tan limpiecita, dijo al entrar; aquí sí que es sabroso; buenos días, mis señoras! ¿cómo les ha ido? ¿qué tal están?

—Buen día. Respondió doña Celsa que siguió agachada quitando las hojas secas de un geranio.

—Cómo está. Fué lo que respondió Luisa, sin mirarla, tampoco.

Las dos respuestas le atajaron el paso á Dolores como dos bayonetas tendidas hacia ella. Tragó una bocanada de saliva que quiso ahogarla y, rehaciéndose:

—¿Están alentaditas?

La señora no contestó.

Luisa con mucha displicencia y un poco tarde:

—Sí.

—¿La señorita Regina dónde está?

—En la iglesia.

Siguió un momento de silencio durante el cual Dolores se quedó hecha una boba mirando el geranio. Por su mente pasó Valeriano horroroso; no sólo por su memoria, por delante de los ojos también, pues que, á tiempo de esta escena, se presentó él en el extremo del corredor, y adivinando rápidamente lo que pasaba, se vino hacia ellas. —Ya sabe, niña Luisa, dijo, que me tiene que hacer la batica.

—¿Cuál batica?

—Ahora sí! ¿ayer no le dije, pues? Una que le voy á regalar á la indiecita de ésta.

—Tú no habías dicho nada, pero, aunque me digas, no la hago.

—Dizque no le había dicho nada! Se acuerda que á la oracioncita.....sería que no me oyó.

—Bueno, yá te dije que no la hago.

—Hoy sí que están estas señoras en el rucio; no se les puede hablar; quién sabe qué les habrá sucedido. Vos, andá, véte, Dolores, y volvé después, es mejor.

—Sí, salga, dijo doña Celsa; viene Basilio y la encuentra aquí.

No tuvo valor para responder; los ojos se le llenaron de lágrimas, viendo lo cual la señora cogió viento:

—Qué tal si viviera Genoveva! pobrecita, cuenta le trajo morirse; bonito modo de guardarle la espalda al marido! Mucho que le convenía á us-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

ted, Dolores, buscar quién le lea la vida de la Magdalena.

—¿Pero, qué es, pues?

—Eh, no hagás caso, dijo ligerito Valeriano poniéndosele á Dolores por delante y empujándola hacia la puerta de la calle; después te cuento, vos no sabés.....andáte, porque es peor, andáte, upa; te conviene, mujer!

—¡No me voy!

Y Dolores se irguió como un caballo fino que siente el primer espolazo. —Mis señoras, déjense de tapaos y díganme por qué están así conmigo: ¿qué les he hecho?

—Mujer del demonio, hacéme caso, si no querés que haya las del Diablo; vé, por Dios, que esto se puede poner muy feo. Decía Valeriano empujándola.

—¿Cómo se pone á preguntar qué ha hecho? respondió doña Celsa; ¿le parece poco....dejemos esto.

Dolores con la fuerza de un jayán y la destreza del pugil que lo entiende, descargó la mano abierta en la cara del paje, por cuya nariz saltaron al punto dos chorros bermejos, mientras que él tambaleando caía hacia atrás. Las señoras corrieron despavoridas; pero, ¿quién se le arrimaba á la mujer de Bonifacio?

Se tiró encima de su víctima y, como quien está ganando mucho dinero, tán, tán, tán! menudeaba los bofetones en el rostro de su enemigo, cuando no le clavaba las uñas. El se le prendió de los cabellos pateando desaforadamente, y haciendo esfuerzos supremos por salírsele de debajo. —Vé, maldito...tomá! para que aprendás á...quitar el ....el ...crédito! sinvergüenza, mugroso, cobarde! El héroe de los Chancos se retorcía sin atreverse á pegarle en la cara á su verdugo, acordándose de la promesa de Manuel.

Pujaban los dos como si ejecutando estuvieran penoso trabajo. Luisa gritaba corriendo por los corredores con las manos en la cabeza; doña Celsa se arrodilló. —Lo mata, lo mata, Virgen María! esta mujer es una fiera, déjelo, por Dios, querida, déjelo, que él no me ha dicho nada.

Para que Dolores oyera! Todo el salvajismo de su montaña vino en su ayuda; los ojos se le pintaron de sangre; en las comisuras de los labios se le formaron pompas de espuma y palidecieron sus mejillas como en un desmayo. Se ponía á mirar á Valeriano un momento, y luégo: Es que te mato, so arrastrao! Y vuelta á la lluvia de bofetones. —Socorro, señoras, gritó él por fin, ó no respondo; quítenmela porque ¡es decir!....Doña Celsa corrió á llamar un vecino. Luisa se encerró.

Se levantó Dolores sacudiéndose las faldas. El otro se quedó boca abajo con la cara entre las manos. El corredor estaba inundado de sangre; los

UNIVERSIDAD EAFIT

cabellos de Valeriano eran un pegostre de coágulos y pelos. —Es para que aprendás á hacer un enredo ¿oíste? Le dió con el pie, lo escupió y empezó á insultarlo andando á su derredor imitando al gato que está cansado de maltratar un ratón antes de comérselo. Se echó el pelo hacia atrás, dobló el pañolón y se disponía á salir cuando entró la madre de Manuel que volvía con otra vieja.
—¿Lo acabaste de matar? Dijo.

—Nó, pero no fué por falta de gana.

—Bueno, allá irá la policía, atrevida!

—Que vaya cuando le parezca.

—¿Te parece que se puede soportar lo que has hecho en mi casa?

Dolores no contestó. Al fin prorrumpió llorando:

—Sí, esto está muy mal hecho, mis señoras; perdónemen, que yo soy muy montuna y muy basta, y después me pesa. Cuándo se me acabarán las malcriadezas! Una vez en el Tablazo insulté á un señor hasta que yá, porque no quiso soltar á Bonifacio; hoy escupí á otro que me mandó una carta, y ahora vengo á hacer esto para mejor adobar todo; yo no debo vivir entre la gente ¡con lo cerrera que soy!

—Pero, de qué modo! míra cómo volviste á ese infeliz.

Valeriano boca abajo gruñía:

—Sí, se aprovechan porque tienen la fuerza de una mula y cogiendo á uno descuidao.

—Valeriano, dijo Dolores, arrodillándose y cogiéndole una mano, levántese y écheme todas las cocas que quiera; estoy arrepentida de haberle pegado así. A ver, yo le ayudo á levantarse ¿Me perdona?

—Si no juera que tengo buen genio, ni se sabe: le había de zampar un rial y medio hasta las cachas, aunque echara los bojes; vea qué tirria para aporriar un cristiano.

No dejándose ver la cara de los que ahí estaban se levantó muy disimulado y se metió á la caballeriza. Prefirió dejarse medio matar de una mujer á desechar la halagadora, tácita promesa que le había hecho su amo.

Luisa salió de su escondite. —¿Todavía está usted aquí? Le dijo á Dolores.

—Yá me voy, niña.

—Ha debido largarse hace mucho rato.

—¿No quiere oír una palabra?

—Nada; yá sábemos quién es usted.

—Bueno, yá que están así de creídas en contra mía, sepan, pues, que yo hago lo que me da la gana; que á ustedes nada les importa y que se me da un comino que les choque; amárrense un trapo, mojigatas; no las necesito para nada.

Y salió.

UNIVERSIDAD EAFIT

Pasados el amargor de la boca, el temblor de los miembros y la honda palidez del semblante, le vino un descoyuntamiento de miembros y una opresión de garganta espantosos; quería gritar, mas, como iba por la calle, no se atrevió á hacerlo; eso sí, llegó á la casa, se sentó en un rincón de la sala y alzó el dique del disimulo; detrás se vino un diluvio de lágrimas y lamentos: Haber peliao con ellas!....nó, nó, maldita sea mi lengua; me duele más lo que yo misma me he hecho, que lo que me han hecho los demás. ¡Ay! ¿qué hago yo ahora sin esa familia tan querida!

El señor Sinforoso la miraba asustado sin atreverse á pedirle explicaciones de aquella escena.

De repente se limpió las lágrimas, y se levantó con la mirada torva.

—¿A dónde va, hijita?

—Pues, á dónde! á hacer oficio.

—Cuénteme qué ha sido esto.

—Nada, señor; repelente que soy yo.

—Pero, llorar así á cuenta de gusto?

Dolores se puso á barrer; un momento después, cuando su padre se descuidó salió á la vecindad.

—Ole, prestáme las tijeras. Le dijo á una amiga.

—Vélas ahí están. ¿Qué vas á hacer?

—A recortarle las uñas á mi taita; en estico te las traigo.

Atravesó la sala y tomó camino del huerto.

—Espérense, demonios, decía, yo les quito la hambladera. Y se metió entre frondosa mata de plátanos. Cogió por la mitad la trenza izquierda con la mano ídem y la templó; volvió la cara al mismo lado y en forzada posición le metió tijeras á aquel adorno regio que le dió naturaleza; mas, fué el caso que, como la trensa era tan gruesa, el arma quedó abierta en ángulo recto; y aunque la mano hacía esfuerzos y los ojos de las tijeras maltrataban los dedos, el pelo corría hacia la punta de ellas como si huyese de los dos filos. Dolores se mordía los labios hasta casi hacerse sangre, pero, nada: tres ó cuatro hebras había cortado.

—¿No quiere? Dijo. Espérese y verá como lo hago querer.

Con sorprendente destreza se desbarató las trenzas y sacudió los manojos de cabellos que se esponjaron derramados por las espaldas de su dueña, vaporosos y ondulados. Si ella se hubiese visto en ese momento por detrás, nó, no habría tenido valor para mutilarse aunque le cegara la locura. Chis, chis, comenzaron las tijeras abriéndose y cerrándose, y, así como se van descolgando las sombras de la noche sobre la tierra, fueron cayendo dulcemente copos oscuros á los pies de aquella impía. Chis!....yá no nabía más qué cortar. Dolores miró al suelo y dió un leve grito: un montecillo negro y trasparente que casi le llegaba á las rodillas estaba entre la mata de plátanos. Salió corriendo como si acabase de asesinar á algu-

UNIVERSIDAD EAFIT BIBLIOTECA Sala de Patrimonio Documental

no. No decimos que estaba fea, porque no cabía fealdad en quien llevaba aquellos ojos y aquella boca: á la Venus de Milo también le faltan los brazos y, con todo, se toma por modelo de belleza; pero, la vista acostumbrada á aquellas brillantes serpientes negras que jugaban entre los pliegues de muselina, no podía tolerar aquel recorte escalonado que daba á la mujer de Bonifacio aspecto de rapaza callejera y descuidada. Chinca que la ve:

—Jesús credo, qué cosa tan fiera! ¿Qué fué eso niña?

—¡No te importa!

—Hija de mi alma, gritó su padre, ¿estás loca?

—Sí, me tienen loca estos demonios! Usté no sabe la moda de jurgonera en que me han metido. Vé, maldita, si vos y tu hermano creyeren que yo estaba faroliando con mi cara, aquí me tienen horrible y feróstica. Y bien pueden seguir hablando, entonces es que me mato. Ahora mismo, padre, vamos á buscar un rancho á "Carangal", no vivo más con estas dos víboras; si usté viera la clase de testimonio que me levantaron! Aquel condenao habló de mí donde misiá Celsa hasta que se le hinchó la lengua y me hizo partir con esa familia, lo que más he querido.

Tal era el encono de Dolores y expresión de rabia que Chinca, llena de miedo, en són de espantar una gallina que escarbaba al pie de enteca ma-

ta, se fué, se fué huerto abajo, con disimulo; cuando yá no la veían abrió carrera, ganó un cercado, saltó á la calle y se metió á la casa del frente.

Dolores le contó á su padre lo sucedido aquel día.

—¿Por qué no lo matates del todo? Dejálo que venga; pero ¡tu pelo, Dolores, tu pelo! tánta satisfacción que me daba vértelo. Ella sacó un pañuelo, se lo amarró en la cabeza, recogiendo los cabellos, y dijo: Yá no hay remedio.

UNIVERSIDAD EAFIT Planetas Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XX

LA guerra terminó y la paz, en una aura de dicha, sopló por montañas y pueblos llenando de regocijo el corazón; las trojes se adornaron otra vez con mazorcas de maíz; allá abrió sus anchos quitasoles el platanal, para hacerle sombra á su carga de oro; siguió la caída de las selvas al golpe del hacha; los hogares apagados tornaron á alzar banderas de humo y los caminos al bullicio y la alegría; la industria les gritó á todos: ¡amaneció! Y el enjambre humano dejó oír nuevamente el grato rumor del trabajo. Sólo en un grupo de almas doloridas no entró la alegría ni hasta ellas alcanzó el aura del placer: allá lejos calcinaba el sol las blancas osamentas de hijos y padres en solitarias llanuras abonadas con sangre humana.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Al remate de la guerra Carlos Soto, aquel comerciante de quien tánto malo decía Luisa, ese á quien llamaba cara de mico y cosas de la laya, se declaró resueltamente perdido por ella; y nada que edificase en tierra movida, porque la otra, mientras peor hablaba de él puerta adentro, más sentía el deseo de asomarse á verlo ventana afuera. Sus padres interpretaron justamente aquella manera de hablar que, puesta en limpio, no era otra cosa que amor; y como el mozo mereciera la pena, no encerraron á su hija ni le dieron paliza ó reprimenda alguna, antes bien, se hicieron los de la vista gorda y oreja mocha y dejaron que el asunto siguiera su curso natural.

En la casa se pusieron todos al tanto de esta manera de querer á un novio, y entendían que cuando ella decía del mercader sarnoso, ó cosa así, lo que se debía traducir era "amado mío", "luz de mis ojos".

No quería la joven ni en broma confesar que lo amaba; porque, aunque es mucha verdad que todas las novias niegan que lo son, al menos, en sus negativas dejan trasparentar la verdad; pero, Luisa se escudaba de nóes por todas partes y por ninguna dejaba traslucir lo cierto; todo esto en cuanto á palabras, que de otro proceder, distinta era: la puerta de la casa si hubiese hablado, quejado se había del tánto pisotearle la joven el dintel; las bisagras de las ventanas estaban docilitas de mucho ejercitarse. Todos en la casa respetaban este capricho de Luisa y se reían de él. Quien quisiese ver que la sangre se le encimaba á la cara como espuma de cerveza á la boca del vaso, que le diera una broma con Carlos; no se podía mentar á dicho señor delante de ella porque al punto estaba vuelta un cohete encendido.

Una mañana vió á sus padres hablando con mucho misterio sentados en el borde de una cama: súbitamente enrojeció, y le vino en seguida una sacudidera de muebles, un desasosiego y tal caminadera que su hermana andando tras ella iba diciéndole:

—¿Y eso?

—¿Qué?

—Ese azogamiento.

—Cuál azogamiento? Qué bulla!

Y siguió viendo de esquivar una mirada sonriente y curiosa en que su padre la envolvía siempre que delante de él pasaba. —Sí, eso, eso, con seguridad, murmuraba para sí; y yo ¿qué voy á contestar? qué miedo! qué miedo!

Llamaron á almorzar; todos al comedor menos ella.

—Qué es que no viene?. Preguntaron.

—Voy á ver.

Regina salió á buscarla. La encontró recostada á un escaparate mordiéndose la uña de un dedo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

pulgar, mirando á un mismo punto, completamente abstraída y apoyada en una escoba.

—Qué es, no vas al comedor? ¿Tienes algo? ¿Por qué estás así....?

—¿Cómo?

—Tan rara, pues; vuelta una boba.

—Ese es mi estado normal.

—De veras ¿estás enferma?

—Nó, no estoy; camína.

Al entrar al comedor pasó una mirada rápida por los ojos de sus padres que, á su vez, los pusieron en los de ella sonrientes y cariñosos. Se asustó tánto, que no hubo de ver al gato que por allí plañía, dándole, por consiguiente, doloroso pisotón; el pobre animalejo, casi aplastado, soltó un chillido, se retorció y encorvado, como pudo se volvió hacia una pierna de Luisa donde le hubiera clavado las uñas si ésta no hubiese saltado. Hubo silencio después interrumpido apenas por el tintín de los cubiertos sobre los platos y los sorbos de caldo caliente.

—No sea que se me olvide, Valeriano, le dijo doña Celsa al criado que en aquel momento ponía algo sobre la mesa, antes de almorzar bárrete el zaguán, que en esto viene Pacha, y si todo no está brillando.....

—Sí, señora, dijo él á media voz cuando hubo salido del comedor, las descuera.

—Yo no he visto una criatura más fisgona, prosiguió la señora: entra, repasa todo con los ojos, y si hay algo mal puesto ó una basurita siquiera no le deja á uno después en qué sentarse.

—Lo mismo que hacen ustedes ¿verdad mamá? Respondió Manuel. Ahí las oigo frecuentemente poniéndole música á cuantas amigas van á visitar.

—A todas nó, Manuel, alternó Luisa, á una que otra que cuando uno no las encuentra en la casa puede dejarles el nombre escrito con el dedo en las mesas, en los espejos y en los asientos.

—Eso es un cuento de almanaque.

—Yo no te estoy diciendo que es mío.

—Sois muy amigas de fiscalizar.

—Cositas chiquiticas ¿no es cierto? una cinta mal plegada, un color chillón, una franja, pequeñeces, en fin; en cambio los hombres manejan este asunto por mayor, no se andan con granos de mostaza.

—Somos más piadosos para hablar de las mujeres que ellas mismas.

—Pues hablan menos, pero cuando lo hacen, que se tenga la infeliz á quien le toman el pelo.

—Por una mujer principia siempre el descrédito de otra.

—Afortunadamente, allí están los hombres que las rehabilitan ¿no es cierto? ja! ja!

—Caramba con la idea que tienes de ellos!

UNIVERSIDAD EAFIT

—Sí, señor, les tengo un miedo horrible.

—Bueno, pues, Basilio. Dijo á su marido doña Celsa en voz baja.

—Aguárdese, respondió él mismo ¿pues cómo se lo vamos á decir delante de los hermanos?

A poco se levantaron los tres jóvenes.

—No se me vaya usted, hija, que tenemos que hablar.

—¿Quién? Preguntó Luisa.

—Usted.

Regina y su hermano se miraron, hiciéronse disimuladamente una guiñada y salieron.

El viejo sonrió también viendo la confusión de Luisa, pues que ésta por rehacerse cogió un vaso de agua, el mismo que derramó sobre el tendido de la mesa, porque no parecía sino que alguno estuviera dándole golpecitos en el codo. —¿Conmigo? Interrogó á su padre con extrañeza fingida.

—Sí, con usted.

—Y qué es?

—No ha caído! Dijo doña Celsa lanzando una carcajada.

—Pero de qué se trata? Digan á ver. ¿De qué se ríe usted, señora?

—De nada, hija; boba que soy.

—Pues mi palabra que no entiendo jota, yo me voy, déjenme ir, no embromen.

—Voy á decirle, pero cuidado con una respuesta á tontas y á locas. Se metió don Basilio. Pien-

se, aunque gaste en ello mil años la respuesta que va á darme. Esta mañana me pidió Carlos Soto permiso para venir á casa, y con mil rodeos, me dió á entender esas cosas de ustedes.

—¿Cuáles cosas?

—Usted las sabrá.

—Ahora sí.

—Diga, pues, lo que debo contestarle.

—Eh, yo qué sé!

Y se levantó rápidamente. —Aguárdate, no seas loca, saltó doña Celsa cogiéndola por los molledos ¿cómo es eso de ¡yo qué sé! Si tú no lo sabes ¿entonces quién?

—Ay, tengo una vergüenza.

—Dígale, pues, Basilio á ese joven que Luisa...

—Nó, señora ¿por qué? Ustedes sí que son!

—Sí, Basilio, que esta muchacha dice que no...

—Cuándo he dicho yo nada.

—Que no sabe si él debe ó no venir.

—Pero por qué me lo preguntan á mí?

—Porque todo va contigo, niña. Le respondió doña Celsa largándola.

—Siéntese, hija, le insinuó su padre, para que hablemos con calma.

Luisa se quedó silenciosa bregando por poner en balanza una cuchara sobre un cuchillo.

—Sí, señora, es usted quien tiene que resolver esto.

—¿Pero yo por qué, papá?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Porque él no tiene enredos conmigo ni con Celsa. Conteste francamente ¿usted lo quiere?

—¿A quién?

—Buena pregunta!

—¿A ese....señor?

—Nó, á mí.

—Sí lo quiero.

—A cuál de los dos?

—Eh usted sí que es! déjeme ir.

—No se va.

—¿Pero él qué le dijo?

—Lo que le dije, niña.

—Pero, papá ¿y yo qué le respondo?

—Eso sí no se lo puedo decir yo.

—Es que es como tan bobo.

—Yo no sé nada de eso.

—Y qué papel hacemos dos bobos juntos?

—No me lo pregunte.

—Ah, pues entonces!....

Y se levantó otra vez.

—Siéntese, niña.

—Pero qué más? ¿Yá no dije, pues?

—¿Qué dijo? Háblemе claro.

—Pues que....usté sabrá.

—Yo no sé nada.

—Pero cómo quiere que se lo diga, pues?

—De manera que....

—Sí? ¿eso era lo que quería? Me voy ahora sí?

—Conque le doy el permiso?

—Y qué remedio? Pero bien ¿y á usted le gusta?

—Ahora sí voy á responderle: me gusta y mucho.

—Entonces por qué me puso á mí en el trabajo de resolver eso?

—Porque yá se fué la costumbre de imponerle maridos á las hijas. Esto es muy delicado ¿Qué ganaba yo con que ese joven me gustara si á usted nó? Por eso me callé la boca y la dejé que resolviera. ¿Hice mal?

—Nó, señor.

—Ahora sí puedo decirle que ha hecho una magnífica elección y oiga: no le hice cuando empezó sus enamoriscamientos observación alguna, por eso mismo, que si hubiera visto que Carlos por cualquier motivo no podía ser el marido de usted, créame que la habría encerrado, porque hay poca nobleza en eso de admitir un novio á quien se le ha de cerrar la puerta más tarde.

—El pobrecito es algo bobo, papá, pero.....

—Ah caramba con el reparo! Como si usted fuera algún asombro de sabiduría; me parece que los dos se tienen y que por ahí la van.

—Nó, ni yo le pido más, lo dije porque....

—Porque no sabe hacer versos? ¿ni escribir libranes? ¿Es decir que lo del fogón apagado y el estómago á todas horas como un pito de sereno, silba que silba, es cualquier cosa? Déjese de visio-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

nes hija; no hay como el pan de cada día, y barriga llena aguanta trabajos; un buche vacío no puede soportar los quiebros de cintura que necesita vivir haciendo un pobre instruïdo. Yo soy muy partidario de la gente que sabe, ojalá Carlos fuera así, pero no me den sabios como su hermano, porque ésos sí no los puedo pasar. Me gusta la sabiduría que se puede reducir á plata, esta de Manuel es al revés, reduce la plata á vicios. La poquita que tiene su novio es de la buena, de la que sirve.

—Entonces me alegro mucho de que lo que yo creía simpleza sea una cualidad que usted le encuentra, papá.

—Por eso era que no quería confesar esta simple que lo quería; ya se lo tomaran muchas!.... por tánto que sabe usted, hijita querida.

—Pero, papá, usted si que habla feo, ó fué que me pareció, de los hombres instruidos.

—Pero oiga, viciosos, que cuando una mujer da con un inteligente, juicioso é instruido, ésa les lleva á todas, entre otras ventajas, el honor. Resumen: Carlos vendrá esta noche.

—Ay nó, por Dios!

—Déjese de moños y esas ligerezas y bobaditas que tiene usted, porque ahora es cuando necesita juicio.

—Y no lo tengo, papá?

—Sí lo tiene y es mujer muy de su casa pero

necesita más seriedad.

—Pues está frío el cara de mico querido si piensa que soy un judío.

—No ve? no ve? Ah loca!

Luisa salió corriendo.

—Vaya usted Celsa, hable con ella mucho sobre estas cosas, yá ve que el matrimonio tiene muchos recovecos y que le trae más cuenta á una mujer quedarse soltera que casarse por entrar en la moda. Aconséjela mucho.

—Luisa es toda una mujer, Basilio.

—No digo que nó, pero no es seria.

—Ni lo conseguirá nadie. Y qué cuento de seriedad! con lo tierna que es puede hacer feliz á cualquiera; no se necesita vivir comiendo limón para ser bueno; antes yo creo que los que se ríen mucho son más nobles que los demás.

—En todo caso, lo que sigue á usted le toca, si algo le falta por aprender enséñeselo, que aquel otro encuentre una mujer cabal.

—En cuanto á eso, le respondo; es decir, ni yo cuando nos casamos.

—Eh, si usted era una mosca muerta.

—Ay, ay! ¿y quién te ha ayudado á conseguir lo que tienes, viejo querido?

Sonrió don Basilio y abrazados salieron del comedor.

Esa noche quedó el matrimonio de Luisa convenido para de ahí en cuatro meses.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

CAPITULO XXI

La tarde en que Dolores se cortó los cabellos, le dijo á su padre: Quédese aquí con la niña, yo voy á buscar una casa.

En el barrio del democrático nombre y tres veces vulgar de "Carangal" encontró una, una casa precisamente, nó: era una vivienda que parecía tuviese amagos á gabinete de cristal, dado el reguero de huecos que por dentro de ella se veían, especialmente de noche. Cocina, cuando la hicieran; muebles, por allí no aparecían sino una camilla de guaduas y una pata de venado seca en forma de acento circunflejo colgada del techo; en el patio tamaño como una sábana estaba un pilón lleno de chorreras blancas, recuerdos de los gallinazos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No paró mientes la interesada en tan pocas comodidades y contrató el arrendamiento á doce reales por mes.

Cuando volvió á la casa de Chinca los dos hermanos estaban hablando acaloradamente en la cocina.

—Yo no me he metido en nada, decía Valeriano ¿para qué me contates vos?

—Y vos ¿para qué lo fuites á contar donde misiá Celsa?

—Pero de vos dimanó, Chinca.

—Vé lo que ganates de ser cuentero.

—Y el enredo quién me lo hizo ¿el obispo?

—Yo qué sabía que á vos te bailaba la pata por correr á hacerle el mal á esa pobre que, según voy viendo, es como una señora.

—Hay que ver cómo se remedea esto.

—Yá ni con papada de sapo ¡con lo caliente que está! Véla, ahí dentró; lástima de pelo!

—A ver, padre, dijo Dolores, coja usté la niña, yo hago un atao de la ropa.

—Eche, yo le llevo la indiecita. Entró Valeriano muy humilde.

—No me toqués la niña, maldito, porque me la ensuciás.

—¿Qué es esto? Esta niña Dolores sí que es veletas! Véanla como está después que se vino de donde misiá Celsa dizque muy contenta conmigo. Yo era el que debía estar por los suribios, y yá ve

que nó; no sea rincorosa, eche acá la peloncita, mano Sinforoso, yo la llevo.

—¿No le dicen que no la coja? No sea sinvergüenza!

—Ave María, ni que yo fuera el diablo.

—Me atengo á él, replicó Dolores, y decile á tu hermana que no le meto una zumba como á vos, porque me da asco. Espérese un momento, padre.

Dolores fué á la mata de plátanos y con piadosa blandura recogió la cabellera en el delantal.

—Siempre sirve para una cabellera de la Virgen, dijo.

—Dejen, pues, yo les llevo la ropa. Volvió á meterse Valeriano.

—Tené vergüenza, ole, no te puchés así; merecés unas naguas. Ponete bravo para yo tener el gusto de reventarte otra vez.

—Qué cuento! Con los amigos no debe uno ser tan enteramente.

Y se echó á la cabeza el atado.

—Vé que me llenás la ropa de carangas.

—Mejor, con eso las llevan desde aquí; no es para Carangal, pues, que se van? Ay, dijo al entrar á la casucha, si esto es una ciéniga! Se van á tullir.

—Más vale eso, respondió el señor Sinforoso, que aguantarle á usté y á su hermana las lenguas; váyase y ojalá nunca vuelva á aparecer por aquí;

UNIVERSIDAD EAFIT biblioteca

si ésta le reventó las narices, yo le reviento lo demás, si vuelve.

—Pero, dejen, tan siquiera, yo les voy á traer una ollita, una cuyabra y media libra de dulce para que merienden.

—Muchas gracias! Salga de aquí.

Valeriano tomó camino de la Cuchilla, echando estas cuentas: Ellos están muy tomaos, y á punta de regalías los voy á amansar; qué le hace que estén emberrinchaos conmigo, eso les pasa. Y es que si peleo con ellos se me daña el trique que tengo abierto con el blanco Manuel. A ése le voy á sacar hasta los hígados; para qué me metió en el bunde! Por él me dejé reventar toitico; ah, caray, que esa maldita me dejó como pasao por un trapiche, cuando con haberle metido un raspón por la jeta ó una patada en la panza había tenido! pero, el que algo quiere algo le ha de costar. Y lo que es la pela ésta me la paga aquel niño como ser agua lo que llovizna.

El señor Sinforoso y su hija se acostaron con hambre, la niña nó, ella tenía dos panales blancos donde libaba la miel santa en que se toma la vida de la madre. Muy temprano, al otro día se arrimó Dolores á una casa de la vecindad donde unas mujeres aplanchaban ropa ajena y les dijo:

Echen, yo les ayudo, queridas, y me pagan lo que quieran.

Sorprendidas las vecinas de que quisiese formar con ellas tan linda moza, suspendieron canto y trabajo y le hicieron círculo.

—Verdá ¿usté quiere planchar en forma?

—Por supuesto, á eso vengo ¿hay qué hacer?

—Válgame Dios! si nos faltan manos ¿tiene planchas y almidón?

—Qué les parece que nó.

—Por hoy nosotras le damos de todo, usté verá cómo se habilita mañana de lo necesario si piensa seguir el oficio. Vea, aquí está un tercio de ropa, almidónelo, pues, que el sol está estupendo.

A ello se puso Dolores.

A la hora de almorzar corrió á su vivienda, refociló con algo al anciano, pasó ella cuatro bocados atragantándoselos, dejó á la niña infladita de leche y vuelta á donde las vecinas. Al día siguiente tomó al fiado los enseres de su nuevo oficio y se dió á éste con tal maña y primor que las pecheras de aquellas camisas le quedaban con la plácida tersura del raso blanco. Puso en la casa el trabajadero y á poco le faltaron manos, que la fama de las que tenía cundió rápidamente entre las señoras.

Cuando supieron donde las señoras García lo sucedido, dijo Regina: Era natural que una criatura acribillada de esa manera se desesperase. Estarás muy contenta—dirigiéndose á Luisa—con ella así, motilona. El recibimiento que le hiciste la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

otra tarde, según me contó Valeriano, es una volada que te hace muy poco favor y que está lejos de la caridad. Yá ves: ahí está ese muchacho á quien tánto caso le hicieron aquí, asegurando que Dolores dizque es la mujer más buena que él conoce.

—¿Y que se haya cortado los cabellos qué quiere decir? Preguntó Luisa si es no es apenada.

—Lo que quiere decir es que por probar ¡tan noble! que era buena, sacrificó de su cuerpo lo más bello que tenía. ¡Tan fácil que es irnos cortando el pelo por cualquier simpleza! será porque no lo queremos las mujeres, aunque sean cuatro hebras estiradas como las de nosotras dos. Seguro que una dama que quiere agradarle á todo el mundo de una manera mal vista por Dios, hace eso; por linda que queda una mujer motilada! Y ella ¡muy santa! ponerse á probar su inocencia con semejante sacrificio á personas que tan listas andan á creer en deshonras ajenas.

—Ahí vas con mamá, le interrumpió Luisa riendo, porque ella tampoco recibió á Dolores á los abrazos.

—De lo que haya hecho ó dicho mamá en este asunto nada digo, porque no somos los hijos los llamados á juzgar á los padres ni á ponerles cartilla, pero sí sentiría en mi alma que ella no hubiese borrado yá la impresión que tenía respecto á Dolores. Sí, Luisa querida, desafinaste ¿no es

cierto? y me duele eso, porque á pesar de tu ligereza para todo, especialmente para hablar, adivino que tienes excelente corazón, te me pareces al coco: por dentro una blancura inmaculada y una agua deliciosa; por fuera,....no te moleste,.... un poquito de aspereza en la cubierta, nada más... pero, no temas, que despojando el coco de esa cáscara aparece una bendición; y es eso lo que vas á hacer tú, amor mío, á desnudarte de esa corteza para que á ninguno de los desgraciados le dé trabajo comer de esa nieve dulce y beber de esa agua.

—Pero ¿yo qué he hecho Regina, por Dios? Preguntó Luisa con la voz trémula como para empezar á llorar.

—Nada que merezca la pena de corregírtelo, mi bien; únicamente quería decirte que yo, en tu lugar, habría recibido á Dolores la tarde aquella con el cariño de siempre, sin echarle á la entrada su debilidad en cara; y si era que querías á todo trance encarrilarla por buen sendero, yo hubiera escogido una manera tan dulce y tan tenue que ella no hubiese caído en la cuenta de mi deseo. ¿No es verdad que si no hiciste eso fué solamente por un olvido? Sí, porque tú eres buena, mi amada Luisa.

—Es verdad. Respondió llorando la otra con la cara entre las manos. Estoy arrepentida, prosiguió, de haber sido tan áspera.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

—Pero, de hoy en adelante no serás ¿verdad?

—Te lo prometo.

—Y yo te lo agradezco como si ese día le hubieses regado al paso rosas á Dolores.

Algún remordimiento tendría doña Celsa cuando no mentó más este asunto. Pero sí llamó un día á Valeriano, le entregó un cesto de viandas, cinco pesos y le dijo: Tóma, ánda donde Dolores, dile que yo le mando eso y que venga para que hablemos. Y tú, bien puedes prevenirte con la cuentecita que le tienes que dar á Dios por la calumnia que le levantaste á esa pobre muchacha.

—¿Yo, por qué? que se prevenga Chinca que fué la de toitico.

—Decile, respondió la aplanchadora cuando el paje muy hablador le presentó el obsequio de doña Celsa, que eso es una miseria para una reina que maneja toda la plata de los hombres de la calle, que ellos me dan lo que menesto y que, cuando me ponga fea, iré á pedirle.

Y siguió golpeando la ropa con aquellos brazos hoyuelados y mórbidos hechos más bien para envolver en ellos ajorcas de piedras finas.

—No seás tan puntosa; recibí, que la soberbia la castiga mi Dios.

—Por aquí hay muchos pobres; dále eso á cualquiera.

—Eso se quisieran ellos.

Cuando volvió á la casa —aquí están sus cosas, señora, dijo; que ella dizque tiene muchos camaraos que la sacan de apuros, que esto dizque es una ruindá.

Una mañana andaba el señor Sinforoso de merodeo de leñuca en solares ajenos y se ocupaba Dolores en almidonar ropa en el corredor de la casa cuando se le presentó Manuel á ésta.

—Ola, buenos días.

Agachada—Buenos días, señor; prosiga.

—Gracias. Yo por aquí en busca del caballo que se me salió anoche de la manga.

—Pues por aquí no ha pasao, ó talvez mi padre lo ha visto, voy á preguntarle.

—Nó, no te molestes ¿qué hay?

—Las meras nadas.

Dolores metió presurosa una sábana entre la batea en que tenía el almidón aguado, espeso y azuloso; le puso encima las manos abiertas para hundirla y el líquido en arroyos como de turquesas disueltas corrió por todas las cañahuelas del trapo formando charcos pequeños entre los pliegues redondos.

—Por qué estás tan ocupada?

—¿No ve pues? Porque tengo necesidá.

—Y los amigos para qué te sirven, entonces?

—Unos para meterme en apuros y otros..... también.

—En cuál te metería yo, por ejemplo, si te prestara un servicio?

—Es que no lo necesito.

—Caramba! ni que tuvieras todo lo necesario ¿Por qué te cortaste el pelo?

—Porque me estorbaba mucho.

—¿No sabías que era lo más bello de tu persona?

—Qué cuento de bello! Eh, y mi padre sí se quedó, verdá.

—Déja esa vida de trabajo Dolores.

—Me muero de hambre?

La joven cogió la sábana por la mitad y la alzó con la mano izquierda, la otra, abarcando el trapo, fué resbalando dulcemente por él de arriba abajo hasta que llegó al extremo inferior; el almidón en chorros y pompas celestes se atropellaba al caer.

—Es que no te morirás de hambre. Continuó Manuel embelesado con el trabajo de la otra.

—Sí, como soy tan rica.

Aquí añusgó ella el ceño con la fastidiosa operación de retorcer la sábana para ver de escurrirla mejor.

—Si quisieras podrías disponer de cuanto te diere la gana.

—Sí, de mis brazos.

—Y del dinero de los amigos.

—Quién va á ser pesao!

—Si que eres tonta, mujer.

—Yo, mucho, pero ¿qué hago?

—Vivir bien.

—Así vivo.

—Pero matándote.

—Ello nó. Eh, mi padre sí está bueno para mandarlo por la muerte.

—Piénsa Lola en lo que te he dicho.

—Con su permiso.

Manuel le dió el paso, ella lo aprovechó yendo á extender en un lazo que atravesaba el patio la sábana almidonada.

—Buenos días mi amo don Manuelito. Exclamó el viejo Sinforoso descargando un tercio de chamarasca.

—¿Qué hay mi viejo?

—Yá lo ve, señor ¿qué anda haciendo por aquí?

—Solicitando el caballo que lo tengo perdido.

—Pues por este lado no lo hemos visto.

—Eso dice Dolores. Habrá que buscarlo por otra parte.

—Mande al cementerio viejo, y verá que allá está.

—Eso voy á hacer. Hasta luégo ¿no?

—Bueno, pues, señor. Le respondieron hija y padre.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXII

A Valeriano le dió por ser atento con la familia del señor Sinforoso. Cada rato leche para la niña, rosquillas y qué fumar para el viejo y esto y aquello. No lo humillaban con los desprecios y las malas caras que le hacían; por sobre todo daba un saltico y, al otro lado, como si nada sucediera; si algo llegaba á resentirse no era para media hora el sentimiento.

Al fin se acostumbraron en la casa á verlo y aun á extrañar cuando faltaba un día; casi, casi le habían perdonado las perreras en vista de tánta humildad y aparente cariño.

Una tarde en que el señor Sinforoso andaba encaramado en el techo de la casucha tapando goteras, llegó el hermano de Chinca y le metió con-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

versación á Dolores que se ocupaba en aplanchar camisas.

—Esta sí que es la que trabaja! Le dijo muy zalamero.

—¿Y qué querés que haga?

—Pues sí ¿no?

—¿De dónde venís?

—De la casa.

—Qué hace la señorita Regina?

—Rezar, leer y hacer llorar á los taitas.

—¿Cómo?

—Con un cuento que tiene de irse dizque para no sé donde.

—Tan querida! Si ella supiera todo lo que la quiero.

—Y ella á vos!

—Es una santa.

—Allá te quieren mucho todos.

—Sí, sobre todo doña Celsa y la hija mayor.

—Aunque lo digás con pica, así es. Pero conozco otras personas que son capaces de pararse en la cabeza por vos.

Dolores sonrió metiendo los brazos por entre las faldas de una camisa y despegándolas con un ruido como si estuviera rompiéndolas.

—En esa casa son muy buenos. Dijo con disimulo.

—No me cambie la hoja, mi hijita.

—¿Cuál hoja?

—La de la parada en la cabeza.

—Qué es tu enredo?

—Eso sí, hermana, á mí sí me come! Seguro que no sabe de qué le estoy hablando.

—Y yo qué pierdo que se paren en las narices ó en lo que les dé la gana?

—Nó, nada, yo era que decía. Es que conozco unos blancos tan formales y de buen corazón.

—Muy bueno para vos.

—¿Eh, y por qué para mí?

—Porque podés aprovecharte.

—Aprovecharme de qué? Nó, hija, yo es que les tengo, á cuente gracia, afeuto.

—Entonces, mejor para ellos.

—Y qué te parece que son lo más confianzudos conmigo y me han contao más cosas.

—¿Sí?

—Ah, pues yo sé de positivamente que están prendaos de una.

—Pues que se le avienten.

—Eh, si ella es lo más ríspido.

—Malo.

—Tan boba! ¿no, ole, Dolores? Ojalá á mí se me presentara una ocasión asina. Figure que me han dicho que dizque son capaces de ponerle casa de teja, cocinera, camisones al escoger y buen botín.

—Y por qué no se lo has dicho á ella?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

—No te he manifestao, pues, que ella es como muy gestosa con ellos?—Valeriano sonrió con profunda malicia.

—Entonces están fríos.

—Vos de la otra qué hacías?

—Recibir cuanto me dieran.

—Por supuesto, eso es lo que has de hacer.

—¿Quién?

—Pues vos.

—¿Y yo por qué?

—Venime con escondirijos.

—Nó, de veras.

—Eh, ole, pues si yo sé todo; yo era que venía á aconsejarte que les arranqués el pescuezo, si podés.

—A quiénes?

—A nadie.

—Nó, de veras.

—Vuelta otra vez! á los que están cuchuvitos de enamoraos de vos.

—¿Y quiénes son esos bobos?

—Hacete la inorante, como si á mí no me contaran toitico.

—¿Y vos venís mandao por ellos?

—Yo nó, es que me da lástima verlos por ahí como vomitaos de los perros, de lo puro tristes.

—No lo negués ¿cuánto estás ganando?

—Ave María, Dolores, aunque yo fuera algún..

—Alcahuete! sí, señor. Ahora caigo por qué te dejaste reventar por mí el hocico con tánta humildá el otro día; te habían recomendao que me amansaras ¿no?

—Oiganle los cuentos!

No habían visto Dolores y Valeriano que el señor Sinforoso había bajado del techo y calladito puéstose á escuchar lo que dijeran oculto tras una mata. De repente dió un salto con agilidad extraña en él, cogió por el cuello á Valeriano, mas no tan bien que éste no se le zafase y saliese corriendo huerto abajo; detrás de él se fué el anciano, pero caigo aquí, vuelvo á caer allá, dejó ganar terreno al criado que, burla burlando como una gallinaza en broma, iba á saltos cortos injuriando su perseguidor el cual se detuvo al fin con las faldas de la camisa enredadas en un moral.

—Volvé, perro sinvergüenza con tus razones, que yo por fin te cojo.

Valeriano se detuvo á alguna distancia á mirarlo; súbitamente se metió los dedos meñiques á la boca estirándosela hasta las orejas, hizo de bizco, luégo una venia y gritó:

—Silencio, viejo zancarrones de notomía!

Y salió corriendo. —A que no me saco el clavo de la zumba que me metió aquélla! Siguió diciendo á media voz. Aunque fuera floja de corazón ¿qué me ganaba? si está cuidada por el maldito viejo que es como un perro encadenao!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Conque yá andan otros de graciosos? Le decía enfurecido el viejo á Dolores. Te armates!

—Yo sí sé quién es; déjelo estar, padre, que lo que está buscando es que yo le ajuste un garrotazo, y no tenga pensión, que yo me sabré cuidar; no es honrada la que necesita vigía á todas horas.

—Será que vos les faroliás mucho á los hombres? ¿qué es esto, pues?

—De malas que es uno, padre.

Se quedaron en silencio interrumpiéndolo ella á veces con el plán! plán! de la plancha.

—Atíceme ese reverbero, señor.

El viejo cogió uno como abanico de hojas de caña que llaman *china* y hacía aire en torno al fuego. Venía su hija después, con un rebujo de trapos viejos, sacó uno de los hierros calientes, le volteó lo plano hacia arriba, se metió dos dedos de la mano derecha á la boca, tomó saliva y plun! sonó un beso ardiente y cortado en la plancha; la resobó luégo contra un guiñapo de ropa requemada de donde salió un humo hediondo y espeso.

—Hijue pucha, se recalentó esta cochina. Gruñó Dolores sobándola mañosamente con una vela de sebo. Pues sí, padre, Dios debe pagarle muy bien á las mujeres honradas porque son muchos los peligros que les pone.

—Casi nada, no más que con el cielo.

Mientras se reposaba la plancha, que dijera la joven, extendió desarrugándola bien una camisa

sobre la mesilla de trabajo, tomó después un trapo níveo de puro blanco y con él empezó á dar estregones recios en puños, cuellos y pecheras. Cuando yá parecía que todo aquello iba á romperse á fuerza de tánto sobijo, cogió la plancha y le dió un resbalón sobre las faldas de la camisa, así, indiferentemente, de mentiras, como quien dice, para probar de aquélla el grado de calor; al punto se alzó leve onda de humo fragante y sano con ese olor que algunos encuentran parecido al del pan caliente.

Convencida de que yá no ardería la tela, cogió la plancha á dos manos, echó el busto encima de los brazos á hacer fuerza y la fué corriendo por sobre la pechera que iba quedando satinada que ni una lámina de marfil. Luégo que la dejó tersa hasta el punto de casi verse en ella, le fué trazando con el filo del hierro y maestría de dibujante por los bordes y la abertura unas zanjillas dizque le hacían mucha gracia.

Alisó después el cuello y los puños quedaron enrollados sobre sí mismos, y á la diabla medio estiró las faldas, porque la plancha yá estaba relativamente fría; dobló, por último, la camisa con bastante cuidado y remató la operación dándole á la pieza tres ó cuatro golpes saltones.

—La vida sí que es trabajosa! ¿no hija?

—Le aseguro padre que.....

A esto lloró la niña, la madre voló á atenderla.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Al otro día iba la joven á llevarle á su dueño un atado de ropa, cuando al volver la esquina ó barranca de solitaria calleja despoblada, Manuel.

—Dolores, tengo que hablar contigo. Dijo.

—A ver señor, qué será.

—En primer lugar.....

—Vea señor, le interrumpió ella, yo tengo mucho que hacer, á la tardecita nos encuentra á mi padre y á mí en la casa, ahora no puedo oírle nada.

—Dolores, no seas áspera.

—Cállese, don Manuel, si no quiere que lo inrespete; yo soy muy malcriada.

—Unicamente quería decirte.

—Ahora se pone á hablar como un sorombático; déjese de eso, si no quiere pasar un mal rato. Y me está dando rabia!....Y ¿sabe lo que hay? Que usté es un cuero! una porquería!....María Santísima, teném̀e la lengua.

—Mira que eres brusca de veras. Iba á darte este billete para que le compres una novillona á á tu chica y salimos con que me recibes á piedra.

—A ver el billete.

Manuel le entregó uno valor de cincuenta fuertes.

—Vé maldito, tomá tu papel, andá á comprar gratitud á la porra.

Y lo volvió añicos.

Siguió su camino limpiándose las lágrimas con el delantal.

Manuel con los dedos pulgares metidos en las bocamangas del chaleco la miraba extasiado y sonriente. Hé aquí un caso excepcional, pensaba después de que hubo tomado otra calle; una campesina ignorante que cuida su nombre como un avaro su dinero, porque eso que dicen los soñadores de que la sencillez guarda mejor su tesoro que la malicia, es mentira y mentira también las prendas que les atribuyen á las mujeres del campo para defenderse del mal: serán más inocentes que las de las ciudades, si se quiere, pero, cabalmente, esa misma inocencia es su mayor enemigo.

En la virtud de una mujer completamente inocente hay que fiar poco por no decir nada.

Sin contar con que todos los defensores de las campesinas cuando necesitan poner en danza una mujer endiablada principian, más ó menos así: Era una virgen humildísima que vivía con sus padres retirada del bullicio mundano allá en la soledad, inocente como esas florecillas sin nombre que nacen al borde de los arroyos, etc. etc. Jamás rompen: Salió del colegio armada contra los hombres, allí había aprendido á conocer y odiar el mal, etc. etc.

Casi todas las Mesalinas vinieron del campo, por eso estoy sorprendido de que esta montañera

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tan hermosa como ignorante tenga tan alta idea de la dignidad. También puede ser que mi arco no sepa disparar la flecha que ha de herirla, otro más diestro vendrá.

CAPITULO XXIII

QUE á los cuatro meses de convenir en él debía verificarse el matrimonio de Luisa. Así sucedió, y muy á gusto de la familia García, aunque lo que siguió no fué tan placentero, nó, que antes los hizo llorar mucho; Carlos resolvió trasladarse con su mujer al Cauca.

—Es muy suya, amigo, dijo don Basilio, y no hay, por consiguiente, qué alegar ni qué decir; pero, visto ese viaje de otra manera, nos conviene, porque nos vamos con ustedes en cumplimiento de una promesa que le hice á esta muchacha de llevarla á conocer esa tierra, para ver si se anima, deja esos escrúpulos y el antojo que mantiene de irse de la casa.

Regina siempre serena no dijo sí ni dijo nó á esta nueva disposición. La familia toda, inclusive Valeriano, la emprendió camino del Cauca.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Cuando pasaron del entonces caserío de Santa Rosa y á continuación ganaron el alto del "Oso", se quedaron embebecidos viendo la suavidad con que la cordillera comienza á desarrugarse en planos y rampas dulcemente inclinados, hasta que principia sin saberse dónde el valle clásico de belleza desesperante. Poco antes de llegar á Pereira va humillándose la altanería de la montaña, pero con tal fineza, que nadie puede decir dónde principia lo plano. Parece que dijeran aquellas alturas: "No podemos agacharnos de un golpe, á menos que prefiráis encerrar ese paraíso entre murallas salvajes hechas de apocalípticos barrancos".

Manuel, que en eso de poesías y espiritualidades era el de más fino hilar entre los que iban por allí, se dió á volar, como quien dice; mas, no muy alto, porque cada vez que abría las alas, su padre le colgaba de cada una de ellas una piedra tamañita, ejemplo:

—Esta llanura gigante viene á ser, si bien se ve, un remanso de la tierra cansada de subir á los cielos y bajar al abismo.

—Qué remanso hombre, ni qué bobadas! Lo bueno de esto es que no tiene una sola res gusanienta; siempre está usted de majadero.

—Pero, si aquí no le permite, Basilio, interrumpió doña Celsa, decir cosas bonitas, no sé para cuándo lo deja.

—Que diga todo lo que quiera, ya que Dios le dió talento del malo.

—¿Cuál es el bueno, papá?

—Hombre, hacer de un real, dos.

—A la hora que quiera, eso sí, un poco más pequeños.

Padre é hijo siguieron entretenidos cada cual á su manera: aquél se embelesaba viendo un corral de marranos que hundidos entre el fango á duras penas abrían los ojos; éste se detenía á contar las garzas que regadas en amplia dehesa se estaban silenciosas é inmóviles. —¿Cúanto le costó el buey, amigo? Preguntaba don Basilio á un transeúnte.

—Este pájaro tan rojo parece una brasa con alas. Respondía Manuel.

A los dos días de viaje llegaron al río "La Vieja".

—Dios mío, exclamó Regina, qué cosa tan linda!

—El Señor sí que es grande, agregó doña Celsa; miren cristianos esta maravilla! Y enmudecieron todos contemplando el río.

—Lo más bello que tiene es el nombre, prorrumpió Luisa en una carcajada; lástima que haya muerto el que lo bautizó, que si nó, de ceca en meca lo llevarían poniendo nombres.

—No fué un hombre, respondió Manuel, sino la tradición cuyo origen está en una india anciana

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

fabulosamente rica que dizque encontraron los conquistadores españoles en estas orillas allá arriba; pero, así y todo, se resiste uno á llamar de ese modo el río más bello de Colombia. Y venga usted á borrar lo que las gentes han hecho ley y en que creen como en los santos envangelios. ¿Por qué demonios, no hallaron los españoles, en vez de la parca aquella, una indiecita de diez y seis años, virgen y hermosa para que lo hubiesen llamado "La Juventud"?

Es una corriente como de cincuenta metros de ancha cuya mansedumbre encariña con ella los ojos y el espíritu; parece una carretera de cristal trazada por una mujer que se entretiene en hacer rayas onduladas buscando el dibujo de una labor. Van con tal lentitud por encima de él las balsas y las hojas secas, que, á no ser por un levísimo rumor que indica algo como respiración, se creería agua estancada. Dormido entre las sombras húmedas de los cacaotales avanza largos trechos arrullado por el gemido de las palomas zoritas, y torna luégo á aparecer por entre aristocrático callejón de písamos florecidos, y es aquí donde es más bello: estos árboles que en vez de savia, parece que tienen fuego en el corazón, se cubren de una florescencia de brasas, y el río que los copia, aparece corriendo por entre incendios. Bandadas de garzas blancas posadas en la roja pradería

vuelven aquel paisaje que, al recordarlo á distancia de él se toma como cosa de sueño.

Más allá el río se abre en dos y, cual se ciñe con los brazos el talle de una mujer hermosa, abarca una isleta vestida de verde, franjándola de espumas por todas partes; luégo aparecen dos playas ardientes en cuyos arenales reverbera el calor, apenas si asoma por allí un guabo de escarbadas y retorcidas raíces á cuya sombra se bañan las gentes ó lava ropa una mujer solitaria. Muy fresca que anda Cartago metiendo los pies en aquella frescura. Qué importa que los empedrados de sus calles y sus viejos calicantos suelten chispas invisibles á la hora del bochorno si el río le está diciendo con su mansa vibración: Ven!....ven!....

El es la alegría de aquella antigüedad, suprimírselo, sería tanto como desanimar una pupila quitándole la luz; por sus orillas viven las gentes en eterno alborozo, éste pesca, aquél se baña, zabulle el otro el cántaro de forma bíblica en la corriente, comentan los demás, aquellas playas son la misma animación. Acertado y mucho que anduvo el Mariscal español cuando fundó la soporífica ciudad de puertas ferradas y pesados calicantos al borde de aquella delicia; con todo y sus casas tristonas de gruesos y carcomidos pilares y camarines á la calle y cancelas por las ventanas, por allí no falta alegría, porque á tiro de piedra está el oasis que derrama frescor apacible y que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

da picante dulzura al tamarindo, sonrojos á la granada y miel al níspero.

—Hay que ver esta belleza para creer en ella. Dijo Regina mirando el río por última vez luégo que lo cruzaron.

—Ahora comenzará á encontrar primores, hija, respondió alegremente don Basilio; es que para bellezas el Cauca. Pues no ve que como algunos cristianos se encierran en la casa sin ver más que cuatro paredes, creen que allí se acaba el mundo y se convencen de que no hay más camino andable que el de la iglesia y acaban porque el espíritu se les apoca y hasta se les arruga.

—Qué modo de dilucidar tiene mi padre! dijo Manuel codeando á Luisa; tentado estoy á levantarle por aquí una tribuna, porque los razonamientos no dejan qué desear.

—¡Pobrecito! él hace lo que puede, pero no le veo mucha cara á Regina de hacerse cargo de las prédicas. Respondió la otra.

—Sí, hijita, continuó don Basilio: ahora verá que tan bello es el mundo, sobre todo por estos lados, y aprenderá á cogerle cariño.

—Yá lo creo, señor, que si por bellezas de la tierra dejara las del Cielo, aquí empezaría yo á abandonar mi propósito, que, á juzgar por lo que voy viendo, hay gula de encantos.

Esta respuesta desconcertó al padre é hizo sonreír á los demás.

Llegaron á Cartago. El marido de doña Celsa se echó á la calle á encontrar unas cargas de cacao. Manuel en busca de ron, que tan grato es en las tierras calientes; Carlos y su mujer al baño; Regina y su madre á conocer iglesias las cuales encontraron nada bonitas; aseadas eso sí, pero recargadas en la ornamentación de los altares como si en ellas hubiese puesto mano el célebre extravagante don José Churriguera. Una cosa sí admiraron con asombro y es la manera de conservarse los dorados que hicieron los españoles, y que aún refulgen como custodias nuevas después de tántos años; dorados que son el tormento de los artistas del terruño, porque los que ellos ejecutan no aguantan el soplo de un ¡ay! se van como el polvo que llevan las mariposas en las alas.

Conocido todo Cartago, comido sus deliciosas frutas y renegado de su clima, se metieron por aquel océano, que no de otro modo hay que llamar esa inmensidad de tierra plana hasta soportar durante muchas leguas el más exigente nivel. Y no creáis que únicamente en esto consiste la belleza de "El Valle", si tál fuera, á cualquier mesa de billar se podría llamar paraíso; nó, no es en eso nada más, es en la vegetación, es en la luz, en el cielo, en las aguas y las lejanas cordilleras que se ven á distancia, tamañas como alcores y montecillos. Aquello es andar y andar por callejones orlados de ricos plantíos, y cruzar aguas serenas sobre las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

cuales se agachan los guaduales en geométrica comba á empapar sus sienes abrumadas por el calor; y vienen dehesas sin fin, á las veces monótonas por su severo paralelismo con las aguas dormidas. —Por aquí todo es excelso, decía Manuel: los colores fuertes, los árboles altos, los plumones de los pájaros como recién pintados; las cañas dulces parecen guaduas, los racimos del platanar inclinan la mata que los lleva, por lozana que sea; las palmeras al mirarles las copas producen vértigos ¡tan altos son! y la llevan en par con el huracán que se contenta con volverles una rebujina el plumaje allá en los cielos, ¡qué pocos centímetros se le agachan! y eso, como por injuriarlo con sus cocoterías.

La tierra hermosa hasta no poder ser más y el río Cauca que se empeña en ayudarle; por esos campos va él vuelto un laberinto de curvas al parecer burlándose de los ingleses, que se las pelan por la línea recta. Y no se oye correr, qué ha de oírse, si nada le estorba en su marcha! á su antojo duerme ondas tendiendo hasta donde le da la gana; su lecho parece mullido con la paja de las dehesas que bordan sus orillas. Todo pasma en este terreno venturoso, repetía el joven; inclusive la extremada palidez de las gentes y su poco medrar en eso de carnes y lozanía, no obstante ser erguidas y donairosas en el andar.

Nuestros viajeros iban embobados ó punto menos, por aquellos caminos paradisíacos donde —y aquí va el contrapeso de tanta poesía—corre riesgo el viajero de morirse de hambre. Nuestra familia, que de antaño sabía esto, llevaba petacas atiborradas de fiambre que tenía de comer frío porque fríos andaban los fogones de aquellas viviendas poéticas hasta la casi completa supresión de la comida; y aunque menudean los pueblos y salen caseríos al paso, así andan ellos de espiritualizados por las cocinas; que en llegando á Buga, Cali, etc., yá entra el estómago del peregrino en sedación, tranquilidad que dijéramos.

Poco, por no decir nada, les llamaba la atención á nuestros amigos las poblaciones de "El Valle": las encontraban viejas, tristonas é iguales todas como soldados de uniforme; aquí la paja uniformaba los pueblos, y un silencio de ruinas prehistóricas abandonadas desde tiempo inmemorial. Llegaron á pasar por alguna población donde no vieron más cristianos que el estanquero de aguardientes, y eso, porque Manuel lo despertó de sobre el mostrador; ah, y dos muchachos que jugaban con un perro en la calle. En la plaza escarbaban revolcándose de medio lado unas gallinas.

Después de mucho andar y sudores sin cuento y cansancio de ir por un plan eterno de polvorosas vías y aire irrespirable, llegaron á Buga. —Gracias á mi Dios, dijo doña Celsa derramando

su cuerpo temblón de carnes sobre un catre aforrado en piel de res y que vaciló crujiendo como si protestase contra semejante peso. Gracias á mi Dios que nos arrimó ¡si esto es el infierno! Y pasaba el pañuelo por su rostro rubicundo y sudoroso por cuyas sienes andaba el canerío muy pegado.

Como Carlos tenía casa lista todos llegaron á ella como á la propia.

Lo primero que averiguó Regina con una sirvienta fué el número de iglesias que había en la ciudad, y cómo llamaban aquélla donde estaba el "Milagroso". A los demás les sorprendía un accidente extraño en ciudad de tal grandor, y era el de no oír ruidos.

—Pues, señor, dijo don Basilio, esto es misterioso; no se oye ni el taconeo de los que andan por la calle.

—No mijo, nada, respondió su mujer; ni ese run, run, que se acaba repentinamente cuando dan las doce en otras partes; Jesús credo, hasta miedoso es esto; oigan á ver.....

—Me gusta esto, decía Regina; ojalá todo el mundo fuera así calmado.

—A usted no es gracia que le guste, niña, respondió doña Celsa; muy contenta que viviría comiendo pata de res que es tan pegajosa, para no mover la lengua. Yo, nó, cristianos; esto parece

cosa de encantamiento; hay más alboroto en un cementerio.

Pocos días después se dieron á conocer la ciudad; perder tiempo será decir que por insinuación de Regina empezaron por los templos que encontraron amplios, hermosos algunos, aseados todos y de frescura apacible. Pero á la joven no se le cocían las habas hasta llegar á aquel donde permanecía la histórica imagen de "El Señor de los Milagros". Al fin dieron con él. Entendido que se hubieron con un sacristán se encontraron frente á la efigie veneranda.

—Eh, Señor, sí que estás feíto! Prorrumpió doña Celsa asustada.

Manuel se tapó la cara con el sombrero riéndose.

—¿Este es? Preguntó Luisa con extrañeza al cicerone.

—Sí, señora; el mismo. Respondió el otro.

—Yo creía que este santo era un primor.

—¿Por qué? alternó amujeradamente el sacristán; el calor no está en la sábana: él no será muy elegante, pero, para milagroso ¿quién le gana?

Don Basilio se arrimó á la imagen ¿Los clavos éstos como que tienen cabezas de piedras finas? Preguntó.

—Sí, señor, y son de plata esas nubes y todos los rayos de la cruz.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Entraron á examinarlo por todas partes, menos Regina que desde que se puso delante de la estatua estaba de rodillas.

—Es imposible que este monstruo de la escultura haga milagros. Decía Manuel aterrado con la fealdad del Nazareno.

—Sí, hace, se metió Valeriano; yo sé unos más lindos! Y eso que la gente es tan infame, que se pasa inventando otros al revés; no le arriendo las ganancias al que compuso éste:

Dizque había una vieja tuerta que le mandó á este santo la promesa de venir desde muy lejísimos con tal que le devolviera la vista al ojo muerto.

La tarde que llegó á Buga al voltear una esquina se topó con un borracho que le vació el otro de un garrotazo. Jesús Nazareno, dizque gritaba la infeliz: devolvéme, siquiera, el que truje.

—Esa sería tu madre! Remató el sacristán ofendido.

Manuel no pudo menos de soltar una carcajada. Los demás le hicieron unos ojos furibundos al paje.

—No es tan feo como dicen, prorrumpió Luisa; vean qué tan bella es la cruz.

—Pues, tampoco; será valiosa y cuanto se quiera, pero bella, nó.

—No sean irrespetuosos replicó Regina ¿cómo

se ponen á discutirle la belleza en voz alta, como si fuera un palo?

Fastidiado el sacristán hizo ademán de cubrirlo.

—Pero, si casi no tiene ojos, rezongaba Manuel; apenas dos rayas durísimas que señalaban los párpados como cosa de boceto; la barba y los cabellos....

—Bueno, bueno, le interrumpió la hermana menor; no sigas, nadie te había dicho que era un ensueño de belleza; no sé á qué vienen tales aspavientos. ¿Por qué no ridiculizas, pues, la grandeza que lo rodea?

—Eso es, se metió animado el sacristán; eche tierra sobre sus milagros.

—No es posible: andarían esos milagros por encima de todo lo que dijera como anda siempre la luz del sol por sobre todo lo material, respondió Manuel. Yo no niego que la belleza de este horror está en el corazón de las gentes, y en la poesía de la leyenda; la fe lo ha envuelto en áureas nieblas de gloria y con exquisito sentimiento ha divinizado su presencia en la tierra. No se me oculta que aquí vienen las almas enfermas buscando su centro como las cosas que caen; y sé también que muchas de esas almas han desandado la senda que aquí los trajo, alegres y cogiendo flores á la vera del camino para adornarse en su alegría y alzando himnos fervientes de profunda

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gratitud. ¿Cómo negar esto, si me desmentirían las prendas amontonadas en el ara de la cruz que, valiosas unas, las otras nó, siglo tras siglo han venido dejando ahí los que han alcanzado misericordia para sus dolencias? Y cuenta que no han sido siempre bichejos de cera como se estila ogaño lo que han puesto á los pies de la imagen como señal de amor: la tradición habla de fortunas concentradas en cosas pequeñas, piedras finas, pongo por caso. Pero, lo dicho, dicho: con todo y su excelsitud y el amor de los que la buscan, la estatua es un feto de la escultura. Quizá, fuera bella cuando salió de manos del que la concibió; querría decir esto que la extremada piedad la ha echado á perder untándole bolo en las llagas, hollín en los cabellos y barniz por todas partes.

—Pero, Dios está en ella ¿no es cierto mi hijo? Declamó doña Celsa deslumbrada con el parrafón anterior.

—Eso tiene tánto de ancho como de largo, mamá: estará probablemente, porque Dios está en todas partes, pero.....

—Cálla la boca, Manuel, no vayas á decir una irreverencia. Le atajó Regina.

—¿Por qué me lo pregunta? Bien saben que yo no creo en esto, ni aun en "La Resurrección" que posee Envigado—la escultura más bella que conozco, á pesar de haber visto las muy afamadas

que tienen por Bogotá. Dios permita que manos impías no empiecen á remendar aquella belleza cuando dé en desmoronarse; es mejor verla desaparecer que un renacimiento irrisorio como el de este Nazareno.

El sacristán se quedó con la boca abierta mirando á Manuel; resultaba que ese descreído sabía mucho; lástima, porque yá tenía en la punta de la lengua el cicerone la lista de los milagros y el origen del santo.

Regina se quitó una crucecilla de oro que llevaba al cuello y la colocó al pié de la cruz.

Se untaron agua bendita las mujeres que por ahí había y salieron del templo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXIV

AL volver una esquina toparon nuestros amigos con dos Hermanas de la Caridad, vestidas de sayas azules y burdas, que llevaban, la una dos racimos de pollos colgados de las patas y la otra una olla nueva y en el canto del delantal un montón de hortalizas terrosas.

—Señores,....dijo una. No acabó la frase, porque Manuel al instante le presentó la cartera repleta de billetes para que tomase lo que quisiera.

Regina extasiada se quedó mirándolas.

—Basta, señor, basta; esto es bastante; Dios se lo pague; usded es muy bueno. Adiós, señores.

—Papá, su cartera, saltó Regina; préstemela.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Dios le pague, niña; este señor nos dió por todos vosotros.

—No le hace, hermana; tome, tome.

Y Regina les entregó una buena limosna.

—Oh, qué alegría para los pobres!.... y para nosotras!.... Adiós, hermanos.

Y siguieron andando felices con tal regalo.

La familia se quedó mirándolas en silencio.

—Pero, están ¡ qué poco aliñaditas! Dijo doña Celsa; no son como las que hay por Antioquia tan coquetas en su vestido, y hasta en la manera de colgarse las camándulas.

—Eso quiere decir, respondió Manuel que éstas entienden mejor su oficio.

—Eso, nó, porque no creo que se aborrezcan el buen parecer y la caridad, antes como que son muy amigos.

—Pues no siempre, mamá; la humildad es la túnica de oro de esta virtud, dado que se entienda y practique con aquel amor sereno que inflamaba el corazón de San Vicente y que fué el que pidió á sus hijas para la humanidad entristecida. De mí sé decir que jamás me he sentido pequeño delante de las Hermanas que conocía y que hoy he visto estas dos tocando en las nubes con sus frentes. Esos zapatos rotos, las gorras de alas abiertas que llevan en la cabeza, manchadas como están con el lodo de una pocilga, sus sayales burdos y el poco cuidado que tienen de sus figuras, me parecen la

más alta expresión de la belleza, amén de la de sus rostros, que es pura franqueza y una como celeste alegría de tener contento á Dios.

—Permíteme un momento, le interrumpió Regina; voy á hablar con ellas dos palabras, en el instante estoy aquí. Sin aguardar permiso la niña á paso rápido se fué detrás de las hermanas; los suyos se quedaron esperándola. A don Basilio se le veía claramente la impaciencia.

Se acercó á ellas, con presteza se quitó los zarcillos de oro y les dijo:

—Tomen, queridas: ¿Dónde hablara yo con ustedes?

—De dónde es usted, niña? Le preguntó la mayor.

—Antioqueña.

—¿ A qué vino al Cauca ?

—Me trajeron á que lo conociera.

—¿ Dónde está hospedada?

—En casa de Carlos, un cuñado mío.

—¿ Qué calle?

—No sé.

—Bien, nosotros la buscaremos.

—¿ Vais á casa?

—Sí.

—¿ Cuándo?

—No le precisamos día, pero iremos.

—Pronto, pues, porque dentro de poco regresamos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Sí, pronto; váyase yá, que su familia aguarda en la mitad de la calle.

No se dijeron más estas tres mujeres, y, sin embargo, se entendieron perfectamente, era natural: tenían una misma estrella que las guiara.

Las dos Hermanas á su vez se detuvieron viendo ir á Regina. —Hé aquí murmuraba la mayor, una muchacha á propósito para acomodarle aquella frase que le dice el Cura á la Hermana Serapia.

—¿Cuál Cura? Preguntó la otra.

—Aquel que figura en el libro tan bello que leímos en días pasados.

—No recuerdo lo que dice.

—Oh, casto botón de piedad que estás para reventar en beneficios como un lucero en fulgores, yo habré de tornarte en flor desplegando con maña tus pétalos azules antes que un pájaro te pique y se llene tu cáliz de larvas impuras".

—De veras! Esta criatura irradia bondad ¿cómo hiciéramos para.....

—Mañana la buscaremos; vamos, que yá es tarde y en nuestra casa nos esperan.

Esa casa donde las esperaban era el albergue miserable de una familia infeliz.

—Yá vienen, yá vienen! Gritaron al verlas dos chicos lombricientos y mocosos. Y traen más qué comer! ¡Ah bueno, ah bueno! Hermanita, prosiguió uno, á mí me dá la cabeza.

—Y á mí el corazón. Gritó el otro.

—Y á la niña las patas.

—La cabeza, el corazón y las patas de quién?

—Del pollo que van á matar.

—Sí, sí; pero, vengan acá primero.

La hermana emprendió un asalto contra la mugre, las carangas y las niguas hasta que puso á los muchachos de no dar asco y los aforró en trapitos limpios; pero, hecho todo en un gozo y un placer que daban deseos de besarle las manos; que ensartaba perlas parecía y no que reventaba niguas tamañas como frutas de malva, sin estrujar á los niños ni echarles en cara su desaseo, nó, que charlando dulcemente con ellos les decía:

Vé, hijo; mañana te las sacas así ¿oyes? pero bien sacaditas y sin estropearte los deditos. Y tú, picarito que tánto ríes, cuidadito con manchar el vestido.

—¿Entonces, no podemos jugar?

—Sí podéis, pero sin ensuciar la ropa; y si sois formales, mañana os traeré confites y coches con ruedas.

—¿Y á la niña? Preguntó con afán uno de los dos.

—A la niña le traeré una muñeca grande, grandota, así, que abre los ojos y dice mamá. Estáis, pues; y ahora, callaos porque la madrecita está dormida; yá veis que ha estado malita.

—Sí, hermana, callados; pero, nos dan comida ¿no?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sistema de Patrimonio Documental

—Para vosotros es lo que trajimos.
—¿De dónde, hermanita?
—Dios lo mandó.
—¿Con quién?
—Con unos señores. Dios nos manda todo.
—¿Y coches con ruedas, y muñecas?
—Sí, sí.

Entre tanto la otra hermana reventaba cuellos de aves, mondaba yucas y, sopla que sopla alzaba en el fogón alegre candelada.

CAPITULO XXV

VUELTOS á la casa nuestros paseantes, Regina se puso de codos en un balcón á mirar hacia el confín azul de la llanura, y se quedó en uno de esos momentos en que el espíritu se va imitando el aroma diáfano de un frasco que se deja destapado, no veía lo que estaba mirando, ni oía lo que sonaba á su derredor; pero, pensaba, porque sus labios modulaban voces silenciosas y vagas. De repente se fueron llenando de lágrimas sus ojos.

—¿Qué es eso, hijita?

Y don Basilio le puso una mano en un hombro.

—Ah? ¿qué? Nó, nada, señor.
—¿Por qué está llorando?
—Si no lloro.
—¿Y esas lágrimas?

—Fastidio del sol.

—¿Qué hago yo con usted, pues?

—¡Que más ha de hacer!

—Usted se va, usted se va, hija de mi alma, y yo me muero! Dígame qué desea ¿quiere que nos traslademos á vivir á otra parte? ¿Mi dinero para que se lo dé á los desgraciados? Mire: le pongo la casa como usted no ha visto otra tan lujosa, le daré joyas cuantas quiera; hago lo que usted desee, mándeme para que vea; voy á ser un paje suyo; su voz será la de una reina; mandará en todo y en mí, pero quédese, ¡por Dios! Luisa va á vivir aquí, Manuel se irá á viajar, y si usted nos deja ¿qué haremos? Estamos tan viejos! Yo le respondo á Dios de haberla detenido.

Regina, como única respuesta, rompió á gemir.

Desde ese momento se acabó el buen humor en la familia, porque el señor García no volvió á hablar una palabra. Doña Celsa haciendo un esfuerzo le dijo:

No sea bobo, hijo; ¿cómo se confunde así, cuando esto yá no tiene remedio? Esta muchacha se va ó se muere; no nos queda más que hacer fuerza. Por lo visto, el paseo nos va á salir por un ojo. Y hasta pecado será tánto oponernos á esa resolución; yo, por mi parte, la voy á dejar que haga lo que quiera.

—Habla usted como si no la hubiera llevado en sus entrañas.

—Nó, señor, ¿porque no lloro? Yo no me opongo más á una cosa en que ha metido Dios la mano de una manera patente; no crea, por eso, que soy insensible.

—Por lo que veo, parece que sí.

—Hasta eso quieren usurparnos los hombres á las pobres mujeres, la ternura.

—No discutamos más y póngase á arreglar corotos, porque nos volvemos á Antioquia mañana muy temprano.

La orden de don Basilio se trasmitió y, manos á la obra. Manuel refunfuñó ¿cómo no, si andaba feliz? Había convenido con sus conocidos en un paseo que harían al día siguiente á la "Quinta del Paraíso" ó de María la novia de Efraín.

—¿No sientes irte sin conocer esa casa y esos campos? Le preguntó Luisa.

—Sí y nó: lo primero porque mi imaginación novelera cree encontrar por esos corredores envuelta en misterioso crepúsculo la casta visión de don Jorge, por eso lo siento, y digo á la vez que nó, porque bien pudiera encontrarme, en lugar de la novia inmortal, á cualquiera otra prójima ignorante de que el aire que respira está embalsamado con los recuerdos de María. Dios sabe si será mejor para mí no hacer tal paseo, estos asuntos que tienen su fuerte en la poesía es bueno no menearlos mucho, porque ..... Hace muy bien don

UNIVERSIDAD EAFIT

Jorge en no dar más detalles sobre su amada niña.

—Ahí está usted, hombre, con sus bobadas! Le interrumpió don Basilio mal humorado.

—Venga á ayudar á componer estas petacas.

—¿Usted conoce el saíno, papá?

Don Basilio leyó en la pregunta de Manuel lo que éste quería decirle, y al punto enrojeció su semblante.

—Sí, es un animal que anda siempre de frente y que no gasta el tiempo haciendo simplezas á lado y lado.

—Sobre todo, papá, de una delicadeza para sus cosas....

Al día siguiente tornó á meterse con el camino la familia García sin acordarse de que muy cerca estaba Cali, la reina del valle que bien merece la pena de conocerse, pero ¡bueno andaba don Basilio con su tristeza para meterse en más conocimientos! ni á sí mismo se conocía de puro incomodado y cariacontecido.

Luisa se quedó llorando; Regina se volvió dichosa, aunque lamentaba el no haber podido hablar con las dos hermanas.

Vuelta los viajeros á las eternas bellezas de aquella tierra privilegiada con ellas; ah, y á otra cosa nueva que no hizo parte del viaje anterior: al hambre. Por la repentina resolución de don Basilio no hubo tiempo de arreglar qué comer, y,

hétenos aquí que la falta de esto se hizo sentir tempranito. Hombre, decía el jefe de la familia á un dueño de casa de aquel camino, le doy lo que pida por un caldo.

—Es que no hay nadita, señor; adelante consigue.

Caminaban un poco.

—Me dijeron, mi señora, que usted tenía qué darnos de almorzar.

—Yá me lo tomara para mí, señor.

—Véndame, siquiera, media libra de panela.

—¡Si no tengo!

—Unos plátanos.

—Menos.

—¿Qué hacemos?

—Aguantar y ofrecérselo á Dios. Respondía bostezando doña Celsa.

Regina se dió á comer guayabas y Manuel á chupar caña dulce que Valeriano iba merodeando en solares ajenos. —Les ha perjudicado la mucha comida que da esta tierra para que no tengan qué comer, decía el paje partiendo una caña en las rodillas.

—Pero, siquiera, respondió Manuel dirigiéndose á Regina, para ellos "se engalanan las tardes con nubes color de violeta y lampos de oro pálido" como dijo don Jorge.

—¿De qué vivirá esta gente? Preguntó doña Celsa bostezando otra vez.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

—"De porfiada". Respondió Valeriano.

—Es un misterio, mamá, añadió Manuel; cuestión angélica.

—Vea, señora, cómase ésta. Le dijo el criado presentándole una guayaba verde.

La hambreada señora dió á meterle el diente; al fin la botó. —Eh, ni aun cuando estaba muchacha, que tenía toda mi dentadura! ¿qué podré hacer con un colmillo?

Gracias á que el tabaco le adormecía aquel dragón que le clavaba uñas por todas partes en el estómago. —Y éste es el valle tan decantado? decía: me atengo al de la salve.

Una gallina se les puso por delante; Manuel que la ve y, plun!....con un revólver. Doña Celsa, á poco más, se va á tierra; á don Basilio se le asustó la bestia. —¡Por Dios, eso es un robo! gritó Regina; un pecado! vean qué cosas!

—¿Sí? pues no comas para que te perdone el Cura.

Doce varas adelante estaba el ave caída de costado estirando las patas y dándose aletazos á sí misma. Un hombre saltó por encima de una talanquera.

—Yo la maté, dijo Manuel ¿cuánto vale?

—¿Quién le dijo á usted que yo la vendía?

—Peor, entonces para usted, amigo, porque así me la llevo de balde.

—¡Ladrones!

—Sinvergüenzas! Respondió Manuel.

—Dejen eso, se metió don Basilio; tome dos pesos, hombre, y excúsenos.

Rezaba Regina, temblaba su madre y reían los demás.

—Vea, maestro, dijo Valeriano recogiendo la gallina; ahí le dejan dos fuertes por la saraviaíta y que lo pase muy bien.

Siguió la cabalgata entre una nube de plumas que el paje iba arrancándole á la presa.

Mal comidos, por no decir muertos de hambre, llegaron á Cartago y á poco el estómago capituló porque yá el camino de ahí en adelante algo regocijaba con sus tenduchas, si no muy surtidas de comizas, sí de lo necesario para no aguantar hambre. Maltrechos y mohínos volvieron á la tierra; á propósito de ello, decía Valeriano parodiando la Salve: entramos con "vida y dulzura" y salimos "gimiendo y llorando". En agua de cerrajas se quedó la alegría del tal paseo; el único que anduvo feliz fué el paje, y no muy descontento Manuel que casi siempre andaba en ese estado en que es tan fácil embellecer lo feo.

Tomaron posesión de la casa paterna como si hubieran vuelto de un entierro, á lo cual se agregaba la falta de Luisa que era la que más bulla metía en el hogar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

CAPITULO XXVI

ESA tarde en que llegaron vino á la casa Luis Pérez á dar á su amigo la bienvenida.

Después de las mutuas manifestaciones de estimación, preguntó Manuel:

¿Y de aquello cómo vamos?

—Así.....

—A ver ¿cómo?

—Pues, hombre, parece que se quiere componer ese negocio.

—¿De veras? Me alegro; pero, cuenta antes cómo vino la torre al suelo.

—Nó, no ha caído del todo, pero....

—Está desmoronándose ¿verdad? Conque, ¡al fin! así sería el agua que le pusiste.

—Y nó; qué te parece! Si yo deseaba yá correrme, porque aquello me parecía cuestión de la-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dridos de perro á la luna, cuando un día se me apareció más dócil que un bledo.

—¿Y eso?

—No sé.

Con perdón del lector, yá que Luis no sabía el motivo del repentino cambio de Isabel, vamos nosotros á decírselo:

Isabel, cuando su amante haciendo un esfuerzo supremo se aparecía á la casa de la hacienda, se escondía por no verlo y no valían á dulcificarla ni la cantaleta de su madre, ni vivir el mozo por boca del viejo poco menos que en las nubes. Nó, nó y nó. En tratándose del dicho pretendiente se arriscaba la joven y se estaba en sus trece.

Comprendiendo Luis claramente esta antipatía, se dió cuenta del camino que le señalaba su dignidad: se retiró.

Sucedió, poco después, que entre las muchas familias que frecuentemente visitaban á la de Isabel, una de ellas compuesta de muchachas alegres y decidoras se quedó cierta noche de parranda en la hacienda; duró el jolgorio de baile, canto y disfraces, hasta casi el amanecer, hora á la cual se acostaron en el suelo de la sala, porque camas para todas, á buscarlas, eran muchas. Sueño, menos: aquello era una algarabía que llevaba trazas de no acabar.

—Nó, muchachas, por Dios, dejen la bulla. á ver si dormimos; miren que hay que madrugar.

—¿Sí? Pues yá saben que á la que se duerma la tizno.

—Ay, pero háganse para allá que me están destripando.

—¿Quién me quitó la cobija?

—Eh, no sean así! yá me arañaron un ojo ¿quién fué?

Y se veían esfumados en la sombra de la sala brazos confusamente blancos que cruzaban en silencio. Una risa repentina rompía en un rincón; dos muchachas conversaban bajo más acá.

—Esto es agua ¡qué imprudencia! ¿quién está regando?

—Sí, es mejor que nos levantemos.

—Nó, no se levanten, respondió otra ahogada por la risa, y les cuento un cuento.

—Ay, Jesús!

—¿Qué fué?

—Que me dieron una patada en el estómago.

Y rompió á llorar una niñita.

—No ven? dijo la madre, parecen una partida de potros! á ver mi hija, dónde le pegaron. Valiente injusticia! ah, ah, prendan esa vela.

—Cállese todo el mundo, que allá va el cuento.

—Bueno, bueno; comienza, pues.

La narradora empezó que era un encanto por lo argentina de la voz, pero simplecilla por el estilo y los pocos adornos de palabra. El tal cuento tenía el chiste en que parecía relatado por un vio-

lín, de puro dulce que era el acento, lo demás no valía un pito. Ahora, como no disponemos de la que lo narraba, nosotros vamos á adornarlo alguito, siquiera lo suficiente para no aburrir al que leyendo vaya aquí:

Emilia, una hermosa á quien llamaban Mila sus amigas, con todo y su fantástica hermosura, á los treinta años aún tenía "el documento por cancelar"; nó, no se había casado, por esto:

Cuando iba á cumplir catorce abriles comenzó la gente á decirle: ¡cómo será la flor que va á resultar cuando te desates botón de rosa blanca!

Y se dió cuenta perfecta de lo que de ella esperaban,

Y se abrió la flor.

Pero, con qué lozanía! las nieves de la montaña tenían injuria contra el blancor de aquella virgen.

Mas, he aquí que, adelantándose la vanidad á los años, Mila se llenó de soberbia y se creyó diosa. Dejar que alguien aspirase el aroma embriagante de aquel cáliz color de hostia ¡sueños! Vayan ustedes á oler flores de ruda ó de altamiza. Este perfume es de un príncipe.

Y andaba la divina criatura con un balanceo rítmico igual que el movimiento de una caña que mecida por el aire echa la melena para acá, para allá. Esto como lo decía la narradora era así: "Y

era tánto lo que se remeniaba esa dengosa antipática, que.....Jesús credo!"

Llegó á los veinte años, y el príncipe no parecía, ni la vanidad mermaba; aquí la belleza de Mila quedó en todo el reposo de la plenitud.

Sus amartelados se resignaron á mirarla de lejos como si perteneciese á familia de astros. Sobre aquellos boquiabiertos llovían ventanazos y torcidos de boca que daban lástima; poco menos que de agrimensores quedaron todos midiendo la calle y calculando el ancho de las espaldas de la divinidad.

No sabemos si por entretenimiento ó por necesidad á los veinticinco años se apareció dulce y más suave que piel de cabrito; sin embargo, los hombres dijeron: "A otro perro". "A belleza que á sí misma tánto se quiere no le sobra tiempo ni corazón para querer á otro; esto es una prevención por si el príncipe se queda en el camino". Nadie quería embarcarse en nave que tánto trabajo dió para echarla al agua. Y eso que estaba como las frutas maduras, que si no se las comen yá, raro es el pájaro que las picotea después.

No le valió á la hermosa tender redes ni tirar al agua anzuelos ¡peces más escurridizos! Un montañero cayó, mas, era inútil sardina y lo largaron: había necesidad de un bagre, y no así como se quisiera, sino robusto y mantecoso. Treinta años! y el príncipe entretenido, quizá, en una posada

del camino. A todo esto dieron en aparecer en la cabellera de Mila, unas víboras blancas, víboras serían, porque ella enfurecida las reventaba entre los dedos nerviosos. Qué les parece á ustedes, canas entre aquella cabellera que allá se las mandamos á dar trabajos á una noche de truenos con su apretada oscuridad; no las arrancaba, era que las reventaba hecha un desmadejamiento de dolor y de vergüenza. De ahí en adelante era tal la policía de ojos y dedos que andaba rebuscando entre el negro matorral, que no había soñado un hilo blanco en formar retoño cuando allá te van las uñas, y el pobre moría al nacer. Riesgo hubiera corrido de quedarse calva si otro día no hubiese de notar que las arrugas, zanjas de propietarios mal avenidos, empezaban á trazar predios y á señalar linderos en aquel rostro cuya tersura sutil dió envidia á las plantas de un niño recién nacido.

¿Qué hacer? ¿Cómo atajar esta avenida de estragos?

¿Cómo?

Verán ustedes.

Pero no crean que fué por un medio desconocido, nó, por el de siempre:

Llovieron al tocador de Mila pomos llenos de líquidos rojos, polvos y cosméticos. El arte disimuló algo las grietas del torreón esbelto que se abría.

Una vez un hermanito de la enyesada hermosura deslumbrado con aquellos tonos tan fuertes le dijo:

"Chica, pareces un ratón de molino; papá dice que tú has logrado el prodigio de concentrar el buen clima en un frasco". La observación del muchacho hizo efecto contrario: aquella casa fué una exhibición de joyas, encajes, plumas y guantes, todo lo cual llevaba Mila por esas calles con gran susto de la elegancia, quemando desordenadamente los últimos cartuchos de esperanza; quemó el último y al otro día amaneció peinada de liso, como quien anda aprisa, vestida con humilde traje negro y envuelta en una mantilla sin orla de encaje ni cosa que oliera á buen gusto. Y tomó camino de la iglesia.

—"Era natural", dijo el hermanito; "yá va á que Nuestro Señor le pague el mal gusto de los hombres, como si fuera poco lo del Calvario por culpa de todos ellos."

Y la tenéis en el templo á la hora que queráis repasando una librería mística y sudosa que cargaba en oscuro talego, barriendo, poniendo flores en los vasos santos, y regañando á los muchachos que hablaban alto y andaban disimulados como perros por las silenciosas naves; de tal manera entendía en el ritual de los oficios divinos que al fin era de la iglesia de su pueblo como el púlpito ó el sacristán.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—"Padre", le decía frecuentemente al Cura, "ponga remedio á la franqueza con que estas puerquitas de quince años le coquetean aquí en las barbas de Nuestro Señor á un círculo de mocosos que las persiguen". Porque á Mila siempre que veía una niña de quince á veinte años se le calentaba la sangre y mucho más si la doncellita era de aquellas deliciosamente mimosas. "Zambita más aborrecible", decía, "yá está poniendo los ojos en blanco y caminando en las uñas ¡coquetas, que no saben lo que es pudor! Fueran mías para enseñarles á manejarse.

¡Y un odio á los hombres, Señor!

Si parecía que le produjeran náuseas.

—Pues que se casa fulana, le decían.

—¿Sí? Imposible que con la berreadera que tenía, se quedara ¡pero venida á ver la alhaja que se lleva! de esos todos los que una quiera. Gracias á la Virgen que me libró de esa ridiculez; cabalmente que bien buena me paso mi vida; con mi barrigón tengo.

—Quién es tu barrigón? Le preguntaban.

—Pues mi confesor, que bien queridito y bien formal es.

Una mañana madrugó demasiado, porque, amén de barrer todo el pavimento de la iglesia, tenía intención de oír tres misas, confesar, cambiar las flores del altar, etc. Temblorosa de frío se estaba á oscuras arrimada á una puerta aguardando

al sacristán y rabiando contra él por su tardanza, cuando apareció éste en una esquina de la calle haciendo sonar las llaves del templo; al acercarse á Mila paró un momento estirando el pescuezo y en actitud de correr.

—¿Qué es? ¿porqué no abre? Preguntó ella incomodada.

—Ave María Purísima ¡qué susto! creí que era una ánima.

—¿Sí? Pues yo pensé que usted era el diablo.

—No proceda á molestarse, niña; como usted es tan flaca y tan .....oscura está la madrugada.

—A vos no te importa, indio alzado!

—Y qué es la calentura de esta abuela?

—¡Ah, negro atrevido! Abre esa puerta!

—Véanle el modo de mandar! Yo abro á la hora que me dé la gana; á mí sí no me pones cartilla, vieja antipática y novelera.

—Eh, y cómo es de grosero este bozo de cepillo.

—Beata asquerosa!

—¡Ah demonio!

Asió Mila de las "Delicias al pie del altar", y las descuadernó en la cara de su enemigo.

—Miren esta condenada como me reventó las narices, bramó José, que así se llamaba él, y la agarró por la melena cuando yá era casi de día y á tiempo que apareció el Párroco entre ellos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¡ Suéltame ó te muerdo!

—Tóma, vieja sinvergüenza!

Y José le daba palmadas.

—¿ Qué es eso? Gritó el Cura poniendo entre ellos el bastón y lanzando una carcajada.

Se apartaron en silencio.

Después el sacristán tirando albas y paños y vinajeras en profano desconcierto, decía:

Ella me las pagará! No hay sino que Nuestro Señor, el Padre y yo tenemos que soportar á todas las viejas "que dejaron quemar el pan" y ayudarles á cargar la cruz que los hombres les echan á cuestas. La pura verdad: es una solterona que por hacerse á un hombre sería capaz de tirarse de la cúpula; y aunque venga su padre ó sus hermanos y toda su parentela, lo dicho, dicho.

—Ese hombre no se puede soportar, Padre: es un pícaro, le decía entre tanto Mila al Cura detrás de una columna ¡y creyó el muy bribón que.... Ave María, hasta colorada me pongo!

—Virgen María! qué cosas! Respondió el sacerdote. Yá pondré dique á tántas demasías y, Dios mediando, todo se arreglará.

No volvieron á cambiar palabra estos dos enemigos, y aunque diariamente se rozaban en la sacristía y manoseaban los mismos objetos, se guardaban mutuamente negro rencor, con todo y andar ambos muy comulgados diariamente. José se reía de ella, quitaba de aquí lo que la otra ponía

y lo colocaba en otra parte; le desbarataba lo hecho y la ridiculizaba. Ella, á su vez, siempre que junto á él pasaba, escupía. Aquello era una guerra implacable.

Notó José que su enemiga se arrodillaba diariamente y á la misma hora delante de una imagen de la Virgen muy hermosa que llevaba en los brazos un chiquitín blondo y de ojillos azules.

—¿ Qué le pedirá á Nuestra Señora este engendro de Satanás? dijo; espérate niña mía, que si lo que deseas es un marido, como lo creo, voy á interceder con la Virgen para que te mande un rey y así saldaré la cuentecita que tenemos pendiente.

Otro día se colocó el irreverente sacristán detrás de la imagen, debajo del manto azul sembrado de estrellas áureas y aguardó allí á Mila que no tardó en llegar y que arrodillada, después de unas cuantas salves, le habló así á la imagen:

—Dónde está, Madre Santísima, eso que tánto te he pedido? Tráelo, Señora, que yo te lo pagaré con una túnica de raso azul.

José, imitando la voz del niño, respondió:

Nó, mamita; no vayas á engañar á nadie con esta antigüedad, aunque te ofrezca una custodia nuevecita.

Mila conoció al instante á su enemigo oculto, y una idea asaltó su mente.

—Señora, volvió á decir, soy muy rica pero esa riqueza no eclipsa el tesoro de ternura que llevo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

en el alma y todo se lo daré al que tú me señales.

—¿Cualquiera que sea? Preguntó el sacristán imitando la voz de la Virgen, á la vez que otro pensamiento extraño lo hacía desistir de la burla.

—Haz la prueba, Señora. Respondió Mila.

—Bueno, cásate con José.

—Con José! ¿cuál? ¿el sacristán?

—Sí ¿por qué te asombras?

—Es que él me aborrece.

—No lo creas; quizá tú á él.

—Nó, Señora; yo no odio á nadie.

—Entonces, cuenta con él y no me traigas tal túnica.

Al otro día José retorciéndose el bozo cerrero y recortado, desde la puerta de la sacristía miraba, con descuido de sus obligaciones, á Mila que en esa mañana no había querido poner mano en nada y que, por un toque de novia lista se estaba por allá entre la multitud; pero, sus miradas topaban frecuentemente con las de José que echaba así sus cuentas:

—Viéndola bien, ni fea es; francamente, yo no me había fijado en que es muy buena moza.

—Cuánta razón tienen sus amigas en perseguirlo, pensaba Mila; lástima que tenga recortado el bigote porque los ojos y la boca me gustan.

Abandonó la beata aquella expresión feroz que había traído y la cambió por un mimo de niña

contemplada; cuando el amado desataba en el coro su voz de campana rajada, ella creía oír una flauta tañida por un pastor en noche de luna bajo el alero de una cabaña; pasaba él por delante del altar haciendo estudiada genuflexión, ella le concedía talante de gran señor y paso regio.

Los sonrojos menudeaban por esas mejillas y los cuchicheos turbaban la paz de los santos rincones, hasta que del idilio de sacristía resultó matrimonio. Y una mañana, á despecho de parientes y amigos que miraban con asco aquella unión, se presentó Mila á dar la mano al que yá era dueño del corazón. José, por su parte, rodeado de su rústica y aplanchada parentela se esponjaba de gusto como el pavo de buen humor.

Este matrimonio vivió feliz, pero ambos tenían un secreto que guardar: José no confesó jamás á su mujer que la imagen de la Reina del Cielo había sido trinchera en aquel tiroteo de amor y, aunque Mila lo sabía, jamás se lo preguntó.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXVII

POCAS oyentes tenía la narradora cuando remató el cuento, la mayor parte dormían entre deliciosa rebujina de sábanas y mantas. Tres ó cuatro comentaron lo dicho, y ahora una, después la otra fueron callando hasta que no se oía sino el lejano latido de un perro. Mentira, todas no dormían: Isabel con los ojos abiertos á la sombra se había quedado silenciosa pensando:

¡Qué necedad, venir á hacer caso de una tontería! ¿Por qué, habiendo, como hay aquí, otras más viejas que yo, duermen esas como si el tal cuento hubiese sido un aguacero que vino á arrullarlas? Francamente, es miedo á la soltería esto de tomar palabra por palabra esa invención para

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aplicármela á mí misma. ¿Por qué las otras no se preocuparon? ¡Qué cuentos!

Y cruzando los brazos se colocó de medio lado como en posición de dormir, pero, nada: comenzaba á ver una vieja descolorida, flaca y horrorosa que arrodillada delante de la Virgen pedíale un marido con el afán nervioso con que pide un enfermo á gritos remedio contra espantoso dolor; de repente daba un salto como de bola de caucho que rebota en el suelo, porque allá en los antros de su imaginación estallaba una carcajada burlona que lanzaba el sacristán detrás de la imagen sacrosanta.

—¡Qué ocurrencia! pero, ¿en qué nos parecemos? si yo no aguardo príncipe ninguno. Sin embargo, allí está Luis esperando á que yo tenga piedad de él, y quién sabe si más tarde él no la tendrá de mí. Pero, ¿cómo olvidar á Manuel? Maldita sea la desgracia de las mujeres! se me ha propuesto que voy á llegar á la situación de Mila!... yo....casada con un sacristán de bozo recortado!....qué horror! Psh! ¡animal que soy! dizque con nervios....Sara! Sara! Llamó á la amiga que dormía al lado.

—¿Qué es?

—Vé, conversemos un rato.

—¿Y me despiertas á eso?

—Es que no he podido dormirme.

—¿Pero, á estas horas?

—Sí, qué le hace! Hablemos de Antonio, tu prometido.

—Qué estará haciendo mi negro? Soñando, talvez con su vieja.

—¿Lo quieres mucho?

—Ah, caramba con la pregunta!

—No te da miedo de casarte tan joven?

—Más me diera de llegar al estado de aquella vieja del cuento.

—¿Y tú si crees eso?

—Demás: así acaban todas las que se regodean.

—¿Por casarse con sacristanes?

—Pues no siempre, pero sí con gente de menor cuantía. No sigamos; duérmete, que yá es muy tarde, óye los gallos.

—Pero, vé.

—No te contesto más; déjame, que yo tengo mucho sueño.

Y se volteó al otro lado.

—Tan maluca!

—Qué le hace!

Más le habría valido no despertar á su amiga: ahora sí que no tenía pizca de reposo: los pies fríos y la cara ardiendo, pulgas por millares y dolor de cabeza. Se sentó y se estuvo así mucho rato hasta que asomó tímidamente la luz del alba. Salió al patio, se bañó la cara y creyó olvidarse del delirio de la noche charlando después con sus

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

amigas que á la despedida formaron el alboroto de un mercado hablando todas á la vez.

—¿Y á ti quién te contó la bobada de anoche? Le preguntó con disimulo á la cuentista.

—¿Bobada, niña? ¡Más verdad!

—Qué verdad va á ser eso!

—Pues es; le sucedió á una amiga de mi abuela. ¿Y qué tiene de particular para que no pueda sucederle á nadie?

—Nó, nada; creí que era una invención.

Partieron las alegres muchachas.

Al medio día Isabel debajo de un árbol del huerto de la casa bordaba en un bastidor callada y pensativa; el silencio era interrumpido por la aguja que tic, bajaba, y tac, subía por entre la tela templada como el pergamino de un tambor. —Sí, dijo distraídamente, aunque fuera el más sinvergüenza no volvería ¡le he hecho tántos desprecios! Con los hombres no se debe abusar demasiado y menos cuando una tiene veintiséis años. Todas dicen que Luis es un encanto.....

Silencio durante mucho rato.

.....

No sé, prosigió, por qué esta mañana cuando le oí decir á Magdalena "¡sí que me gusta ese ojinegro!" me dió rabia.

La imagen de Manuel sonriente fué pasando por la memoria de Isabel y acabó de pasar sin que la joven hiciera esfuerzo alguno para detenerla.

—Decía yo que Luis....en rigor....en fin, veremos.....

Vuelta al silencio hasta que la sorprendió la hora de comer ó la voz de su madre que á ello la llamaba.

Un rato después hija y madre salieron á dar una caminata por una de las dehesas vecinas á la casa.

—Dígame, mamá, de qué edad se casó usted.

—Ave María! muchachita: de quince años.

—Valiente pecado! Eso fué porque le dieran huevo entero y le dijeran mi señora.

—Qué, si en ese tiempo no se esperaba la gente, como ahora, á beber el agua molida!

—Entendido, mamá. Pero hay que tener presente que no he esperado esta edad de mascar el viento por resolución mía; los demás me han obligado á ello.

—Ah ¿nosotros tenemos la culpa?

—Ustedes, quizá, nó; pero sí alguno muy querido de usted especialmente.

—¿Y esto qué es, que yo no lo entiendo?

—Ay, mamá; no parece usted mujer: no ha comprendido que mi aspereza con Luis no era otra cosa que una prueba á que yo lo sometía? O es que usted cree que una debe seguir á ciegas al primero que le diga "vamos"? Yá ve: ¿dónde me hubiera dado el agua si al primer envite le hago

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

caso á su ahijado? No soportó prueba ninguna, cuando menos lo pensamos se largó.

—Y de veras ¿tú sí lo querías?

—Válgame Dios! con todo mi corazón.

—Pero vean esta mujer de Judas con las que sale después de que todo se lo llevó el demonio! Si él se retiró asustado de la vara de jeta que le estirabas y los torcidos que no parecían sino como para un criminal.

—Pues, mamá, otro que quiera de veras no se asusta con una legua de trompa ni con nada, nó, señora: sigue firme en su empresa. Y esos son los maridos que se quieren ¡pero esto! Es para que usted vea que yo tenía razón en no darme por notificada.

—Pero ni siquiera le diste entradita por ningún lado.

—Así debía ser mientras yo conocía el terreno que pisaba.

—Y se te salió el tiro por la culata; estabas creyendo que todos los hombres se enamoran de una fiera que no hace sino bufar y poner las cerdas de punta, ah boba! hay hombres muy melindrosos que necesitan carnada: ¿pues cuándo viene un pez á clavarse en el anzuelo si éste no tiene en la punta qué comer? bien bobo fuera; lo que hay que hacer con los hombres es no dejarles tragar muy cómodamente la golosina sin irles entrando

con maña el harpón. ¡Conque esas teníamos! y de veras ¿lo quieres mucho?

—Mucho. Respondió la joven mirando distraídamente el fondo del paraguas.

—¡Ah injusticia, ave María!.... Pero, si tú quieres....y de veras....estás tan enamorada...

—Que lo llamemos?

—Pues eso nó; pero sí podía tu padre...así... con disimulo, como quien no quiere la cosa.

—¡Ay, nó; qué vergüenza!

—Ahora soy yo la que te dice que no pareces mujer; figúrate el trabajo que me dará cogerlo mientras estés tan resuelta.

—Parece usted más enamorada que yo, mamá.

—Para qué te lo voy á negar: me gusta mucho, pero mucho, Virgen si me gusta! y con razón; y si no, hazme el favor de ponerle un pero: lo único que puedes decir es que no se encachaca; pero ¿eso qué? teniendo una alma tan mudadita.... Nó, y es un cristiano muy célebre y ahí donde lo ves, riquito. Por otra parte aunque no tuviera tántas condiciones, deberías echarle mano, porque no estás tan joven y bonita que digamos; si de pensar en aquel bagamundo de Celsa te has puesto como esos huesos que blanquean entre la yerba!

—Usted qué sabe, mamá, de si es ó no por eso!

—¿Tal vez nó?

—Bueno, decía usted que se podía.....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sede Fondo Documental

—Traer otra vez? ¡Demás! déja eso por mi cuenta, pero, eso sí, yá sabes.

—Pierda cuidado.

—A pocos días estaba Luis de visita en casa de su amada, y tan atendido por ella, que no se creía merecedor de tánta dicha.

—Yá sabes, pues, lector el motivo del cambio de Isabel.

—Amigo, buen viaje! Dijo Manuel á Luis.

Y se separaron.

El hijo de don Basilio se quedó pensativo un rato ¡qué demonios! dijo; al fin y al cabo no nací para esas cosas. Y tomó la calle.

CAPITULO XXVIII

A poco andar se encontró con Dolores que llevaba su niña en brazos, yá muy finita y bulliciosa. La madre al verlo se sonrojó é inclinó la cabeza.

—¿Qué hay Dolores?

—Nada, señor.

—Cómo se ha puesto de linda tu hija!

—Ello no, es que le parece.

—Nó, realmente es un serafín.

—Dios se lo pague, señor.

En aquel momento Dolores le perdonó de todo corazón á Manuel, los sinsabores por que la había hecho pasar. Este tomó del bolsillo una fineza y la puso en la manita de la niña que al punto la llevó á la boca, como si se tratase de comida.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonio Documental

—Dígale: ¡muchas gracias!

—Ma..má..Respondió el serafinito estregándose el obsequio en los labios

—Cómprale un vestido.

—Sí, señor; le agradezco tánto! Hasta luégo, pues.

—Que lo pases bien, Dolores.

Se quedó viéndola ir. —No se sabe,. dijo, cuál es más bella: esa criatura parece un juguete de porcelana y la madre....otro juguete un poco más grande. ¿Qué tiene esta mujer que así me ha enloquecido? ¿cómo es que puedo soñar con una campesina rústica que no lleva al alma del que la mira sino la compasión de ver tánta belleza sirviéndole de cubierta á un espíritu inculto? Y sin embargo, ¡de cuánto fuera capaz por ella!

Dolores siguió tan feliz: Todos me la quieren, decía, y me le dicen bonita; por eso los quiero yo tánto á todos; cuando voy con ella no aborrezco á ninguno, porque eso es caricias por aquí, regalos por allá. Ahora me voy derechito á comprarle un vestido blanco que venden en la "Calle real". Cómo irá á quedar éste encanto con él y la capota que le dieron donde mi sia Petra! Otra como ésta siempre nace.... ih.... Qué tal que yo no le hubiera puesto hace mucho tiempo el azabache y los corales curaos! Yá me la habrían ojiao. ¡Qué le parece! cuando esta mañana se pararon unas mujeres del Tolima á verla, á verla, y si no la cojo

ligerito y me voy, me la revientan, con seguridad. ¿Por qué serán tan envidiosas? No pueden ver un muchachito bonito, porque allá te va el mal de ojo; vea que hacerle maleficio á esta criaturita! Por eso mantengo gana de ser formal con todo el mundo, para que me la quieran á ella. No sé por qué cuando estaba soltera me parecían tan fastidiosos los chiquitos y tan bobas las madres que se ponían á contar simplezas de sus hijos: "¡Pues qué le parece que el niño se rió!" "Tantée que yá la niña ve las cosas con los ojitos". Y hoy cualquier bobada de ésta me parece un prodigio y se la voy contando á los demás como si ellos tuvieran obligación de celebrársela. Ahora de lo que tengo gana es de que camine ¡cómo quedará andando! Yá tiene cuatro dientazos y dice mama. Si Bonifacio la viera! no sabe él lo que le mandó mi Dios. Tan querida que dijo papá la otra noche; casi me la embutó á mordiscos.

La tal Genovevilla era, realmente, un dije con vida y con el cual tenían que hacer cuantos la veían. Parece un trabajito de azúcar la hija de la lavandera, decían las mujeres; véanle los ojos: iguales á esas ruedas azules que tienen en las alas algunas mariposas; parece mentira que por esa boca vaya á caber cuchara alguna, por chiquita que sea; nó, y, sobre todo, parece hija de blanco. A mí lo que me provoca, interrumpía una, es ponerla en un sitial de Corpus medio des-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuda, por allí así como al descuido: no ven que para que parezca un ángel no hay ni que enmarronarla, el pelo es como una piñita de oro. Tóquenle la llenura del cuerpo, entraba otra; á que no le encuentran un huesito; esto sí que es la verdadera "Emulsión de Scott"; qué le parece! con tres arrugas de manteca en cada muslo! Y se ríe la picarita que da gusto. Ave María, Dolores, mi Dios se la guarde, porque más primorosa, es trabajoso.

Los maridos le decían cada cual á su mujer.

—Vé, aprendé á tener hijos.

—Niña, vengo con un empeño. Le dijo una vez Dolores á una señorita de cuya casa aplanchaba la ropa.

—¿Qué será, ole?

—Que me enseñe estos versos para yo cantárselos á mi Vevita.

—Y de dónde los sacaste?

—Un señor de la plaza me los dió dizque porque le salen muy bien á la niña, vea, aquí está la gaceta donde están imprimidos. Lea, á ver cómo dicen.

—Estos no son versos para arrullar muchachos, tú estás creyendo que son de esos que dicen:

Duérmete, niña,
Duérmete tú
Antes que venga
El Currucutú.

—Qué cuento de currucutú niña; para esas bobadas yo sé muchas.

—Bueno, óye, pues.

—Muy trabajosos?

—Pues óye, á ver.

La aplanchadora abrió los ojos y la boca, y la señorita empezó:

Cuando á la hora matinal, despierta
Brilla la cuna con el ángel mío
Como una flor en cuya copa abierta
Descansa limpia gota de rocío.

Parece que ha yá tiempo, no sé dónde,
Otra vez la encontrara el alma mía,
Porque así como vino corresponde
A la que yo esperaba en mi alegría.

—Eso sí que es cierto, interrumpió Dolores; á mí se me ha propuesto que yo conocía la Veva, quién sabe dónde, me parece que dizque ninguna otra mujer podía ser la madre de mí muchacha; es que vea mi señora: yo no he tenido nada que sea tan mío como la niña, yo no sé; donde quiera que la hubiera visto, aunque no hubiera nacido de mí, yo la habría reclamado. Qué cosa tan particular es un hijo!....A veces creo que si la cogen y me la encajan en un costado, ahí queda buena sin que me moleste ni me duela, ni nada. Siga, á ver, mi señora, ni para lo bueno que va eso, Virgen!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Si es persona ó juguete el alma duda:
Al tocarla mis labios, tenue, paso,
Creo que ante ella pareciera ruda
La suavidad purísima del raso.

Francamente, dijo la madre cariacontecida, ése si no lo comprendo bien.

—A ver si entiendes el último.

Para que lleve en mi memoria fija
Tu grandeza, Señor, á todas horas,
Le teñiste los ojos á mi hija
Con el color del Cielo donde moras.

—No lo he de entender? Aunque fuera la más burra! ¿Qué dice, mi señora por Dios? Quién los compondría!...Préstemelos, á ver. ¿Quién los compondría?

Y le arrebató á la lectora el periódico.

—Están firmados, dijo la señorita, con una inicial.

—¿Alguna señora?

—Creo que son de un hombre.

—Pero ah querido ese señor, y qué tan sabido, ¡sí que será bien asiaíto! Estos me los aprendo ó me reviento, aunque no sirvan para ponerles tonada; yá sabe niña, todos los días vengo á que me enseñe uno; yo siempre soy muy bestia, pero con tal que usté tenga paciencia.....¿cómo es que dice el primero?

La otra volvió á leer el primer cuarteto.

Dolores, repitiendo palabra por palabra, á los diez minutos lo aprendió.

—No se lo dije? Mañana el otro ¿oye niña? y me comprometo á esmerarme en esa ropa que le ha de quedar como leche. No ve lo que es no saber nada de letra.

A los cuatro días sabía Dolores los tales versos. Con ellos entretenía las horas de trabajo ciñéndolos á cuantos aires había aprendido en "El Tablazo".

—Qué dirá Bonifacio cuando yo ponga la niña sobre una mesa y me le cuadre por delante como una señora educada á decirle de corrido y bien duro esto tan lindo! porque ése sí es el cristiano para zorombático: no sabe ni un verso bonito, ni una décima; sólo que por allá donde está haya aprendido! Me acuerdo que cuando me estaba floriando me mandaba unos, dizque:

Qué bonito montecito
Todo de arrayán florido!
Sí que me gustan tus ojos
Si no jueran empedidos!

A éste siquiera le sale la última palabra; oírle otros que cantaba por la noche en el Tablazo.

Si me queréis, vida mía,
Méteme á tu platanar;
Tu mama que es cortevista
Pensará que soy racimo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¡Tan bobo que era el pobrecito! quién sabe si estará lo mismo. ¡Cuánto hace yá que no lo veo! ....tan bonita que le estaba saliendo la barba! quién sabe qué maldita se la estará aprovechando, lo mismo que esa boca tan colorada, y uno ....malditos sean los hombres! ¿por qué no viene ese sinvergüenza á cumplir con su obligación? Así que enamoran á uno bien, se largan estos condenaos!

Estas rabietas no le duraban á la mujer de Bonifacio, porque las mieles del amor de madre, eran suficientes á endulzarle cualquier amargor, y á veces, á hacérselo olvidar.

Pocos días después del regreso de la familia de don Basilio no pudo Manuel resistir al deseo de hacer otra visita á Dolores. Yá sé, se dijo, que hay que tratarla como á toda una señora, pero; es tan hermosa!....y aunque tenga de quitarme el sombrero y guardar compostura de salón en su presencia, allá me voy.

Eran las ocho de la noche; resbalando por sombrías callejas llegó Manuel á la humilde vivienda del señor Sinforoso. Antes de acercarse á ella había visto la puerta abierta, mucha luz, y mujeres que iban y venían en la angosta salita. Parece que tienen baile, dijo; pero, no se oye música. Se paró en el dintel.

—Señor, gritó Dolores, se me está muriendo, mírela! ¿no es cierto que yá casi está muerta?

véala!....está ahogada....¿qué hago yo?

Y le presentó la niña.

—¿Qué es? ¿qué tiene?

—Yo no sé, esto le comenzó á medio día.

Manuel examinó un momento á la enfermita.

—¡Es crup! dijo con una angustia como de padre ¡qué injusticia!

La mujer hermosa y provocativa se borró al punto en el corazón del joven, para levantar ahí la madre angustiada.

—No la ha visto un médico?

—Nó, señor; pero mírela, se me ahoga! sálvemela, por la Virgen Santísima.

—Voy por un médico; entre tanto, abran esa ventana, y sálganse todos, menos usted.

Voló el hijo de don Basilio, consiguió un facultativo y entró á su casa. —Regina, Regina, pronto el pañolón y ven corriendo.

—¿Qué es?

—Se le está muriendo la hijita á Dolores.

—Imposible! ¿cómo lo supiste?

Una mentira lo sacó del afán. —El viejo Sinforoso vino á decírmelo.

—Camina, pues; pobrecita!

—Manden por todo lo que se necesite. Gritó doña Celsa alumbrándoles con una vela desde el portón. Como llevaban luz, pronto llegaron.

—Ay, señorita Regina, mírela, mírela, me la va á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

quitar mi Dios, sin yo haberle ofendido. Gritó la madre cuando los vió.

—A ver querida, no te desesperes; préstamela para que el doctor la examine.

El médico registró la moribundita muy despacio porque á cada momento había necesidad de echarle aire que ella pedía alzando los bracitos y mirando á los circunstantes con unos ojos que hicieron á Manuel salirse al patio mordiendo un pañuelo y con la garganta oprimida.

—Efectivamente, es crup, dijo el médico.

—¿Qué es eso? Preguntó Dolores con afán.

—Es una enfermedad tan bárbara, mi señora, que la llaman "el extrangulador de los niños".

—¿Y los mata?

El doctor no contestó.

—Y los mata, señor? ¿Y me va á matar la mía?

—Un milagro, quizá.....

Téngamela aquí, yo traigo la Virgen de los Dolores, que allí la tengo en la pared.

De un salto alcanzó un cuadrito en que estaba la Virgen de Guido Reni, aquella tan humilde y tan dulce que tiene un dedo de una mano asomado por entre un pliegue del manto; esa que mira hacia abajo como si constantemente tuviese al pie una alma dolorida. —Siempre que sólo un milagro me la puede salvar, decía la madre, aquí está la Virgen; apártense. Bueno, pues, Madre mía:

vé como está mi muchachita, ahí te la entrego, vos sabrés, vos sabrés.

Y se arrodilló con la imagen en alto por delante de la hermosa doliente criatura.

El médico no pudo contemplar este cuadro y se salió de la estancia. En el patio estaba Manuel mordiendo un lazo en que Dolores secaba ropa y mirando al vacío.

—Qué barbaridad! ¿Nó, doctor?

—Maldita sea la medicina! no ha alcanzado el veneno para esta serpiente infernal que se enrosca al cuello de los inocentes. * No tardará en morir esa inocente.

—Voy á mandarle, entonces, lo necesario á la madre infeliz.

—Hará bien; aguárdeme, que con usted me voy.

Entre tanto, Dolores, arrodillada siempre, lloraba:

—Sí, yá veo que se me está muriendo, pero aquí está la Virgen; van á ver cómo no me la deja morir ¿no es cierto querida? no es cierto?

Y miraba á la imagen como si fuera á responderle, en vez del original divino.

—¡Ay, nó, nó! álcela, señorita Regina!...se me ahoga, miren qué cosa tan horrible! Hija de mi alma, hijita mía ¡en qué penas estás! Vé, aquí

---

* Hoy no diría lo mismo: un sabio francés le descubrió.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

está tu Madre, voltéala á ver y pedile que te favorezca!

Alzaban la niña y le agitaban sombreros al rededor; ella los miraba á todos, volvía la carita angustiada á su madre y le preludiaba ¡má!

—Pero, Reina de los Angeles ¿qué estás esperando, pues, que permites esta agonía? nó, imposible! no creo que tengás intención de llevártela! ¿vos para qué? Véla como está: morada ¡cómo me ve! ¡álcenla, por Dios! ay, mi muchachita! Virgen hermosa hacéme el favor de voltiármela á ver una vez, una vecesita, siquiera; alzá tus ojos queridos, sí, alzálos, mi amor ¡¡¡por qué te quedás agachada!!!

Dolores hizo ademán de coger por la barba el rostro de la imagen.

—¿Yá está acabando? ¿no es cierto?

—Está asfixiada, contestó Regina sin mirar á Dolores.

—Recen, por Dios. Gritó ésta á las personas que allí había; todos se arrodillaron.

—Madre de los Desamparados, suplicó Regina de rodillas mirando al cielo con la niña en los brazos, yo te ruego por tus santísimos dolores que si has de llevártela sea pronto ¡esto es horrible!

Continuaba la agonía. La víctima pedía aire, la tiraban hacia arriba, la soltaba uno, la cogía otro; todos lloraban, Dolores iba andando de rodillas por toda la sala detrás del que cargaba á

su hija y con la imagen siempre levantada. Bueno, bueno pues, lo que vos querás, Virgen Santa; yá no te pido sino una cosa: no me la dejés morir ahogada; calmále eso tan horrible y llevátela, sí, llevátela, tomála, es tuya, pero no la matés así: á la hora que querás aquí está; véla ¿Y la imagen?

Ah, la imagen seguía siempre mirando hacia abajo como si constantemente tuviese al pie una alma dolorida. Y esto duró toda la noche.

Por la mañana la niña no se movía; profundamente abiertos los ojos miraban á Dolores; el pecho subía y bajaba rápidamente quedándose luégo inmóvil; un silbo ligero empezó á escaparse de su garganta, fué subiendo hasta volverse un tormento para el oído, y bajando luégo hasta no percibirse. Yá no movía parte alguna de su cuerpo, la carita se le iba tornando negra, y aquellos ojos azules, se opacaban, se morían, se cerraban mirando dulcemente á Dolores desde el regazo de Regina.

—Echele la bendición! Dijo una mujer.

—¿Quién? Preguntó la madre.

—Usted, mire que está acabando.

—¿Yo?

—Sí, pero ligero.

Dolores se puso de pie, rápidamente arrebató á su hija, y salió corriendo.

La atajaron.—Dolores, dijo Regina, ofrézcale á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Dios este dolor. Y la abrazó. Le quitaron la niña.

Estaba muerta.

—Bonifacio, Bonifacio qué voy á responderte cuando me preguntés por ella! Te la dejé morir, te la dejé morir. Bueno, bueno, Madre Santísima, así se hace: me la quitates: yo no tenía más y vos tenés un montón de ángeles! ¿qué vas á hacer con ella? Yo también era capaz de criarla ¿Qué te hice yo? ¿era porque estaba vanidosa por lo linda que me parecía? Entonces ¡para qué me la dabas!

—Hija, le interrumpió el señor Sinforoso sollozando, tenga valor; acuérdese que Genoveva le enseñó á soportar todos los golpes de la vida.

—¡Era que á ella no se le había muerto un hijo!

—Pídale valor á Dios.

Dos mujeres mandadas por Regina á casa de don Basilio trajeron cintas, una coronilla y punto blancos con una máquina de coser; el ataúd hacía rato que estaba en un rincón esperando su carga como se estará una concha en los abismos del mar aguardando que se le cuaje la perla.

—Aquí está la alcancía, dijo Dolores desmelenada; ahí estaba recogiendo con qué comprar de bulto á la Virgen del Carmen por que me trajera á Bonifacio, ábranla, yá no recojo más, no quiero que él venga.

—No hay necesidad, querida, aquí tenemos todo. Dijo Regina.

—¿Y el ataúd?

—Manuel lo mandó.

Se lo mostraron: forrado en raso blanco hacía un efecto singular entre tanta pobreza como había en aquel albergue.

—Sí, así, dijo Dolores; pero yo lo pago: no quiero que nadie y mucho menos....gente que tánto he molestado.

—Como tu quieras, mi bien; pero préstame la niña para arreglártela.

—Vea, señorita, qué pestañas tan largas tenía: le daban vuelta y le tocaban las cejas. ¡Ay, pero sí que está fría!....Si la boquita de ella no era así!....Conque muerta....muerta....¡Por qué sería! ¿ah señorita Regina?

—Dámela para medirle los escarpines.

—Nó, es que ustedes me la quitan, y le van á echar tierra ¡qué injusticia! eso es una tiranía.

Al fin quedó de blanco el tesoro de Dolores; entre la caja mortuoria parecía un colibrí entre el nido. —Póngale la copa de papel, dijo la madre, para que pueda beber agua al pasar por el Purgatorio ¡figuren con la sé que da!

Hicieron uno como cáliz de papel rosado y lo colocaron en una manita de Genoveva. Ahí estaba la muertecita sobre una mesa cuando, —A ver qué tan bella se ve á la luz, dijo Regina. Salió con ella al patio donde la recibió el señor Sinfo-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

roso que partió á escape después de colocársela debajo de la ruana.

—¡¡¡Qué me la hicieron, hija de mis entrañas!!!

Y se colgó al cuello de la señorita.

CAPITULO XXIX

CUATRO días hacía de esto; Regina iba á su casa entrada por salida y tornaba á acompañar á Dolores; al quinto le dijo su madre:

—Vea, hija; aquí dejaron esta carta para usted; léala, á ver qué dice.

Abierta que fué, —de las Hermanas de Buga, respondió la joven.

—¿Y de ellas por qué?

—Porque....en fin....por una atención.

—¿Y qué dicen?

—Voy á ver.

Y en voz alta leyó:

"Hermana nuéstra y muy querida:

A Dios hemos pedido, con esperanza de que nos la concediera, felicidad para usted y los suyos en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el regreso á la tierra; su respuesta de usted nos dirá si El nos oyó.

La súbita partida que hizo le impidió decirnos lo que deseaba ¿no es cierto? Suponemos nosotras que era mucho y meritorio; cuánto sentimos haber quedado privadas del placer de oírselo. A colegir por sus dulcísimas y pocas palabras, usted desea formar con nosotras en las filas del Señor, lo está asegurando algo celeste que la rodea ¿nos habremos equivocado? Esa fisonomía, esos ojos mansos están diciendo que nó.

Por otra parte, aquí hemos sabido sus deseos y sus luchas. Conocemos que sus padres se oponen á esta resolución santa, ahí tiene usted un inconveniente secundario, insista. Sólo la muerte puede cortarle el paso del sacrificio, y cuando Dios no la ha detenido con ella, es porque quiere que á El vaya. Esa palabra sacrificio que ve empleada allí, no está usada debidamente, porque llenar un deseo del corazón no es violentarse y, donde no hay esfuerzo, no hay sacrificio; entonces, digamos así: Sólo la muerte puede cortarle el paso á esta inmensa felicidad. ¿Sabe usted, quiénes se sacrifican, realmente, si la dejan seguir el ideal que persigue? Sus padres; para ellos será el gran premio. En cuanto á la deuda que la humanidad contrae con usted queda cubierta con el placer que sentimos al hacer el bien. Mas ¿se lo decimos? los sentidos no alcanzan hasta ese placer, él es tan

aéreo, tan vago que, no sabemos cómo describírselo: es una como dicha infinita que sentimos de ser desdichados, es la alegría cuando nos mata el dolor, hartura cuando nos produce vértigos el hambre, valor cuando temblamos de miedo.

Renunciar al mundo por este camino no es dejar de vivir como han dicho los hombres, es al contrario: vivir con más vida, porque ella tiene de alcanzar para la humanidad en grupo y para cada uno.

Qué habremos de decirle sobre la obligación que contrae al dar este paso? Nada; en sus pupilas hemos leído la inmensidad del alma que la anima, bien se trasparenta en ellas la ternura que lleva en el corazón. Un consejo, uno sólo: Que sea igual la blandura con que su lienzo de consuelo estreche las sienes calenturientas de un mendigo que las sienes adoloridas por el peso regio de una corona. La humanidad es un dolor en figura de hombre, en él están reunidos tres: el del leproso que tirita de frío tendiendo la mano trémula, el de las mediocridades que no han sabido ajustarse á su suerte y, por último, el dolor de tenerlo todo, el deseo de desear algo, el hastío. Para todos tendrá usted llena de miel la copa de la consolación, al beberle el contenido no haga inclinar á nadie más que á otro, aunque éste para recibirla deje caer un báculo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Si lo material no está siempre á su alcance, aún es poderosa, porque una palabra dulce y dicha á tiempo sostiene á veces mejor la fuerza perdida que todos los paliativos del hambre, del insomnio y del frío, porque limosna que se da sin caridad es un insulto para el que la recibe; por eso, el que da únicamente porque le pidieron, pierde lo que dió; el que, á más de la limosna, da al que la necesita el placer de dársela asegura lo que ha dado.

No aguarde á oír el grito ni á que le muestren la llaga, rebusque diestramente con manos dóciles y cariñosas, que á veces la vergüenza y la vanidad hacen de ramajes floridos que tapan la boca de un abismo de sombras.

Pero ¿á qué seguir?

Guíese, usted, por los impulsos de su noble pasión y habrá cumplido su deber y ganado un lugar entre los escogidos.

Cuando haya pasado de los detalles materiales que requiere la Orden para recibirla en su seno escríbanos.

No hemos de rematar sin decirle que esta carta no ha sido concebida toda por nosotras: lo bello que usted encuentre lo hemos tomado de lo que actualmente leemos á las horas en que reposan los padres, duermen los niños y borbotan las ollas en el fogón de los pobres.

Créanos, hermana nuestra: la amamos en Jesucristo y como amigas."

Después estaban las firmas.

Regina leyó la carta dos veces, la dobló y al seno.

—Qué dice, mamá. Le preguntó á doña Celsa que se quedó limpiándose una oreja con el rascaoídos de oro.

—Que si no fuera que me duele decírtelo, te diría que te fueras yá.

—Es que, aunque no me lo diga, me voy, señora.

—No asegures nada mientras Basilio....

—Mientras mi padre ha estado pensando en si me lo permite ó no, yo he estado creyendo que me iré, venga acá. Y abrió un armario.

—Qué es eso?

—Mi ajuar.

—Mi qué?

—Lo que necesito para irme.

—Y cuándo hiciste todo eso?

—Hace mucho tiempo que lo empecé.

Doña Celsa lo examinó todo. Pero este género está muy ordinario. Dijo.

—No se necesita mejor, mamá.

La señora acabó el examen llorando.

—Así, pues, volvió á exclamar la joven, dígale á mi padre que estoy lista para que ponga mano á cuantas diligencias sean precisas.

UNIVERSIDAD EAFIT

Así lo hizo don Basilio: con el alma en girones se prestó á todo como un autómata, sin discutir; lo necesario en tales casos fué ejecutado por él menos bendecir á Regina que conducida por Manuel, á poco estuvo en el Noviciado.

Aquellos padres cerraron las puertas del hogar y se recogieron en sí mismos, enfermos y abatidos; parecían dos troncos de antiguos árboles de donde una mano despiadada había arrancado el musgo que los amparaba y embellecía. No lograron los amigos calentar aquella morada; era imposible: Regina se le había llevado el alma. Sobre los muebles del salón fué cayendo una capa de polvo que los veló; las plantas del jardín se agacharon abrumadas de sed; las arañas extendieron libremente sus redes en los rincones. Doña Celsa no quiso entender otra vez en lo que estaba fuera de su cuarto; y don Basilio no mentó más á su hija; los criados, por orden superior, tampoco. Para colmo de males recibieron una carta de Manuel que, á su regreso de Bogotá, les escribió de Honda, en que les decía que aprovechaba la ocasión para conocer la Costa, y que ese mismo día se embarcaba aguas del Magdalena abajo.

A mal punto de esta historia hemos llegado: Regina encerrada por muchos días, tristeza en su casa y Dolores con el alma desgarrada.

Solamente Luis é Isabel están dichosos en su luna dulcísima. Pero ¿qué hemos de hacernos?

Mientras aparecen orlas blancas por los bordes de tantas nubes negras, ven lector, vámonos con Manuel y sus compañeros de viaje, ó, al menos, embarquemos con ellos el pensamiento.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Banco de Patrimonio Documental

CAPITULO XXX

AL vientecito vivificante del amanecer salieron de "El Coñsuelo de Clemente Mejía", viendo de escurrirle el cuerpo á aquellos caminos ardorosos que á la hora del bochorno no parecen sino fastidiosos sucursales del desierto de Sahara. A las ocho de la mañana llegaron á Honda y, como supiesen allí que en el puerto de Yeguas estaba anclado un buque que partía á poco para Cartagena, anduvieron á prisa. Manuel escribió á sus padres la carta de que hicimos mención y á las once estuvieron en el puerto.

Convenidos en el valor de sus pasajes, ganaron de tres saltos la escalinata del buque que se balanceaba á las orillas del río, y entraron á su casa, como quien dice; se dieron á recorrerla, y eso

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

que maldita la gracia que le hizo á Manuel, el cual no conocía tan aínas la colocación de un tornillo; pero, sí le llamó la atención el aire sultanezco del capitán, al cual no le tapaba las ollas un re y en lo de suficiencia y antipatía. Este tipo, decía el hijo de don Basilio, ignora que la "dulzura de las formas no excluye la firmeza de carácter, y que el cable flexible resiste mejor al embate de las ondas". La pura verdad: este patrón cree que basta que lo llamen capitán para inflarse tamaño como la rotonda de San Pedro."

Nuestros viajeros se juntaron en un ángulo del barandal del salón medio, ellos eran: dos bogotanos que iban para Europa; tres antioqueños que volvían á su patria á aprovechar en holganza unos asuetos de estudiantes, y dos españoles, gallegos por más señas, que andaban de paseo en Colombia.

Los bogotanos, dóciles de maneras y corteses como son casi todos sus paisanos, tenían mucho de eso que hoy llaman *chic;* era un placer estar con ellos: conversación de ligerita y picante como notas de bandola, con mucha sal y más atractivo. En los antioqueños había un mocetón muy hermoso, pero necio y atolondrado, aunque ocurrente por su mismo atolondramiento; el otro era un chico descolorido y carimustio que hablaba en forma de sentencias, como que venía del colegio harto de latines, y el tercero, un hablador con más soltura

en la lengua, que una ardilla en el cuerpo. En los venezolanos había un viejo de fisonomía escultórica, pues que la barba le caía en forma y color de cascada, pero con todo y su porte severo, era familiar y corriente entre los jóvenes. Los españoles hablaban muy alto y como á golpes, pero tan castellana y musicalmente que cuando ellos tenían la palabra; chist! los otros. Puesta toda esta gente en círculo en una esquina del barandaje, como dijimos, aguardaba la partida del buque. Este dió, por fin, un silbo largo y penetrante que se desvaneció en las nubes y haciendo crujir sus junturas comenzó á moverse lentamente, hasta que, entre si quiero y no quiero, se colocó en mitad de la corriente donde realmente quiso, y empezó la delicia de navegar agua abajo y de cara al viento. Al principio, Manuel que jamás había pisado buque, sintió como una de esas saetas de frío que llegan al corazón cuando en la niñez se arroja uno á gran distancia sobre largo columpio.

—Una copa, señores! Dijo.

—Que venga, respondieron los demás. ¡Chis! chis! hicieron las copas, tic, tac, las lenguas y todos de frente á la desembocadura del río empezaron á ver y á discurrir.

—Otra copa! Tornó á decir el hijo de don Basilio.

Y empezaron los sirvientes á escanciar de lo picante.

Lo primerito con que éste hizo su efecto fué un desparramamiento de flores á Fulton y á Wath. Desatadas las lenguas no se daban punto de reposo para improvisar hipérboles y decir bellezas que, salidas de madre casi todas á manera de creciente, tocaban en extravagancias; quizá, reducido cuanto allí se dijo á justos límites, no hubiera sido malo porque daban mucho bueno de sí, el lugar, la hora y el exceso de alegría.

Los compañeros le rogaron á Manuel recitase versos, pues que, á juzgar por su manera de hablar, debía saber, y él sin parar mientes en si esto era ó no razonable, tiró de los armarios de la memoria y echó á volar autores sin número por esos vientos.

El almuerzo fué borrado del día y colocados en su puesto estrofas y champaña, casi una misma cosa ¿verdad? Los versos subían atropellándose desde el fondo del alma como subían las burbujas por entre el diáfano licor hasta el borde de las copas.

No andaba aún tan entre nubes Manuel que dejase pasar como cosas con que se topa á cada vuelta de esquina aquel desfile de bellezas que empezó á movérsele por delante.

—Diga usted, amigo, cual río es aquél. Interrogó á un negro de espaldas desnudas, al parecer modeladas en azabache y que sudaban algo como tinta.

—La Mié, branco. Respondió.

La Miel. Y pasó por la mente del hijo de doña Celsa un recuerdo dulce y melancólico, porque, cuando era niño y estudiaba Geografía, su madre le ayudaba á buscar en el mapa los ríos y las montañas de la patria, y esa madre se quedaba muy lejos y muy triste y el río iba á morir cuando él lo veía por vez primera. Siguió hablando con el negro que á todo respondía con un tonito picado y armonioso mostrando unos dientes que parecían tallados en tagua.

Medio día y la mayor parte de los pasajeros despatarrados en hamacas dormían al arrullo de los cantos costaneros que subían al salón debilitados por el rumor musical del agua. De pie y yá desocupada la cabeza de vapores extraños veía Manuel desfilar aquella procesión de maravillas salvajes. —¡Las selvas del Magdalena! decía, y venga usted á describirlas ó á cantarles. Si tal hace, taje bien su pluma y temple los bordones de su lira, porque con notas finas y muelles se quedará usted atrás. Esto pide estrofas amplias y á grande orquesta, que se vayan desarrollando con la majestad con que se desenvuelven las serpientes que duermen allá entre silenciosos retiros. Por esos retretes, amortiguada la luz con sombras verdes, anda Dios retocando el misterio: allí está todo como salió de su mente. Apenas si los hombres se han atrevido á escarbar en los lindes de la po-

Universidad EAFIT

tente llanura arbolada para labrar cabañuelas cuya pequeñez da lástima junto á aquellas bóvedas enormes por donde discurre el himno pausado que forman las hojas al caer. Estos árboles que bordan las orillas del río parecen nuevos, porque no tienen como los de las tierras frías blancas melenas de musgo que les dan aire de ancianos gotosos; al amparo de estos gigantes hay chozas tímidas que, como si dijeran "detrás de nosotros está lo insondable, no han ensanchado sus maizales y plataneras más allá de una cuadra en redondo".

Un cuadrito de salvaje hermosura tuvo á Manuel en contemplación hasta que el buque se perdió en una vuelta del río.

La acuarelita, otra cosa no era aquel recorte de escondido paraíso, tenía un cuadrado perfecto de tierra encerrado por tres murallas de bosque y una de agua; la casa estaba al pie de tres enormes palmeras y en derredor se mecía el maizal produciendo un rumor como de panderos extremecidos por una gitana; el platanal tamizaba la luz dándole un tono de crepúsculo verdoso; las palmeras ondulaban con intención de mujeres coquetas; los árboles del marco con sus largos columpios de bejuco convidaban á mecerse á la sombra de sus altas cúpulas; un hombre pescaba á la orilla del río desde una canoa y una muchacha al pie de un manglar lavaba ropa cantando un aire-

cillo triste y lento como el yarabí de los indios.

El buque bajaba y bajaba dejando atrás playones inmensos y pastales efímeros que siembra el río en horas de borrasca para tener la brusca delicia de arrasarlos después con otra creciente; y venían montes que se iban acercando y pasaban á desandar el camino que atrás dejaba el vapor, y árboles y cabañas y pueblos que, por un efecto de óptica, se iban como en silenciosa romería á visitar el nacimiento del río.

—¿No se dejarán ver los caimanes? preguntó Manuel; siempre he oído decir que salen en montones á las orillas.

—Ej muy de malaj é branco, porque aquello que ejtá en el arená son mentía. Le respondió un negrito grumete remedándole la voz desmayada y cansona.

—¡Cómo! ¿y todo eso son caimanes?

Sobre una playa gris vió Manuel, como tales los tomó una agrupación de troncos de árboles. De repente uno de ellos se levantó y andando con la torpeza de un borracho se metió con deliciosa pereza al agua, nadó un momentó con la cola y la trompa descubiertas, y se hundió luégo. Los otros parecían familiarizados con el vapor porque no se movieron; ahí estaban, las bocas abiertas en ángulo de noventa grados, y despatarrados al sol. Manuel los contó: había treinta y cuatro; y empezó á ver caimanes aquí y allá, enormes unos,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

asquerosos todos y en una cantidad fabulosa. A poco, uno muerto formó con el buque agua abajo, de un tamaño tal, que el joven quedó pasmado; los marineros decían viéndole pasar:

Ejte señó se atragantó con un terneo y lo va dijerí á loj infiernoj.

No supo Manuel si aquello era cierto; lo que sí vió fué que el soberbio ejemplar de aquellos anfibios llevaba la barriga como enorme tambor y la boca abierta.

En cambio del asco que le inspiraban estos guardianes del río, regueros de garzas blancas salpicaban las riberas en profusión maravillosa, y cuando pasaba la embarcación recogían todas sus largos cuellos, se levantaban é iban á posarse sobre un árbol que al punto aparecía florecido de castidad. Una guirnalda de pájaros rojos pasaba por el aire: zumbaban los insectos haciendo brillar al sol sus colores purísimos; los micos asomaban por entre los boscajes, hacían una mueca y desaparecían entonando algazara brusca, las tortugas se calentaban al sol, titilaba el aire, la vida acentuaba su fuerza y el buque desatando su aguda voz triunfal turbaba la siesta de aquellas soledades expléndidas.

Llegó la noche con su cortejo de mosquitos impertinentes; nuestros viajeros se reunieron á oír el canto de dos coristas italianos cuyas voces, com-

paradas con el fino pitillo de los mosquitos salían bien paradas.

El día siguiente trajo la magnificencia del primero, y el río á imitación del padre que no puede mantener inmensa familia empezó á despedir brazos por esas selvas como hijos á buscar fortuna; allá abajo le salían al paso y juntándose con él seguían á morir abrazados en las soledades del mar. Los ríos afluentes llegaban limpios como si fueran nuevos y con una como pereza de mezclarse en la balumba de ondas turbias del gran señor, porque corrían mucho rato aseaditos y cristalinos recostados á las orillas hasta que, quieras ó no, el grande les enseñaba su desaseo.

Cómo le parecían de infelices á Manuel las habitaciones que se presentaban á su paso! inclusive pueblos y caseríos, pues que, sin contar el Banco, Mompox, Calamar y Barranquilla, no quedaban sino chozas que se veían por entre sartas de pescados tendidos al sol, pequeños y miserables caseríos donde pululaban hombres holgazanes, mujeres descoloridas igual que una convalecencia y chiquillos en tal número que atrás se quedaba el de los mosquitos por la noche.

Después de cinco días llegaron á Calamar que, como todas las poblaciones ribereñas, estaba entonces inundada. Dos calles algo más altas que las otras daban asilo á casi todos los vecinos que por ahí andaban confundidos entre perros, bu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

rros, gatos y menajes caseros como camas, ollas, etc.

Los antioqueños se habían detenido en Puerto Berrío; los demás siguieron hasta Barranquilla, menos Manuel que se quedó en Calamar "solo entre tanta gente" porque á nadie conocía. Tocando en las cumbres del aburrimiento no cesaba de buscar con los ojos río abajo el buque en que debía seguir su viaje por El Dique á Cartagena y que debía venir de Barranquilla. En la tarde de ese día se metió en una canoa y, mediante una pequeña propina al remero, conoció la población, Venecia como quien dice, y transitó por calles, corredores y salas de casas deshabitadas. Después de dos días llegó la embarcación que aguardaba y zampándose en ella, cogió por El Dique aguas abajo. Este brazo del Magdalena que lo une con el mar no le pareció al hijo de don Basilio realmente un dique: abajo de Calamar se torna en lagunas donde hay que adivinar el camino borrado por las yerbas acuáticas que llaman por Antioquia lechuguillas y tarullas en la Costa. Pero, así y todo! qué hermoso es esto! decía Manuel. Le tocó pasar por ahí en un día áureo y cuando todo, riberas, llanuras, bosques dehesas y caseríos estaba inundado con la misma del Magdalena alta creciente que tenía en sitio á Calamar. Los animales terrestres se habían acogido, los que pudieron, á las copas de los árboles huyendo del

agua y en ellas andaban en fraternal comunidad muchos que en tierra se aborrecen y no se pueden ver: no hay como un peligro general para establecer la igualdad.

No creía Manuel que en parte alguna llegaran á verse reunidos tantos animales: patos había para desesperar ejércitos de cazadores; *chavarríes*, unas aves muy hermosas y que chillan bastante feo ensordecían el aire en bandadas fabulosas.

El camino que por ahí siguen los buques estaba perdido en un mar, que así parecía aquella inundación; no poco trabajo costó al práctico dar con él, vez hubo en que el buque fuera navegando como sobre un pastal, á causa del amontonamiento de plantas acuáticas que formaban una red tembladora y en partes impenetrable; tánto es verdad, que el vapor en que iba Manuel se vió una vez preso porque no le fué posible, con toda su fuerza, reventar aquella malla, y hubo de abrirse camino á machetazos; los negros marineros andaban tan confiados por sobre aquel tejido como quien pisa tierra firme; íbamos á decir que imitaban á Jesús cuando caminó por sobre las olas, pero nos arrepentímos pensando en que, á pesar de lo de andar por sobre el abismo, se parecían tánto al Salvador como un cuervo á una estrella. Andando con mucho cuidadito para evitar otro encarcelamiento se metió la embarcación al fin por el caño del Estero, próximo al mar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

¡El mar!

Dos horas antes de llegar á él se colocó Manuel de codos en la baranda del buque, á pensar en sus afectos íntimos. ¡Si vinieran conmigo los seres adorados! se decía. ¿Por qué he de verlo yo primero? Cedería con mucho gusto mi puesto á cualquiera de ellos, especialmente á la madre de mi vida. Todo placer supremo, por legítimo que sea se descolora si todo el corazón no está con nosotros.

Manuel creía conocer el mar sin haberlo visto nunca: le parecía que yá se lo habían mostrado narraciones, poesías, pinturas, descripciones á viva voz, etc. Pero, después de todo, le faltaba conocerlo.

¡Cuán largas le parecían aquellas dos horas! Entre tanto, le extremecía un ligero temblor y aguzaba ojos y oídos hasta que un olor acre de resina y marisco le hizo comprender que estaba cerquita la inmensidad, á la vez que una ráfaga de viento frío lo bañó produciéndole un extremecimiento de placer.

—Ejta ej agua salá. Dijo un negro. Manuel voló á probar la del caño.

—Tan salada, respondió, como ser usted morenito. Subió nuevamente al salón donde no encontraba puesto, se imaginaba que teniendo gente al derredor no lo vería bien. Voy á cerrar los ojos un momento para tornar á abrirlos cuando estemos en él, se dijo; y tapándose la cara con las manos empezó á sufrir horriblemente. Oh, los que viven en las costas van á reír cuando esto sepan, decía: es que no saben que para los que vivimos en el interior esta grandeza está poquito abajo de la de Dios; el mar allá en mis montañas tiene la magia del misterio; quien lo ha visto y de ello habla yá tiene para mantener el embeleso palpitante en sus labios.

—¡La má! Gritó un marinero.

Manuel tuvo valor para no descubrirse.

Sintió un rumor hondo y pausado y que el buque andaba en ondulaciones.

—¡Abro los ojos yá! ¡Nó!....¿qué hago? Imposible esperar más! Esto es una tortura horrible.

Apartó las manos, se restregó los ojos, y.... Francamente, cayó de una altura: no le deslumbró siquiera lo suficiente para decir: "¡Qué hermoso!"

La pura verdad; la tarde estaba opaca, el agua tenía feo color cenizo y por delante de Manuel estaba la isla de Barú que angostaba el horizonte hasta hacer que aquel pedazo de mar en que navegaba le pareciera más pequeño que las lagunas del Dique; allá á la izquierda una niebla espesa reclinada en el agua detenía la mirada y á la derecha se veía una costa de rastrojo.

—¿Qué le parece á usted esto, señor? Le pre-

UNIVERSIDAD EAFIT

guntó á Manuel un cartagenero con quien había contraído amistad á bordo.

—¿Me permite, usted, que demore la respuesta hasta mañana?

—El amigo piensa en dármela por escrito?

—No señor, de viva voz, pero cuando haya visto el mar.

—Tiene usted razón, esto no es el mar.

Más grata fué la impresión que hizo Cartagena á Manuel, allá á lo lejos al borde de su expléndida bahía.

CAPITULO XXXI

AL día siguiente, á la salida del sol trepó á las clásicas murallas de la regia ciudad en compañía del amigo á quien debía una respuesta; desanimado volvía á ver el mar; mas al dar el último paso en las gradas que iba subiendo por el lado de Santo Domingo, lanzó un grito al cual siguió hondo silencio. A pleno sol se presentó delante de Manuel el océano majestuoso, independiente, abrumador, y vino la respuesta: ¡¡¡ Qué bestialidad!!!

Pasado un rato de alelamiento, —El mar es un loco, dijo Manuel.

—¿Por qué? Le preguntó su amigo.

—No lo veo ni le oigo más oficio que darse golpes contra la costa y gritar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Es lo único que se le ocurre á usted para decir de esta maravilla?

—Allá Dios, amigo, allá, Dios, que tan de poca palabra me hizo; pero, aguarde usted. Él mediante, algo diré que entone mejor en su oído que lo del loco.

Tomando su cartera el antioqueño, recostado á un cañón escribió encima de una hoja:

MAÑANITA DE MAR.

Miró aquel horizonte sin límites que tenía delante, volvió los ojos á la izquierda y topó con la bahía mansa que buscaba en tierra un refugio contra la cólera de su padre el océano; por allá andaban goletas, canoas y otras pequeñas embarcaciones holgándose en aquella mansedumbre. Más allá se estaban en La Machina los bajeles de alto bordo muy quietos y formales refocilándose, como quien dice, para emprenderla otra vez con el gigante é ir á tomar aliento en las playas extranjeras.

Manuel mojó el lápiz en la punta de la lengua y escribió:

MAÑANITA DE MAR

Los peces en las horas matinales
Turban la calma de la mar dormida,
Semejando un ataque de puñales
Que deslumbran y se hunden en seguida.

Allá el vapor en su ondulante lecho
El grato silbo entre las nubes pierde,
El aire sopla, se dilata el pecho
Y se arrulla á sí misma el agua verde.

Y conchas al azar desparramadas
Sobre grises y largos arenales,
Ostentan con sus curvas nacaradas
Un concurso de formas virginales.

El alcatraz que desde el aire asecha
El asiento del mar, con hondo anhelo
Rompe las ondas cual plumada flecha
Lanzada con certeza desde el cielo.

Un arco de oro asoma tembloroso
Y hoz de candela allá á lo lejos fragua,
Y va subiendo hasta que al fin glorioso
El padre de la luz flota en el agua.

Esto parece alumbramiento santo:
Del agua sin dolor se rasga el seno
Y se junta otra vez, y sube en tanto
El astro como un Dios de gloria lleno.

Penetradas de luz quedan las ondas:
Se ven las nubes entre tánto brillo
Como esos grupos de cabezas blondas
Que hay en torno á la Virgen de Murillo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

Y su diaria carrera transitoria,
Derramando la vida y el consuelo,
Comienza aquel escándalo de gloria
Como águila de luz que cruza el cielo.

—Vamos, muéstreme lo que ha escrito le interrumpió el cartagenero.

—Aquí lo tiene usted.

Y lo leyó.

—Muy bello, muy bello, amigo mío, pero, ahora caigo en la cuenta de que usted me dijo ayer una mentira.

—¡Líbreme Dios! mas, si tal fué, estoy listo á borrarla, dígala usted.

—De aquí no se ve salir el sol, y en sus versos es precisamente lo que mejor describe usted, ¿cómo pudo hacerlo, pues, si no ha navegado nunca en alta mar, como me dijo, y no ha visto, por consiguiente, ese espectáculo de alzarse el astro del día como de entre el agua?

—Corroboro lo que usted llama mentira: no he navegado nunca y en cuanto á la visión de marras es fácil suponerla.

—Ah, sí, es verdad; vosotros, los poetas tenéis el dón del presentimiento y de la doble vista. Y ¿cómo es que no he oído nombrar á usted jamás entre los poetas colombianos, ni antioqueños siquiera?

—Bah! si nombraran á todos mis paisanos que

hacen versos como los míos no cabrían en la memoria de nadie.

—Eso no pasa de ser una hipérbole, amigo; en Antioquia escriben mucho y bien, pero todos no hacen versos como los suyos; le admito la ponderación en obsequio de que, como buen antioqueño, tiene usted que dar á todo proporciones que no son para este mundo; no conozco gente que estire tánto las cosas, con gracia es verdad, además, cuando se plantan en lo justo hacen las cosas rebién.

—Nó, hombre, nó; eso sí que es una verdadera exageración antioqueña; lo que entiendo es que usted quiere exprimirme en el oído una colmena de palabras dulcísimas, y lo excuso de ello porque estoy acostumbrado á los amargos: mis paisanos son la gente más francota que conozco para decir las verdades.

—También es cierto. Me da esas estrofas?

—Tómelas usted.

Y bajaron de la muralla.

Al entrar á la plaza de la Aduana un carretero borracho que juraba y maldecía como los arrieros antioqueños, le llamó la atención á Manuel por la asombrosa semejanza que tenía con un su conocido; lo miró y tornó á mirarlo. Es él! dijo; nó, quizá me he equivocado: aquel muchacho tenía muy bello color, era un buen mozo, este tiene

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los mismos ojos, pero esa palidez....nó, este no es. No obstante, se le acercó.

—Bonifacio! Gritó Manuel.

—¿Señor?

—¿Qué hay?

—Nada.

—¿No me conoces?

—Sí; don Manuel ¿no es?

—El mismo.

—¿De dónde viene?

—De Antioquia.

—¿Y qué viene á hacer don Manuel?

—¡Bonifacio! ¿y no me preguntas primero por tu mujer y tu hija?

—¿Con quién vive aquélla?

—¿Quién?

—Mi mujer.

—Con su padre.

—Todavía está gastando arepa ese viejo?....

—Bueno, y mi mujer....después hablamos de ella! ¿Quiere un trago, blanco?

—Hombre ¿así te has encanallecido?

—Es que le parece.

—Tu hija murió.

—Mi hija? Yo no tengo....ah, si, de veras ..

—Chico, te volviste un cuero, me ofende hablar más contigo, hasta luégo.

—Que le vaya bien.

—De veras, no me preguntas más por tu mujer y tu hija?

—No dice que se murieron?

—Dolores, nó.

— Ah, mejor para ella.

—Imbécil!

—Eso lo arreglamos después.

Qué desengaño el del hijo de doña Celsa! Tomó rencor contra Bonifacio como si Dolores tuviese sangre de Luisa y Regina. Se despidió del borracho diciendo entre dientes: Ah, miserable! no la merece; pero, yo intervendré con la policía para que lo eche de aquí á buscar á su esposa.

Al día siguiente tornaron á encontrarse ¡pero cómo! ambos borrachos. Se metieron á una taberna de democrático pelaje, pidiendo ron y, como dos íntimos, así brotó el diálogo:

—Ay, amigo, tartamudeó Manuel ¡valiente mujer tienes!

—Cuadrada ¿no es cierto?

—¡Cómo me hizo sufrir!

—¿Se quisieron mucho?

—Qué..hombre, tóma, tóma! ¿Y tú no vuelves?

—No me deja la mulata; esta noche lo llevo pa que vea ¡qué zamba!

—¿Abandonaste, pues, á tu mujer?

—¡Quién sabe!

—¿Y qué haces?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Juego todo lo que gano, bebo siempre, y quiero con toda mi alma á... esta noche la verá.

—Como Dolores, no hay, Bonifacio, no hay, nó, nó! Dolores, cómo te quise!

—Bueno, don Manuel, para eso son las mujeres; yo también las quiero á todas.

—Iba á traérmela, pero....

—¿Por qué no se la trajo, blanco?

—Porque tiene el inconveniente de ser muy honrada; sí, sí, y al que diga que nó, le rompo el alma!

—Sí, demonio, le rompemos el alma!

Respondía Bonifacio los ojos irritados y fieros, el labio inferior caído y el cuello inclinado.

—Yo la quería mucho, volvió á decir Manuel alzando la cabeza y tirando sin fuerza una escupa que le cayó en la corbata.

—Bien hecho, balbucía Bonifacio bregando por encender un cigarro en el de su compañero, mas como no atinaba con el fuego se le zafaba para acá, para allá, hasta que se puso á mirar los dos cigarros como un idiota.

—Dolores!....más bella que....otro trago. Tú eres un miserable, hombre, yo debía matarte ¡canalla! Decía Manuel mirando una copa.

Tán, tín, tán, tán, cantaba Bonifacio; "ni la pluma hace al plumario, ni al secretario, el secreto", el se....creto . el se....cree....Y se quedó dormido con la frente apoyada en un brazo

que descansaba sobre la mesa que tenía delante.

Este está borracho, dijo Manuel rebuyéndolo; que lo lleven al retén. Y pidió más ron. A poco se fué de espaldas contra la pared, inclinó la cabeza y de cada ronquido parecía que iba á sorberse una botella por lo menos, de las que tenía al frente.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXXII

OCHO días después tornaron á verse, milagrosamente, en juicio sano los dos.

—Ven acá, dijo Manuel; vamos á las murallas.

Yá en ellas se quedaron silenciosos contemplando la puesta del sol que se iba apagando en el agua de los mares, al parecer.

—Cuéntame, Bonifacio, cómo viniste á esta tierra.

—Muy fácilmente: la víspera de la pelea de los Chancos deserté con dos compañeros, cruzámos la montaña del Quindío y salímos á Ibagué comiendo raíces de obanbo y retoños de hiraca, porque no teníamos otra cosa. Pasando sustos y trabajos llegámos á Honda de donde quise volver á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

casa, pero mis compañeros se empeñaron en que viniéramos hasta aquí mientras remataba la guerra porque si nos cogían en Antioquia, nos sacaban el cuero; y tánto me engatuzaron, que al fin resolví acompañarlos y nos metimos en un buque, á trabajar por la comida. Una fiebre espantosa mató á uno de los otros dos más acá de Paturia, por ahí lo enterrámos en un platanar; el amigo que me quedó se estuvo aquí dos semanas, y se embarcó después para Panamá.

Quise entonces volverme para Antioquia, pero como no tenía dinero, tuve que buscar destino.

—¿Y después? Preguntó Manuel.

—Después me fué gustando esta tierra.

—Y te fuiste volviendo borracho, jugador y perjuro con tu mujer.

—Algo de eso.

—Qué algo! mucho, muchísimo.

—La pura verdad: no he podido desprenderme de aquí.

—No habrás hecho ningún esfuerzo.

—Una vez fuí hasta Calamar.

—¡Y te volviste! ¿No has pensado alguna vez en Dolores?

—Muchas, sí.

—¿Y no sientes remordimiento?

—Ni sé.

—Hombre, Bonifacio, no huyas así de la felicidad; rómpe esos lazos ilegítimos que te ligan á

esta nueva vida y corre á buscar á tu mujer y á llorar en su seno lágrimas de arrepentimiento. Quizá ignoras qué clase de mujer tienes; voy á ser franco contigo para que veas cuántos codos te lleva: Yo la quise y aún la quiero como no he querido á nadie, se lo dije mil veces; traté de probarle mi pasión, abrí abismos á sus pies y los tapé con flores para hacerla caer; pues bien: pasó por sobre todo serena y blanca.

Tu nombre es para ella una oración ¿me entiendes? Y si no te hablo más claro al tratar de Dolores ó con más llaneza es porque mi pensamiento al hablar de ella se viste de gala y hago cuenta que nombro á Regina mi hermana, el adorno de mi casa. Con todo y mis deseos funestos hoy miro á distancia á tu mujer tal así como prenda sagrada de mi hogar.

—De todo lo que ha dicho, saco en limpio que á usted le gusta. Remató bostezando Bonifacio.

—¿Nada más? Ahora vas á entenderme:

—La amo y ella me aborrece; le ofrecí dinero, mucho dinero y me lo estregó en la boca; la llamé "bien mío", y me respondió "infame"; lo mismo ha hecho con cuantos han ido á enamorarla. Y perdóname que te hable así: es que para que midas la blancura de tu mujer le pongo á un lado la negrura de mi culpa. Y creo que me entiendes. En cambio, tú aquí degradado agostando tu juventud... pero ¿á qué seguir?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Por qué degradado? Aquí bebe casi todo el mundo, señor.

—Pero todo el mundo no vive borracho; y eso, aunque fuera verdad, no te disculparía; por otra parte, has hecho, según tú, profesión del juego ¿por qué no dices que todos juegan aquí? Mas, si es que te has propuesto imitar en todo á estas gentes, me sorprende que no hayas volado á buscar á Dolores, porque apenas hay centro que le iguale á Cartagena en eso de colocar alto á la esposa. Y si es que conoces uno ó más casos notables que lo contrario digan, ten en cuenta que por un solo tigre, no se puede llamar tigrera el monte. Por lo que veo, haces gala de bajezas, y no tienes derecho porque no te perteneces, porque no eres libre, porque tienes una hija, ah, nó, no la tienes, afortunadamente: su frentecita se hubiera manchado si en ella hubieses puesto los labios perjuros y profanos.

Bonifacio sonrió desdeñosamente. —Y siempre que á usted le parece tan fácil cargar con esa cruz, dijo ¿por qué no se la echa á cuestas?

—Esas son razones mías, de las cuales nadie puede pedirme cuenta; tú sí tienes que aclarar las tuyas, porque "el que corta su palo se lo echa al hombro", y, por lo mismo que es cruz, según tú, no quiero terciármela; mas, si al hombro la llevara no tendría la cobardía de botarla al borde del camino y seguir tan disimulado como vas tú.

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo voy á quedarme por aquí toda la vida? Preguntó malhumorado Bonifacio.

—¡Malhaya tu vuelta cuando no le lleves á Dolores otra cosa que un enjambre de vicios en figura de hombre!

—¡Cómo anda este mundo! Usted, don Manuel, no puede negar que era....francamente, yo lo he visto muchas veces borracho, enamorando, y....

—Todo lo más que quieras Bonifacio; y estoy lo mismo: vuelto un vagamundo ó calavera, ítem más, á eso he venido aquí, á vagamundear ¿y qué?

—¿Por qué me cantaletea, pues?

—Por lo dicho: porque á nadie le he jurado como juraste tú, dar bienestar y posición.

—Pero los blancos como usted señor ó los sabidos respetan mucho la sociedad.

Tan alto que iba Manuel en el rifi-rafe que le estaba dando al montañero y hétenos aquí que éste le hala de repente, y viene á tierra. Contestó con un enredijo que no pudiera entender el otro, mirando una embarcación que llegaba á la Machina.

—¿Qué buque es aquél? Preguntó por disimular.

—No sé.

Guardaron silencio. A poco rato:

—Conque, Bonifacio, te vuelves á Antioquia?

—Tal vez ¡quién sabe!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Pues bien: por remate voy á decirte que si tardas no encontrarás la esposa que dejaste.

—Qué! ¿se va?

—Ella no, su paciencia.

—Peor para ella.

—¿Y para ti?

—Yo nada pierdo; así como así la vida es tan maluca.

—¡Conque no pierdes nada! ¿Conque lo mismo da ser el esposo de una matrona, que de una cualquiera? Maldición....dejemos esto, cuando un hombre deja volver adrede el corazón un panal de gusanos no merece la pena de que se los curen; haces muy bien en quedarte aquí revolcándote en el lodo, yá que en lodo está revolcándose tu alma; sí, no vayas á ensuciar el armiño de Dolores.

—Lo que entiendo yo de armiños!

—Sí, yá sé que á más de malo eres soberanamente bruto.

—El diablo haciendo hostias! Usted y yo, don Manuel por ahí....por ahí....todo consiste en que "un ladrón no puede ver á otro con saco al hombro".

—Puede ser, y no te aseguro que yo sea un modelo de juicio.

—Entonces ¿que es la fregancia? ¿por qué me muele?

—Porque, á pesar de todo, quiero hacerte un bien.

—Y empezó por enamorarme la mujer, ah sabroso!

—Entonces quise hacerte un mal.

—Y no pudo.

—Hoy vengo á reparar mi primer propósito.

—Y tampoco puede; por eso, no se meta más en lo mío, no sea intrigante; iré cuando me dé la gana, y si no voy nunca, usted nada pierde.

—A más de malo y bruto, grosero!

—Y usted todo eso y entrometido.

—Ola, cuidado! Yo sí te "pongo las peras á cuatro" y te enseño á ser caballero.

—A mí? usted? Está frío! no sea bobo.

—Míra que sí, patán!

Le dió tremendo bofetón en la cara á Bonifacio. Este sacó rápidamente del bolsillo una navaja de barba envuelta en un pañuelo y se fué sobre Manuel con intención de derramarle las tripas; corrió de alto á bajo la navaja por el cuerpo de su enemigo haciéndole una cortada que empezó en la frente, saltó por sobre un ojo, empezó otra vez en un carrillo y remató en una tetilla. —¡Canalla! dijo, es para que vayas á enamorar mujeres casadas, y vengas á contárselo á los maridos, á cuenta de que son montañeros!

Manuel quedó cegado con la sangre; cuando al fin logró ver, su agresor no estaba allí. —A dónde

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

irás que no te mate! Dijo. La sangre se lanzaba de su cuerpo como botada por jeringas, no sabía cómo estancarla: saco, camisa, todo estaba de escurrir; por las piernas le bajaban olas calientes; la muralla se inundó como si allí hubieran degollado una res; una debilidad mortal empezó á apoderarse de él. Como anochecía, nadie le vió por esas calles; llegó á la posada é hizo llamar un médico volando.

Cuando al día siguiente la justicia buscaba á Bonifacio le dijeron en el puerto que había partido al amanecer en un buque que hacía la travesía á Colón.

Al cabo de dos meses estaba el agredido andando pero con una cicatriz tan siniestra en la cara, que le daba aspecto acabado de bandido ó presidiario. Escribió á su casa, habló de fiebres, pidió dinero para seguir á Europa y, para que le diesen traslado á Dolores, les contó la abyección á que había llegado su marido, suprimiendo, eso sí, aquello de las murallas.

Poco después recibió una letra de cambio que le enviaba su padre, y se metió mar afuera en busca de París, aquel pedazo de la tierra que llama á los ricos con esa voz dulcísima con que dicen que atraen las ondinas por la noche á los incautos pescadores.

CAPITULO XXXIII

HACE muchos años, lector, que pusimos punto final á esta historia y guardámos el manuscrito descorazonados al ver que no soportaba segunda lectura, dado su poco ó ningún interés para entretener el tiempo ó sacar de ella provecho alguno. Caídas las alas y con remordimiento de haber perdido tantas horas, sepultámos estos papeles en el fondo de un armario, como quien entierra un feto, sin bautismo; porque, la pura verdad: ¿qué encanto podía tener para los demás la vida de una mujer como Dolores que no era bella como Elena, ni inteligente como Aspasia, ni pura como Susana? ¿ni qué había de encontrarse en una familia como la de don Basilio García donde una muchacha bellísima de-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

dicó su existencia al misticismo, otra se casó y un joven calavera se marchó á París?

Hermanas de la Caridad como Regina suponíamos había muchas; casadas como Luisa y Dolores, huelga lo que se diga, y muchachos del corte del de Manuel, abundan.

Era lo peor que, encariñados con esta narración, deseábamos ponerle remate, mas no encontrábamos manera de hacerla vivaz y llamativa porque nada sabíamos que les hubiese sucedido á nuestros tipos; y nos daba como pudor de mentira inventar golpes escénicos y á la europea para gentes tan de la tierra, como eran las que en danza traíamos.

La copia que de las costumbres de esta gente guardábamos nos parecía fiel, pero desentonada y monótona, no tenía tonos fuertes que la alzaran del fondo de los hechos comunes y le dieran el efecto del relieve.

Yá nuestros papeles iban cogiendo color de limón maduro é íbamos nosotros olvidando á esos amigos, y los olvidábamos, porque parecía que se hubiesen empeñado en no dar de ellos nada bueno ó que mereciese, al menos, ponerse en letras: mas sucedió que ahora, poco há, quiso la fortuna ponernos oficio (si es que escribir es oficio, muchos lo dudan) y modo de proseguir nuestro relato hasta que no nos quede qué reconciliar.

Los amigos que iban á casa de don Basilio lo encontraban allí todo cambiado, yá no salía él tan campechano y formal á recibirlos encendiéndoles aromosos cigarros y contándoles chascarrillos y lances de su mocedad. No encontraban más que á doña Celsa temblona y arrugada hasta lo increíble, porque la carne desvaneciéndose había dejado la piel sin relleno, y ésta se había recogido en sí misma á manera de trapo almidonado que al sol se pone; tenía los cabellos igual que plata bruñida y la voz trémula como la de un bajo en su más baja nota.

Estando sola una noche le llegó de visita una señora que apenas si hemos nombrado en el curso de esta historia, doña Pacha, la madre de Isabel, la cual señora metiendo bastante bulla con la faldamenta se repantigó en un sillón y comenzó:

—¿Cómo estás, querida?

—Pues, hija, mal; yo yá no tengo remedio.

—¡Y de la Hermana Basilia qué has sabido?

—Lo de siempre.

—Dichosa ¿no es cierto?

—Creo que....pues sí, yo ni sé.

Doña Celsa tosió moviéndose en la poltrona.

—¿Cómo que no sabes?

—Será que no entiendo lo que me escribe, yo como soy una vieja chocha que no sabe lo que hace....No sé qué está esperando mi Dios que no se lleva este espantajo. Con mil trabajos leo, y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sistema Bibliotecario Documental

habré visto cosas que mi muchachita no ha escrito. Pero, tóma un tabaco. ¿Y en tu casa como están?

—Bien, hija, gracias; pero sigamos.....

—Tan mal tabaco que se fuma ahora ¿no te parece?

—Sí, sí malísimo, pero contéstame ¿qué es lo que notas en las cartas de aquella niña?

—Ave María, qué cristiana tan preguntona!.. pues nada: será que escribe á la carrera ¡figure, lidiando con alguna buena partida de enfermos! me parece que ni tiempo tiene la pobre para escribirme á mí que me he quedado sola en el mundo. Yo lo que quería decir era que, como los tiempos cambian, lo que escribe ahora, no se parece á las primeras cartas que me mandó cuando estaba en el Noviciado.

—Dime una cosa, Celsa ¿la falta que hizo Regina en la casa fué muy horrible?

—Pues demás! y, si no, que lo nieguen la tristeza y la muerte del querido de mi alma.

—Qué te parece que yo sí había oído decir que la separación de aquella muchachita era lo que había matado á Basilio.

—Eso dijeron todos.

—Pero, hija, yo no lo creí; como la gente habla tánto.

—Ojalá hubiera sido suposición! Yo lo único que aseguro es que desde ese día mi pobre viejo

no dejó de llorar hasta que cogió la cama; á él nada le dolía, porque íbamos á hacerle remedios, y nos apartaba: Quiten de aquí que yo no estoy enfermo.

—Entonces, levántese. Le decía yo.

—¿A qué?

—Siquiera á que le dé el sol, cristiano.

—El sol! ése se apagó.

—Y el del cielo?

—Ese no sirve cuando uno tiene tánto frío en el alma. ¡Qué estará haciendo aquel tesoro! Yo no sé por qué no puedo acordarme cómo es; muy blanca ¿no es cierto? Los ojos como que los tenía muy hermosos?

—No hable así, Basilio, que ella no se ha muerto.

—Es que me pongo á recordarla de noche y no salgo con ella ¿cuánto hace que se fué?

—Deje esos pensamientos, querido; camine, yo le saco un taburete al jardín.

—Allá no, allá no hay flores yá; un trajesito pintadito que ella tenía ¿dónde está? ¿se lo llevó?

—Yo no sé.

—Recoja sus cosas y tráigamelas aquí al cuarto.

Y nos poníamos á llorar uno junto á otro. —Nó, volvió á decir él secándose las lágrimas; es imposible que no la vuelva á ver! ¿Qué mal le hice yo para que así me abandonara? Ah hija sin corazón, ingrata, Dios no puede perdonarte lo que has

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Digital Patrimonio Documental

hecho, yo tampoco! .....nó, nó, mentiras, yo sí te perdono hijita mía!.... allá está mi alma que se fué detrás de ti como un perro! Cómo hiciera yo, Celsa, para verla otra vez, otra vez siquiera antes de morir? Yá que te la llevaste, Dios mío, mandámela siquiera en sueños ¿Por qué será, Celsa, que no sueño con ella?

Recordando estos dolores la esposa de don Basilio rompió á sollozar.—Hoy por hoy, tornó á quejarse, aquí me tienes, Pacha querida, sola, completamente sola; si no fuera por Dolores yá me habría muerto, porque yá ves: Luisa viene del Cauca por muerte de un obispo y se demora aquí muy poco, la obligación no la deja; y no me voy con ella, porque yo no me separo de donde está enterrado Basilio, por nada del mundo; figúrate ver la casa en que los crié á todos en poder quién sabe de quién!....nó, nó, de ella me sacan para el cementerio. Carlos no se viene á vivir aquí, porque los negocios no lo dejan; con aquel otro muchacho Manuel no hay que contar. Cuando Basilio murió, desde el Extranjero nombró ese niño quién lo representara aquí para lo de la herencia que le mandámos enterita. Cada cinco ó seis meses me escribe, unas veces de no sé dónde, y otras de no me acuerdo, si parece el judío errante! no tiene sosiego en ninguna parte; la última carta que recibí me la escribió allá.....¿cómo

se llama ese punto de donde traen tan buenos purgantes?

—Hay tantos, niña.

—No sé si de allá los traen, pero sí que tiene el mismo nombre de ellos.

—Ah ¿los de sal de Inglaterra?

—Inglaterra! eso es, de allí me escribió.

—¿Y no piensa en venir?

—Cuándo! si parece que por allá le ponen trampas á la gente, según está de contento. Lo malo es que ese cristiano no economiza, y, aunque le mandé también lo que de mí pudiera tocarle, no quise dejar sino unos realitos ¡para lo que me resta de vida! creo que todo se le acabará ligero, porque yo no conozco un hombre más manirroto.

La señora siguió hablando de esto y aquello, sin orden, como por hablar; claramente se veía que evitaba mentar otra vez á la Hermana Basilia; no obstante, doña Pacha le interrumpió.

—Pero bueno, hija ¿qué es más ó menos, la diferencia que encuentras en las cartas de tu muchacha?

—Si no es cosa! ¿no te digo, pues? chocheras mías ¿para qué te diría yo nada?

Doña Pacha se acomodó mejor en la poltrona, hizo un gesto de impaciencia y se previno, como quien dice, á atacar de una manera irresistible.—En todo caso, prosiguió, sentiré mucho, Celsa querida, que aquel tesoro tenga que desear, porque

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

una niña tan dulce y tan buena no merece sino que manos invisibles le aparten los abrojos del camino ¿no va ella apartándoselos á los demás? Ah, corazón bueno! merece que, cuando se muera tu muchacha, lo guarden los pobres como una reliquia santa, cabalmente que para ellos tiene lágrimas y suspiros. Yo estaría orgullosa de tener una hija así.

—Hija de mi alma! Exclamó doña Celsa sollozando; no le retires, Dios mío, tu mano santísima; llévatela, más bien, aunque no la vuelva á ver su madre.

Ni encargada podía venir una respuesta así para la curiosa amiga; era, precisamente, lo que quería, conmover á la madre hasta que soltara un rayo de luz para ver de aclarar el misterio que, respecto á la joven, inexpertamente había dejado entrever y de lo cual estaba arrepentida. Eso de "no le retires, Dios mío, tu mano santísima, llévatela, más bien, aunque no la vuelva á ver su madre" puso á doña Pacha en un afán nervioso de mantener conmovida á la otra hasta que se definiera aquella tentación.—Tienes razón, dijo; se ama demasiado á los hijos para que los padres vean indiferentes su ausencia.

—Eso fuera de lo de menos.

—Lo de menos, sí; lo que más duele es que no sean felices donde quiera que estén.

—Si yo estuviera cerca de ella! .....Ave María, las mujeres sí que lloramos por cualquier cosa; con razón dicen en la calle: "en lágrimas de mujer y cojera de perro.....

Y se limpió las que le bañaban la cara. Doña Pacha hizo un movimiento, echando el cuerpo hacia adelante y tendiendo los brazos, igual al de aquel á quien se le zafa de las manos un pájaro ó un pescado. Se reprimió luégo como quien dice: vamos con maña, y siguió pensando durante un momento: yá se aflojó la cuerda llorona y cuerda destemplada no suena; lo peor es que si me meto á templarla otra vez, arriesga á reventarse, esto lo mejor es no mostrar mucho antojo y sacarle á ésta el enredo como quien no quiere la cosa.

Bostezó, preguntó qué horas serían, encendió un cigarro con mucha calma y exclamó sin mirar á doña Celsa:

—Ah vida, tan llena de desengaños! ¿Has visto, Celsa, cosa que duela más que un desengaño?

—Y mucho más á las personas sensibles como es aquella muchacha. Respondió cándidamente la señora. Pero Virgen María, en qué berengenal me estás metiendo, Pacha! Yo qué he de saber si ella es ó no feliz; me largo á hablar y á hablar como un loro sin saber lo que estoy diciendo.

Aceite en fuego para doña Pacha.—Le entró lo del desengaño, se dijo; me reviento ó le saco el de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

su muchacha. Y como un general veterano que cuando menos lo piensa el enemigo, le carga con todo el grueso del ejército, se le fué encima á doña Celsa con una descarga de razones y palabras.

—Nó, niña, no estás hablando á tontas y á locas; todo el que llena un deseo, encuentra siempre que la cosa no merecía la pena de tantos trabajos, yo no sé por qué, pero así es; muy bien puede desconcertarse un corazón que nació para querer á los demás sin límites, ni reservas, como el de tu hija que amaba á los demás por lo mismo que son negros sus ojos, que no tenía más dicha que llorar con todo el que lloraba; te digo que bien puede desanimarse un corazón así si lo cogen y le dicen: "Así nó, la caridad tiene medida como todo; hay que ser prudente hasta para ser bueno; aquí tienes reglas para someter á ellas el fuego de amor á Dios". ¿Sabes, querida, lo que puede resultar de aquí? Que ese corazon arriesga á enfriarse, porque....y si no, fíjate en los pájaros, jamás cantan entre la jaula como en el monte. Bien puede haberle sucedido esto á la muchachita.

—Esta vieja de Judas, pensó doña Celsa, tiene más talento de lo que yo creía.

Y se quedó mirando la lámpara. —Pues, de veras, dijo como volviendo de un sueño, yo sí había caído en la cuenta de que eso era, pero no había querido decírselo á nadie.

—Convéncete, Celsa, eso es.

—Sí, por eso fué que mi muchachita perdió hace tánto tiempo el entusiasmo que llevó; ella se figuraba aquí cosas muy distintas, por ejemplo, buscar infelices por su propia cuenta, como lo hacía, llevándoles comida y ropa, y trayendo á casa cuantos podía; creyó que le era permitido meterse donde quiera que había dolor, y no á hacer visitas sino á la cocina y al brete de la casa. Ella le cosía ropa de balde á todo el mundo, cuidaba huérfanos, arreglaba las peleas, toleraba con calma las impertinencias y lloraba con todo el que tenía penas; es casi seguro que allá no le permiten hacer esto y si acaso sí, es con mil ceremonias. Yo he visto aquí, por ejemplo, que cuando muere alguno van las Hermanas á consolar á los dolientes, muy dulces y muy queridas, por supuesto, pero no pasan de decir cuatro palabras; aquélla no se conformaba con eso: entraba calladita, y, al oficio, si lo había; no se hacía sentir por parte ninguna; después cogía su pañolón y, en silencio, para la casa. No era de éstas como Luisa que se largan á remolinear por los corredores de la afligida casa, conversa aquí con la una, ojo con el otro más allá, me entro después á la sala del muerto, converso en alta voz, ahora me asomo á la despensa, porque la cocina y las alcobas yá las ví; nó, Pacha, era como tantas señoras que conocemos aquí, que llegan á servir de veras, calladas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Restrepo Piedrahita

y prudentes, y eso que aquélla no se dejaba ver; cuántos servicios prestó sin que supieran los demás á quién tenían que agradecerlos.

—No lo dudes, Celsita; la Institución ha enfriado á tu hija.

—Lo cual no me avergüenza, porque aquí les consta á todos cómo era ella. Y yá que hemos llegado aquí, yo no sé cómo me has traído, ¡tienes una labia y un modo!....que cuando menos pensé me desentresijaste....

—Si eso no tiene nada de particular, niña ¿y para qué somos amigas? Déjate de bobadas y cuéntame todo, que yo no soy una conversona; si quieres que te guarde el secreto....¿Qué ibas á decir? ¿que yá que habíamos llegado hasta aquí, qué?

—Ah, que iba á mostrarte algunas cartas de ella, escritas unas en el Noviciado, y otras en varias partes á donde ha ido; he tenido que leerlas á ratos, porque á lo último comienzan las letras para arriba, para abajo, hasta que se me vuelve aquello una rochela que no hay quién la aguante; es que los viejos no estamos buenos sino para estar donde está aquel querido que me abandonó.

Levantóse doña Celsa trémula y fatigosa á sacar de un armario un paquete de cartas; entre tanto, la curiosidad arrellanada en su sillón tosió, se arregló las faldas y sonrió levemente como cosa de general vencedor, eso sí, al voltearse doña

Celsa, puso la maliciosa amiga una cara fría, desdeñosa, como si todo aquello no le importara jota.

—Tóma una de las primeras y después otra del medio para que compares, á ver si es que yo yá estoy en el estado de la inocencia otra vez, y he visto cosas que mi muchachita no ha escrito.

—¿Para qué? No le leamos sus cartas, Celsa; pobrecita, paloma querida! ¿Qué más ha de decirte que lo que tú me has dicho?

—Si yo no te he dicho nada; lée, y verás lo lindo que habla de la Institución.

—Pues yá que tú te empeñas, no hay más remedio que complacerte; cabalmente que soy la mujer más enemiga de averiguar vidas ajenas.

Y tomó con displicencia la cuarta de la serie, más ó menos; desdoblándola sin afán junto á una lámpara, iba diciendo. Si la leo no es por saberle sus cositas, sino porque todos se hacen lenguas celebrando el modo como escribe, dizque muy lindo ¿no?

—Yo no sé, Pachita, si será lindo ó feo; lo único que te digo es que mal no puede escribir, porque ni que fuera un animal, con todo lo que ha leído.

—En la calle dicen que el estilo que tiene dizque es una belleza.

—Comienza, pues, á ver que te parece.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Si quieres, Celsa, que lo dejemos para otro día.....

—Tú como que no quieres que te cuente nada?

—Pues no hay afán, pero, en fin, leamos ésta. Es que yo quiero pasar por todo menos por curiosa, para que mañana ó ese otro día, si esto se sabe, no me vas á echar la culpa á mí.

Padres míos y muy queridos:

Estoy sorprendida de la tristeza de mi padre, diré mejor, desconsolada, porque comprendo claramente que Dios lo ha abandonado, pues que no le ha llevado al alma la luz de la gracia, haciéndole ver el error en que está. Mientras tanto, á Éste le pido con todo mi corazón que lo ilumine y que en otra que mi padre me escriba lo encuentre yo resignado y casi contento con mi separación.

Es que mi pobre padre no se imagina la dicha de que disfruto; esto es el colmo de la felicidad que la tierra pueda darnos. Si él conociera esta vida! se habla poco y se medita mucho; todos nuestros pensamientos y palabras están, como las torres, como la Cruz, encaminados al cielo; así, al menos, nos enseñan que debe ser, y tienen razón; ¿á dónde mejor podríamos volver el espíritu que á Aquel que tánto nos ama? ¡Cuán grata será la existencia de los serafines sin más oficio que mirarlo siempre columpiando para El incensarios de oro y cantándole himnos de adoración! Nosotros,

seres de tierra, no comprendemos esa felicidad; mas para los que creemos y esperamos, vendrá un día en que podamos entreverla, día en que, si no formamos con los ángeles, podremos verlos menos lejos que lo que los vemos hoy. Pero es necesario para esto desgarrar la carne que nos pesa. ¿Quién se acuerda de amores de la tierra? el de los padres, el de la familia, quiero decir ¿qué es delante del Gran Amor? Un minuto perdido en la Eternidad.

Cuándo llegará el día en que pueda abrazar para nunca más dejarlo al Amado de mi corazón! fundirme en El como un perfume en otro, formar los dos un crepúsculo de amor como el de la tarde y la noche!

Entre tanto, rogadle vosotros, que termine el noviciado. Yo le pido esto y que os conceda larga vida, porque sé que la deseáis. No olvidéis á los pobres, tened cuidado con Dolores, dadle comodidades, no sea que por buscarlas ofenda al Señor. Cómo le he pedido que le torne fea esa cara tan linda!

Escribidme y dadme cuenta de los míos; pedidle á Dios por mí, que, á mi vez, yo le ruego por vosotros.

HERMANA BASILIA.

—Estás loca, niña! Dijo doña Pacha mirando por sobre los anteojos á doña Celsa. Vé que po-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nerte á decir que esta santa está aburrida con la profesión! Si esta carta huele á Cielo como si la hubieran escrito allá arriba! Sólo que tengas otra....

—Ay, sí, tengo otras diferentes.

—Pero no me las muestres ¿para qué? Después de leer este primor....

—Pues, Pacha, si no quieres verlas....

—Querer, demás! Yo lo que quería decir era que....A ver otra, ¡cosa linda por Dios!.... con seguridad que te dice alguna bobadita y tú has visto quién sabe qué. ¿Esta es?

—Nó, todas estas son, más ó menos, lo mismo, pues mientras estuvo en el Noviciado lo que escribió fué como lo que leíste. Vé, aquí está lo que tánto me ha hecho llorar.

—Con seguridad que vas á salir con una tontería; á ver:

Madre adorada:

A escondidas voy á escribir ésta y á enviártela por extraño conducto, porque me moriría de vergüenza si mis superiores llegasen á informarse de lo que voy á depositar en tu seno querido. Tengo tánto que decirte, tantas tristezas que confiarte!

Después de la noticia espantosa de la muerte de mi padre sólo te he enviado una carta demasiado corta, quizá, porque el llanto me cegó y por-

que el corazón oprimido por el dolor no pudo dictar más.

Hoy la resignación mueve mi mano, y voy á decirte lo que he callado ó me ahogo en lágrimas, yo vengo á que me ayudes á llorar. ¿Resignación escribí? En fin, no borraré esa palabra, porque me da miedo que el nombre de aquella virtud no esté siquiera en mis labios, yá que no he podido aprisionarla en mi corazón, nó, madre mía, no he podido, á pesar de lo que le he rogado á Dios que me ayude. A veces creo que yá soy dueña de ella, pero apenas es una ilusión, porque la imagen de mi padre moribundo pasa y torna á pasar por mi memoria como en doloroso reproche, y vuelven el corazón á dolerme y mis ojos á llorar.

Y no me bendijo! ¿no es cierto? Ah dolor horrible, Dios mío!

No puedo resignarme á no haber visto aquella noble mano suspendida sobre mi cabeza; mas, yá que él no quiso levantarla, me hubiera conformado, al menos, con sentir algo suyo junto á mí, algo como un hálito de perdón desprendido de sus labios en otro tiempo tan cariñosos; siquiera que su espíritu, camino del Cielo, hubiese echado una mirada sobre el pedazo de tierra en que me quedé llorando; oh! yo la habría sentido, pero ¡ay! nada extraño ni placentero conmovió mi sér el día de su partida. Afortunadamente, cuando él abandonaba esta vida sin acordarse de mí, llora-

ba yo de remordimiento por no estar besando aquellos ojos que por mi causa perdían la luz.

Y se me ahonda más esta pena cuando pienso en que mis manos no ejecutan lo que mi voluntad concibe en provecho de los desgraciados, porque estoy circunscrita á un campo cercado por témpanos de nieve, no otra cosa son las reglas á que he tenido que ceñirme, digo para mí, que soñaba con tantas tristezas y tales infortunios y dolores inmensos: hogares desolados, almas ulceradas, leprosos, penas ocultas, silenciosas melancolías, huérfanos, y me decía: á todos los consolaré, les daré mis caricias y mi pan y mis vestidos y mi corazón. Ay, mi sueño de amor santo se desvaneció y yo me quedé en una escuela haciendo clases de Gramática y Retórica ¡qué te parece! esa es mi obligación, enseñar Retórica y Gramática. Así ha sido dispuesto por mis superiores, porque dizque tengo grandes aptitudes para ser institutora y á mí no me ha quedado otro camino que el de aceptar en silencio.

No tengo, pues, más obligación, y eso, ganando dinero, porque todas mis alumnas lo pagan. Verdad que ese dinero se invierte en ensanchar la Institución dándole hospitales, enseres etc. mas, si hubiese imaginado que éste iba á ser mi fin, habría establecido una escuela en mi tierra y enviado aquí mis ganancias; así, al menos, hubiera estado al lado de vosotros á la hora de recoger con

mis labios el último suspiro del padre adorado que, después de tánto amor y tánto afán, no sintió en el supremo momento las lágrimas de un hijo sobre su frente, porque todos le habíamos abandonado.

Y, sin embargo, yo me vine dizque á buscar desgraciados! como si las puertas de mi casa se quedaran guardadas por la felicidad!

¿Pues dónde hay mayor orfandad que en la que os quedasteis vosotros? Fué que Dios no hizo este dolor para los hijos solamente, también hay padres huérfanos, y su dolor no se endulza con pan y abrigo como el de tantos herederos, ése no tiene más paliativo que la muerte.

Yá están abiertos mis ojos, veo el error: ¿Cómo puede ser bien mirado por Dios esto que yo hice de atropellar un corazón á quien tánto se le debe, atropellarlo hasta dar con él en tierra para correr á buscar otros quizá menos doloridos? Bien está que una hija abandone el hogar cuando su padre le dice: "Véte, yo soy capaz de pararme sobre el dolor" ó bien: "no te necesito, porque tu hermana será el báculo de mi vejez". Mas cuando el amante padre se arrodilla como el mío y ruega: Hija del alma, no me mates; no es justo que lo hagas, tesoro de mi vida, por salvar á otro; quédate, que te amaré de rodillas, aquí y en el Cielo le responderé á Dios de haberte detenido.

Ah, esa hija es un monstruo si lo abandona.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Correr á dar una vida después de quitar otra, he aquí una obra nula, madre mía.

Y, después de todo ¿seguiré perdiendo el tiempo, enseñando Gramática, quiero decir? Siquiera me hubiese tocado la cocina del Colegio ó los oficios de escaleras abajo como los de lavado y plancha.

Por lo dicho, no creas tú que aquí no se hace bien alguno, nó, sí lo hacen muchas de mis compañeras, y muy grande: hay en la ciudad un hospital lleno de infelices, y así andan ellos de aseados y atendidos como de limpio y hermoso el sagrado edificio. Envidio tánto á mis afortunadas compañeras que trasiegan en él!

Yá sé que no me van á dejar aquí toda la vida pero temo que cuando me retiren, me dé asco la verdadera desgracia, y Dios sabe, si seguiré de institutora, cambiadas únicamente las materias de enseñanza. Tampoco supongas que yo imagino agradaría á Dios atendiendo únicamente á enfermos y á pobres, nó, bien se me alcanza que el alma quiere más modelación que el cuerpo y que hay obligación de enseñar á los niños á conocer á Dios, mas, para esto no encuentro la necesidad de vestir hábitos reglamentarios ni de abandonar para siempre á dos padres ancianos, basta abrir una escuela donde hayamos nacido: yá se sabe que el nombre del Eterno lo preside todo en

todos los planteles de educación que hay en nuestra patria.

Que en cuanto á pureza de alma y corrección de maneras, muy bien salen de aquí los alumnos, todavía más, hacen cuerdamente los que nos los envían aprovechando este giro que á última hora le han dado á la institución, porque, en verdad, sabemos suavizar las asperezas morales, pero es el caso que hay muchas institutoras y muy notables en Colombia que modelan con primor física y moralmente á sus alumnos y que no visten hábitos. Hemos, pues, ensanchado el gremio. Ahora, voy á decirte por qué me duele haber formado en la fila de los maestros de escuela en vez de haber sido en la de los mártires: Este oficio que, remunerado y todo, también es caridad; es un caritativo oficio que está al alcance de casi todo el mundo; todos los que lo practican lo hacen por negocio, puesto que ganan dinero, por último es un medio de trabajar como otro cualquiera. No eran éstas las demostraciones de amor con que yo soñaba, mi alma sentía alas más anchas para mecerme en los celajes del dolor; creí que mi vida iba á agostarse en el sufrimiento y que el tiempo me faltaría para luchar contra el infortunio de los demás, pero no: las plumas de mis alas se han caído, mi corazón está olvidando llorar y mi cuerpo engorda. Vieras mi tez! Parece de alabastro coloreada en las mejillas por moras fresas; mis manos se han em-

blanquecido y hoyuelado como dicen que son las de las reinas.

Y tengo remordimiento de verme así!

Bien sabe Dios que más bella me encontraría á mí misma si tuviese las mejillas pálidas y descarnadas como las de los santos, y las manos vueltas una mazorca de callos como las de Dolores.

Entre tanto, aquí estoy perdida en pequeñísimos detalles que bien pudiera desempeñar otro que no tenga esta ansia de Dios, ni el corazón como el mío. Mas Aquél lo quiere; quo sea su santa voluntad! ¿Y quién me dice que también no hay grandeza en soportar pacientemente lo pequeño?

Oh, tú, padre mío, ¿me has perdonado yá? Sí, no es cierto? Los justos no tienen rencor.

Vengado estás; si vieras con qué dolor penetra hoy en mi pecho aquel ruego que me hacías: "Quédate, aunque sea recogiendo todas las mañanas en el jardín las flores que ponemos en el vaso que está al pie de la Virgen amada de la familia". Cuán honda era la tristeza al hacerme este ruego que realzabas con lágrimas en los ojos! En cambio, preferí que la muerte se quedara reemplazándome, porque la conciencia claro me dice que desde entonces anda aquella rondando por los aposentos del hogar. Perdóname, espíritu cariñoso de mi padre, ten en cuenta que mi intención fué buena; yo no tengo la culpa de que los hombres hayan vulgarizado la alteza de la institución que

creó San Vicente, la más bella de las obras humanas en lo que toca al corazón; así, al menos, la suponemos las mujeres cuando somos capaces de hacer lo que yo hice.

Y tú, señora mía, madre amada, perdóname también, y, cuando llegue tu última hora, bendíceme con la ternura con que lo hicieras si yo estuviese inclinada sobre tu semblante querido expiando con cruel interés el último rayo que se desvanezca en tus ojos queridos.

Antes de terminar tengo que decirte que por acá estamos pasmados ó punto menos, del número de antioqueñas que llegan á Bogotá en solicitud de los hábitos, según escriben de esa ciudad. Parece cuestión de moda, como decía Manuel, pero no es eso lo que las empuja hacia acá, ni es el comportamiento de nuestros maridos como algunos lo han supuesto ¡qué ha de ser esto! bien recuerdo tu papel de reina en el hogar; tú fuiste siempre el eje al derredor del cual giró mi padre y se mueven tus hijos; la conducta de nuestros hombres como maridos es uno de sus más honrosos timbres, aunque alguien se haya metido á probar inútilmente lo contrario. Sin embargo, con lo dicho y todo, los hombres antioqueños y ¿por qué no decirlo? las mujeres también tienen la culpa de la huída de tantas de sus hijas, sí, porque en Antioquia han exagerado de tal manera los oprobios de la soltería que del ridículo la trasla-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonial Documental

daron al baldón; acribillada en sarcasmos una que no se casa porque no quiere ó porque no puede ¿qué ha de hacer? claro: buscar, si no la independencia, al menos, respetuoso acatamiento. Y es tanta verdad lo que diciendo voy que la mayor parte de mis compañeras vienen aquí pasada la edad de los devaneos.

Oh flores humanas, hermanas mías en el Señor, oh vosotras las que venís por piedad ó por cualquier otro motivo á exhalar vuestro perfume para Dios que os creó, El permita que una escuela como ésta en que estoy no os evapore tan pronto como á mí ese aroma que formaba mi alegría; es que he olvidado casi todas mis ilusiones, porque hay en mi memoria una realidad que las eclipsa: "mi padre colgado de las bridas de mi cabalgadura diciéndome: no te vayas, hija de mi corazón, vé que me vas á matar".

En fin, madre mía, te abraza mi alma.

HERMANA BASILIA.

CAPITULO XXXIV

¿QUE dices? Le preguntó doña Celsa con afán á su amiga, la cual se quedó sobándose la nariz y mirando la lámpara.

—Pues, niña, esto está así, más bien medio trabajoso.

—¿Cómo así?

—Nó, no te afanes, tu muchacha no tiene qué tacharle, peor para el que la metió de maestra, porque no sabe lo que está perdiendo con eso la humanidad.

—Pero, Pacha, los niños también son humanidad.

—Pero no de la que llora, querida, por lo menos los que educan las Hermanas, porque casi todos son hijos de familias acomodadas; yo no sé si

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

así será en todas partes, pero en Antioquia no se resuelve ningún infeliz á llevárselos.

—Pero ellas sí los reciben.

—No es eso, es que á los pobres les da vergüenza verlos hilachuditos entre una partida de muchachitos bien vestidos.

—Ah, entonces no tienen ellas la culpa.

—Ellas no tienen la culpa de nada, Celsa: los que las mandan.

La esposa de don Basilio seguía llorando.

—Y eso por qué? Le preguntó su amiga. Esto que acabo de saber no me priva de jurar que tu muchacha es la oveja de más blanca lana entre las que andan por el aprisco del Señor.

—Ah, sí, mi Regina es un ángel.

—Por supuesto! ¿No buscaba tormentos? En ellos está: no es cosa muy soportable semejante desengaño; que lo lleve con paciencia y habrá ganado más palmas que si pasase la vida en lidia constante con un loco rabioso.

—Es que no es eso solamente! Sollozó angustiada la madre.

—Hay más todavía? Saltó doña Pacha con palpitante avaricia. Tonterías, como ésta, apuesto! Ni las leamos, yá es muy tarde.

—Sí....después.....Respondió la otra amarrando el paquete de cartas.

—Pero vé una cosa, Celsa, aguárdate. Y le cogió las manos.

—Creo que ésta no debo mostrártela.

—Como tú quieras, hija; de leerla, no sacaría yo más provecho que el de convencerte á ti de que estás chocha viendo peligros y abismos en simplezas, como las que cuenta aquella niña en la que acabámos de leer; no me convencerás jamás de que tu hija es mala, porque eso es lo que resulta de tu resistencia.

—Ah, nó, mi Regina es completa.

—Por lo mismo debes mostrarme todo; si no le hace mal lo que aún tienes de que enterarme, como no se lo hace lo que yá he visto ¿qué es pues, ese escrúpulo?

Doña Celsa reflexionó un momento. —Tienes razón, dijo; esto que voy á mostrarte no la enaltece, pero le hará honor después, porque ella saldrá limpia y triunfante de prueba tan espantosa. Tú eres mi amiga, yo necesito mostrarle esto á alguno ó me vuelvo loca; confío en ti, Pacha, en tu discreción.

—Cuénta con ella, mi amor.

—Tóma y lée.

Desdobló la carta con mano trémula ¡quién sabe! pensaba, si voy á topar con algo negro, que los ojos de la madre quieren volver blanco.

"Madre amada:

Hoy, más que antes,".... Dime una cosa primero, hija, se interrumpió á sí misma doña Pacha. ¿Con quién aprendió aquella criatura á escribir así?

—Te parece bien?

—Yo no sé, lo único que te digo es que á mí me encanta; esto no parece estilo de mujer, como todas escribimos tan feíto y con unos garabaticos!..vé esta letra, qué parejura.

—Pues no todas escriben mal, Pacha; otra cosa es que á muchas no les gusta dejarse conocer, que si se metieran....pero aquí le tienen un horror terrible á la palabra aquélla.

—Cuál ¿ah?

—Bachilleras, pues. Afortunadamente ésta mía no escribe sino para mí.

—Y es lástima, porque esto es muy bien escrito ó yo soy otra vieja chocha, pero ¿quién enseñó á Regina?

—Los libros ¡con lo que ha leído! Tengo por ahí un montón de oraciones á la Virgen, escritas por ella, que te las tengo que mostrar.

—Eso sí veré con mucho gusto, porque esto de cartas es tan aburridor. Sigamos, pues:

"Hoy, más que antes, tengo necesidad de asirme á tu recuerdo, como se cuelga de los brazos de la Cruz el alma enferma; hoy, para guardar en

tu seno, en vez de lágrimas y esperanzas muertas, traigo vergüenza.

Y bien, eso que te he dicho en mis cartas anteriores del desvanecimiento de mis ensueños místicos, es casi secundario ante la emoción que hoy conturba mi conciencia y aplasta mi tranquilidad. Si se coge un pájaro en el aire, se le quebrantan las alas y se deja caer, no da en tierra más desconcertado que lo está mi espíritu, sorprendido en su débil vuelo por un flechazo que el demonio me ha lanzado envuelto en los halagos de la vanidad. Había tardado mucho, me sobra tánto tiempo para pensar en mí misma.

Como en mi tierra, ha despertado aquí mi figura desde hace mucho tiempo no sé qué de admiración ó curioso interés, á pesar de la seriedad en que he procurado envolverla; por donde quiera que paso, aunque sea por junto á mis discípulas, oigo siempre, como en Bogotá y los otros lugares á donde he ido, un rumor que volvería loca de placer á cualquier dama del mundo. En cuanto á mí, jamás había parado mientes en lo que decían, aunque fuera con labios inocentes como los de mis alumnas, que no se cansan de repetir: "hermanita, usted sí que es bella", "cómo la querrá mi Dios á usted tan linda". No diré que con esto me ofendían, pero sí afirmo que con ello no me daban placer.

UNIVERSIDAD EAFIT

Ahora, como en los certámenes de nuestros colegios se le da gran importancia á lo de la amenidad, comedias, versos, diálogos etc., es natural que lo del teatro atraiga mucha gente. Casi nunca me había detenido á contemplar esa concurrencia, porque, más que ella, me llamaba la atención el buen éxito de mis alumnas; mas, sucedió que hace poco, á tiempo de empezar la representación de un entremés, ví que un hombre que estaba cerca de mí, le decía claramente á otro (pero, permiteme, madre mía: ¡Qué repulsivo es este lenguaje en una hija de Dios! Perdónamelo, es que tengo mucho miedo, es que estoy loca y he de contarte todo como pasó ó me muero callando). El hombre decía:

—"Parece que á la Hermana Basilia le duele tanta hermosura, porque jamás alza la cabeza; si por casualidad mira de frente, titila el aire que tiene delante."

Sentí una ola de carmín ardiente que me incendió el rostro y ¡ay! miré al que esto decía: Cuán bello estaba Satanás! había tomado la envoltura carnal de Jesús Nazareno. Allí estaba un hombre hermoso con los ojos inmensos y profundos que le pintan al Hijo de María, y su misma barba abierta y suave; rojos los labios como dizque eran los de María Magdalena; la nariz tenía una línea recta casi ideal y en su derredor había un aire de terneza como aquel en que está envuelta la

imagen de San Luis Gonzaga. Virgen Santa, Madre mía ¿por qué me desamparas? Dije, sintiendo que mi corazón latía con violencia y que una emoción desconocida se apoderaba de todo mi sér. Me dí á temblar yo no sé si de alegría ó de tristeza, y me sentí agitada como un junco en mitad de una corriente.

Fué lo peor que fascinada volví á mirarlo; así dicen que atraen las serpientes á los pájaros incautos. Sentía que aquello me hacía daño y que, si continuaba admitiéndolo, iba á perderme. ¿Porqué no volvía él los ojos á otra parte? ¿Por qué me causaba ese daño? Con todo, tuve valor para pensar en que mis compañeras podían caer en la cuenta de aquel éxtasis y torné á agachar la cabeza.

En fin, dije terminado el acto, esta tentación se borrará; quédense sin luz mis ojos si he de verlo otra vez; la penitencia lo arrojará de mi memoria como arrojó el Señor á los traficantes del templo. Ay, mi ángel de guarda me había abandonado! ¿cómo no oyó mis ruegos? Lo primero que hice al volver al interior del Colegio fué correr á un pozo de agua limpia que tenemos en la mitad de un huerto y verme.

—Qué hace usted ahí? Me preguntó la Superiora interesada con mi curiosidad.

—Contemplar el Cielo, Madre. Le respondí.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Vasco Uribe

Mentía, era el infierno lo que contemplaba, porque me encontré más bella que todas mis compañeras.

Pasaron días, muchos días, los suficientes para olvidar aquella perturbación. Empezaba á dar gracias á Dios porque mi corazón latía sereno y porque otra vez mis pensamientos cruzaban por mi memoria sin tropezar con ideas extrañas y exóticas en una hija de Dios, yá me reía de la impotencia del demonio y juzgaba muerto entre un pliegue del alma aquel principio de pecado, cuando una mañana en que andaba de paseo con mis alumnas topé con él otra vez ¡y lo miré! ojos malditos, ese instante lo pagaréis contemplando tristezas por una eternidad! Mi ángel custodio transmontaba en aquel momento la última nube camino del Cielo huyendo de esta pecadora! ¿Qué hago? Sollocé al volver al Colegio. Y como el Eterno estaba indiferente, me acordé de ti, madre mía. Oh, qué vergüenza! nó, no lo sabrá jamás, dije: Regina la casta, la buena, la paloma del hogar como me llamabas....nó, qué horror! Pero cómo callar? Yo tengo remordimiento, necesito que alguno me perdone ¿la Superiora? nó, se me arderían los labios ¿el sacerdote? menos, menos! ....Es mi madre, es ella, con ella voy á confesarme; por eso resolví escribirte pero, óye: no me maldigas todavía, aún soy buena.

He aquí un castigo para mi orgullo que me hizo creer era invulnerable á las pasiones de la tierra.

Perdóname, Dios mío, clamaba ahogada en llanto, y devuélveme ese estado de indiferencia en que vivía; yo te prometo nunca más pecar pensando en él; alíviame, seré humilde, haré penitencia, no permitas que siga ofendiéndote por este camino.

¡Oh, las noches negras de remordimiento! No pude apartar á Satanás de mi memoria, es decir á ese hombre. Sentía que no estaba suficientemente enamorada para cerrar mis alas delante de él, pero no estaba distante, porque parecía que le rezaba y no á Dios, de tal manera lo tenía plantado en mi memoria. No pude soportar mi culpa y la confesé al fin. "Hija", me decía el sacerdote, "sál triunfante de esta lucha para que no envidies después á ninguna de tus compañeras que han expuesto sus pechos á las balas en un campo de batalla; si lo haces, habrás alcanzado la victoria más difícil y mejor mirada por el Eterno; eso que cuentas es el salto mortal del corazón, quien lo dió y salió ileso es un héroe en el campo de la virtud. Lúcha, lúcha y ofrécele al Altísimo tus angustias; haz cuenta de arrancar las raíces de un árbol centenario, aunque éste haya sido sembrado ayer no más; tú no sabías la ligereza con que crece todo lo malo, ni que el amor terreno es como el cólera, que llega y yá es dueño y señor de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

nosotros. Tu mayor enemigo ha sido tu inexperiencia, porquo no habías amado ¿verdad?

—Y no amo todavía. Le respondí llena de vergüenza.

—Entonces ¿de qué te acusas?

—De pensar en él.

—He ahí tu candidez, eso es amarlo, hija mía.

—Pero hay momentos en que lo recuerdo casi con odio por el mal que me ha hecho.

—No lo creas, niña inocente; si tal fuera, no te habrías acusado de nada, tienes remordimiento luego hiciste mal. Véte, aplásta la cabeza de la serpiente colocándote en las filas de los santos; láva tu boca cantando los salmos del rey David; no dejes que el nombre de Regina que en la lengua de los ángeles dice Reina, se torne en el de esclava del demonio. Quedas perdonada por lo que ha pasado, para prevenir lo que viene, no quites los ojos de la Virgen, y yo te juro que el ángel de tu guarda romperá en el aire todos los dardos que te dispare el infierno."

Madre: lo primero en que pensó Dios cuando formó el Cielo fué en las mujeres que salen limpias del lodazal de un amor como el mío! No me acuses: lo amo todavía, no me maldigas.

Han pasado muchos días; las Hermanas ignoran mis tormentos y envidian mi piedad; es que á fuerza de torturas están marchitos mis ojos, es-

cuálido mi semblante y ulceradas mis rodillas; yá mis manos no tienen la redondez de la molicie, pero, perdóname, señora, todavía lo recuerdo, porque él ha puesto todos los medios para que no lo olvide, se ha burlado de la Orden y mantenido en mi pecho esta llama fatal. Bendito sea el espíritu de mi padre y tu nombre sagrado que vienen á acompañarme! Cuando no vengáis ¿quién se pondrá entre Satanás y mi pensamiento? Ah, si esto que he comenzado á relatarte con tinta pudiera rematarlo con luz! Pídele á Dios que así sea, porque de no, nunca más volveré á escribirte.

HERMANA BASILIA.

—Dónde, dónde está la otra carta, niña? Interrogó doña Pacha con afán. No me dejes con esta angustia.

—Pacha!....esa carta no ha venido, pero ella es buena!

—No salgas con esas, porque me reviento.

—Dios mío, ten piedad de mí! Murmuró doña Celsa ahogada en llanto.

—Tenía razón; yo me moriría de vergüen.... digo de angustia en tu lugar. Declamaba la intrusa manoteando mucho. Si esto es muy horrible! esa niña está ...quiero decir....pues, en mucho peligro. Haces muy bien en no mostrarle esto á nadie, afortunadamente yo soy tan discreta; pero, dime ¿no sabrán esto yá en otra parte?

UNIVERSIDAD EAFIT

—Qué han de saberlo?

—Dios lo quiera.

—Mi Regina es buena, mi hija es buena.

—Pues no sé que decirte.

—Sí porque es imposible que caiga herido quien tánto lo teme y lo evita.

—Ah boba que eres!....esos son los más desgraciados en las batallas; fíjate y verás que en toda pelea muere siempre el que tiene más miedo.

—Valientes consuelos los tuyos!

—Nó, nó, hija; quería decirte que no tengas cuidado.

—Yo tengo seguridad de que Regina triunfa y que su celo infinito le ha hecho ver el peligro muchas veces más grande de lo que es.

—Vean á ésta! pues yo también. En todo caso, me voy, porque es tardísimo; por aquí estaré viniendo para que me vayas informando de todo y para que recemos los cien padrenuestros de San Antonio.

—Bueno.

Muy zalamera y muy habladora y muy empalagosa se despidió doña Pacha, y eso porque hacía rato que estaba un muchacho esperándola en el portón.

Después colocando doña Celsa las cartas en su puesto sollozaba: Falta sobre falta; para remate de tanta pena, tuve la necedad de mostrarle á Pa-

cha esto, que es tánto como si me hubiese puesto á leerlas á todo pecho en la puerta de la calle.

Tenía razón la señora: por su amiga supimos nosotros todo el enredo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sede de Patrimonio Documental

CAPITULO XXXV

TAMBIEN llegó á nuestro conocimiento por aquellos días que Isabel, temerosa de que llegase la hora en que le fuese imposible moverse de puro gorda, pues que medraba de carnes de una manera alarmante, rogó á Luis la llevase á Medellín á conocer la hermosa ciudad; pero, bien se guardó de decir el principal móvil del paseo, que era hacerse ver de los médicos soñando que ellos la iban á volver un espárrago ¡qué delicia volver á ceñirse con una liga como antaño!

Rico el marido y complaciente con ella no le puso objeciones. Dicho y hecho: un su amigo les consiguió en arrendamiento una casa en la capital, y allí van por esos caminos como cosa de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ejército; cunas llevan como si el último parto de la señora hubiera sido de trigemelos; cargas, como en una introducción de mercancías al país; peones aquí y allá, uno para cada muchacho jinete, hasta la cocinera lleva el suyo; Isabel va en una mula con apariencias de elefante, según es de alta y macisota; poco menos es la en que va Luis porque estos casados podrían llamarse el matrimonio mapamundi por lo muy gordos.

Después de ocho días de viaje llegaron al alto de Santa Elena desde donde se abarca con los ojos aquel divino pedazo de tierra con cuya descripción se inmortalizó el que escribió los *Frutos* que por ahí se dan. —María Santísima! exclamó Isabel; esto parece un sueño de media noche, qué cósa tan linda! De aquí no me va á sacar, viejito: si como se ve de hermoso todo eso, ha de ser de bueno para vivir, vaya vendiendo los trastos porque me le quedo, me le quedo.

Metidos en el maremágnum de la ciudad, á pocos días decía la señora:—Pues, sí, muy lindo Medellín, pero siempre le trae cuenta que lo miren primero del alto, se ve mucho más bonito de allá; y, francamente, lo que está muy bueno también es la vida; conque, yá sabe, mi querido: si no nos quedamos para siempre, por lo menos, muchos días, siquiera para que no nos quede remordimiento de no haber conocido El Valle de punta á punta.

Y se encarrilaron en la vida medellinense. Luis no perdía tiempo negociando en cacao que le enviaban del Cauca; los niños, mientras tanto, entraron á los colegios, y la señora se atrevió á cortarse *capul* y á usar mangas cada una tamañita como un toldo de arriero ¡así quedaba! de lejos se veía como docena de señoras arropadas en un solo chal.

Almorzaban un día marido y mujer departiendo íntimamente, á pesar del alboroto de los muchachos, y en tranquilo esparcimiento.

—Pues me tiene sorprendido esta tierra, decía Luis; qué riqueza y qué modo de trabajar! Si vieras el movimiento que tiene este comercio.

—A mí lo que me tiene admirada es la elegancia de estas mujeres y el modo de caminar.

—¿Qué tiene el modo de caminar? ahí veo que andan como todas.

—Como todas! Eso sí que no!

—Hija, en dos pies y de para adelante.

—En cuatro debieras andar tú, por....Pues, sí, señor, fíjate en la manera como llevan la ropa, á ver si has visto en otras partes aire más garboso y una cosa....así....como que no van preocupadas con el camisón. Y no es porque todas gastan seda: ahí veo de muselina á muchas, y si uno no se les arrima, cree que van lujosísimas.

—Pues ese garbo que dices, depende del piso ¿no ves que no tienen que ir atisbando en los empe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

drados las piedras más grandes para poner el pie?

—Yo no sé de qué dependerá; lo único que te digo es que, aunque fueran feas, con esos cuerpos tenían para enloquecer á los hombres.

—También consiste, hijita, en que, por el clima cálido, no se arropan casi, y así tienen que lucir el cuerpo.

—Y qué lucían si lo tuvieran feo? Vé éste.

—Quiero decir que por fuerza tienen que ser derechas.

—Pues por esto ó aquello te digo una cosa: que pongan una medellinense alta ó baja entre un montón de muchachas de otras partes, que les hagan dar cuatro pasos, y yo te digo, y cualquiera que tenga ojos, cual es, pero al momento. Es que hay unas, de veras, con un balanceo natural que parecen palmas, como dicen, y otras....

—Uy, qué sabida!

—Nó, verdad, y otras que, como ví yo en un libro el otro día, tienen el...de un barco...pues... que va entrando al puerto.

—Tienen el qué, á ver.

—Ese desdén y esa cosa ¿pero cristiano para qué te sirven los ojos?

—No dijiste nada, hijita.

—Es que usté, querido, no encuentra elegancia sino en un buey con una carga bien grande.

—Y lo peor es que es cierto ¡ah lindo que queda! Las mujeres me parecen todas iguales.

—Dizque iguales!

—Tú eres la única diferente, porque....

—Cálla la boca, zalamero, me voy á quedar creyendo que tengo el cuerpo como las mujeres de aquí.

—Tú tal vez no, pero en Manizales....

—En Manizales? Lo único que tienen allá más bonito es el color, pero elegancia á buscarla; como el diantre del frío de ese páramo no las deja casi usar sombreros; y no se puede negar que hay cuerpos delgaditos y finos.

¡Y es lástima, porque valientes colores! Y sabes otra cosa que he notado aquí? éstas son las mujeres más diferentes unas de otras que yo he visto; hay rubias, morenas, de pelo castaño, altas, chiquitas, pero elegantes todas; y yo que creía que para ser airosa había necesidad de ser alta, y, nó, señor, chirringas he visto que se crecen con ese modo que tienen aquí. Y ahora gusto para esos trajes, que cálla la boca! cogen cualquier trapo ordinario y aquello les sale que da envidia.

—Y el modo de entrar cargas á esta población! Le interrumpió el marido arrojando lejos una bola de miga de arepa con el dedo pulgar y el del corazón.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Héctor Restrepo Cuartas

—¿Muchas?

—Un asombro, y las que salen? Yo no he visto gente que se mueva más y que haya tomado el trabajo más en serio.

—Pues así tiene que ser; ¿no dices, pues, que el comercio de aquí dizque tiene una gran reputación en el extranjero?

—Ah, sí.

—Y no te has fijado en las flores?

—¿Cómo?

—Esto es un rigor de que no tienes idea ¿no ves los parques, cristiano?

—Sí, como que hay muchos ¿no? Pues recóge semi....ah memoria la mía!

Luis se dió una palmada en la frente.

—¿A que no me adivinas quién está aquí?

—¿Conocido mío?

—¡De más!

—¿Quién será?

—Búsca, á ver.

—¿De Manizales?

—De Manizales.

—No vaya á ser mi hermano!

—Si fuera él aquí estaría; es un personaje que te va á sorprender y, quién sabe....si.....

—No seas empalagoso ¿quién?

—¡Manuel!

—Cálla la boca, Luis, ¡imposible!

—El mismo.

—¿Y eso qué anda haciendo por aquí? ¿casado? muy viejo? ¿de qué figura?

—No sé qué está haciendo: soltero, muy viejo y de una figura que da risa.

—Pero, cuénta bien, á ver; por Dios! ¿Cuánto hacía que no lo veíamos?

—Muchos años; no me acuerdo cuántos.

—¿Y dónde te lo encontraste?

—Estaba yo en la plaza de mercado contratando el flete de unas cargas, cuando una palmadita en el hombro; volví la cara y ví un sujeto alto, flaco, feo, canoso, señalada la cara con una cicatriz enorme—¡Luis! Me dijo.—Salud. Le respondí.

—Hombre ¿no me conoces?

—Nó....nó, señor; no recuerdo....¿quién es, ah?

—Mírame bien.

—Lo estoy mirando, pero ni por ésas. Si usted no me dice.....no hay riesgo.

—Y yo te conocí al punto, aunque te has vuelto un arzobispo de gordo.

—Pues, yo no; hágame el favor.....

—Hombre, tu amigo Manuel!

—¡Manuel....imposible! Y nos abrazámos.

Pero si le vieras la figura! Un sombrero de copa pachurrado y vuelto un relumbrón de manteca; camisa de bayetilla café con cuadros azules, y un cuello que no se sabe si fué blanco, ó siem-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

pre negro; envuelto en la garganta un pañuelo de seda en añicos; un levitón largo, largo y rucio; el chaleco como de piel de nutria lleno de peladuras y con dos meros botones; los pantalones viejísimos y mascados atrás por los botines; en una rodilla un remiendo de otro color y los zapatos ¡pobrecito! paradas las trompas, roto uno de tal manera que se le veían tres dedos, y remendado el otro por todas partes con hilos de varios colores.

—No digas ¡pobre! ¿y después?

—Lo convidé para que viniera á hacernos una visita, y no quiso.

—¡Tal vez le dió vergüenza!

—Creo que sí, porque después de que hablámos mucho rato, me pidió cinco reales.

—Y no le diste más?

—Diez fuertes.

—Muy bien hecho; pero ¿qué te dijo? ¿de dónde viene?

—¡De tántas partes! que no recuerdo ninguna; quedé en ir á verlo á la posada esta noche.

—El no sabrá que doña Celsa está viva?

—Qué te parece que no la mentó.

—Vé si puedes traerlo esta noche. Nó, nó, es increíble que un cachaco como él esté en esa situación!

Apenas anocheció tomó Luis un garrote que á guisa de bastón usaba, se puso una ruana y se metió por oscura calleja donde estaba la posada de su amigo. Topó con una viejilla sentada en la puerta, á quien le preguntó por él.

—No lo conozco, señor.

—Me dijo que aquí estaba hospedado.

—Ah; es un pobre que me pidió permiso para dormir aquí?

—¡Cómo! usted no le sirve la mesa?

—Qué mesa, señor, si él madruga todos los días y vuelve por la noche; quién sabe dónde comerá; no tiene mucha cara de tener con qué pagar!

—¿Ahora está aquí?

—Sí, señor; éntre usted; el cuarto donde duerme es allí donde se ve aquella luz.

Luis prendió un fósforo para no romperse el cuerpo en un montón de madera que había recostada á las paredes del corredor de la casa, y llegó á la puerta de Manuel.

Lo encontró sentado en una cama, de anteojos, remendando unos pantalones por las posaderas.

—Aquí me tienes!

—Cuánto te agradezco! Ven á sentarte.

Quitó de sobre un baúl un periódico en que estaban envueltos unas patatas y un pedazo de carne amarillos y fríos.

—Qué soledad, Manuelito, qué soledad!

—¿Y qué quieres? Este animalito que es de esta casa es el único sér que me hace compañía.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Y mostró una perra que roncaba al rincón de la cama.

—Hombre, y cómo estás de feo!....Tienes la cara llena de costurones que, si no fuera por esa cicatriz que te los disimula....

—Los añós, amigo, los años.

—Ola, y parches blancos de puro cuero limpio entre los cabellos.

— Sí que vienes entregado á los análisis!

—Nó, de veras; alumbra, veamos; ¡Cómo! ¿Y estás cojo también? No te ví cojear esta mañana.

—La gota casi no me deja caminar.

—Y esta perra es lo único que.....

—Me acompaña; me quiere tánto!

—No obstante, sería mejor.....

—Qué?

—Una mujer iba á decir, pero ahora recuerdo.....

—A ver, di.

—Pues, hombre, que tú no las puedes ver ni pintadas.

—Qué cuentos, Luisito! ¿y crees que habría alguna que se resolviera á lidiar con este saco de huesos?

—Hablemos de otra cosa: cuéntame lo que has hecho desde que no nos vemos.

—Largo de contar, sería; pero sí puedo resumírtelo en dos palabras: recorrer, gastar mucho

dinero, gozar al principio, sufrir después, pedir limosna y llegar aquí.

—¿Por qué vía?

—Por la de Puerto Berrío.

—Y por qué no por la de Honda para que hubieras visto á tu madre pronto?

—¡Con qué cara, en esta situación y después de haberla reducido á la miseria á fuerza de hacer giros cuyo valor volaba de mis manos como puñado de mariposas!

—Sin embargo, la madre es la madre; acuérdate de la parábola del hijo pródigo, con todo, y haberlo recibido su padre, que los padres no son tan blandos de corazón como ellas.

—A pesar de esto, prefiero morirme en un hospital á ir en su busca ¡míra tú lo que le llevaría!

—Vive tan sola, hombre!

—Mejor está así que con un compañero como yo, que no sé por qué no me han recogido en el carro de la basura. Y sábe que adoro á mi madre.

—Puedes rehabilitarte.

—El alma, quizá; el cuerpo después de esta catástrofe no tiene rehabilitación posible, aunque lo llevaran á vivir entre una botica.

—Cómo se alegrará doña Celsa de volver á verte!

—Lo creo; pero, yo no; por eso, aguardo impasible y con ansia, tal vez, la hora en que se des-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

barate esta armazón que yá traquea por todas partes.

Luis era tan partidario del matrimonio que se atrevió á decir con la mayor sinceridad. —Si pudieras conseguir una esposa!

—Una esposa! Manuel se quedó mirándolo por sobre los anteojos. —Sólo que de esas que les ponen á los criminales.

—De veras, tenía que ser una heroína.

—Suponte tú cómo fuera aquello! Si con la promesa de una herencia deslumbradora tienen las mujeres jóvenes que hacer un esfuerzo para soportar el viejo con que tuvieron el valor de casarse, si eso hacen ellas, digo, qué tuviera de hacer la que cargara conmigo que, lo que menos dejaré á mi muerte será dinero, porque no quise economizarlo y porque no tuve quién lo guardara á espaldas mías como hacen las mujeres buenas con sus maridos necios. Y con una vieja no cargaría porque años sobran y enfermedades más.

—¿Y si fuera rica?

—Para eso, precisamente, le serviría su riqueza, para no casarse con otro viejo y menos en mi situación.

—Y aunque fueras millonario, Manuel, no podrías tomar mujer, fiel á las ideas de tu juventud; sería cosa de romperte la cabeza contra una piedra eso de ver á tu mujer despeinada y en corsé. Parece, pues, que ésta es la hora de desbaratarte el enredito aquel del paseo una tarde allá en Manizales.

—Ola! ¿y te acuerdas de eso? Necedades, hombre: en la vejez no hay espiritualismo que valga porque es más fuerte la realidad del frío en los pies, el dolor en los huesos y el toser constante que todo ese romanticismo. Y bonita andaría una abuela de veinticinco alfileres para parecerle hermosa al marido y haciéndole cortesías al aplicarle una cataplasma.

—¿Y eres tú, Manuel, quien dice estas cosas?

—¿Por qué no? El matrimonio es el asilo de la vejez, mas, para sacrificar noblemente en él hay que tomar puesto en la juventud.

—Conque ¿ésas tenemos?

—Ah, sí; las mujeres que amé lo comprendieron mejor que yo y, como mis sueños, y mis nubes y mis encajes pusieron una barrera entre ellas y yo, me tomaron en broma.

—Pues, es cierto lo que dices; por más señas que sus maridos no tuvieron que robárselas; figúrate si ahí se quedarían criando gatos y turpiales por no ponerse feas; es para que vayas á podar bellezas que ha de aprovechar otro, como si todas no nacieran para amar. Decías, bien me acuerdo que....

—Yo tampoco lo he olvidado, bien á mi pesar le interrumpió Manuel; que el amor dizque se alimentaba del carmín que la mujer querida lle-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vaba en los labios; de la suave pelucilla que satinaba su garganta; de un encanto que si no se veía se adivinaba y de no sé qué otras pequeñeces ¡pobre de mí! lo que vive de eso no es el amor del hogar, es la voluptuosidad de la calle ¿lo oyes? bueno anduviera el matrimonio si su dicha dependiese no más que de un lunar por esas mejillas, ó un manojillo de cabellos rizados en la nuca. ¿Eso era lo que querías decir?

—Más ó menos, respondió Luis sonriendo; pero, no tan bien como lo has hecho tú; ahí tienes que en eso de hablar fino sí estás lo mismo que antes.

—Ah, sí; pero no es raro, porque á todos los solterones nos queda una habladera inaguantable; todos los de mi gremio quedamos con alguna manía, cuando no con muchas, tal así como los músicos viejos á los cuales no les queda sino el compás y el lamentarse del decaimiento de la música. Ay! maldita sea la gota; no me deja tener reposo, amén de unas úlceras en la boca ¡que me atormentan!

—¿Y por qué no te las curas?

—No ha sido posible; son parisienses, único recuerdo patente que me queda del más bello pedazo del mundo.

—¿Y ese pañuelo con que tienes liada esa pierna?

—Está sobre otra; creo que tengo podrido hasta el nombre.

—Ese fué el que primero se embromó. Respondió el marido de Isabel sonriendo.

—Tienes razón, cuando salí de casa yá lo llevaba irritado.

—Dejemos esto: lo mejor que puedes hacer es irte conmigo á la mía; no faltará en ella cariño y consideraciones; mi mujer se pondrá de pascuas cuando te vea entrar por esas puertas.

—Es mucha bondad, hombre.

—Qué reparos, ni qué bondades! para eso somos los amigos; bueno fuera que yo te volteara espaldas dejándote en esta situación; conque, vamos! no admito excusas, apóyate en mí.

—Nó, no te molestes; déjame y en cuanto al agradecimiento cuénta que es infinito.

—Qué cosas las tuyas, hombre! ¿Acaso no soy yo el mismo de siempre, que así me has retirado tu confianza?

—Eres el mismo; pero yo no soy el que fuí.

—Por eso, quiero servirte; valiente gracia es ofrecerle servicios al que no los ha menester; me río de las manifestaciones de aprecio entre dos que no se necesitan porque se me figura que eso es lo que llaman egoísmo.

—Pues no andas desacertado: por lo regular, si uno de ellos viene á tierra, la amistad no se queda con el otro, se marcha con el que cae; por eso, agradezco profundamente tu fineza.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—No hablemos de agradecimiento, y mucho menos, antes de irte conmigo; camína.

—Nó, hijo; me quedo.

—Me da rabia eso, sábelo.

—Lo siento mucho.

Luis volvió á sentarse en el baúl. ¿Me harás el favor de explicarme este capricho? Dijo.

—No es tal, es una cosa que se cae de su peso.

—No entiendo.

—Ni yo entro en explicaciones.

Luis comprendió que se trataba de Isabel, por eso suspendió ahí.

—Ocúpame, pues, de otra manera. Volvió á decir.

—Bien, déjame dinero.

—Corriente.

Luis le entregó cincuenta fuertes.

—Gracias.

—Si no me las das, revientas.

—Cómo se nota que entiendes la amistad.

—Siento mucho que tú no quieras aprovechar la que te profeso.

—Vete descuidado que yá tendrás tiempo de probármela.

—¡Cómo me alegraría! Me voy yá; mañana volveré á buscarte.

—Cuando quieras.

—Que duermas mucho, mi querido Manuel.

—Eso te deseo.

Salido que hubo Luis, llamó aquél á la viejilla posadera y le dijo: Señora, hágame usted el favor de conseguirme un poco de aguardiente, pero oiga: bastante ¿me entiende?

—Sí ¿cómo no? Pero y..... La vieja se rascó con el dedo del corazón la palma de la mano.

—Hay con qué, mire usted. Dijimos que bastante ¿no es cierto?

—Sí, yá sé.

Llegó lo pedido.

Media hora después había cambiado Manuel de expresión y olvidado todos sus dolores.

Suavemente adormecido y recostado á la pared decía confusamente pasando una mano por el lomo de la perra que roncaba á más y mejor:

—Si esta gloria fuera constante! Deslíete, fúndete, licor querido, en mi sangre; córre, córre por entre mi carne podrida haciéndome vivir la vida de los espíritus, ja, ja, ja! Los ángeles se ríen del dolor, porque en vez de ser con sangre están venados con aguardiente.....sabrosa vida! A quien diga que no, aquí estoy yo para probarle lo contrario, porque soy más valiente que....Hace un momento vino á verme un amigo muy gordo y me dolían las úlceras y me crujía el estómago, por eso me puse á nivel de tanta prosa y acepté cuanto él dijo ¿yo?....yo, verán ustedes, yo soy .....Ah, si ese amigo viniera ahora yo le diría

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

....digo, me le presentaría en forma y altura de astro, á pesar de mis llagas; tralarí....tralará ....Malditos sean los demonios, ay, ay, ay.... cuando me puse á querer; tralarí, tralará... si hubiera sembrado caña, yá estuviera de moler, moler. ¿Dónde están mis versos? Dádmelos acá, sí, pronto, voy á vestirme con ellos ¿lo habéis oído? con ellos como con un manto de flores coloreadas por la prima.....qué tontería! en Colombia no hay primavera. Sacudid, necios, ese polvo santo que opaca el libro de los sueños y pres....prestádmelo: voy á cantar, voy á oficiar en el altar de las ma.. ja..derías ¿conque majaderías? ¡brutos! Sí, bien, por aquí lo abro. Esta es una perla ¿qué sabéis vosotros de perlas? desprendida de los labios de un ángel, digo, pues, de un poeta; oh, la filigrana desesperante que no dejó dormir á un sabio durante muchas noches, héla aquí, nó, no os agachéis á mirarla, no es de oro, es de palabras; apartad, que allá va un verso, un latigazo quemador de las espaldas de un avaro, bueno! bueno! marcado está! ¿Y esto? ¡oh! ¡ah!....aquí viene Leopardi, el italiano.. .Dadme un trago! delicia....tac, bien, si....Leopardi, Leo....es un ridículo, muchachos ¿no veis que se le enconó la tristeza del genio hasta que lo mató? muerto de tristeza!.... tristeza....los ángeles no han alcanzado esta espiritualidad. Llega Bécker ¿con qué? ¿cómo se llama? se llama....el Rayo de luna, otra bestialidad. Cómo ronca esta perra! bah, como cualquier hombre, son iguales. ¿Qué? ¿qué decía? en qué estaba? Sí, sí: se presenta Alfredo de Musset con una copa de ajenjo y un canto....¡qué bueno es el ajenjo! pero precipita los sueños y hace gozar hasta el dolor; nó, no quiero esa bebida porque encona el alma á fuerza de dicha y hace llorar demasiado. Una vez allá en París probé el ajenjo y lo odié, porque me atropelló con sus visiones y me dejó el corazón molido de tristeza y el cuerpo de dolores. Aguardiente, aguardiente, esto sí: hermosa botella con su pico largo, largo, parece una garza, garcita mía, dame un beso!....grrr.... grrrrr ...grrrr....

Ven acá don Jorge ¿dónde está María? la novia de todo el que ha leído tu libro? Y tienen cara de decirlo así tantos marranos que saben leer! Si yo hubiera escrito á María....oh ¿sabe usted que yo he escrito cosas muy bellas? ¿y que me duele mucho la brutalidad de los demás? Conde ruso! conde ruso ¿cuánta es la tierra que necesita el hombre? Aquella en que cabe el ataúd, sí, señores, pero no lo vais á decir á don X ni al señor Z porque os harán meter á la cárcel. Silva, poeta trágico y bello, recítame el Nocturno, tu más bella poesía: y eran una, y eran una, y eran una sola sombra larga.....lloro, sí lloro; dejadme recitar el "Nocturno", la poesía más triste que conozco. Cuán hermosos sois todos vosotros, ami-

UNIVERSIDAD EAFIT

gos míos; yo os adoro esas frentes pálidas, pantallas santas, veladores de la luz que por dentro lleváis; pasad....seguid pasando en ronda angélica, poetas de mi amor.....

Qué sería de este mundo en poder de los que tienen talento del bueno?

Estoy muy borracho!

Un padre como el mío, rígido é hiriente, es una bayoneta atravesada en el camino de la gloria; no supo, nó, mil veces nó, comprenderme y precipitó mi caída ¿qué? ¿caída mía? ¡Mentira!

Allá abajo veo mi cuerpo rodeado de cuervos, coméoslo! que mi espíritu arrurrú, arrurrú.... se mece con las alas del halcón en los celajes de la dicha suprema.

Aguardiente, tú eres el Leteo; un río de aguardiente, bueno! voy á desnudarme....Que una cuba....más borracho....Bah, vosotros los que tenéïs talento del bueno, ese que sirve, id á engordar y á ayudar á decir misa, no bebáis de esto porque es muy maluco, no os pongáis inyecciones de morfina, para que vuestra carne no vaya á envenenar á los gusanos del sepulcro. Si algún hijo maldito os resulta con antojos de gloria y tiene la maldición de hacer versos, dadle con un palo en la cabeza, porque es zizaña de la familia; tóma! duro, más; pobre muchacho, así dejarás de ser novelero ¿quién te manda tener talento del malo? ¿por qué te aíslas entre tanta gente? Ven, ven tomemos aguardiente ¿sabes chico qué es? Santo licor, si fuera preciso destilarte en alambiques de oro yo tiraría las joyas de mi ma....nó, nó, no las fundan, son sus joyas ¡la quiero tánto! ella llora por mí; madre! mi amor, estrella, vieja adorada. Náuseas me produjo el aguardiente cuando lo conocí, pero después, sí, buenos amigos; cuando él está conmigo, yo no estoy de recibo para la bestialidad ni para los hombres que no saben más que negociar, dos cosas iguales, igua....les. Comprendo que esta ventura me mata; mátame bien mío!....eres pérfida como una mujer, pero te adoro....tralarí, tralará....lo que produces es como un arrullo de la infancia; tienes dejos de madre ¡la madre mía! mi novia ella es! ma....tuyo ¿me quieres? tu....yo....¿ah?....!!!....ay...!

Cayó de costado sobre la cama y se quedó profundamente dormido.

Al amanecer lo despertó un bostezo, se enderezó en seguida á comerse las patatas frías que guardaba en un periódico donde estaba impresa dulcísima poesía. —Contrastes malditos! Rezongaba sonriendo entre mordizco y mordizco. Ahora sí tiene la palabra la realidad: cómo me duelen estas úlceras malditas!....qué hambre! qué hambre! Luis tiene razón: no tengo un sér á quien le duela mi dolor; ahora siguen la soledad y la calamidad de la vida ¡Bah! ¿quién me lo impide? aguardiente, más delicia y á dormir.

conversatorio EAFIT

Bebió de seguida hasta que no quedó una gota en la botella y se reclinó otra vez en la almohada.

Al día siguiente volvió su amigo á buscarlo á eso del anochecer y lo encontró diferente de como lo dejara la tarde anterior: el agua del olvido lo tenía en aquel momento riéndose de todas sus penas.

—Ola, Luisito, ven acá, y si puedes, sígueme: Napoleón no amó de veras, trataba á las mujeres poco menos que como á perros; un día que se iba de guerra, se le colgó al cuello María Luisa, y la rechazó tan bruscamente que allí fué á dar ella de bruces contra un sillón, mientras el héroe cerraba impávidamente la puerta de la estancia; Miguel Angel se contentó apenas con hacer versos para Victoria Colonna.

—¿Qué? ¿cómo? ¿qué es lo que dices?

—Nada, hijo; quería hablarte de la peor de las calamidades.

—¿Las mujeres?

—Tú lo dices.

—Anoche no opinabas así, hablabas de otra manera.

—Eso quiere decir que me gusta hacerlo en todos los tonos.

—¿Y en cuál quedamos?

—En el de esta noche.

—Te encuentro alegre, Manuel, y con otro aire ¿estás mejor de salud?

—Peor, quizá; dime Luis ¿no lees mucho?

—Algo ¿y esa pregunta?

—Quiero decir que si no te enamoran las bellezas de los grandes pensadores.

—No me vengas á meter, hombre, en honduras, porque yá sabes que, como hace años, para bruto nadie me gana. Esas bellezas me admiran, pero no me enamoran, digo si logro caer en la cuenta de ellas; pero hay otras bellezas que no están en los libros que me admiran y me enloquecen y me encantan.

—Como oír llorar un muchacho toda la noche.

—Nó, como oírle decir al otro día por la mañana á una chiquita de treinta meses: papaíto, te voy á contar un secreto: que te parece que se me asentó una pirisota onde es vergüenza.

—Qué quiere decir eso?

—Hombre, pues que una mariposa.....

—Ah, sí, hay novedad en la manera de contar el suceso.

—¿No ves? unos con más, otros con menos, todos guardamos repertorio de bellezas; ah, si supieras el montón de paradas que tienen mis muchachos! Pero, dejemos esto de conversaciones finas y peliagudas, porque yo no soy capaz de sostenértelas.

Vengo por ti; hoy no me dirás que nó ¿verdad? Pero ¿qué es eso? ¿te duermes? Caramba, que esto es lo que ganan los inteligentes de entenderse

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

con animales como yo; vamos, levántate, á ver: Manuel! Manuel!..... Y se durmió de veras ¡pobre! está profundamente borracho.

Se quedó Luis mirando un rato á su amigo y salió del cuarto luégo.

Pasaban los días sin que el hijo de don Basilio quisiese abandonar la posada á pesar de los ruegos de Luis; mas, sucedió que más tarde se presentó en casa de éste un niño que enviaba la posadera á suplicarle que pasase á ver al forastero el cual hacía días y noches que no abandonaba la cama.

Al entrar á la casucha le dijo Luis á la dueña: Sosténgale, señora, á su huésped que necesita el cuarto y que no puede hacerse cargo de enfermo alguno.

Llegado que hubo á la estancia de Manuel:

—Nos vamos para mi casa que es la tuya ¿no es cierto? Le dijo.

El otro contestó con una leve sonrisa asegurando que sí con la cabeza. Trabajosamente se levantó y fué saliendo como estaba, es decir, sin solicitar siquiera por el sombrero.

—Tómalo, le dijo Luis ¿Y con esto qué hacemos?

—Yá mandaremos por ello.

Todo ello era una caja de sombrero de copa abollada, con un candelero adentro; un rimero de

corbatas grasosas de todas las modas, una fotografía de cuando Manuel era joven, una colección de mariposas desteñidas y aliquebradas, algunos libros de poesías, dos copas sin patas y varias botellas vacías.

A poco salieron.

Isabel estaba de charla con otras tres viejas cuando los hombres llegaron; al verlos, corrió hacia ellos con más agilidad que la que le permitía su cuerpo disforme.—Válgame Dios, decía, qué gusto tan grande! prosiga, Manuel ¿qué milagro verlo á usted por aquí? Camine á sentarse.

—Míra, hija, le interrumpió el marido, no hables tánto, que yá tendrás tiempo de conversarle hasta que lo mates; por ahora lo que importa es que le arregles una cama muy sabrosa.

—¿Está enfermo? Por supuesto que debe acostarse.

Al punto chirrió el escaparate de donde salieron sábanas limpias, se mulleron en seguida las almohadas, y el huésped, cojín cojeando, tomó posesión de su cuarto.

Las tres viejas amigas de Isabel viendo el pelaje del forastero y los extremos de cariño con que lo recibían cuchicheaban por lo bajo:

Una—Con seguridad que éstos eran algunos montañeros de media petaca allá en su tierra, véanles la clase de amigos.

UNIVERSIDAD EAFIT

con animales como yo; vamos, levántate, á ver: Manuel! Manuel!..... Y se durmió de veras ¡pobre! está profundamente borracho.

Se quedó Luis mirando un rato á su amigo y salió del cuarto luégo.

Pasaban los días sin que el hijo de don Basilio quisiese abandonar la posada á pesar de los ruegos de Luis; mas, sucedió que más tarde se presentó en casa de éste un niño que enviaba la posadera á suplicarle que pasase á ver al forastero el cual hacía días y noches que no abandonaba la cama.

Al entrar á la casucha le dijo Luis á la dueña: Sosténgale, señora, á su huésped que necesita el cuarto y que no puede hacerse cargo de enfermo alguno.

Llegado que hubo á la estancia de Manuel:

—Nos vamos para mi casa que es la tuya ¿no es cierto? Le dijo.

El otro contestó con una leve sonrisa asegurando que sí con la cabeza. Trabajosamente se levantó y fué saliendo como estaba, es decir, sin solicitar siquiera por el sombrero.

—Tómalo, le dijo Luis ¿Y con esto qué hacemos?

—Yá mandaremos por ello.

Todo ello era una caja de sombrero de copa abollada, con un candelero adentro; un rimero de

corbatas grasosas de todas las modas, una fotografía de cuando Manuel era joven, una colección de mariposas desteñidas y aliquebradas, algunos libros de poesías, dos copas sin patas y varias botellas vacías.

A poco salieron.

Isabel estaba de charla con otras tres viejas cuando los hombres llegaron; al verlos, corrió hacia ellos con más agilidad que la que le permitía su cuerpo disforme.—Válgame Dios, decía, qué gusto tan grande! prosiga, Manuel ¿qué milagro verlo á usted por aquí? Camine á sentarse.

—Míra, hija, le interrumpió el marido, no hables tánto, que yá tendrás tiempo de conversarle hasta que lo mates; por ahora lo que importa es que le arregles una cama muy sabrosa.

—¿Está enfermo? Por supuesto que debe acostarse.

Al punto chirrió el escaparate de donde salieron sábanas limpias, se mulleron en seguida las almohadas, y el huésped, cojín cojeando, tomó posesión de su cuarto.

Las tres viejas amigas de Isabel viendo el pelaje del forastero y los extremos de cariño con que lo recibían cuchicheaban por lo bajo:

Una—Con seguridad que éstos eran algunos montañeros de media petaca allá en su tierra, véanles la clase de amigos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

—Si es que está hasta muy hediondito, niña. Respondió otra. Yo se lo sentí desde que entró.

—Fueran ó no montañeros, agregó la última, son muy buenos, vean qué modos tan bonitos para recibir á ese infeliz.

—Eh, calle la boca, niña, volvió la primera, que así son estos puebleños ricos; no es más que les da la gana de hacer papel, cogen y se largan á donde no los conozcan.

Ahora me toca á mí. Pensó la segunda.

—Si yo lo vivo diciendo, que á este marido de Isabel se le ve el helecho por detrás de las orejas, y que á una cuadra huele á rastrojo. Y verla á ella tan metida y tánto que habla de señoras! Sabe Dios lo que sería en su tierra. Dios me libre de gente que no haya nacido en Medellín.

—Me sorprende, niñas, que ustedes hablen así siendo tan caritativas.

—Si ellos no hacen mal! Saltaron á la vez las dos primeras.

—Entonces ¿qué es lo que les critican?

—Pues será nada, de veras; pero siempre era mejor que no fueran puebleños.

—Dejen esas bobadas, que el Medellín de nosotras, el Medellín bonito, rico, sabroso y alegre siempre será de los medellinenses, venga quien viniere. Yo he oído decir que París dizque está poblado en su mayor parte por extranjeros, y sin

embargo París es de los parisienses. No hay riesgo de que los pueblos nos tumben en ningún sentido; por eso, lo que hemos de hacer es dejar estas pequeñeces que son verdaderamente de los puebleños y considerar que somos de ciudad.

—¿Qué dicen ustedes? Les interrumpió Isabel.

—Nada, hija, que nos vamos, porque tú estás muy ocupada.

Y se despidieron.

Después de que Manuel hubo comido un pedazo de carne, huevos fritos y bebido un tazón de chocolate se metió debajo de las mantas enamorado de las blanduras del colchón y del olor sanativo de la ropa recién aplanchada.

Isabel no se cansaba de mirarlo sorprendida de aquella transformación.

Le hicieron compañía mucho rato dándole palique sobre asuntos extraños á su situación hasta que á una pregunta se quedó callado. Salieron todos en puntillas, menos una niñita que, sin ser vista de sus padres, se quedó por ahí remolineando con unas muñecas. Manuel se puso á mirarla en silencio. A poco asomó Isabel:

—Eh, y esta muchacha qué se quedó haciendo? camína, hija á acostarte.

—Déjela, señora, un momento; yá va.

—Lo enloquece, señor.

—Nó, nó!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Documental Comfama

La madre se fué á dar vueltas por el interior de la casa, y la chica y Manuel entablaron conversación:

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Rosita, señor.

—¿Qué llevas ahí?

—Mis muñecas.

—De dónde las sacaste?

—Me las dió papá, porque él es querido.

—Lo quieres mucho?

—Y yo también á él, y me carga y me da besos y me echa la bendición todas las noches y á Mimí ¿usté no tiene muchachitas que le den besos?

—Nó, no tengo.

—¿Y á quién le da las muñecas que compran con plata los señores?

—Yo no compro muñecas.

—Usté es muy pobrecito?

—Sí.

—¿Y cuándo va á tener muchachitas?

—Jamás!

—Dígale á papá que le dé una; y yo le busco piojos á papá y le echo saliva en la boca y él me carga al hombro y quedo grandota, grandota.

—Y tu mamá también lo quiere mucho?

—Y mi mamá se pone á llorar cuando él está bravo y todos los días se ponen á jugar y él la

muerde y en el comedor le da un platao grande, así grandote de comida y es echándole más.

—¿Y tu mamá no se pone brava nunca?

—Ella sí nos pega, pero á papá sale á encontrarlo todos los días á la puerta y se dentran abrazaos; cuando él estaba enfermo era ella llorando y no dejaba que hiciéramos bulla y le hacía los remedios y cuando papá se levantó ella se puso un camisón montón de bonito con franjas y cintas y era cantando ¿le voy á decir que le muestre el camisón?

—Nó, ahora no.

—Mi bata con letines sí? Y mi sombrero con plumas?

—Nó, mañana.

—Usté va á vivir aquí?

—¡Quién sabe!

—Onde es su casa?

—No tengo.

—Mamá tampoco?

—¿Mamá?

—Pobrecito, no tiene mamá ¿quiere que la mía sea su mamá?

—Gracias.

—Qué le parece que un día nos subímos toditos sobre papá y él pudo, y yo le robé un cuartillo del chaleco. Y chupe que el domingo nos vamos

UNIVERSIDAD EAFIT

á pasiar al Poblao, porque papá dijo, entre unos coches, y yá están haciendo el ariquipe, porque papá va á cumplir como mil años. Y mamá le va á regalar más cositas que compró ayer en una tienda, pero nos dijo que no le dijiéramos á papá; yo le voy á dar un mango que tengo en el escaparate y Emilio unas mancornas y Lola el diploma que le dieron las Hermanas y Pepito está aprendiendo á persinarse pa mostrarle. ¿Quiere que lo llevemos? Usté sabe cuentos? ¿Cómo papá sabe unos ¡más lindos! de la cucaracha y el grillo? Y los cuenta todas las noches y Pepito es lo más bobo, porque se duerme, y apenas nos dormimos todos papá y mamá se van á pasiar. Y el otro día le trajo la Virgen á mamá un muchachito así de chiquito y era papá lo más alegre y le doy besos pasito, pero no me lo dejan cargar y cada ratico venía mi papá á ver á mi mamá y se volvía pa la calle y le trajo unos aritos relumbrosos.

—Dáme un beso, Rosita. Le interrumpió Manuel.

—Nó.

—¿Por qué?

—Porque son de papá y porque usté es muy feo.

—Pero te quiero mucho.

—Bueno, pero en la boca no.

—En la frente.

—Y no le dice á papá?

—Nó, arrímate.

Así lo hizo Rosita. Manuel le apartó de sobre la frente una nubecilla dorada de cabellos descuidados, se enderezó penosamente y la besó.

—Rosa! La llamó su padre desde la puerta.

—Señor.

—A acostarse.

—El me dijo, papá; yo no le dí sino uno. Y salió corriendo llevando las muñecas en la falda.

A tiempo de acostarse le preguntó Luis á su mujer:

—¿Le dejaste agua?

—Sí, en un vaso.

—Es poca, consigue un botellón lleno para llevárselo.

Entró en puntillas al cuarto de Manuel, y al colocar la vasija en la mesilla de noche oyó un suspiro.

—¿Qué es hombre, no duermes?

—Nó, no duermo.

—Pero ¿qué es eso, estás llorando?

Manuel no respondió.

—A ver, contéstame ¿qué es?

—Nó, nada.

—Sigues mal?

—Estoy bien.

—Vaya! no seas majadero, duérme, duérme.

—Sí, duermo, duermo.

—Corriente, hasta mañana. Olvidaba decirte

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

que estos muchachos míos hacen mucha bulla cuando se van para la escuela por la mañana; aunque te despierten no te levantes, quédate en tu cama; temprano te traigo un médico, libros, cigarros y, si quieres.... digo, pues, como yo sé que eso no se puede dejar de un momento á otro .. nada tiene de particular que lo tomes aquí, porque esta es tu casa.

El uno que sale y el otro que se endereza diciendo:

—Y lloré delante de Luis! Es decir que fuí carne cuando tenía más obligación de ser espíritu. Oh, yo he debido venir aquí borracho, así no habría caído en la cuenta de los detalles de este hogar. Es decir que para reírme del mundo necesito aguardiente? Si eso es, vamos á buscar aguardiente, y de hoy más, me verán siempre con la sonrisa del desdén en mis labios; yo me descartaré de los hombres manteniendo mi cuerpo penetrado de las delicias del olimpo.

Cuando creyó que todos dormían en la casa se levantó suavemente y andando lo mismo por esos corredores llegó al portón, lo abrió con maña y tomó la calle. Toda la ciudad reposaba en hondo silencio. A poco, reclinado á una esquina, metidas las manos en los bolsillos de los pantalones pensaba en una tenducha del camellón de Guayaquil que solían cerrar tarde y de la cual había sido él asiduo parroquiano. A ella se encaminó. A larga

distancia alcanzó á ver que aún estaba abierta, porque entre la sombra de la noche se veía salir del interior de la venta uno como abanico de luz que cruzaba el camellón quebrando sus rayos en un cañaveral que se mecía al frente con misterioso cuchicheo.

Dentro de la venta estaba una mujer que dormía sobre uno de sus brazos apoyado en el mostrador; más allá, entre una alcoba á media luz, se veían otra mujer y un negro que pelaban la pava sentados en un baúl.

—Buenas noches. Dijo Manuel.

—Buenas noches. Respondió la dueña sin levantar la cabeza.

—Véndame un trago.

Aburrida de sueño y mal encarada se lo sirvió. Al ver que para pagar presentaba Manuel un billete de diez fuertes, resto de lo que le diera Luis, se desperezó estirando los brazos, dejó salir el sol á su faz y dijo con dulcísima voz:

—¿Qué anda haciendo tan solito?

—Iba á acostarme.

—Mire que está haciendo frío.

—Es como la una ¿quiénes están allí adentro?

—Es una amiga con el marido.

—Sírvame otro, pero grande.

—Bien hecho, estos chiquitos no alcanzan á bajar al estómago.

Con largos intervalos de silencio y entre pre-

guntas zalameras que la ventera hacía y respuestas secas que él daba siguió éste bebiendo sentado en una banca que por allí se veía. A la hora empezó el monólogo.

—Sí, así: impasible al ruido de un volcán. Mi señora, yo no estoy borracho.

—Ello no, señor ¿qué ha de estar!

—Abro mis alas....delicia!....voy á columpiarme....Cómo se ve la tierra!

—¿Cómo se ve, señor?

—Chica, negra, salpicada de gusanos mucho más negros. ¿Sabe usté quiénes son ésos?

—Nó, no sé.

—Esos son los hombres. Allá entre ese panal asqueroso veo una estrella, es mi madre!...mi madre....Deme un tabaco, mi señora.

—¿Un medio?

—Eche para cuantos bultos vea.

Y alzó á duras penas de sobre el pecho la cabeza.

—Tome.

—¿Ah?

—Los tabacos.

—¿Los tabacos?

—Que me pidió.

—Dónde está mi madre?

—Yo no sé ¿quiere la vela para que encienda?

—Sí.

—Por ahí no.

—Ah, por aquí.

Y se quedó mirando á la mujer con ojos extraviados. Buena moza! Le dijo.

—Encienda.

—¿Qué?

—Pues el tabaco, hombre.

Manuel quiso hacerlo, pero tan torpemente, que se fué de bruces atropellando á la mujer que dejó caer la luz.

—Maldito sea el borracho! será por tanta plata que le queda.

—¿Qué es? Saltó el negro con un machete en la mano.

—Este cuero que se cayó y se vomitó todo.

—¿Lo saco?

—Por supuesto! si son como las tres de la mañana.

—A ver, maestro, afuera!

En guando lo sacaron á la acera de la tienda y cerraron la puerta.

Manuel se quedó refunfuñando reclinado á la pared. A poco se levantó y cayendo y tornando á caer siguió por todo el camellón cantando á todo pecho:

Cuando al vaivén pausado de mi cuna,
Oyéndote tus cánticos dormía

Los cañaverales de las orillas se agitaban con el viento y sostenían sordo rumor como si anduviera por entre ellos una noticia extraña.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Documental

A poco topó Manuel con el río. Por aquí pasan los que tienen miedo. Dijo señalando el puente y se metió resueltamente al agua en cuyo fondo titilaban mansamente las estrellas.

Cuando al vaivén pausado de mi cuna
Oyéndote tus cánticos.....

Dió dos pasos y la corriente lo tumbó.

Oyéndote tus cánticos dor... mi....mía!

Las últimas sílabas salieron de entre el agua en forma de burbujas.

CAPITULO XXXVI

VACILABAN los amigos de doña Celsa para darle la noticia cuando saltó doña Pacha:

—No se afanen, que yo se la doy, cabalmente que soy la amiga de su intimidad; para mí no tiene ella secretos, baste decirles que yo soy la única que sabe bien, bien la historia de Regina. Qué cuentos de prepararla, ni de andarle con rodeos, eso es martirizarla sin necesidad, y, sobre todo, lo que se ha de empeñar que se venda.

Y sin aguardar razones ni paliar el golpe con blanduras ni cariños le sopló el notición con detalles y todo.

—Sin confesión! Gritó la madre poniéndose las manos en la cabeza. Qué cosa tan espantosa! ....Hijo de mi alma!....morir así, sin quién le

gritara Jesús ni me le mostrara el camino del Cielo.

Y rompió en llanto. Doña Pacha haciendo pucheros quiso infundirle valor. —Es que esto es muy duro, respondió la señora medio loca; pero Dios lo dispuso como dispuso la vida de mi pobre hijo. ¡ Y había quién lo culpara ! Dios mío, Dios mío, yo te ofrezco por su salvación la mía ! recíbele en cuenta las penas de mi vida. Oh, hijo querido, á tu madre no le guardabas rencor, porque ella supo comprenderte. Recíbemelo en tu gracia, Señor, porque él no era malo, tuvo un vicio que le servía para calmar un dolor que trajo del Cielo y que yo comprendía aunque no he podido explicar ¿por qué nació así? Yo juro por lo que quieran que no era malo, y una madre no se equivoca jamás al analizar á su hijo, le disimula sus defectos, pero en el corazón de ella se quedan pesándole siempre, y en el mío no queda sino uno: Manuel no quiso el trabajo, pero recibió el castigo ¿no dices que murió de limosna?

—Eso cuentan, querida.

—Pues bien, fué su único inconveniente, porque aunque era rico, todos tenemos que trabajar; fuera de esto á nadie le queda derecho para decir una palabra en contra de mi hijo, fué como son muchos, eso sí, de alma más elevada aunque en su patria digan que nó. Hubiera sido menos inexperto !.....

Doña Celsa se entregó al dolor hasta olvidar casi la otra cuchilla que tenía suspendida sobre su cabeza. —Qué has sabido de Regina? Le preguntó un día doña Pacha.—Ah, de veras, te olvidaba, hija mía, perdóname ! Pacha, por la sangre de Cristo, mánda al correo, no sea que me haya escrito y que yo esté aún en tal situación; muéstrame otra criatura más agobiada de penas que yo.

No es fácil pintar el estado físico y moral en que quedó la anciana; su amiga, conmovida de veras al fin, la miraba con silenciosa veneración, así como á una estatua rota que al más leve empuje va á caer en pedazos.

—Qué hubo, Pacha, por Dios?

—Nó, hija, nada.

—Pero esa carta vendrá. Y doña Celsa se erguía en el sillón de donde casi nunca se movía.

—Ah, sí, tu muchacha escribirá otra carta; imposible que nó, imposible!

—Irá á ser sobre la cabeza del demonio.

—Ese bribón es tan pícaro, Celsa, que.....

—Cállate, por Dios, Pacha, tenme más lástima.

Este diálogo era constante entre ellas, y el tiempo pasaba llevándose, como el huracán el perfume de una flor, la existencia de la madre que al fin se encerró en hondo silencio. La muerte, decía de cuando en cuando ¿por qué no viene? tengo tánto deseo de acostarme ! es más duro el frío

de esta soledad que el del cementerio, allá siquiera estaría junto á Basilio.

Entre las personas que ayudaban á doña Celsa en el servicio de la casa, andaba Dolores encargada de armarios y alacenas y brete de ropa etc. —Esta muchacha, decía á su amiga doña Pacha, es buena moza todavía, pero tristecita. Valiente mata de pelo! eso yá es gula de belleza, y como que se ha adelgazado y se le han puesto humildes los ojos. Bueno ¿y qué hay del marido? ¿pareció ó no?

—Jamás le pregunto esas cosas.

—Pero, sí es honrada?

—Qué podré yo decirte?

—No la perseguirán mucho?

—Ave María, Pacha: tú mantienes hambre de averiguadera.

—Y qué te parece que todo lo que me cuentan se me olvida, no es sino por pasar el rato.

Una tarde cuando menos lo pensó la curiosa señora, doña Celsa se le durmió en mitad de un diálogo, visto lo cual, se levantó y salió al corredor entornando suavemente la puerta. Allí estaba Dolores recostada á un poste pasándose la puntita de una trenza, es decir, los cuatro pelos más largos, por entre los dientes.—Camine hija, sentémonos en esta tarima, que aquélla se durmió ¿no hay tabaquito?

—Cómo no? voy á traerle.

Prendido un cigarro—Siéntese aquí, volvió á decir doña Pacha; cómo va de vida?

—Así, regularcito.

—A ver: me va á contar ahora, que estamos solas, todita, todita su vida.

—¿Y eso para qué?

—Para nada, no es sino por pasar el rato mientras despierta aquella niña.

—Usté sí tiene hambre de vidas ajenas, verdá, como dice la señora.

—Ello no, hija, es que soy así de nacimiento, y como se habló tan mal de usted al principio, quiero se ponga remedio.

—Que hablaron mal de mí?

—Psh, si la descueraron, querida!

—Pues entonces yá no tengo que contarle, usté lo sabe todo.

—De manera que sí fué cierto?

—Cierto qué?

—Déjese de bullas y comience.

—Pues me pone usté, señora, en un predicamento: si me hago del rogar, quién sabe lo que se larga á creer y si me meto, salgo con una bobada, porque no tengo enredo bueno para contar.

—Nada tiene que ver con eso, únicamente me va á decir la verdad, pero limpiecita.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Publicaciones Documentales

—Eso sí, porque, aunque me pesa el decirlo, no tengo qué me saque colores.

—De manera que me lo va á contar todo ¿no es cierto?

—Se lo juro por mi Vevita.

—Así se hace; principie, pues.

—Pero de dónde?

—Desde el día en que murió su muchachita, de ahí para atrás yo sé lo demás.

—Con toitico lo que me ha sucedido?

—Pues, si tuviera tiempo, sería muy bueno; pero, en fin, eche lo principal.

—María madre, cuántas simplezas iré á decir! Una mujer que no ha hecho otra cosa que llorar y trabajar. Allá se lo haya á usté por novelera, ¡cuando soy una perra de puro bruta!

—Déjese de cosas y comience.

—Sucedió pues, que me agarró tal dolor con la fenecida de la niña, que juré dejarme morir, pero no pude, porque ahí estaba mi taita que á juro el diablo me hacía comer. Ultimadamente, agarré la última camisa que le puse á la niña en su enfermedá y pegué para el oficio otra vez; mientras se calentaban las planchas sacaba yo el andrajito del seno y me largaba á besarlo y á llorar; después me pareció poquito eso y me guardé un escarpín tan sumamente tan parecido á la niña, que hasta reírse conmigo la llegué á ver. Me prendió

una caminadera para el cementerio que al último ño Cecilio me veía en el asiento del jarro. Le puse á aquella vida mía la sepultura como un altar, no se quedó mata que no le sembrara, pero no llegué á rezarle ¿ella para qué?

A todas estas se enfermó mi padre y, cuando menos lo pensé, se me murió. ¿Le cuento cómo fué todo?

—No hay necesidad, siga.

—Cuando lo sacaron para el cementerio me senté en la puerta de la casa á verlo ir y á pensar qué camino cogía, y ¡qué le parece! no lloré, porque no tenía lágrimas; la niña como que me las había gastado toiticas, pero sí me dió una maluquera tan maluca y una cerrada de pecho, que las vecinas dizque creyeron que me había enloquecido, yo no me acuerdo qué hice.

Para colmo de males, por esos mismos días se largó el ángel de mi guarda para Bogotá dizque á servirle á los pobres, como si por aquí fuéramos todos ricos y alentaos. Ah falta que me hizo esa niña, por Dios! y á toda la pobrecía; vea, no hay quién no la lamente; usté no se figura cosa más querida; con decirle que provocaba estar enfermo no más que porque ella le hiciera á uno los remedios; ésa sí que tenía el palito para consolar! si no se salva!....

—Siga con usté, querida, que de Regina no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

quiero saber nada, para que después usted no diga que me paso averiguando, cosa que no hago sino lo que me gusta mucho.

—Bueno; seguí de aplanchadora, aunque el oficio me estaba haciendo mucho daño, pero me iba muy bien, por eso fué que busqué otra casita más central.

A todas estas volvieron.....

—Los hombres con sus fregancias, apuesto!

—Por supuestamente, y yo resolví dejarlos hablar y hablar.

—¿Y cuando había alguno que le gustaba?

—Sabe lo que hacía? Le echaba mano á las cositas de la niña que siempre las llevaba en el seno, y no las largaba: me parecía que iba á cogerme tirria aquel pedazo de mi alma si yo le hacía caso á algún maldito.

Viene después una carta de don Manuel.

—¿Para usted?

—Nó, señora, escrita en Cartagena y en que le cuenta á mi siá Celsa cómo Bonifacio me había olvidado y estaba vuelto una mazamorra de vicios. Me coló una rabia contra él, que una noche juré matarme y busqué el lazo para ahorcarme, pero me acordé de la cuenta á Dios, y dije: Qué más se lo quisiera aquel asqueroso! que vaya el so sinvergüenza á que otro le guarde la espalda, cabalmente que hartos hombres hay, y ¡qué le

parece! resolví ser mala, no más que por darle qué morder, pero ¡lo más particular! yá no me gustó ninguno.

Pasaban los días, y yo escogiendo y resuelta á ser mala nó más que pa hacérselo saber á él. Ah bestia que fuí! ¿no? como si la que perdiera fuera mi abuela y no yo!

Y Dios para castigar mi mala intención me mandó un primor de hombre que me volvió tuturuta de puro enamorada y ¡vea usté! entonces sí que me dió por agarrar el escarpín y la camisa ¿sabe lo que hay? que por último vivía con ellos en la mano, creo que hasta les recé. Parece mentira lo que le estoy contando, pero ahí está Dios que puede descolgarme una centella si son invenciones mías. Como le digo, el tal hombre, me dejó en la espina, pero no era gracia, si no he visto otro más lindo; todavía me acuerdo de los ojos, y hasta escalafrío me da; pero, aunque usté no lo crea, me le zafé de las uñas y resolví dejarme de venganzas. Que sea lo que Dios quiera, dije; que venga aquella porquería si le da la gana, y si no, con su pan se lo coma; no le ofenda yo á mi Dios y después aunque el diablo se lo lleve todo.

Me dejé de zalamerías con los hombres y, al revés de antes, los recibía con un palo, hasta que fuí cogiendo una fama de bruscota que ninguno me voltió á ver; yo como he sido tan veletas! unas

UNIVERSIDAD EAFIT

veces muy dulcecita y otras que me vuelvo la ira mala. Cuando ví que yá no me voltiaban á ver, dije: mejor, así me dejarán en paz. Y seguí trabajando con una angurria de plata que á las doce de la noche plán! plán!.. era yo que le daba á la plancha.

Compré un ranchito; criando gallinas, engordando marranos, sembrando coles y aplanchando lo pagué y lo puse ¡más lindo después! Seguí mi vida lo más bueno, pero, eso sí, aborreciendo á Bonifacio de una manera, que siempre que me lo mentaban escupía; y todo eran repelencias, porque allá dentro yo tenía patente la gurafia y los modos de aquel zambo tan querido.

Comencé á volverme vieja y..... aunque no me esté bien el decirlo, á ponerme fea como estoy ahora; francamente, me chocó eso de ver que yá no le gustaba á nadie ¿para qué lo voy á negar? Ser bonito no valdrá nada como dicen muchos libros y la religión, servirá, tal vez, hasta para uno condenarse, pero ¡hijue pucha si es bueno que le digan á uno bonito! es más atenta la gente con uno, se consigue todo con más facilidad y cualquier cosa que uno hace es una gracia ¡es decir! en una pelea siempre llevan primero á la cárcel al más feo; sí, señora, yo creo que honradamente también se puede conseguir plata con una cara bien preciosa; le digo porque la mía hizo milagros

cuando me metí en la deuda del ranchito, no se ría, porque así fué.

Por eso me afligí cuando empecé á ponerme fea, y también porque, decía yo ¿no es una injusticia que después de tánto esperar á aquel bribón no tan fiera, vaya á aparecérseme cuando esté vuelta un Judas? Y era tánto lo que me fastidiaba que los muchachos no se pararan como en denantes á verme, que si antes me parecían topantes, ahora me daban ganas de echarles piedra; las mujeres yá no hacían grupos á secretear cuando yo pasaba, ni los hombres me decían, como primero, repelencias. No hay cosa más maluca para una mujer que ha sido bonita que ponerse fea. ¡Cómo será para las que se quieren de á mucho!

Una noche muy oscura estaba yo sentada en la puerta de mi casa rezando el rosario cuando llegó un hombre y me preguntó:

—Sabe, usté, mi señora, dónde es la casa de Dolores?

—Aquí es, señor.

—¿Aquí? Dijo él como con mucho susto.

—Sí, señor ¿qué quería?

—Y ella dónde está?

—Yo soy ¿para qué me quiere?

Se quedó callao dando golpecitos en el suelo con un bordón.

—Era que yo venía á ver si me daba posada. Dijo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

—Yo no puedo, señor, le respondí con un miedo que usté no se figura; porque soy sola y no me conviene; pero, mire, en aquella casita le dan.

—Siempre me da ¿no es cierto?

Me levanté asustada, porque la voz se me iba pareciendo á la de Bonifacio.—Verdad, señor, yo no puedo.

—¿Y si yo digo que sí?

Y me largo á temblar! me entró el frío de la muerte y una cosa que quería como ahogarme.

—De dónde viene, señor?

—De la Costa.

—Que hay por allá? Tuve cara de preguntar.

—Mucho calor. Me respondió tirando una carcajada. Y acabé de conocerlo. Yo no le puedo pintar lo que pasó por mí! Me le avalancé y me le colgué de la nuca á gritar: Bonifacio, Bonifacio querido, entrá! Y me largué á darle besos en el santísimo oscuro, y eso que dizque lo aborrecía!..qué tal si lo hubiera querido! El se quedó lo más disimulao. Viendo eso, me entró de repente una vergüenza!....¿qué tal que no sea? pensé y volé á buscar un fósforo. Se entró detrás de mí diciendo: No prenda vela, conversemos así.

—Sin saber con quién estoy hablando?

—Pues no dice que soy Bonifacio?

—Ni riesgo!....si fuera, yo le habría sentido el pataleo del corazón.

Y prendí luz. ¡El era! La vela se me cayó por volver á aventármele cuando ví aquellos ojos y aquellos crespos que eran tan míos; pero, eso sí, parecía un limosnero de puro andrajiento y chilindroso. No le hace—dije—y me le senté en los muslos, porque él yá estaba sentao en un taurete, le abarqué la cabeza con los brazos y échele á morderlo y á llorar sin decir una palabra ninguno de los dos. ¿Por qué no me abrazás? Le pregunté en un gorgoreo de lágrimas.

—Porque vengo muy cansao.

—No me has dao un beso, tan siquiera.

Me lo dió, pero con mucho desentono; lo peor fué que le sentí un vaho de aguardiente, pero se lo disimulé con tánto gusto. Volví á prender la vela.—Caminá, mi amor, le dije, arrecostate en la cama, mientras que voy á tibiar agua para que te lavés y á hacerte tu comida.

No quiso moverse del taburete, ni me dió contesta ninguna.

Volé á la cocina, calenté agua y me vine para la sala sorombática de alegría á lavarle los pies ¡cómo llegó de empantanao! Con la mejor sabanita se los sequé y lo metí á la cama mientras le traía qué comer. Viendo tanta luz en la cocina y oyendo chirriar la manteca, vinieron las vecinas:

—El que tiene qué le chirré, ahí va, el pobre de uno....conque ¿estamos de cena, Dolores?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Gabriel Poveda Ochoa

—Yo no sé de qué estaré, queridas; será de boba, porque acaba de llegar mi Bonifacio, mi marido, el mío ¿oyen? Yá lo saben para que después....

—No salga con esas!

—Sí, aquí está, yo no sé cómo no me morí.

—Eche, le ayudamos niña; y corra para adentro, atiéndale allá.

Me largué á andar por esa sala arreglando todo y conversándole de la niña, de mi padre, de lo perdida que tenía la esperanza de volver á verlo ¿no sabés que tengo casa? le decía; vé, la compré por si algún día venías, es tuya, también. Ah dicha, ah dicha!....dizque Bonifacio aquí ..... nó, nó, lo veo y no lo creo. Ahora sí: vengan penas!

El callao la boca mirándome con cierta curiosidad. Me le arrimé. —¿Qué es mi bien? ¿por qué estás así, yo no sé como? ¿yá no me querés? yo te quiero lo mismo, lo mismo. Vos no tenés la culpa de no haber venido antes, quién sabe cuántos trabajos habrés pasao! Pero yá se acabaron, porque yá estamos juntos, y yo voy á trabajar mucho, mucho para vos; estás flaco, pero siempre bonito. Yo sí que estoy vieja ¿no? ¿no te parezco?

—Sí, bastante.

Se me asentó aquella contesta como un navajazo, pero seguí acariciándolo; me parecía que

dizque venía hablando tan bonito, y, eso que casi no me había hablao nada!

Mis amigas entraban á saludarlo con respeto y cariño, pero él ni les respondía siquiera. Trajieron la comida: una tendía el paño, otra arrimaba la sal, otra un vaso de agua, y él, haciendo una cara como de tigre. Todas fueron saliendo calladas al ver aquellos malos modos.

—¿Y ésta es la alhaja porque ha llorao tantos años Dolores? Dijo una en el patio.

—Sí, ésta es, volé á responderle; si no te gusta amarráte un trapo.

—Qué está haciendo aquí toda esa gente que no se larga? Dijo duro Bonifacio.

—Te armates, hija, con ese encanto de marido! ..lo que te traería! Respondieron todas, más ó menos, y se fueron riéndose á las carcajadas.

Me le senté á un lao á servirle, á darle bocaos yo misma, á conversarle y á verlo como á mi Dios; pero él, comía y comía callao y agachao; de cuando en cuando se medio reía, pero con una cosa allá tan sumamente tan maluca, que acabó por darme susto. Lo acosté con mañita y un gusto; Dios no le perdonará los modos tan feos con que se dejaba hacer todo.

Fuí á la cocina y le recé una salve á la Virgen á todita carrera pidiéndole que echara á Bonifacio por el buen camino.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Documentos Digitales

Era tanta mi alegría, con ser que aquello parecía un oso cobijao, que se me olvidó cerrar las puertas de la casa; si hubiera dejao á Dios cuidándomelas, no me habría acostao tan confiada. En el oscuro, pa que no me viera, lo persiné en el aire, sin tocarlo. A poquito, como si yo fuera alguna culebra, se fué apartando, se fué apartando, hasta que quedó en la orilla de la cama. Me puse á llorar, y él, callao la boca.

—Qué ha sabido del don Manuelito? Me preguntó al mucho rato.

—Cuál don Manuelito?

—Ese que me reemplazó.

—¿Que me qué?

—Que siguió viendo por usté.

—Por la Virgen, Bonifacio, no seás así.

—¿Qué ha sabido, ah?

—No sabés, pues, que se murió?

—Que se murió!

—Pues ¿cómo no? Ahogao.

—Entonces usté estará muy triste?

—Y yo ¿por qué?

—Como se quisieron de á tánto!

—Oiganle las cosas!

—Sí, son invenciones mías....já!....já!

—Vé, por esta santa cruz.

—Cómo sería la cosa, cuando él andaba jactanciándose por todas partes.

—Jactanciándose conmigo?

—Nó, con mi abuela.

—No le levantés testimonios al cristiano.

—Qué le parece contármelo él mismo!

—Virgen María, perdónale al difunto Manuel! Vé, Bonifacio ¿sabés lo que hubo?

—Vaya con sus juramentos á la porra, vagamunda!

Y se desbocó en insultos; por último, acabó diciéndome que me iba á matar ó, por lo menos, á hacerme una rúbrica en la cara con una barbera como al difunto Manuel.

¿No ve, doña Pacha? Esto es lo que ganamos las pobres montañeras de que nos florién los cachacos, cuando no cosas peores.

—Bueno, siga.

—A poco se quedó dormido, y yo seguí llorando y rezando. Creí que estaba borracho y lo dejé dormir; cuando calculé que despertaría sano le dí un beso pasito en un cachete: nó, señora, yá no era el Bonifacio atento y cariñosito del Tablazo.

Me levanté temprano, le llevé el desayuno y volé á la calle á conseguir una muda para vestirlo; me propuse manejarlo con tánta formalidad y atención, que ni con la niña cuando estaba enferma.

A un ratico de que volví de la calle me pidió aguardiente, se lo traje, y á conforme iba bebien-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Era tanta mi alegría, con ser que aquello parecía un oso cobijao, que se me olvidó cerrar las puertas de la casa; si hubiera dejao á Dios cuidándomelas, no me habría acostao tan confiada. En el oscuro, pa que no me viera, lo persiné en el aire, sin tocarlo. A poquito, como si yo fuera alguna culebra, se fué apartando, se fué apartando, hasta que quedó en la orilla de la cama. Me puse á llorar, y él, callao la boca.

—Qué ha sabido del don Manuelito? Me preguntó al mucho rato.

—Cuál don Manuelito?

—Ese que me reemplazó.

—¿Que me qué?

—Que siguió viendo por usté.

—Por la Virgen, Bonifacio, no seás así.

—¿Qué ha sabido, ah?

—No sabés, pues, que se murió?

—Que se murió!

—Pues ¿cómo no? Ahogao.

—Entonces usté estará muy triste?

—Y yo ¿por qué?

—Como se quisieron de á tánto!

—Oiganle las cosas!

—Sí, son invenciones mías....já!....já!

—Vé, por esta santa cruz.

—Cómo sería la cosa, cuando él andaba jactanciándose por todas partes.

—Jactanciándose conmigo?

—Nó, con mi abuela.

—No le levantés testimonios al cristiano.

—Qué le parece contármelo él mismo!

—Virgen María, perdónale al difunto Manuel! Vé, Bonifacio ¿sabés lo que hubo?

—Vaya con sus juramentos á la porra, vagamunda!

Y se desbocó en insultos; por último, acabó diciéndome que me iba á matar ó, por lo menos, á hacerme una rúbrica en la cara con una barbera como al difunto Manuel.

¿No ve, doña Pacha? Esto es lo que ganamos las pobres montañeras de que nos florién los cachacos, cuando no cosas peores.

—Bueno, siga.

—A poco se quedó dormido, y yo seguí llorando y rezando. Creí que estaba borracho y lo dejé dormir; cuando calculé que despertaría sano le dí un beso pasito en un cachete: nó, señora, yá no era el Bonifacio atento y cariñosito del Tablazo.

Me levanté temprano, le llevé el desayuno y volé á la calle á conseguir una muda para vestirlo; me propuse manejarlo con tánta formalidad y atención, que ni con la niña cuando estaba enferma.

A un ratico de que volví de la calle me pidió aguardiente, se lo traje, y á conforme iba bebien-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca | Sala de Patrimonio Documental

do, se iba poniendo más malmodoso y lleno de caprichos.

Así seguímos; un día se me apareció zalamero y halagante como de soltero, y yo me llené de viento. ¿Sabe, señora, lo que resultó? La venta de la casa. Al mes no tenía un cuartillo, porque lo que no se bebió en aguardiente lo jugó.

—Y usté qué hacía á todo esto? Le interrumpió doña Pacha.

—Pues quererlo con todo mi corazón y perdonarle y trabajar para él y lidiarlo como si nada me hiciera, con ser que pa malcriao se manda; una noche corrió detrás de mí con un cuchillo, ay! que si no hubiera sido por mi compadre Valeriano....

—Ese quién es?

—Valeriano, mi compadre? Calle la boca, que eso es lo más querido! Después le cuento. Pues, sí, señora; los celos no lo dejaban en paz, y cada rato sacaba un maldito cuchillo que por la noche metía debajo de la cabecera. Si yo no tenía con qué dárle aguardiente me empeñaba lo que cogía hasta que acabó con todo. Estamos en una miseria, que ni la peladez de un hueso de tamal.

—Y por qué no lo abandona? No sea boba, niña.

—Tan fácil que es!....cuándo .....

Dolores se inclinó ruborizada á quitarse una pelucilla del traje.

—¿Cuando qué?

—La verdad! cuando todos los días lo quiero más; feo será el decirlo, pero no hay remedio.

—Bueno, pero no ha acabado, siga á ver en qué paró todo.

—Eh ¿qué más? Supe el otro día por mi compadre Valeriano que mi siá Celsa estaba en esta situación, me acordé de los bienes que me había hecho aquel tesoro, y dije: voy á pagárselos á la mamá. Me recibió llorando la pobre señora y me entregó la casa; pero no puedo vivir aquí, porque tengo á Bonifacio para atenderle, me paso el día para acá y para allá. La comida la llevo para partirla con él, muchas veces es á la cárcel onde tengo que ir á buscarlo. Si se ha vuelto un elemento! eso sí, la idea de que soy mala sí no la deja, y cada rato me lo grita; yo lo dejo hablar y hablar porque....porque siempre lo quiero.

—Y piensa seguir esa vida, niña?

—Ah ¿quiere que lo abandone?

—Por supuesto! un hombre así no merece sacrificios.

—Si alguno los merece es el hombre que uno quiere; y si no para qué me casé?

—Pero no le aprovechan, hija!

—Eso sí no es de cuenta mía, peor pa él. Y aunque no me lo agradezca, siempre era capaz de írmele detrás hasta el fin del mundo. Y tenga en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuenta que de la calle lo he recogido muchas veces borracho y que tengo que lavarlo ¡si es que yá casi no se le entiende lo que habla! Y yá ve que para formal y hombre de conciencia no había quién le ganara antes de la maldita guerra; eso es lo que resulta de esta infame peliadera que mantienen en esta tierra; lástima que á las mujeres de esos mandones no les pasara lo que á mí, pa que vean como se sufre; pero á ellos como les den faroliar y mandarle sacar contribuciones al pobre, y á ellas caminar picaíto como para pasteles, después aunque á los demás nos lleve el diablo ¿quién nos manda ser pobres y humildes?

—Merece compasión, usté, querida.

—Eso sí no ¿por qué? Yo tengo mucho gusto en soportarlo, y no crea que es por agradarle á Dios; es porque sí, porque me nace, porque lo quiero, porque me hace falta y, sobre todo, porque así me enseñó mi madre que debía uno manejarse con el marido; vea, si se me muriera me enloquecería. Cuando por milagro deja de ser maluco y se vuelve sabrosito, me da una alegría, que se me olvidan toiticas sus repelencias; y que no hablen mal dél delante de mí, porque....es decir! Como no compra ropa, me doy mis trazas de conseguírsela, y lo mantengo limpio, digo, pues, no tan cochambrudo como vino. Seré un animal de monte, pero no puedo menos, y es que tengo la idea de que así debe ser toda mujer para enseñarles á los hombres que dizque son los guapos y los....Jesús credo!....á que no sean tan cochinos.

Y, si no, váyame diciendo lo que resultaría de volverme yo un tigre en la casa y de echar por el lao de la altanería. ¿Sabe? La perdición de mi alma y la dél, porque yo he oído decir que el que salva una alma, salva la suya. Conque vaya ir viendo si tomaré interés por la de Bonifacio, lo más querido de mi vida.

—No sea santa: no lidie más con ese vicioso.

—Es más trabajoso aguantar después las malas lenguas.

—Cómo Petronila se dejó de vueltas y está libreciita?

—¿Sí? pues yo conozco otras que han hecho lo mismo que yo. Allá veremos cuáles presentan después sin miedo la cuentecita aquella, porque "el que corta su palo se lo echa al hombro". Y los bebedores de aguardiente que se tengan de atrás el día del juicio, porque, como bien habrá visto usté, la perdición de algunos matrimonios en Antioquia es por este vicio condenao; no he llegao á oír que dos se haigan separao, porque ella es mala ó inútil, ni porque él sea un sinvergüenza que no trabaja; no señora, por el aguardiente. Al que lo inventó no le arriendo las ganancias con Nuestro Señor ¡bonito regalo le hizo al mundo!....una porquería que no sirve sino pa echársela por las orejas á los caballos cansaos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ó curarle las bubas á los gallos. No digo que no prestará servicios, pero delante de los males que ha hecho ¿qué vienen á ser? un cuartillo de carne sana entre un cuerpo comidito de lepra.

—Qué cosas las de esta muchacha!

—Sí, señora; pero también digo una cosa: que á la que le tocó un marido así, que cargue con él, Dios sabrá después cómo hace su repartición allá arriba, porque no creo que eso sea por parejo; cómo ha de ser que doña Celsa y mi comadre Serafina que han vivido á ¿qué querés boca? con los maridos que les tocaron, vayan á conseguir el mismo pedazo de cielo que yo? Esos sí son maridos, porque mire que don Basilio vivió chocho con su vieja, y en cuanto á mi comadre Serafina....

—Mujer de quién?

—De mi compadre Valeriano ¿no le digo, pues? Jesús mío, si eso es tapete para llevar á la iglesia, su buena cocinera, camisones de lana, muy calzada y un remeneo! porque ésa sí fué la que se casó bien!

—Es usted una bendición para el infeliz de su marido.

—Qué cuento de bendición! no soy sino Dolores que no puede ser de otra manera y que no abandona la esperanza de enderezar á Bonifacio.

—Le tengo lástima.

—Y todo el mundo ¿á ver cómo no? Las que

tengan maridos buenos que se los logren, yo haría lo mismo; pero, yá que me embromé, procuro buscarle el lao bueno al cuento, que es lo que uno debe hacer siempre que está en una penalidá.

—Y qué lado es ése, digo, el suyo?

—Caramba con la pregunta! Y el cielo es trapo de á rial ¿ó qué?

—Tiene razón.

—Eso por una parte, y del otro lao que le doy gusto á mi corazón, ¡pues no parece un perro detrás del amo este almártaga! y le echan fuete sin caridá, pero él nó; peor pal amo después.

A veces me digo: bueno, supongamos que yá está abandonao ¿quién pierde? pues yo, porque en estas andanzas las mujeres somos siempre las malas; nó, y, sobretodamente, la casada separada del marido, es como una navaja sin cuchillas; como una copa sin pata; ¿para qué diablos sirve un eslabón sin piedra? Por malo que sea un marido siempre vale más la mujer á su lao, lo malo que hay es que muy poquitas se resuelven á hacer lo que yo, no sé qué razón tendrán, la mía yá la dije. Ah, me falta una cosa: y es que, para descargo de mi conciencia, ha de saber que no siempre soy agüita de azúcar pa Bonifacio, nó, señora; todo se debe decir; de cuando en cuando le tranco, que lo hago coger el monte; tengo necesidad de esto para mantener cierto....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Caja de Fomento Documental

—Equilibrio?

—Eso es; yo no sé por qué á los hombres hay que mantenerlos en un tira y afloja bastante trabajoso, pero estupendo, porque, si no, se comen media humanidá. Ahora sí, yá no tengo más qué contarle.

—Qué lástima!

—Caramba! ¿le parece poquito?

—Estaba comenzando á cogerle el gusto.

—Entonces á usté no la llena nadie.

—Merece que se escriba su vida, Dolores.

—Si alguno la escribiera, yo le habría de decir: Póngale ahí á la gente que tengo intención de ser la esclava de aquél hasta que Dios me lo quite, aunque hay veces en que de puro borracho no puedo besarlo, pero que también hay ocasiones en que logro cogerlo limpio, y que ahí sí: es cuando la alegría me hace creer que Dios me está cuidando las puertas de mi casa, porque se me quedan abiertas.

¿Pero, quién había de meterse á escribir la vida mía, una bobada sin remate bonito? Con seguridá que muchos de los que la leyeran, dirían al comienzo: "á esta muchacha sí que le va á ir bien en el acabe! apostemos á que Bonifacio va á volver muy juicioso ó muy rico ó de general ó quién sabe cómo, para pagarle mi Dios á la pobre todito lo que ha penao". Por lo menos en los libros que

nos leía la tullida en el Tablazo remataban todas las mujeres, después de haber sido unas leñateras, casadas muy á gusto ó de reinas ó matando un dragón que las cuidaba. Ojalá! pero aquí no hay nada de eso, y yo no voy á inventar una mentira no más que por parecerme á esas señoras de la extranjería. Las angustias de la pobre Dolores siguen hasta el día en que se duerma serenita en los brazos del Señor, de allí pa delante es diferente ¿no le parece á usté?

—Valiente partida de bobadas! Remató bostezando doña Pacha. Vea que haber perdido la tarde oyéndole tanta majadería! Como cogió tal empeño de contármelas!.....

—Señora!.....

—Vaya, asómese, á ver si yá despertó Celsa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXXVII

SE iban los días, y la esposa de don Basilio, al modo de una rama cargada de frutos, se iba agachando abrumada por el dolor. ¿Y la carta? Le preguntaba siempre á su amiga con una angustia indefinible.

—Nó, niña, no ha venido.

—Cómo ha dado en tardar el correo!

—Vino yá, hijita, pero....

—La carta no! ay, Dios mío.

Un día llegó Luisa del Cauca.—Creí que iba á morirme sin verte á ti tampoco. Le dijo la madre estrechándola en los brazos. Pronto te volverás, solamente quería que no cerrara mis ojos mano extraña.

—Cómo, señora, si vengo á cuidar de su conva-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lecencia! abandoné todo y mis hijos al saber que usted estaba enferma, y vine con el convencimiento de que su mal es pasajero.

—Es eterno, hija; no se me acabaría aunque llegara la medicina que tánto he esperado.

—¿Cuál?

—Una carta de su hermana! Se metió doña Pacha.

—Qué carta, mamá?

—Ah, de veras que tú no sabes! Qué te parece que Regina.....

Luisa le atajó:—Mamá, usted tiene fiebre.

—Nó ¿qué he de tener, Luisa? Esto no es pesadilla! Regina, Regina, paloma mía, te hiciste...

—Indigna de su bendición, eso sí. Remató moqueando doña Pacha.

—Nó, señora, ustedes están locas!

—Es que usté no sabe, criatura, lo que sabemos Celsa y yo; esto ha sido el trancá....digo, el contratiempo más horrible.

—Loca!..prosiguió doña Celsa; lo que tengo es ¡ay! un dolor tan profundo en el alma. Regina mía, mi Regina ¿por qué te fuiste? Mas ¿qué importara que estuvieras lejos de mí, si no estuvieses tan distante de Dios? Por ti tengo que morir dos veces, porque pierdo la vida y la paz de mi alma, sí, porque la muerte no puede ser un opio tan poderoso que me haga olvidar esta pena tan grande.

Luisa acabó por arrodillarse al pie de la poltrona á llorar.—Querida, decía besándole una mano á su madre ¿es que culpa á mi hermana porque no está con usted? Ella no se pertenece; por otra parte aquí estoy yo que la quiero lo mismo, yo también soy hija ¿ó es que á mí me olvidó yá? nó, nó, deme mi parte de corazón.

—No es la falta de su persona lo que me duele, Luisa; dime qué le voy á responder á Dios cuando me diga: en la flor tan purita que te dí tiene su vivienda un gusano ¿dónde estabas madre descuidada?

—Mi madre está loca! mi madre está loca!.... Qué cosa tan horrible!

—Luisa!

—Señora

—Respóndeme. ¿No es verdad que yo os enseñé á vosotras á ser buenas?

—Y creo, que ambas hemos respetado esa enseñanza.

—Virgen María, qué vergüenza!

—Pero mamá, ¿qué es lo que ha pasado? Usted es presa de un delirio ó la engañaron.

—¿Lo que ha pasado? Oye: es que Regina, la amada de todos, la noble, la buena es.....

—La buena, la noble y la amada de todos! Remató la frase Luisa con vehemencia. Y quien diga otra cosa, no dice verdad. Tiene usted que bendecirla tres veces, porque una es poco para mujer

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fabio Vásquez Castaño

tan santa. Regina mala.....ja, ja! como llover ahora de para arriba, mamá. Si esa es la pena, si esa es la vergüenza, voy á traerle ahora mismo un traje blanco ¡qué le parece! aquella criatura cuyo corazón santísimo no cabía en esta casa.

—Y sin embargo, hija, y sin embargo....

—¿Qué? A ver.

—Tóma esta llave, ábre aquel armario y tráeme ese paquete de cartas.

Luisa obedeció.

—Aquí están; hazme el favor de leer estas dos.

—Cuando las cosas hablan tan claro.....Rezongó doña Pacha.

—Permítame, señora, le atajó Luisa; noto en usted poca caridad para tratar este asunto, ojalá me hiciera el favor de no opinar nada.

—Y esto qué es?

—Súplica ó mandato, como usted quiera.

—Hija, yo puedo opinar como me dé la gana.

—Pero no meterse en todo.

—Cabalmente que su madre fué la que me comprometió.

—Dejen eso. Terció la señora.

—Pues yá que mi madre tuvo la imprudencia de mostrarle á usted debía agradecerlo y callarse la boca.

—Caramba con el geniecito! como de soltera: siempre volado y fastidioso.

—A nadie le importa.

—Eso es lo que uno se saca de ser bueno.

—Y entrometido.

—Y desvelarse por....

—Descuerar á todo el mundo.

—Luisa....silencio! Le ordenó doña Celsa.

Con un afán nervioso y desdeñosa sonrisa la hija comenzó la lectura de las cartas mentalmente. A medida que leía iban enrojeciendo simultáneamente sus mejillas con olas de vergüenza. Doña Pacha no le quitaba los ojos.

Al llegar al final de la segunda carta palideció profundamente, y dos lágrimas saltaron á sus ojos.—Pobre hermana mía! Dijo arrojando los papeles al regazo de su madre y escondiendo la cara entre las manos. Usted tiene razón, mamá.

—Sí, pero como yo soy una calumniadora! Cantó doña Pacha y fué saliendo de la alcoba muy contoneada y terciándose el pañolón.

—Doña Pacha! Vea, señora; hágame el favor!.....

—Con amigas tan malas como yo no se debe tener relaciones, porque eso es muy feo; hasta luégo.

Y desapareció.

—Mamá, mamá ¿por qué le confió usted nuestro secreto á esta mujer?

—Hija, me lo sacó y no supe cuándo.

—Pues vamos buscando dónde escondernos por-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

que yá no hay riesgo de que esto quede ignorado.

—Y aunque quedara, Luisa ¿dónde me escondía de mí misma?

—No tiene por qué hacerlo, mamá; la culpa no es suya. Es de los hombres de quienes tenemos que huir, porque con esta vieja de por medio yá no podremos aparentarles; es que, señora, "no está en ser sino en parecer".

—No digas eso, hija, porque eso es una infamia.

—Pues no lo cree así tanta gente que lo practica.

—Yo preferiría más bien que ella fuera inmaculada aunque los demás la denigrasen.

—Sería mejor, pero en último caso, "del ahogado, el sombrero".

Después, días, días mudos, pero de una elocuencia fatal. Las dos señoras no volvieron á nombrar á Regina, y mucho menos delante de doña Pacha que, con todo, siguió volviendo á la casa de doña Celsa por miedo de quedarse sin el gran postre conque pensaba rematar aquella gula que tenía abierta.—Y si no estoy allá frecuentemente, decía, me dan después gato por liebre; la tal Luisa es el Patas y puede escribir una carta igual á la que están esperando y que no les vendrá.

Una mañana se apareció á la alcoba de doña Celsa un mocosito cualquiera y, como si no llevara nada en la mano, fué diciendo con la mayor naturalidad:

—Aquí está esto que trajo el correo; demen mi cuartillo, que tengo mucho que hacer. Pero, caramba! un gavilán pa alzarse un pollo no anda más ligero que usté, señora, pa quitarme esa carta ¡hijue pucha!

Cabal, así arrebató doña Celsa aquella ventura y dió un hondo suspiro como quien descarga un peso; en cuanto á Luisa, se lanzó sobre el cartero, lo cogió por los sobacos, lo levantó y rápidamente comenzó á sembrarle la cara de besos como cosa de gallina que come maíz.

—Lárgueme, mi señora, lárgueme!

Y se le zafó. Al salir á la calle volvió á mirar hacia el zaguán y dijo con sarcasmo:—Y se quedaron con mi cuartillo estas perecidas! jártenselo, muertas de hambre!

La más bella de sus joyas le hubiera dado doña Celsa si se demora un minuto.

—Virgen María, quítame este temblor.

—Eche, yo se la leo, mamá.

—Quíta de aquí! ¿Mis anteojos dónde están? Búscamelos.

—¿Dónde los puso?

—Qué voy á saber!

—Yo se la leo, señora.

—Aunque me estuviera una eternidad deletreán-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

dola! Mis anteojos, por Dios! ¿qué los hice? pero si aquí los tenía.

—Véalos!

—¿Dónde?

—Pues dónde?

—En la frente! ah vieja chocha! ¿no te digo?

Entre lágrimas de doña Celsa, saltos de Luisa y exclamaciones de las dos pasaron y repasaron palabra por palabra el manoseado papel. Tercera vez quería leerlo doña Celsa.—Nó, mamá, nó, le hace daño. Decía la hija riendo á carcajadas y arrebatándoselo.

—Qué daño! Regina es mi fuerza, es mi remedio, me trajo la salud. Bien puedes leer, que se harten mis oídos de eso que dice: yo creía que quedarían sordos para siempre sin haber oído otra vez esa voz querida.

—Qué tal si la maldice, mamá!

—Cálla la boca!..que le voy á pedir perdón. Si lo hubiera hecho, Dios no me habría perdonado á mí.

—Mamá, mandemos llamar á aquella harpía de doña Pacha antes de que resuelva por su cuenta otro final.

—Corriendo!....y después, que toque bando si quiere; eso sí, en más secreto me volverá á coger ....pero muy tarde.

La cocinera llamó á doña Pacha. —Qué es, hijas? Entró diciendo y casi ahogada. ¿Se la llevó el demonio?

—Nó, respondió Luisa muy disimulada; y lo siento mucho por usted.

—Ah, ah, yo no vengo con gana de pelear; cuenten, á ver.

—Esto tan feo! Decía rejuvenecida la madre sacando la carta de entre el seno. No vas á leer eso, porque se te irritan los ojos.

—Hasta fiebre le va á dar con ese desenlace tan ingrato. Rezongaba Luisa sacudiendo un taburete.

—No me provoquen, no me provoquen, que yo nada les estoy haciendo; vea que una vieja como Celsa largarse á echarme pipos, y mandarme llamar para eso!....

—Si son bromas, Pacha; tóma, lée, lée.

—Muéstreme la letra, primero.

—Sí como que es la de ella. Dijo á media voz. Que la lea esta niña.

—¡Demás! y oiga mi queridísima doña Pachita cómo es una mujer buena y cómo se escribe.

"Madre mía:

Quién pudiera darle á este pliego el plumaje de una golondrina para que no tardase en llegar hasta ti. Léelo sin miedo, lo que él contiene se podría escribir en una hostia bendita sin profanarla.

—Oyes, Pacha? Sin profanarla! Interrumpió con aire de desafío doña Celsa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

—Sí, querida, por la entrada se puede suponer lo demás; pero ese modo que tiene esa niña para decir las cosas!

—Cuando esa muchacha estaba chiquita, continuó muy satisfecha la madre, Manuel vivía con el cuento de que si ella aprovechaba lo que leía y estudiaba, llegaría un día en que pocas iban á igualarle en esto de pluma.

—Bueno, niña ¿qué fué, se embobó?

Luisa se había recostado al espaldar del sillón dándole á éste golpecitos en los brazos con las llemas del índice y del pulgar, mirando hacia arriba y cantando en tenue voz: en una....en una.... en una....hostia bendita. Qué, qué? dulcísima doña Pachísima, dijo de repente ¿Le va cogiendo gusto á la cosa? Pues acábeselo de coger.

Y siguió leyendo:

"Oyes mamá? Tu paloma, así me llamabas, está arrullando otra vez con el corazón tranquilo; si vieras cómo están de blancas mis plumas lavadas con lágrimas y satinadas por el dolor.

No quiero mentir diciéndote que el olvido vino en mi ayuda, nó, porque aún lo recuerdo, pero, ah, lo recuerdo apenas con melancólica gratitud, porque su amor pisoteado por mí es el único escalón que, supongo yo, me ha acercado verdaderamente á Dios; pesaba tánto mi cuerpo para dar ese paso hacia arriba!

No he de negar que él me tuvo largas horas negras girando al rededor de Satanás; mas ¿cómo no concederle también que si yo tengo oro en el alma, él fué el crisol, aunque doloroso, que lo purificó.

Yo era virtuosa porque no había tenido peligros. ¿Qué gracia es que seamos buenos si no tenemos ocasión de ser malos? He aquí, señora, el gran diamante moral de las Hermanas: saber soportar con la calma de un héroe la lanzada de un amor imposible. Porque no creas que el hábito santo es un escudo contra las pasiones de la tierra, nó, es un vestido como otro cualquiera; y, sobre todo, somos mujeres, tenemos lágrimas, quien posee este legado es sensible y de la sensibilidad al amor no hay gran trecho. Por eso, lo que yo les admiro no es que blandamente le enderecen la cabeza á un hombre que cayó herido de muerte y que le digan hermano, lo que me arroba en ellas es el valor de no ver en aquel hombre, que las mira, tal vez, con ojos apasionados, sino un enfermo. El día en que los hombres sepan azotarse así el corazón en silencio, podrán apenas medir la excelsitud de mis compañeras.

Oh, las que habrán amado!....cuántas os llevarán, Dios mío, como valiosa presea ganada en la batalla de la vida, un cilicio de amor infernal que las atarazó siempre sin que sus labios dijeran: "Sufro mucho!"

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salvador Patrimonio Documental

¿Te parece extraño, madre mía, este lenguaje en una Hija de Dios?

Puede ser; mas, déjame relatar las horas blancas con la avaricia con que te hablaba de las noches sombrías. Y es que deseo hacer bella mi carta, regándola, como quien dice, de esta alegría suprema en que reboza mi alma y aprovechándome por última vez de los dones que para escribir, Dios quiso concederme. Esto no será malo porque la conciencia no me lo ha dicho. Por última vez, porque para lo que ha de servirmé de hoy más la buena expresión!....Será vanidad lo que diciéndote voy? Perdónemela el Cielo como le perdonó á Santa Teresa la debilidad de cuidar con exquisito amor de la belleza de sus manos.

Creí un día, señora, que irremediablemente estaba para mí abierto el infierno. ¿Dónde había de parar esta hoja seca cogida por un remolino de viento? La razón me lo decía: En un precipicio de donde nadie pueda sacarte otra vez.

Todas las galas que ornamentaban mi sér moral se habían tornado opacas; tu recuerdo, madre amada, estaba tiznado por el demonio; él soplaba y soplaba sobre tus enseñanzas, yo veía de encenderlas, y tornaba él á soplar. Oh prueba espantosa! Señor, Señor, decía: ¿por qué me habéis escogido á mí para ser la paloma negra de esta santa agrupación? ¿á mí que tengo la razón cabal? Porque si es verdad que una desgraciada voló un día

del blanco palomar era porque estaba loca. Torturadme de otra manera ¿queréis que bese de hoy para siempre las llagas con que tope en mi camino? ¿que por mis labios no vuelva á pasar más que agua? Quitadme la vista, la voz, lo que queráis, matadme, no dejéis que siga ofendiéndoos por este camino en cuyo fin veo el infierno vuelto una cumbre de remordimientos, de negruras, de tristezas y de lágrimas.

Dios quería probarme.

Mujeres: si no habéis amado y salido incólumes de aquella llamarada, todavía está por poner vuestra virtud á prueba.

El amor es un puente tembloroso y lleno de vértigos que separa al Cielo de la tierra; la que de aquí para allá logra pasarlo sin tambalear y menos caer, cuente con que poco antes de llegar al extremo han comenzado á palpitar alas de serafín sobre sus hombros. Hablo de las pasiones que no santifica Dios.

Y déja, madre, que así me riegue flores á mí misma. La humildad y las reglas de la Orden me mandan callar, lo hiciera si no tuviese que pagarte á tí la deuda que contraje en la cuna, siquiera sea pintándote el mérito de lo que me enseñaste; te cedo apenas lo tuyo; por eso vengo á traerte mi agradecimiento debajo de palio, sí, porque lo que me ha salvado no ha sido el decoro social sino Dios que por tu boca me habló tantas veces en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

el hogar. ¡¡¡Dios!!! Bendito sea El, y caigan dichas sobre la familia donde su nombre y el de María lo presiden todo. Ponle muchas violetas al cuadro de la Virgen á cuyo pie me enseñaste á amarla. Si vieras cómo al rededor de la imagen de la Divina Señora se agrupan las Hermanas como manojos de jazmines crecidos al pie de una altura de nieve cándida, pidiéndole valor para llevar con ellas las amarguras de los demás! Cuando las veo así ó inclinadas con solicitud de madres entendiendo en chocante realidad con la docilidad con que se maneja una rosa, ó bien cuando al lado de un agonizante lo felicitan con mística alegría, entonces, digo, es cuando me revelo contra esa disposición necia que nos puso á enseñar Aritmética robándole su misteriosa belleza á la Institución.

Ahora, voy á decirte cómo vino Dios en mi ayuda para finalizar aquellos días que aún recuerdo iluminados con resplandores de infierno.

Desesperada de amor, molida de cuerpo y enferma de vergüenza, me abracé al cuello de la Superiora y le dije:

—Madre, sálveme!

—Salvarla!....¿de quién?

—De mí misma.

—¿Qué tiene?

—Estoy....qué vergüenza!

—¿Triste? arrepentida de ser Hija de Dios?

—Nó, nó, estoy....

—Enamorada! ¿de quién?

—Qué horrible confesión!

—Qué dice, desgraciada! ¿en dónde está?

—Rodea siempre el Colegio burlando la vigilancia de usted.

—¿Y su virtud?

—Vengo á que me ayude á salvarla.

—Bendita sea! Remató ella abrazándome.

Tuve el inmenso y terrible valor de entregarle mi corazón á la Madre. Ella se horrorizó de tanta sombra, pero tornó á abrazarme, porque en medio de aquella oscuridad la estrella del honor titilaba serena y limpia, es decir, Dios, porque amando con el alma no se mancha la dignidad de nadie; en eso, precisamente, está la grandeza de muchos santos, en haber sabido ahogar sus pasiones.

Si conocieras la delicada maña con qué la Superiora empezó á lavarme el corazón y á desvanecer las sombras que lo circuían regándomele en torno auras luminosas de consoladora religión. Sano está, con cicatrices, como es natural; por eso te dije que no lo había olvidado: nadie que tiene una cicatriz puede olvidar que allí tuvo una herida.

Otro día me enviaron á este hospital de virolentos, de donde te escribo convaleciente, porque, co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mo si fuese preciso quemar la carne para depurarla de las corrientes venenosas del pecado, caí á poco de llegar al hospital, atacada por este mal espantoso. La muerte me hizo compañía durante muchas horas, pero con orden del Altísimo de marcharse sin mí; probablemente tengo que sufrir mucho todavía para purificar mi espíritu, como quedó mi cuerpo ardido y transfigurado por la fiebre; se volvieron humo los encantos malditos que en él tenía, gracias á Dios! Me levanté horrorosa para los demás y dichosa para mí.

Yá estoy entendiendo en mi nuevo oficio ¡cuán grato es! Siento infinito placer en lidiar á mis enfermos, porque este es mi puesto, porque aquí está lo adorable de la Institución ¿Por qué me harían perder tanta actividad y si se quiere amor, en la enseñanza aquélla? ¿Unicamente porque tenía disposiciones para ello? Por qué no vieron que mi alma tenía disposiciones para cruzar impávida el verdadero campo del dolor que fué lo que vine á buscar! Necesitaban una maestra de letras? Muchas y muy notables tiene el Gobierno, y tienen lo mismo varias agrupaciones de padres de familia. Si es que no hay en qué ocuparnos, que no se nos reciba, entonces; en ese caso, si el cariño de la Orden nos obliga á pensar siempre en ella, podremos trabajar en su obsequio y enviar á donde se deba el fruto de nuestro trabajo.

Conozco á alguna Hermana, maestra ó institutora que en un momento de expansión se atrevió á decirme:

Mi padre es anciano y pobre, mi madre ha muerto, el hogar desolado necesita una mujer, porque en él hay niños. Qué será de ese padre, de esos niños, de ese hogar?

—Por qué se vino, Hermana, le dije, si tenía tánto dónde hacer el bien?

—Creí que me necesitaban más aquí.

Madre: lo que creemos todas antes de salir de nuestras casas.

Quisiera yo rematar esta carta con una frase que sea una guirnalda de flores para colocarla á los pies de San Vicente, porque su creación es la más bella de cuantas hayan soñado los hombres. No creo, eso sí, en que aquel gran corazón pensase un día en ver á muchas de sus hijas definidas en maestras de escuela rebajando hasta el hábito santo cuyo corte místico parece ceñido á la tristeza de los hospitales, al horror de los campos de batalla y á la choza del miserable.

Por último, si encuentras, madre mía, en esta carta uno como estilo profano, perdóname; la Orden nos prohibe escribir así, y yo creo que hace bien; pero mi alma tenía abrumadora necesidad, así como pinto con las sombras de la noche á Satanás, de entretenerse recogiendo los colores de la mañana para dibujar dulcemente al ángel de mi guarda; y ¿qué importa á la Institución esta con-

UNIVERSIDAD EAFIT

fidencia que te hago? Nada, ella sabe yá que tiene para ensalzarla y defenderla no diré un ángel, porque amé á un hombre con el alma, pero sí una mártir que se sacrificará por ella.

HERMANA BASILIA.

—Si yo lo decía! Declamó doña Pacha. Esta criatura tenía que acabar así. Yo no sé, Celsa, por qué le da tanta importancia á una cosa que hubieran podido verla hasta los ciegos ¿no se los decía, que no se preocuparan?

—Lo cierto es que yo me alivié, sonrió doña Celsa; yá no me duele nada, tengo deseo de salir á andar, de comer, de....yo no sé, me parece que si no me matan á garrote de otra manera no me les muero.

CAPITULO XXXVIII

¿QUE nos falta? Redondear la historia de uno de nuestros amigos: Valeriano ¿verdad lector?

Cuando Manuel fué á Bogotá conduciendo á su hermana al Noviciado llevó al sirviente para que le sirviese á la señorita en pequeñeces como éstas: quitar el freno á la bestia en que ella iba cuando pasaban por un arroyo, volar á las cocinas de las posadas y entender en lo de comida, para que ella no se molestase, alzarle el sombrero cuando una zarza del camino se lo arrebataba, etc.

—Qué te parece esta tierra? Le preguntó el joven luégo que su hermana entró al claustro.

—Calle la boca, niño: al más rico de Antioquia le alcanzará la plata para comprar la escoba, si

resuelve venirse para acá. Yá conozco toiticas las iglesias, el Presidente, los locos, un muchacho me llevó por un chimbo tres cuadras entre un coche, y ahora me le hinqué al arzobispo y me la rayó, más querido!

—Voy á darte una buena noticia.

—Dígala, á ver ¿nos vamos á quedar aquí?

—Nó, te voy á llevar al Salto de Tequendama. ¿Sabes qué es?

—¿No he de saber? Mi padrino nos contaba que dizque es un río como aburrido que se avienta de cabeza por un peñasco.

—Sí, hombre, así es; pero no está por demás que lo veas.

Efectivamente, en compañía de viejos amigos quiso Manuel visitar el Salto antes de regresar á Antioquia y metió al criado entre los paseantes.

—Siempre bello! dijo el joven arrimándose al borde del abismo; aun parece, al revés de la escala de Jacob, una cascada de ángeles perseguidos por Satanás.

—Lo que es por aquí, sí no se tira el maldito negro, dijo Valeriano estirando el pescuezo; lo malo es que á ellos tampoco les arriendo las ganancias. Para que tuvieran este chorrito algunas pilas de Antioquia que viven como enfermas de la vejiga, porque no sueltan gota.

Los paseantes se colocaron á mirar de frente la blanca maravilla; la encontraban igual que vista

de todas partes, blindada de hermosura, por ningún lado daba entrada al desencanto.

—Qué tan bueno que yo pudiera llevarle á Chinca toitica esa muselina, aunque no tenga naitica de pinta. Repetía Valeriano prendido de una rama y echado el cuerpo hacia adelante.

Bellezas salieron por esas bocas aquel día, especialmente por la del hijo de don Basilio que sí sabía modularlas. A tiempo de decirle adiós al agreste capricho brillante del Funza, el paje se quitó el sombrero, le hizo una cortesía y le dijo: De usté atento seguro servidor, Valeriano Valencia.

Y regresaron á la ciudad.

Pocos días después tomaron el camino de Antioquia y llegaron á Honda; yá se sabe que allá la emprendió Manuel con el Magdalena en busca del mar. Antes de partir regaló al sirviente con veinticinco fuertes y una multitud de consejos; éste se demoró ahí, después de la partida de su señor, dos días embobado, ó punto menos, con el ferrocarril, deslumbrado con el ajetreo de los pasajeros y molido por el calor.—Pero, hombre, le decía al compañero, que era el peón que había ido á Bogotá arreando las bestias de carga, esto no es vida ¡qué te parece una tierra onde tienen que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bañarse de paraguas! vámonos, no hay como el Páramo, que aunque viva con las manos metidas en los bolsillos, no lo mantiene á úno á toda hora vuelto un diluvio de caldo.

Resolvió Valeriano invertir los veinticinco fuertes en articulejos de comercio, de los cuales se prometió sacar una buena ganancia en Manizales, y, después de andar por todos los almacenes y crucificar á preguntas á los dueños, compró lo siguiente:

Una docena de pañuelos que llaman de mezclilla y de colores diferentes; una gruesa de botones de concha, cuarenta varas de mecha amarilla, doce piezas de *letines* ordinarios, dedales, trencillas, espejos, peinillas, jabones verdes y azules, y seis dulzainas. Envolvió cuidadosamente su mercancía en una levita que le diera Manuel y le dijo al compañero:

—¿En cuál mula llevamos mi negocio?

—En ninguna. Le respondió.

—¿En ninguna? ¡Vean á éste!....No sólo la mercancía sino también al dueño tienen que llevar estas rangas; de pecao mortal no rebaja que vos y yo nos vamos á pie.

—Y los encargos de don Basilio? Acordate: que izque no nos fuéramos á montar en las bestias. Replicaba el otro muy honradamente.

—Pero decime, so animal ¿qué les sucede?

—Las matamos.

—Barajo! ni que tuviéramos barberas en las nalgas; dejate de escrúpulos y echá acá á ver cómo acomodamos esto; vé, en la amarilla que, cabalmente, le tengo una tirria horrible porque me ha tirao dos patadas.

—Es que vos sos muy cuentero.

—Según sean los cuentos, en éste no me cogen. ¿Cómo ponemos estos artículos, que no se ajen?

—Echá, metámolos entre un costal, pero eso sí, si llegás á decir algo, te pongo á tragar muelas.

—Entonces no hay riesgo de que me dé dolor de barriga. No seas bobo! si yo sé que á estos ricos hay que tirarles y clavarlos siempre que se pueda, y lo que es don Basilio, está rajaíto, me parece que tiene más oro podrido ese viejo!

—Eso nó, porque aquí á las que nos tiramos es á las mulas.

—No tengás cuidao, que las bestias las hizo mi Dios para el descanso del hombre, y El no dijo ésta es para ése, ni ésta para aquél.

—Pues de veras....yo también....debía llevar ....unos doce pares de planchas para revenderlas en Manizales.....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

—O una locomotora, si la conseguís. Remató Valeriano lanzando una carcajada.

—Eso sí no, pero las planchas sí; vélas, aquí están.

—Ah, conque los reparos eran para mí no más, lo tuyo no mata las bestias; así son todos ustedes los honraos, y esa es la manera que tienen para cumplir lo que prometen; por eso no me fío yo de los que cantaletean honradez. De milagro no te trajites una campana para revendérsela á la Iglesia.

Así departían los dos bribones á la salida de la ciudad, entre la sombra de un árbol y en el extremo de un callejón.

Mullidos los asientos de las enjalmas con las mantas de dormir, echadas las sobrecargas y envueltos los ronzales en los pescuezos de las bestias, bebieron guarapo en una tenducha, encendieron cigarros, se plantaron á horcajadas sobre dos mulas y ¡arre, malditas! Hoy ésta, mañana aquélla fueron remudando de cabalgaduras y á los tres días, una legua antes de llegar á Manizales, se apearon.

—Eso sí, cuidadito con la lengua, dijo el peón.

—Por lo menos lo de las planchas sí se lo digo á don Basilio, y le confieso lo de los letines, para lo que pesan.....

—Vé, no te vaya á tentar el diablo, porque te encajo en una pared de un golpe y no te dejo libre sino una mano pa que te toqués el sombrero cuando yo pase.

—Y te ponés á crer? ¿sabés? lo que siento es no haber traído un piano.

Al otro día de la llegada á su tierra sacó Valeriano de un zarzo de la casa de don Basilio un cajón de pino; moliendo á un carpintero con charla embustera le disminuyó la capacidad y le prendió de extremo á extremo una correa; acomodó en él simétricamente su introducción, que dijera, se lo colgó al cuello y le dijo á doña Celsa: yá acabé el oficio, voy á ver cómo despacho este surtido. Dígame una cosa: ¿usté no usa letines? vea qué primores: de á cuatro huequitos con una hojita.

—Quíta de ahí! ¿Traes pañuelos finos?

—Sí, señora, pero para las negras, coloraos como el demonio; las señoras como son tan remilgadas! digo las blancas.

—¿Esto qué es?

—Válgame Dios! pues unas trenzas que estaban de moda en Honda, eso tal vez, sí le conviene.

—Tampoco, ánda á vender tus embelecos á la calle.

—Yh!....ahora que me acuerdo, présteme un tintero.

—¿Vas á llevar cuentas?

—Nó, señora; préstemelo.

Conseguido que fué, Valeriano descargó el cajón, hizo un rollo de papel á modo de esfumino, se agachó y con la cabeza inclinada hacia un lado y mordiéndose la lengua escribió en la tabla del frente con letras gordas y chamizudas: oi No fio Mañana ci Valeriano Valencia & compañía.

—Están fríos conmigo! Se levantó diciendo. Tan querida la señorita Regina que me enseñó á firmarme aunque sea arrastradamente.

Cogió una dulzaina, le corrió el lomo por entre sus labios y allá va en el aire una polca si es no es acompasada. Después de cuatro compases: —¡Esto se acabó, pero fué para yá!....no me vayan á comprar esto que no sirve! eso que es tan maluco! A ver, niña ¿qué necesita? Dirijiéndose á una señorita que voló á la ventana al oírlo.

—Eh, vean á éste de comerciante! ¿de cuándo acá?

—¡Qué! ¿le parece muy raro?

—Dónde te robaste eso?

—Mire, se lo robé á éste!

Valeriano corrió el dedo índice por la frente á la manera del que se limpia el sudor á mano y luégo lo sacudió sobre el del corazón produciendo uno como chasquido de látigo. Para que lo sepa! Diga, diga á ver qué me compra.

—¿Por cuánto me das este collar?

—Cinco reales, y eso que le pierdo el arrastre, yo es por ser á usté.

—Pareces bobo!

—Sí, como es tan feo! da ganas de llorar, mire!

Y se lo midió él mismo.

—Quieres dos reales por él?

—Ni que me lo hubiera robao, verdá! ¿quiere dejarlo en tres?

—Nó, hijo, no te doy más.

—Lléveselo, qué demonios!....con esos ojos tan lindos ¿quién va á usuriar? ¿Y no me compra más?

—¿Tienes hilo del cincuenta?

—Se me acabó ¡con la novelería que ha habido! es decir, aunque me volviera un almacén. Vea este jabón, huele á la pura señora.

—Nó, no te compro más.

—Qué se va á hacer!

Recibió los dos reales y siguió su camino diciendo á media voz: siempre te clavé en rial y medio, careplasta, mocosa!....Con seguridá que se

quedó creyendo que tiene ojos muy lindos, cuando parecen dos puñaladas en puerta de cuero.

Y se metió á una casa.

Tal labia gastó Valeriano con las señoras y con tan simpática maña las obligaba á comprarle sus baratijas, que á los tres días tenía el cajón poco menos que vacío. Hizo recuento de ganancias y resolvió mercar en los almacenes para vender detalladamente á domicilio; pronto estuvo al tanto de lo que más consumían las mujeres como eso de hilos, horquillas, polvos etc. y, para qué os quiero sandunga mía y ligereza de pies; aquello era un ir y venir y preguntar por precios que ni que fuera un veterano en el oficio.

—Este sí se metió de verás á cacharrero! le dijo doña Celsa un día; hasta rico irás á ser con tanta aleluya como tienes.

—Ajualá tuviera alitas para que viera usté un zambo de trabajar bonito! pero que hace uno, cuando estoy más arrancao que las mangas de un chaleco; eso para que don Basilio me metiera la mano.

—Pues si te comprometes á ser honrado y juicioso, yo le digo que te acredite en las tiendas para que tomes al fiado.

—Es decir, hasta me desmayo, señora; dígale

y mire: el día que yo me robe un cuartillo, que me descuelgue Dios quinientas cargas de mostaza á rayo por cada grano.

—Sí, dijo don Basilio cuando su mujer le hizo la propuesta, lo fío, pero tiene que ponerse á aprender un oficio.

Llamaron á Valeriano.

—¿Quieres meterte á zapatero ó á aprender carpintería? Le preguntó el señor.

—¿Y el comercio?

—Puedes seguirlo, pero en la plaza, sacando toldo todos los sábados; en la semana pierdes mucho tiempo calle arriba y calle abajo.

—¿Y el toldo?

—Yo te presto con qué lo comprés, y mañana mismo hablo para que te enseñen zapatería.

—Bueno, señor.

—Empacó sus baratijas y allí está humildosito y agachado á las órdenes de un maestro en el arte: tán! tán, dándole á las zuelas con un martillo sobre las rodillas. A los dos días no podía dar un paso, impedido por el dolor en los muslos, mas con unos sobijos de aguardiente que le dió Chinca se le desmagulló la carne, y después, como si golpease en piernas ajenas. A medida que iba aprendiendo el oficio iba soltando la lengua, has-

ta que llegó un día en que no le dió punto de reposo cantando á todo pecho en el taller para disimular el fastidio del trabajo.

Y cómo resultó de curioso para la profesión! aquellas botitas parecían una monada extranjera; á poco fué el gran oficial entre sus compañeros.

—"El que ha de morir á oscuras aunque ande vendiendo velas" decía; yá me ven á mí calzando á todo el mundo, negros y todo, y con mis guamas al aire, pero no le hace, les he de chirriar más botín....

Los sábados de mañanita abría su toldo en el mercado, ocupando siempre el mismo puesto y, ay del que fuera á disputárselo! á todo el largo del interior de su blanco quitasol extendía un lazo de donde colgaba brillante muestrario de cintas, pañuelos, cadenas, cordones y franjas, en la mesa ó mostrador exhibía muy simétricamente, cajones de cominos, pimienta, azul de Prusia, pastillas de cáscaras de huevo molidas, frascos de perfumes ordinarios, novenas, muñecas, etc. Se sentaba en la caja donde á la tarde guardaría todo, se frotaba las manos una con otra, un registro en una dulzaina y ¡arribita con este baratillo que se acaba!

Montañera que se le arrimaba, si tenía dinero,

quieras ó no, había de comprarle algo á Valeriano, porque si se le zafaban por aquí escurridizos como el jabón él los peloteaba por allá con una argucia y los ponía en callejón sin salida, haciéndoles creer que necesitaban de todo aquello que él vendía; todo el mundo pagaba allí su curiosidad, bastaba que alguno pusiera los ojos en una cosa para que Valeriano la tuviese al punto por vendida.

—¿Por cuánto me da este pañoloncito, señor? Preguntaba una viejilla que asomaba por allí con su primor de hija muy colorada y honestica.

—Ah, mi vieja!....la estaba esperando, porque hastai pañolones; no vale sino cuatro chiquitos para usté, á otro que me los ofrezca le meto un garrotazo.

—Tan zalamero!

—Pues con los que me gustan; y si no, que venga otro, á ver.

—Démelo, pues, por tres. Respondía la campesina volteando la pieza por todos lados y poniéndosela entre los ojos y el sol.

—Eso sí no, mi encanto, porque rasguño el capital, y es que ¡mídaselo! para que vea.

Le iba arrebatando el viejo de uso y él mismo se lo plantaba á la vieja sobre los hombros.

—Y le queda mal! Véase en este espejo....es decir! Yá le digo, mi reina, no alegue más, porque ese es su pañolón, pregúnteselo al que quiera ¿no es cierto señorita? se dirigía á la muchacha que sonreía á medias midiéndose un anillo de carey donde decía en letras doradas: "Tuyo siempre".

—Como que sí. Respondía simplemente la joven.

—Qué bueno le queda ese anillo! ¿no?

—Le parece?

—Válgame Dios! La prueba es que se lo regalo.

—Nó.... Dios se lo pague.

—Vea, no se lo quite porque lo rompo ¿es decir que uno no puede gastar un cariñito con los amigos?

—¿Qué dice usté, madre?

—Ah, pues recibíselo.

—Conque....¿se lleva el pañolón?

—Le queda muy bueno mamita.

—Es que está como tan escandaloso.

—Ah ¿y es que usté está creyendo que es vieja? ¡ah ojo! ¡qué tal entonces, si estuviera muchacha! Eche, yo se lo envuelvo.

—Por tres y medio?

—Yá te digo, tesoro, le pierdo.

—Ah hombre duro!

—¿Conque, ni con tres aguas?

Y diciendo y haciendo Valeriano dobla el pañolón, se lo mete á la vieja debajo del brazo, le da una palmadita en el hombro y le secretea:

—Vas á quedar!....que....pasá por aquí el sábado para verte.

La vieja cuenta, cuartillo por cuartillo, los cuatro pesos, dice que le encimen un tambor de hilo y se va feliz, no tánto como queda Valeriano por la ganancia que hizo en dinero y una sonrisa simploncilla de la muchacha.

Entre la zapatería y sus dijes de comercio, se volvió el chico un real mozo con todo y haber sido siempre un enteco que no prometía mayor cosa en lo de gallardía y buena estampa; al meterse por esos campos adorables de la juventud, echó carnes, un bozo negro y dócil, y se hizo caso á sí mismo gastando trapos finos y calzado alborotoso como un acordión en torpes manos. A los ventidós años era un artesano cabal en destreza para su oficio y honradez para su conducta.

Por este tiempo murió don Basilio que lo había traído de la mano hasta entonces con dinero y consejos y el mozo pensó en cosas serias como for-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo del Escritor Colombiano

mar un hogar, porque Chinca su hermana, no obstante el alboroto que alzara un día rabiosa con la perdición de Dolores, se había dejado de escrúpulos y virtudes y largado para el Cauca con un su conocido. Nadita que le costó á Valeriano encontrar quién lo tomase por marido; ¡qué había de costarle! si esos hermosos veintidós años y esa cara tan simpática y aquellas economías que él se guardaba á sabiendas de muchas, estaban diciendo: "pescadle, niñas!" Serafina fué la que puso la mejor carnada en la punta de su anzuelo, picó el pez, la halló sabrosa y ahí lo tienen ustedes como el de Tobías, de las agallas, pero sin sacudimientos ni amagos de volverse al agua, porque así está feliz.

Hoy es un ciudadano que sus paisanos tienen muy en cuenta para apuntarlo en la lista de las buenas personas. Y aquello es, maestro! por aquí, maestro! por más allá; á todos atiende él bondadosamente especialmente á Dolores á quien estima hasta el punto de haberla hecho su comadre, viendo de hacerle olvidar aquellas calumnias y aquellos enredos y aquellos negocios. Tiene un taller de zapatería donde da trabajo á muchos oficiales que lo respetan y lo quieren. Su casa es el sueño de un novio: muchas flores, muchos pájaros, todo limpio y una mujer morena y hermosa que lo besa cuando entra al hogar á la vez que un chiquitín delgadito y que promete ser otro diablejo, se le prende de las piernas diciéndole papá.



UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

FAES

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100057275